



A DEAL
with the
DEVIL

ELIZABETH O'ROARK

El presente documento es una traducción realizada por **Sweet Poison**. Nuestro trabajo es totalmente sin fines de lucro y no recibimos remuneración económica de ningún tipo por hacerlo, por lo que te pedimos que **no subas capturas de pantalla a las redes sociales del mismo**.

Te invitamos a apoyar al autor comprando su libro en cuanto esté disponible en tu localidad, si tienes la posibilidad.

Recuerda que puedes ayudarnos difundiendo nuestro trabajo con discreción para que podamos seguir trayéndoles más libros.



Sinopsis

Puede que no sea el diablo, pero trabajar con él durante seis semanas es mi idea del infierno.

Hayes Flynn es un idiota arrogante, más conocido por su hábito de beber whisky y la forma en que difunde su "encanto" británico por todo Hollywood, nunca con la misma mujer dos veces. Él es la última persona para la que quiero trabajar, excepto que tiene una cara de la que no puedo apartar la mirada, y cuanto más tiempo estamos juntos, más difícil es odiarlo. Porque debajo de ese exterior engreído hay un corazón que no quiere mostrar, uno que se rompió gravemente una década antes.

Una parte de mí quiere arreglarlo para él antes de que me vaya... pero ¿puedo hacerlo sin romper el mío en el proceso?

Capítulo 1

El bien contra el mal.

Los cómics hacen que parezca tan fácil. Un tipo quiere destruir el mundo, otro quiere salvarlo. El malo tiene una cicatriz y es cruel con su novia, el bueno tiene una mandíbula que podría cortar vidrio y le da la mitad de su comida al perro callejero en el callejón.

La vida real es más compleja. A veces, el malo esconde un corazón de oro debajo de ese exterior lleno de cicatrices. A veces, *ambos* tienen una bonita mandíbula y, a menudo, no sabes para qué te has apuntado hasta que es demasiado tarde.

Excepto cuando te invitan a trabajar para el diablo... entonces es bastante claro lo que te espera.

La oferta llegó tomando un café con mi amigo Jonathan, en un agradable patio donde las palmeras filtran el brillante sol matutino de Santa Mónica.

—Déjame decirte cuánto paga antes de decir que no —agrega, lo cual es exactamente el tipo de sugerencia que esperarías del jefe de personal de Satanás.

Debo aclarar que Hayes Flynn, el jefe de Jonathan, no es *técnicamente* Satanás, ya que no gobierna el inframundo ni tiene cuernos. Si bien podría tener un tridente, supongo que, basándome en esos trajes personalizados de Tom Ford que usa, él tiene a alguien para todas sus necesidades relacionadas con el tridente.

Y Satanás es mi apodo para él, no para Jonathan, pero sigue siendo uno apropiado. Primero, porque es un cirujano plástico de las estrellas, que es exactamente el tipo de trabajo que esperarías de Satanás, si Satanás por alguna razón no pudiera ejercer la abogacía.

Segundo, porque es británico. Es de conocimiento público que cualquier hombre británico extra sofisticado que no sea James Bond es un tipo malo, o eso supongo basándome en las novelas de Jane Austen y la única película de James Bond que he visto.

Y finalmente, porque es un poco demasiado perfecto, lo que apunta a algún tipo de magia negra en funcionamiento. Demasiado alto, demasiado en forma... de mandíbula cuadrada, ojos oscuros y boca exuberante de una manera que lo convierte en un peligro para los demás. Pregúntales a todas estas pobres actrices con las que sale una o dos veces, dejándolas atrás para que publiquen en Instagram fotos tristes y citas vagas sobre la soledad. No puedo garantizar que sean sobre él, pero ciertamente es lo suficientemente bonito como para inspirar mucha autocompasión a su paso.

No es que sea un problema para mí. Mi superpoder, adquirido en el transcurso de este año tan difícil, es que soy inmune a los hombres hermosos. Mi hermana diría *rota*, no inmune, pero ha estado con el mismo chico desde que tenía catorce años, así que, ¿qué sabe ella?

—¿Qué tendría que hacer? —pregunto, recostándome en mi asiento. La pregunta es principalmente una formalidad. Dada mi situación financiera, no estoy en condiciones de decir que no en este momento—. Supongo que, dado que estamos hablando de Hayes, debe implicar algo de tráfico de personas o heroína.

Él se ríe, reclinándose en su silla, cansado y divertido al mismo tiempo.

—Nada terrible. Quiero que me reemplaces mientras Jason y yo estemos en Manila.

Dejo mi café con un ruido sordo. La búsqueda del reemplazo temporal de Jonathan comenzó hace meses, en el segundo en que él y Jason recibieron el aviso de que se aprobó su adopción.

—¿Qué pasó? —pregunto—. Pensé que ya habías encontrado a alguien.

Él niega con la cabeza.

—No encajó bien. —Lo que supongo que es un código para *Hayes está siendo un idiota, o Hayes se acostó con ella durante la entrevista*. Aunque Jonathan nunca ha dicho una mala palabra sobre su jefe, gracias a TMZ y *DeuxMoi*, lo sé. Hace que mi ex parezca un niño del coro—. Como sea —concluye—, se me ocurrió que simplemente debería contratarte a ti. Él necesita una asistente, tú necesitas dinero, es perfecto.

Jonathan se ocupa de las demandas: celebridades que esperan ser incluidas en la apretada agenda de Hayes en cualquier momento, o Hayes solicitando reservaciones muy demandadas y comidas exóticas. El trabajo requiere tacto, diplomacia y la capacidad de hacer que suceda lo imposible. Decir que soy la elección perfecta es como emparejar a un chico de dieciséis años con una mujer de noventa e insistir en que es perfecto porque ambos son heterosexuales.

—Así que estás desesperado y no puedes conseguir que nadie más acepte el trabajo.

Él levanta la vista de su tortilla de clara de huevo, con la boca crispada.

—No, Tali. Eres discreta y creo que serían buenos el uno para el otro. Además, paga cuatro mil dólares a la semana.

Mis ojos se agrandan. Sabía que le iba bien —ciertamente mejor que a mí trabajando en Topside, un bar especializado en Jimmy Buffett y pañuelos usados como tocados—, pero no *tan* bien. Cuatro de los grandes durante las seis semanas que él estará fuera no resolverá mis problemas, pero los hará muchísimo más pequeños.

—Probablemente debiste haber empezado con eso —le digo, y él rompe en mi sonrisa favorita de Jonathan, dulce y sorprendida, como un niño al que se le ha hecho un cumpleaños inesperado.

—Eso fue más fácil de lo esperado, dado lo que sientes por Hayes —dice, empujando sus lentes por el puente de su nariz—. Y quiero que

sepas... que aún creo que vas a terminar el libro, pero pensé que, si podías dejar de entrar en pánico por devolver el anticipo, podrías aliviar un poco la presión.

Entonces, él tiene más fe en mí que yo misma. El libro, por el que recibí un considerable anticipo que ya gasté, se ha completado solo a la mitad durante el año pasado y debe entregarse en cuestión de meses. Si vender mi alma al diablo fuera una opción en este momento, probablemente lo aceptaría, así que no voy a rechazar simplemente estar en su nómina.

Pero todo parece demasiado fácil. Después de todo, estamos hablando de *Hayes*.

—¿Eso es todo? Quiero decir, ¿no necesito una entrevista o algo así?

Una sombra pasa por su rostro, un pequeño rizo de preocupación.

—Necesitarás firmar un contrato y un acuerdo de confidencialidad, pero eso es todo. Hayes confía en mis decisiones. Estarás bien.

No estoy tan segura de eso, creo, recordando la única vez que Hayes y yo estuvimos en la misma habitación. Todavía no sé por qué estaba en Topside, sobresaliendo como un pulgar adolorido en su costoso traje, o por qué, durante un largo momento, me miró con algo parecido al interés, pero ni siquiera había llegado a la barra cuando esa cosa en su rostro cambió, se volvió fría y resignada, y la próxima vez que miré hacia arriba se había ido. Quizás no tuvo nada que ver conmigo, pero no parece el comienzo más prometedor para nuestra relación laboral.

—Solo tengo una solicitud... —dice Jonathan. Se inclina hacia adelante, con los brazos en su traje pegados a la mesa, y las manos planas—. No te acuestes con él. Por favor. Si te metes en la cama con él el día que me vaya, tendré que volver directamente a casa.

Me río lo suficientemente fuerte como para atraer miradas de las mesas vecinas. Es espantoso que Jonathan, mi amigo más antiguo, incluso lo sugiriera.

—Dame algo de crédito. Nunca tendría sexo con alguien como Hayes. Ya he terminado con hombres que no son de confianza.

Sus hombros se hunden mientras se rasca la frente.

—Me preocupa que tengas una idea sobre Hayes creada en su totalidad por algunos chismes de mierda y tu vívida imaginación. —Sus ojos se posan en mí, llenos de simpatía ahora—. Y Matt nunca pareció que no fuera digno de confianza. Todos estábamos tan sorprendidos como tú cuando eso se fue a pique.

Mi pecho se aprieta. No hay nada tranquilizador en lo que acaba de decir Jonathan. Preferiría escuchar dónde me había equivocado, que me nombrara las señales de que Matt me iba a fallar de la forma en que lo hizo, pero incluso ahora todo lo que se puede decir sobre mi ex es que *era un gran tipo*.

Jonathan se inclina sobre la mesa y me aprieta la mano.

—Las cosas van a mejorar, Tali. Cuando aparezca el tipo adecuado, tus paredes retrocederán.

En cierta parte lo dudo, dado que mi plan es simplemente evitar a los hombres por completo.

Pero, de cualquier manera, Hayes Flynn no tocará mis paredes ni cualquier otra cosa.

Capítulo 2

Entro en el camino circular y miro el horario que Jonathan me dio:

- 7:30 *Llega al Starbucks en Highland. Pide un venti latte (leche entera) con tres de azúcar.*
- 7:45 *Introduce el código. Desactiva la alarma. Coloca el café y los periódicos en la encimera de la cocina.*
- *Si Hayes no está abajo a las 8 AM, envíale un mensaje de texto. Si eso falla, tendrás que ir a despertarlo. Advertencia: puede tener compañía.*

Me preocupa que se me olvide algo, y la verdad es que ni siquiera estoy segura de haber hecho bien esas primeras instrucciones. El latte ya se ha derramado en mi falda y no sé si se supone que debo agregar el azúcar yo misma o si el Señor Oscuro realmente puede hacer tanto por sí mismo.

Podría consultar con Jonathan si realmente tuviera que hacerlo, pero actualmente está en camino a Manila, y probablemente debería guardar el acoso para las preguntas más importantes. Dios sabe que es probable que surjan a medida que avanza el día, si es que aguanto tanto. Sentada aquí frente a la mansión de Hayes en Hollywood Hills, empiezo a sentirme un poco insegura en ese aspecto.

Primero, porque ya odio a mi jefe, lo cual siempre es una mala señal.

Segundo, porque realmente *odio* su casa. Esperaba algo más parecido al propio Hayes: líneas limpias y hermosos ángulos con

toques de exuberante e inesperada belleza. En cambio, es la casa que comprarías si, quizás, te hicieras famoso por una canción de YouTube sobre pedos, lo suficientemente grande como para albergar una aldea considerable y repleta de demasiados adornos de mal gusto: fuentes, columnas, ventanas arqueadas, y torretas; y en un clima donde florecen los árboles con flor y las buganvillas, su único paisaje incluye algunos setos cuidadosamente recortados y una sola palma robusta, lo que insinúa el tipo exacto de falta de alma que esperaría de alguien con su historia sensacionalista.

Echo los hombros hacia atrás y respiro profundamente antes de salir del auto. Si me gusta él o su casa es irrelevante, este trabajo es un medio para un fin para mí, el primer trabajo decente que he tenido en un año muy difícil, y no voy a estropearlo.

No importa lo horrible que sea, claramente no me tiene que gustar parar mordirme la lengua y cumplir sus órdenes. Después de todo, son solo seis semanas.

Haciendo malabares con los periódicos, el café y mi bolso, consigo abrir la puerta y silenciar la alarma. Mis tacones resuenan contra el piso mientras camino, y considero que el interior es tan decepcionante como el exterior: pisos de mármol, muchos muebles de madera enormes, dos grandes escaleras sinuosas que conducen a alas separadas de la casa. Yo duermo sola en un estudio, así que no puedo imaginar cómo me sentiría en un espacio tan vasto. Por otra parte, es indudable que Hayes no duerme solo a menudo.

Saco los dos teléfonos móviles que he heredado de Jonathan, uno para las llamadas normales de Hayes y otro para las emergencias, y estoy a punto de ordenar los periódicos cuando lo oigo bajar las escaleras. Mi corazón comienza a latir demasiado rápido, casi audible. Tratar con pacientes y hacer pendientes será la mayor parte de mi trabajo. Eso puedo manejarlo. Para lo único que no estoy preparada es para encontrarme con el hombre en persona.

Miro en el espejo frente a mí, confirmando que la nueva blusa de seda todavía está metida y la mancha de café derramada en mi falda

no es demasiado obvia. Todo en mí grita “soy tamaño bolsillo y no amenazante”: llevo el cabello recogido en una coleta alta, rímel y bálsamo labial en mi cara y nada más, aparte de mis ojos, que permanecen un poco, *um*, rebeldes. Necesito que digan *estoy aquí para servir*, y en este momento dicen algo más como *llevo gas pimienta o conozco a pandilleros*.

Antes de que pueda corregirlo, él aparece, vestido con una camisa blanca impecable y un traje negro, es incluso más alto de lo que me había dado cuenta, e incluso más guapo. El cabello oscuro reluciente, húmedo y despegado de su rostro, un ligero rubor en sus pómulos afilados, todavía caliente por la ducha.

Es una cara que te obligaría a mirar una segunda y luego una tercera vez. Una cara que te hace prepararte para el sonido de su voz... indudablemente baja y áspera como la grava, el tipo de voz que toca un acorde en la base de tu estómago, y te hace apretar los muslos con anticipación. O lo haría, si no me mirara como si acabara de irrumpir en su casa.

—¿Esto es una broma? —él exige. Su voz es exactamente como la imaginé. Lástima que tuviera que arruinarlo siendo él. Debe haber sabido que venía, y todavía no he hecho nada malo.

—No —digo, de repente agradecida de que la encimera nos separe—. Soy Tali. Jonathan me pidió que lo reemplazara mientras él no estaba. Supuse que lo sabías.

Un músculo parpadea en su mandíbula.

—Me dijo que mi reemplazo se llamaba Natalia —dice, exhalando un suspiro—. No que era su amiga, la *bartender*.

Dice “bartender” como si fuera sinónimo de *racista* o *pedófilo*. Creo que un tipo que bebe tanto como él tendría un gran respeto por mi profesión.

—¿Hay algún problema? —pregunto. Mi voz es probablemente más amenazadora y menos conciliadora de lo que se requiere; no hay mala

situación que no pueda empeorar, pero renuncié a mi trabajo por esto, así que no voy a caer sin luchar.

—Necesito hablar con Jonathan cuando aterrice —dice, presionando el puente de su nariz entre el pulgar y el índice—. Obviamente ha habido un malentendido. Quiero decir, ¿tienes alguna experiencia?

¿Qué si tengo experiencia en contestar el teléfono y recoger la tintorería? Sí. Toneladas. Realmente no puedo creer que a Jonathan le preocupara que me acostara con este tipo. De acuerdo, me gustaría hacerle muchas cosas, pero en su mayoría involucran escupirle, y no de una manera sexy.

—Sí —respondo, cruzando los brazos debajo de mi pecho—. La última vez que lo comprobé, responder teléfonos no requería un título de Harvard.

—El que claramente no tienes —dice.

Podría refutar que asistí a la escuela de posgrado, pero hacer referencia a algo que *abandoné* probablemente no ayudará en mi caso.

Agarra el café, suspirando mientras mira el azúcar. Aparentemente, está demasiado ocupado y es muy importante para romper sus propios paquetes de azúcar. Lección aprendida para mañana, no es que parezca que habrá un mañana.

—Voy a llamar a Jonathan —dice, ya alejándose—. No te pongas cómoda.

La puerta se cierra de golpe y mi respiración me abandona, lenta y profundamente. ¿Qué diablos pasó? Lo entendería si no le agradara después de conocerme, no sería el primero, pero estaba siendo un idiota incluso antes de que abriera la boca.

Me apoyo en la encimera de mármol y presiono la cara contra mis manos, la decepción al final se apodera de mí. Ya renuncié en Topside y con muy poco aviso. No me volverán a contratar, lo que significa que, a menos que encuentre algo más rápidamente, me iré a casa a

Kansas con el rabo entre las piernas, tal como mi exnovio predijo que lo haría.

Lo más difícil es que este trabajo se sintió como una señal: que las cosas irían bien, que iba a poder salir de este agujero en el que estoy, pero toda la suerte que tuve se evaporó en el momento en que acepté ese adelanto. ¿Por qué esto sería diferente?



Eventualmente camino a la oficina de Jonathan, que está justo a la derecha de la cocina. Es pequeña y soleada y de estilo zen en su austeridad. Aparte del escritorio y la silla, la única decoración es un único helecho verde brillante y dos fotos enmarcadas, una de Jason y otra de nosotros tres, riendo con la brisa con el muelle de Santa Mónica iluminado detrás de nosotros.

Bebo un sorbo de café frío y empiezo a anotar los mensajes del fin de semana, esperando a que me despida. Casi, *casi*, he aceptado la idea, cuando él me llama al mediodía, pero mi estómago todavía da vueltas. Nunca me habían despedido, tampoco he perdido tanto dinero de una sola vez.

—Esta mañana —comienza con rigidez—, estaba... sorprendido. Solo quiero asegurarme de que sepas lo que te espera aquí. No es un trabajo fácil.

El alivio sisea a través de mi sangre, como el vapor escapando de una válvula. No estoy segura de qué lo hizo cambiar de opinión, y realmente no me importa.

—Está bien.

—Trabajarás muchas horas —dice—, y tendrás que hacer... otras cosas también.

Me hundo en mi silla.

—Eso suena como el tipo de cosa vaga que Harvey Weinstein¹ sugeriría —digo con una risa incómoda.

Esto es recibido con absoluto silencio. Aparentemente, una vez más he descarrilado una conversación con uno de mis extraviados intentos de humor.

—No —dice finalmente—. Pero puede que haya cosas de mi estilo de vida que te parezcan desagradables.

—¿Te refieres a las frescas? —Simplemente sale. Internamente me estremezco por mi falta de filtro. Necesito un bozal—. No importa. No me importan las cosas desagradables. Está bien.

—Está bien —dice con una pesada y decepcionada exhalación. Claramente, esperaba que me fuera por mi cuenta—. Puedes quedarte hasta que vuelva Jonathan. Y estoy seguro de que te dijo esto, pero permíteme volver a enfatizar: nadie obtiene mi número personal. Nadie.

Jonathan ya me explicó esto, con la urgencia de alguien discutiendo códigos nucleares. Debo tomar mensajes si alguien llama y reenviarle los mensajes de texto que parezcan pertinentes, personales o de otro tipo, pero las únicas personas que realmente tienen el número de Hayes son su amigo Ben, Jonathan y ahora yo... así que sabrá quién tiene la culpa si se difunde.

—Tengo que asegurarme de que la gente te deje en paz. Jonathan me lo dijo.

—Exactamente —responde—. Y eso te incluye a ti. —Y luego cuelga sin decir nada más.

Lanzo un profundo suspiro y cierro los ojos. Serán seis semanas muy, muy largas.

Capítulo 3

Descubrí que no hay día tan malo en el que pasar por la nueva valla publicitaria de mi exnovio no pueda empeorarlo. Mientras paso entre cafeterías hipster y tiendas de comestibles orgánicos camino al trabajo, la bonita cara de Matt me sonríe desde el costado de un edificio de diez pisos, convenientemente ubicado para que no pueda evitarlo sin apartar la vista de la calle por completo.

La primera gran oportunidad de Matt fue en esta película de la era de Vietnam, *Write Home*, interpretando a un joven soldado cuya muerte hizo llorar a los espectadores. Su cara bonita es lo que primero llamó la atención de la gente: los labios exuberantes, los ojos azules, y los rasgos perfectos, pero creo que lo que convenció a la gente es que básicamente había interpretado una versión de sí mismo: dulce, serio y bien intencionado. Un chico sencillo que se preocupaba por quienes lo rodeaban y solo quería volver con su chica en casa.

Es la cara que todavía veo cuando miro esa valla publicitaria: el estudiante de segundo año de secundaria que se enamoró, inexplicablemente, de una aficionada a los libros de catorce años. El chico dulce que me llevó al baile de graduación, y que obtuvo casi todos mis *primeros*. ¿No debería ver la falsedad en él cuando miro hacia arriba y veo su rostro ahora? Realmente odio no poder verla. Porque si todavía no sé dónde me equivoqué con Matt, ¿cómo lo sabré con alguien más?

Llego a la casa de Hayes. Recojo los periódicos y apago la alarma. No dejaré que Matt arruine mi día.

Coloco el café de Hayes en el mostrador con el azúcar ya agregada. No queremos que él rompa el sobre y la remueva por sí mismo, como un idiota.

Me preparo cuando lo escucho bajar las escaleras, anticipándome

más a esa actitud amargada que tuvo el día anterior, pero apenas me mira cuando entra a la cocina. A pesar de su evidente agotamiento, es difícil apartar la mirada de él y me respeto menos por eso. Esos hombros anchos y su boca carnosa no lo convierten en un ser humano decente.

Toma un sorbo de café y cierra los ojos.

—Advil —exige—. Cajón a la izquierda. —Habla a medio volumen, con voz ronca.

Hace mucho tiempo, podría haber sentido algo de lástima por él, pero estoy un poco concentrada en guardarme la compasión para mí misma en este momento, y él es lo suficientemente mayor para saber lo que sucede cuando bebes hasta emborracharte.

Encuentro el frasco y se lo deslizo.

—¿Cómo llegaste a casa? —le pregunto.

Él entrecierra los ojos.

—No calificada *y* prejuiciosa. Qué combinación ganadora —murmura, vertiendo muchas más pastillas en su mano de las que debería—. Hay un servicio que te trae en tu auto a casa si has estado bebiendo. ¿Dónde está la agenda?

Cruzo la habitación para sacarla de la impresora. Aunque Hayes generalmente tiene un día de cirugía y un día de consultas en el consultorio a la semana, su fama —la parte que no involucra a su pene, de todos modos— es lo que ocupa todos los fines de semana y cualquier día de la semana libre: las visitas a domicilio. Las celebridades no quieren arriesgarse a ser fotografiadas con la cara magullada y ensangrentada, por lo que Hayes va hacia ellas, haciendo visitas domiciliarias como un médico colonizador, aunque uno que se enfoca más en inflar los labios que en amputar extremidades.

Frunce el ceño cuando se la entrego. No tengo ni idea de si ese ceño fruncido es culpa mía o de la agenda, pero Jonathan me advirtió que

Hayes se pone muy malhumorado en los días de visitas a domicilio.

Que son casi todos los días de su semana, por lo que Jonathan podría haber dicho que *siempre está muy malhumorado*, en aras de la eficiencia.

Él se levanta.

—Hay una mujer arriba. Asegúrate de que se vaya después de que se levante.

Mi mandíbula se abre. Supongo que esta es una de las *cosas* a las que se refirió ayer de manera tan indirecta.

—¿No quieres... ya sabes... *despedirte* de ella?

Levanta una ceja imperiosa mientras toma su café.

—¿Por qué iba a hacerlo, cuando te tengo a ti para encargarse de eso por mí?

—¿Y exactamente cómo se supone que voy a sacarla de tu casa? ¿Hay un arma de fuego disponible, acaso?

Escucho un suave gruñido que puede ser una risa o tal vez sea su forma de decir *cállate la boca* sin hablar.

—Llévala a desayunar —responde, como un hombre que ha hecho esto mil veces antes—. Es mejor no terminar nunca las cosas en la propiedad, en caso de que se nieguen a irse. Ah, y envíale algunas flores.

Mis ojos se ponen tan atrás que me preocupa que se atasquen de esa manera.

—¿Qué debería decir la nota?

Se encoge de hombros y se levanta.

—No sé. Seguro que se te ocurrirá algo.

—*No esperes una llamada* —sugiero.

Se frota la frente.

—Qué tonto de mi parte, pensar que podrías manejar ese *único* detalle sin guía. Simplemente agrádecele por una agradable velada o algo así.

—De acuerdo. ¿Cuál es su nombre?

Se detiene en su lugar, mirándome mientras piensa, como si esperara que la respuesta apareciera en mi frente.

—¿Lauren? —él sugiere—. ¿O Eva?

—¿En serio me estás diciendo que ni siquiera sabes el nombre de la mujer en la que insertaste tu pene anoche?

Su mirada se posa en mi boca durante un largo momento y luego se aparta mientras libera una respiración lenta y controlada.

—¿En serio me estás diciendo que no puedo pedirte que hagas una maldita cosa sin escuchar tu opinión al respecto?

Supongo que tiene razón, pero parece que no puedo dejarlo pasar.

—No puedo creer que no conozcas su nombre.

—Solo salgo con mujeres que saben que no deben esperar nada de mí —dice, dándose la vuelta para irse—. Aprenderme sus nombres crearía falsas expectativas.

—Me aseguraré de que se haya ido —respondo, frunciendo el ceño mientras él se aleja. Es exactamente el tipo de mierda que esperaba que dijera. Simplemente no esperaba que sonara tan... infeliz por eso.



El ama de llaves, Marta, llega una hora después. Nos conocimos ayer, pero no tuvimos la conversación más larga dado que mi

conocimiento del español lo obtuve al ver Dora la Exploradora con mi sobrina, lo cual no es particularmente útil en mi situación actual. No recuerdo un solo episodio en el que Dora tuviera que decirle al mono Botas que hay una mujer desnuda arriba.

—Señorita —digo en español, señalando hacia el segundo piso antes de hacer la mímica de dormir, presionando mi cara contra una almohada imaginaria—. Dormir. —Ella parece entender. Lo más probable es que sea normal por aquí.

Le doy a Lauren/Eva unas horas para dormir, con la esperanza de que pueda salir de la casa sola, pero cuando eso falla, me rindo y voy a la habitación de Hayes. A diferencia del resto de la casa, su habitación se ve bastante habitada en este momento entre toda la ropa en el piso y la rubia completamente desnuda en su cama. Doy un paso con cuidado en su dirección, realmente no sé qué haría si pisara un condón usado. Lo más probable es que me ampute el pie.

—Hola —le digo cuando la llego hasta ella—. ¿Lauren? Eva?

No hay respuesta.

—¿Abby? ¿Gwyneth? ¿Judy Dench?

Doy un aplauso. Todavía no hay nada. Empiezo a preguntarme si está muerta, que es cuando mi cerebro de escritora se mueve solo. Veo que todo pasa ante mis ojos: me doy cuenta de que está rígida, tomo el teléfono para marcar el 911 y la voz de Hayes responde al otro lado. *“Sabía que no se podía confiar en ti”*, dice, mientras una puerta baja y me encierra. *“Le advertí a Jonathan que no pasarías la prueba”*.

Extiendo la mano y sacudo su hombro, aumentando mi volumen hasta que prácticamente estoy gritando.

Finalmente levanta la cabeza. El maquillaje está manchado por toda su cara y las costosas sábanas de Hayes.

—¿Por qué me gritas? —ella murmura.

Su cabeza comienza a hundirse en la almohada de nuevo. ¿Quién

diablos duerme *tan* pesado en la casa de un completo extraño?

—Lo siento —respondo—. La señora de la limpieza necesita entrar aquí. Son las diez y media.

Sus ojos se abren de par en par y, de repente, se levanta de la cama y levanta el sujetador del suelo.

—Mierda, mierda, mierda. Debo estar en la corte, no tengo tiempo para llegar a casa.

Recoge el diminuto vestido rojo del suelo.

—Hoy tengo un caso de agresión sexual. Oh, Dios, esto es malo.

Todavía estoy procesando mi sorpresa —asumí que cualquiera que fuera a casa con Hayes estaría en el lado *equivocado* de la ley—, cuando sus ojos parpadean hacia mi nuevo atuendo comprado para este trabajo.

Por favor no preguntes, pienso. Sí, ganaré veinticuatro mil dólares si cubro las seis semanas completas, pero ni siquiera eso cubrirá lo que debo si no termino el libro.

—¿Podemos cambiar? —ella suplica—. Te lo ruego. Por favor, intercambia tu ropa conmigo.

—No puedo usar, eh, *eso* todo el día —respondo, estremeciéndome—. Acabo de comenzar este trabajo y...

—Pero, ¿no está él en el trabajo? —me pregunta—. No tendrá ni idea.

Quiero decir que no. Nunca recuperaré mi ropa, especialmente una vez que Hayes no vuelva a llamarla, pero se ve tan preocupada, y he tenido suficientes momentos en mi vida en los que un pequeño error se sintió como el fin del mundo, por eso alcanzo el vestido rojo.

No es como si alguien me fuera a ver de todos modos.



—Necesito que nos encontremos en Malibú —me dice Hayes exactamente quince minutos después.

Es un giro de la trama que debería haber predicho absolutamente, dada la forma en que ha ido mi año.

—Umm... ¿okeeey? —Miro el vestido rojo, que apenas llega a mis muslos.

—¿Hay algún problema? —me pregunta. No hemos intercambiado diez palabras y ya está molesto—. ¿O la pregunta más adecuada podría ser *hay alguna parte de este trabajo con la que no tendrás ningún problema?*

—No hay ningún problema en absoluto. —*A menos que tengas un código de vestimenta para empleados*—. Voy en camino.

Reúno los artículos que me pidió y entro en mi auto, preguntándome mientras recorro la ciudad cómo diablos voy a explicar por qué estoy usando lo que equivale a un camisón sexy.

A pesar de la humillación que se avecina, algo se calma en mi pecho cuando giro hacia el norte por la Pacific Coast Highway. ¿Cómo no iba a ser posible con el océano a mi izquierda y el acantilado sobresaliendo hacia el mar delante de mí? Con las ventanas abiertas y una brisa cálida que sopla con el aroma del agua salada y a exfoliante de salvia, todo se siente bien en el mundo, incluso si es un mundo en el que estoy mayormente desnuda.

Me encuentro con él frente a una casa en la playa que probablemente cueste más al año de lo que ganaré en mi vida. Saco el enfriador de relleno y Botox solicitado de la parte de atrás y me doy la vuelta para encontrarlo parado rígidamente al lado de su auto,

mirándome.

—¿Estás... estás usando el *vestido* de mi cita? —pregunta, horrorizado.

El lado positivo de no tener nada que perder es que... que no tengo nada que perder.

—¿Te gusta? —le susurro, alzando los ojos nerviosos y esperanzados hacia él—. Me deshice de ella, tal como me pediste.

Está congelado. Hay confusión en su mirada y la más mínima semilla de terror naciente.

—¿*Qué?* —él ladra.

Me muerdo el labio y aprieto las manos como una niña arrepentida.

—Pensé que te gustaría. Ahora podemos estar juntos para siempre.

Tiene la boca abierta y puedo leer sus pensamientos con tanta claridad: *esto no puede estar sucediendo. Dios mío, ¿qué ha hecho ella?*

Quiero seguir en el papel, pero me siento contra el capó de mi auto y empiezo a reír.

—Mierda. Ojalá pudieras ver tu cara. Tu invitada llegaba tarde a la corte y me pidió que le diera mi ropa.

Se le escapa un suspiro.

—*Maldita sea.* —Pasa sus manos por todo ese bonito cabello, desordenándolo. Hombre, me encantaría hacerle eso a su cabello solo una vez—. Espera. ¿Te pidió prestada la ropa y tú dijiste que *sí*?

Me encojo de hombros.

—Ella estaba realmente preocupada.

Me mira como si esperara más explicaciones, y cuando no llegan, se extiende entre nosotros para agarrar la hielera.

—Eso fue amable de tu parte —dice, con el rostro tenso de disgusto

mientras se aleja.

Extrañamente, parecía más cómodo cuando pensaba que yo podría ser una asesina.

Capítulo 4

Me gusta pensar en mí misma como alguien que pone a la familia en primer lugar, pero cuando el nombre de mi hermana mayor aparece en mi teléfono, considero dejarlo ir al buzón de voz. Hasta la muerte de mi padre el verano pasado, Liddie era mi mejor amiga. Ahora, sin embargo, parece que el callejón sin salida entre nosotras es tan amplio que no se puede atravesar, y lo último que necesito después de un largo día de trabajo es una de sus inevitables conferencias sobre Matt.

—Todos cometemos errores —dice cada vez que hablamos, porque para ella, Matt es de la familia, es el mejor amigo de su esposo, un elemento fijo de nuestra adolescencia. Ella dice que se siente como si algo faltara cuando estamos todos juntos, excepto Matt. Me pregunto si alguna vez se le ha ocurrido pensar que a mí también me falta algo. Que cuando la veo a ella y a Alex juntos, jugando a la familia feliz con su hija, veo la etapa de vida por donde se *supone* que debería ir una relación de diez años.

Apenas le dije hola antes de que se lanzara a su última actualización de ovulación/embarazo, otra fuente de irritación para mí. No es que me importe que ella intente quedar embarazada, pero su obsesión por eso me irrita. A veces parece que ni siquiera lloraba a nuestro padre; el funeral apenas había terminado cuando ella estaba hojeando un libro de nombres de bebés, como si simplemente se hubiera lavado las manos de todo el asunto.

—Pensé que estaba ovulando, pero hice esta prueba y dice que no —me dice. Subo a mi cama con una taza de fideos ramen. Matt pensó que estaba siendo generoso, dejándome quedarme con todos nuestros muebles viejos de mierda, pero tuve que mudarme a un sitio más pequeño después de que se fue. Nuestra cama tamaño king ocupa tanto espacio que no hay lugar para nada más y, por lo tanto, sirve

como sofá, escritorio y mesa de comedor, todo en uno—. Pero ya sabes, dicen que cuando el moco cervical se espesa...

—Liddie, estoy comiendo —le digo—. Y ya sabes lo que siento por las palabras *moco cervical*. ¿Has hablado con Charlotte?

Nuestra hermana menor, ahora en su cuarto mes en un centro de atención residencial, afirma que no se siente sola ahí. Liddie tiende a creerle, por razones que no puedo empezar a comprender. Charlotte es la misma niña que nos dijo que estaba bien, una y otra vez, antes de tragarse una botella entera de aspirinas.

—No en esta semana, estoy tan ocupada con Kaitlin durante el día y es difícil atraparla por la noche. ¿Cómo está el nuevo trabajo?

Debido a que ella insistió en que este trabajo era una idea terrible, no tengo más remedio que afirmar que va bien, aunque eso puede ser un poco exagerado. Hayes claramente no pensó que la proeza de hoy fuera tan divertida como yo.

—En serio me pagan cuatro mil dólares a la semana por contestar teléfonos.

—Con una boca como la tuya, no contaría con que dure —dice—. Todavía no veo por qué tuviste que darle a mamá todo tu adelanto.

Mis ojos se cierran con fuerza. Liddie no puede ayudar a aliviar los problemas financieros de mi familia de ninguna manera, pero seguro que no le importa criticarme por intentarlo.

—No me di cuenta de que no iba a poder escribir el libro —respondo, con las palabras recortadas. Le di a mi madre el anticipo para pagar la hipoteca. Si hubiera sabido que terminaría poniendo todo el tratamiento de Charlotte en tarjetas de crédito que no puedo pagar, lo habría pensado mejor.

—Aún tendrías tiempo para terminar el libro si no hubieras aceptado ese estúpido trabajo —dice. Escucho el tintineo de los cubiertos de fondo—. Y no lo necesitarías si le pidieras el dinero a

Matt. Háblale, él es parte de la familia.

Mis dientes rechinan con tanta fuerza que probablemente ella pueda oírlo hasta Minnesota.

—No, no lo es.

E incluso si me envenenaran y Matt fuera el único con el antídoto, no aceptaría su ayuda. Si me estuviera ahogando y él me arrojara un salvavidas, usaría lo último de mi energía para mostrarle el dedo. Que la mitad de lo que dijo al final parezca ser verdad no disminuye mi rabia. Recuerdo el fuego que me atravesó después de que nos separamos; *le mostraré*, dije cien veces al día. Ese fuego todavía está ahí, pero cada vez que lo veo en una revista o en los chismes en línea, se siente como si él ya hubiera ganado.

—Déjalo que intente arreglar las cosas —me ruega.

—Las cosas que rompió no se pueden arreglar. —No por él, de todos modos. Probablemente por nadie. Que me condenen si lo dejo darme dinero para absolverse de su culpa.

Capítulo 5

Hayes acaba de bajar cuando llego a la mañana siguiente. Es su día en el consultorio: consulta, relleno, consulta, Botox, consulta... todo el día, en citas de quince minutos. Parece haberse preparado para ello bebiendo grandes cantidades de alcohol y durmiendo poco. Solo llevo tres días, pero ya no espero nada más.

—Te ves terrible —le digo.

—¿Estaba juzgarme en la lista de tus deberes laborales? —pregunta, presionando sus dedos en sus sienes mientras se desliza sobre un taburete—. No puedo recordarlo.

Dejo dos Advil junto a su café y le deslizo la agenda. Uno de estos días le voy a adjuntar un panfleto sobre el alcoholismo funcional.

—¿Viste el mensaje de tu, eh, nueva amiga? ¿Keeley? —pregunto.

Sus ojos permanecen en la agenda, pero asiente. Todavía no puedo creer que les dé a estas mujeres el número de su asistente. Está mal en muchas maneras.

—Entonces, ¿realmente no hay nadie que obtenga tu número? —Probablemente sueno más exasperada de lo que debería, dado que él me ha llamado prejuiciosa cada vez que hemos hablado.

—Nadie —dice—, y me refiero a nadie. Ni el presidente. Ni el Papa. Ni siquiera mi propia madre.

Una risa sobresaltada se me escapa.

—¿No estás hablando en serio? ¿Sobre tu mamá?

Me mira con una ceja cansada. *Estás siendo prejuiciosa de nuevo*, dice esa ceja.

—Si ella llama, simplemente pásame el mensaje, pero ten una pequeña charla con ella si eso te molesta.

—Excelente. Usaré ese tiempo para trabajar en mi acento británico —respondo—. *La mejor de las mañanas para ti, jefe.*

Mi acento necesitaría algo de trabajo. Sueno como un pirata en una caricatura para niños.

—Nadie ha dicho eso en Inglaterra durante, aproximadamente, un siglo.

—*Avienta otro camarón a la barbacoa. Oye, el campo de quidditch está en buen estado, ¿no?* —Lazo mi brazo y lo balanceo alegremente, como si fuera el Capitán Jack Sparrow, guiando a los chicos en la canción.

Hay una pequeña contracción en su boca, un destello de ese hoyuelo que he visto en las fotos.

—Espero que no vayas a hacer una audición para el papel de una británica en el corto plazo.

—No voy a hacer una audición para ningún papel, obviamente. Estaba viviendo el sueño como bartender, y ahora lo estoy viviendo, echando a las mujeres de tu cama y, espero, conversando largamente con tu mamá. —Ya está recogiendo sus cosas, preparándose para olvidarse de mí por el día. Ojalá no hubiera descarrilado la conversación sobre su madre con mis intentos juveniles de hacerlo reír.

»Sé que no es de mi incumbencia —empiezo.

Él suspira profundamente.

—Parece poco probable que eso te detenga.

—¿Qué pasó con tu mamá?

Me mira lo suficiente como para estar segura de que está a punto de decirme que me vaya a la mierda, pero en cambio se encoge de hombros.

—Ella me amenazó con excluirme de su testamento si no rompía con mi novia —dice—. No cumplí. Claramente, un error de juicio por mi parte, ya que mi madre resultó tener razón. —La palabra *novia* me golpea como un martillo. Nunca soñé que lo oiría pronunciarla, a menos que fuera en broma.

—*Tú* tuviste una novia.

Estoy esperando el remate, pero en cambio suspira y se pasa la mano por el pelo.

—Lo creas o no, fui un monógamo en serie la mayor parte de mi vida. Obviamente, vi la luz. —Escucho una pizca de arrepentimiento en su tono, lo veo en la mirada perdida en sus ojos, parpadeando tan pronto como aparece.

¿Cómo se pasa de ser un monógamo en serie a ser... *Hayes*? ¿Qué tiene que suceder para cambiar a alguien tan drásticamente?

—¿Y ella realmente te excluyó? —pregunto.

Se encoge de hombros de nuevo, como si no tuviera sentido.

—Yo ya estaba afuera de la escuela de medicina en ese momento y no necesitaba su dinero, pero luego me mudé aquí, cerca de mi padre, y ella nunca me lo perdonó.

Yo también odio un poco a su mamá, ahora.

—Supongo que no tengo que preguntar con qué padre eres más cercano, entonces.

Una sombra pasa por su rostro.

—Uno pensaría que sí —dice, levantándose para irse—, pero eso es porque no te he dicho lo que hizo mi padre.

Él sale y me encuentro con un pequeño dolor en el centro de mi pecho. Al mirarlo, uno pensaría que él tiene todo lo que un hombre podría desear: apariencia, riqueza, mujeres arrojándose sobre él a diestra y siniestra.

Pero también tiene una madre despreciable, y un padre que en realidad podría ser peor, no tiene hermanos que yo sepa y una novia por la que lo dio todo... una que ya no está. ¿A quién recurre cuando las cosas salen mal? ¿Dónde pasa las vacaciones? Parece mantenerse tan ocupado que apenas tiene tiempo de preguntarse si su vida se siente un poco vacía sin familia. Si fuera alguien más que *Hayes Flynn*, el seductor de mil actrices destrozadas, me preguntaría si no era esa precisamente su intención.



La pequeña oficina soleada junto a la cocina de Hayes es mi lugar feliz. O podría serlo, si no tuviera que hacer mi trabajo.

Hoy, como siempre, me siento con la agenda en la computadora portátil frente a mí, hundiéndome más y más en mi silla mientras escucho a mujeres ricas y hermosas enumerar sus defectos. Es descorazonador en el mejor de los casos. El dinero, en mi opinión, solo parece haberles dado más tiempo para descubrir lo que odian de sí mismas, lo que las lleva a llorar, lamentando las patas de gallo y las arrugas sobre sus labios superiores. La cirugía plástica no tiene nada de malo, pero lo que me molesta es su desesperación, su sentido de urgencia, como si nada más importara. Hago sus citas deseando poder decir en su lugar, *mira, es hermoso allá afuera, puedes hacer lo que quieras. Deja de llorar con un extraño por la simetría de tus fosas nasales.*

Cuando finalizan las llamadas, imprimo las facturas y luego me apresuro a hacer sus compras del día: una navaja que venden en una tienda ridículamente cara en Melrose, patatas fritas y Marmite en una tienda en el Valle de San Fernando.

Para cuando vuelvo a mi estudio, que es un nombre glamoroso para una habitación del tamaño de una unidad de almacenamiento y con la misma cantidad de luz natural, estoy exhausta.

Preparo una taza de ramen y finalmente me acomodo en lo que considero mi *verdadero* trabajo. Del que parezco incapaz.

Las primeras cien páginas del libro volaron de mis dedos. Aisling y Ewan son jóvenes amantes que han escalado por un agujero en la pared que separa a los fae de los humanos. Se supone que es temporal, porque Aisling tiene un hermano menor del que cuidar, pero la riqueza y la opulencia del reino de los faes es más convincente de lo que esperaban. Cuando Ewan se niega a irse, habiendo cambiado en formas que él mismo no reconoce, Aisling tiene que salvarlo de sí mismo y volver por el agujero antes de que se cierre para siempre.

No me di cuenta, en ese momento, de que estaba escribiendo sobre Matt y yo, que las pequeñas formas en que cambió cuando llegamos a Nueva York me molestaron mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir. Estaba demasiado ocupada horrorizándome por el hecho de que lo estaba escribiendo. En mi programa de maestría en bellas artes, se esperaba que escribiéramos cosas que eran tristes y muy reales, como un día en la vida de una secretaria que piensa en suicidarse, o cinco personas atrapadas juntas en un ascensor, desmoronándose lentamente. Escribir un romance de fantasía por la noche fue mi secreto más vergonzoso durante mucho tiempo, y lo que más disfruté. Ahora que se *supone* que debo escribirlo, ya no quiero hacerlo.

Cuando las palabras no llegan, cuando me encuentro pensando en *simplemente rendirme*, cierro la computadora portátil y me pongo ropa para correr. No me encanta correr de noche en Los Ángeles, pero es necesario. Mi frustración con el libro es a menudo insoportable, y correr es el único método que tengo para deshacerme de ella.

Tomo el sinuoso camino de la playa que va de Santa Mónica a Venice, esquivando a mendigos y turistas borrachos durante todo el camino mientras reflexiono sobre la historia. ¿Por qué no puedo terminarla? El libro muere en el punto en el que se supone que Aisling debe dar un paso al frente y salvar a Ewan de sí mismo, y parece que no puedo superarlo.

Aumento el ritmo hasta que me arden los pulmones y las piernas me pesan. ¿Habrían sido diferentes las cosas si me hubiera quedado para terminar mi carrera? ¿Habría terminado fácilmente el libro? ¿Matt me habría dado por sentado un poco menos de lo que lo hizo?

Excepto que Matt tuvo su primer gran papel en Los Ángeles y me quería aquí con él, y yo acababa de conseguir el contrato del libro y necesitaba un tiempo libre de todos modos. La elección me pareció obvia en ese momento.

Como Hayes, me mudé aquí para estar cerca de alguien que no me merecía, y renuncié a cosas que importaban por una persona que ya no está. Supongo que tiene sentido que él lleve su vida como si nada en ella realmente importara.

Empiezo a sentir lo mismo por mí misma.

Capítulo 6

De camino al trabajo a la mañana siguiente, llamo a Liddie para recordarle sobre la fiesta de cumpleaños para Charlotte en Zoom de esa noche.

Liddie gime.

—¿Por qué lo hacemos tan tarde? Eso es justo a la hora de dormir de Kaitlin, además estoy ovulando, así que, eh, Alex y yo tenemos planes.

—Porque *no* es tarde en donde yo vivo y una de nosotras tiene que trabajar. Además, que *asco*.

Llego en la entrada circular de Hayes justo cuando una mujer que se parece mucho a mi hermana sale por la puerta de su casa.

—Tu doble está saliendo de la casa de Hayes —le digo.

—¿Quieres decir el *tuyo*? —pregunta con una risa. Supongo que me tendí una trampa a mí misma. Las tres hermanas Bell nos parecemos bastante—. Tal vez deberías preguntarte por qué se está tirando a alguien que se parece a su asistente.

—Dada la cantidad de mujeres con las que se acuesta Hayes, es probable que suceda eventualmente —respondo mientras cuelgo.

Hayes ya está en el mostrador, esperando.

—Tu cita se parecía a mi hermana —le digo, colocando su café frente a él—. Excepto que mi hermana todavía estaría aquí contándote lo que estás haciendo mal.

Toma su café y lo huele, como si estuviera buscando veneno.

—No me sorprende en absoluto saber que un pariente tuyo está lleno de consejos no solicitados, pero si le hiciera a tu hermana lo que

le acabo de hacer a la mujer que se fue, estaría demasiado agotada para hablar.

Un músculo oxidado en mi estómago se aprieta, pero ha pasado casi un año desde que Matt y yo rompimos, y casi tanto tiempo desde que tuve relaciones sexuales, así que me niego a sentir culpa por la respuesta innata de mi cuerpo hacia Hayes... siempre y cuando nunca actúe en consecuencia.

—Puedo ver cómo una noche contigo sería realmente agotadora —le respondo mientras se levanta—. Apuesto a que no dices *por favor* ni *gracias* alguna vez.

—No, porque los hombres que dicen *por favor* y *gracias* durante el sexo generalmente se conocen como *clientes*.

Lucho fuertemente para no reírme. Un indicio de una sonrisa se desliza, pero me recupero rápidamente.

Él me entrega una nota Post-It.

—Necesito que te encargues de esto.

Se marcha, sin decir *por favor*, ni *gracias*, ni siquiera un *adiós*. Voy a la oficina, dejo mi bolso en el suelo e ignoro el teléfono que suena el tiempo suficiente para leer el post-it que me entregó.

Para mi alivio, no me pide que saque a una mujer desnuda de su cama, pero sí quiere una reservación para el viernes en un restaurante en el que tienes que reservar con un mes de anticipación, necesita que arregle el auto en el que acaba de irse, y pregunta acerca de los “folletos” sin darme ninguna pista de a qué folletos se refiere.

Me rindo al fin y llamo a Jonathan. He estado tratando de darle su espacio, pero no tengo ni idea de cómo proceder aquí, y me muero de ganas de escuchar sobre la niña de diez meses a la que ya llamaron Gemma. Me prometió fotos cuando se fue y no he recibido nada.

—¿Ya la conociste? —Exijo de inmediato, pasando por alto todas las sutilezas.

—Todavía no —dice con un suspiro de frustración—. El orfanato está poniendo un obstáculo tras otro.

Pobre Jonathan. Él y su pareja esperaron en una lista de adopción durante años antes de que esto llegara.

—Lo siento mucho. ¿Hay algo que pueda hacer?

—No —dice—, pero puede que terminemos aquí más de lo planeado. ¿Espero que eso no sea un problema para ti?

Me río con tristeza, recostándome en la silla de la oficina y apoyando los pies en el escritorio.

—Podría ser un problema para tu jefe. Él me odia. Cada vez que le hablo, tiene una expresión de absoluto desprecio en su rostro. En serio, me pregunto por qué ayudamos a Inglaterra durante la Segunda Guerra Mundial.

—Bueno, estaba toda esta cosa sobre el Holocausto y Hitler dominando Europa —dice—. Tal vez es como un niño enamorado, tirando de tus trenzas.

—Un tipo que se ha acostado con la mitad de las actrices en Los Ángeles no está incómodo con las mujeres, ni estaría interesado en mí en primer lugar.

—No te subestimes, Tali —dice en voz baja—. Eres hermosa e inteligente y diferente a lo que él estaba acostumbrado. Y creo que Hayes está mucho más solo de lo que jamás admitiría, incluso para sí mismo. Simplemente no te acuestes con él.

Solo me he acostado con dos personas en toda mi vida. En serio, no entiendo por qué esto se sigue mencionando.

—Aparentemente te perdiste la parte de que yo odiaba a Hayes y que Hayes me odiaba a mí.

—No me la he perdido —dice con una pequeña risa—. No estoy seguro de creerlo del todo.



Con la guía de Jonathan, consigo la reservación solicitada y localizar los folletos que faltan. El auto se debe atender después, en el día de cirugía en el que Hayes no tendrá que salir de la oficina.

A partir de ahí, son un millón de llamadas telefónicas sobre labios que no “sobresalen” lo suficiente y piel desigual, y son las seis cuando me voy. Toda esta fiesta de Zoom, sugerida por la psicóloga de mi hermana, se siente menos propensa a funcionar a cada segundo. *Puedes hacerla tarde*, dijo la doctora Shriner, *para que no tengas que apresurarte a regresar del trabajo a casa*. Poco sabe ella que las siete de la tarde no es tarde cuando trabajas para Hayes Flynn.

Conduzco a casa, maldiciendo el tráfico y la valla publicitaria de Matt, y estoy a solo diez minutos de mi apartamento cuando suena el teléfono del trabajo.

Necesito un esmoquin. Negro, no azul marino. Tráelo a la oficina.

Gimo en voz alta. ¿Quién diablos decide que necesita un esmoquin tan tarde? Ni siquiera sé si se refiere a un esmoquin que ya tiene. Que potencialmente tenga esmoquin en azul marino y negro parece excesivo, pero el minimalismo no es exactamente el estilo de Hayes, y seguramente no puede esperar que alquile uno tan tarde.

¿El esmoquin está en tu armario?

Le pregunto, pero obviamente no se molesta en responder. ¿Qué importa si tengo que perder veinte minutos conduciendo hasta su casa

para comprobarlo?

Con un pie puesto en el acelerador, corro de regreso a su casa y subo las escaleras de dos en dos para llegar a su habitación, que parece opresivamente fría ahora que está libre de ropa en el piso y mujeres en la cama; no hay fotos, ni papeles, ni libros, ni televisión. Jonathan dijo que Hayes no estaba mucho en casa, pero en serio... el tipo tiene que relajarse en algún momento, ¿no? Aparte de sus entrenamientos diarios con Ben y las horas que pasa bebiendo, no se toma ningún tiempo para sí mismo. ¿Por qué está trabajando tan duro si nunca va a relajarse y disfrutar de las recompensas?

Encuentro el esmoquin en la esquina trasera de su vestidor ridículamente grande colgado en una bolsa de ropa junto al azul marino y otros dos en diferentes tonos de negro, y adivino qué par de zapatos quiere con él.

Es solo una vez que he terminado mi tarea que realmente miro a mi alrededor. Aparte de los esmóquines y su extensa colección de zapatos, su guardarropa se compone *completamente* de trajes y camisas. ¡No es que esperara muchas camisas florales hawaianas o camisetas *Booze Crooz 2015!*, pero estoy empezando a ver un patrón aquí. Si Hayes fuera en realidad un robot establecido en la tierra para no hacer nada más que inyectar relleno y follar, así sería su vida. Y sé que tengo lugares para estar, y él es un millonario con un armario más grande que todo mi apartamento, pero me quedo un segundo mirándolo todo. Y sintiéndome un poquito... triste por él.



La oficina de Hayes es un poco más de lo que esperaba que fuera su casa: brillantemente moderna, relucientes pisos de madera de ébano, muebles blancos, y enormes ventanas.

Y personal fríamente imperioso.

—Regístrate —dice la chica detrás del escritorio sin mirar hacia arriba—. Estaremos contigo en breve.

—No soy un paciente —le digo—. Solo estoy para dejar el esmoquin de Hayes. ¿Puedo dejarlo contigo?

Ella finalmente se digna a mirarme a los ojos y luego frunce el ceño.

—Espera —me ordena.

Ella se apresura en algún lugar de la oficina y un momento después regresa con el propio Hayes. Con una camisa de vestir azul marino y los dos botones superiores desabrochados, parece demasiado sexy para ser real. Incluso si estuviera interpretando a un médico en una telenovela, todavía estaría gritando: “¡Ningún médico es tan guapo!” a la TV.

Le entrego el esmoquin, que acepta mientras sus ojos parpadean sobre mí, de la cabeza a los pies. Por una vez, no parece encontrarme deficiente.

—¿Eso es todo? —pregunto.

Él ladea la cabeza.

—¿Tienes prisa? Ciertamente, podrías enseñarnos un poco de ese increíble acento británico que tienes.

Me reiría si no estuviera tan ansiosa por llegar a casa. Mi mirada se dirige a la hosca recepcionista.

—Eso es solo para tus oídos.

—Sin acento y sin pretender que has asesinado a mi cita —dice—. Estoy bastante decepcionado con este pequeño intercambio, Tali. —Su voz es tan baja y seductora que mi estómago se aprieta en respuesta. Me estoy acostumbrando a la versión hostil y con resaca de Hayes... pero este es un juego de pelota completamente nuevo.

La recepcionista lo ve alejarse con el ceño fruncido, como si no estuviera segura de lo que acaba de ver.

Supongo que yo tampoco estoy segura. Hayes, por un momento, no parecía satánico en absoluto.



Tengo que hacer la llamada para la fiesta de mi hermana desde el estacionamiento de Hayes y aun así estoy retrasada. Mi madre y Charlotte se sientan en una oficina en el Fairfield Center y Liddie en su sala de estar en Minnesota. La doctora Shriner dijo que esto ayudaría a “normalizar” los cumpleaños sin mi padre, pero no hay absolutamente nada normal en ver a mi pálida y miserable hermana y a mi madre cansada en una habitación casi vacía mientras finjo estar de buen humor desde un estacionamiento.

—Recibí la tarjeta de regalo y los libros —me dice Charlotte—. Muchas gracias. —Ella ha estado ahí durante meses, pero todavía está fingiendo su felicidad. Puedo verlo.

—Cuando vuelva a casa, iremos de compras —le prometo—. Con lo que gano en este trabajo, ni siquiera tendrá que estar en oferta.

—Todavía no puedo creer que te esté pagando tanto —dice Charlotte, sacudiendo la cabeza—. Pero ¿qué es lo que *haces*?

Liddie pone los ojos en blanco.

—Mírala. No tiene grasa corporal y tiene una boca hecha para hacer mamadas. Estoy bastante segura de que todos sabemos lo que él *espera* que haga.

—Lydia, eso es inapropiado —la regaña mi madre, con un deje de *estoy en mi tercera copa de vino*, lo que no sería un problema si estuviera un poco más cerca de casa de lo que está ahora.

—No estoy diciendo que lo *hará* —dice Liddie—. Aunque probablemente yo lo haría si fuera ella. ¿Has visto al chico?

—¡Liddie! —mi madre y yo gritamos al mismo tiempo. Mi madre se acerca para tapar los oídos de Charlotte, como si todavía fuera una niña pequeña que podría haberse perdido lo que ya se ha dicho.

—Mamá, tengo diecisiete años —protesta Charlotte—. Sé lo que es una mamada.

—Bueno, no deberías —responde mi madre fríamente, cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Podemos intentar que esta conversación sea decente? Cuéntanos cómo fue tu día, Charlotte. La doctora Shriner dice que hubo una fiesta.

Los hombros de Charlotte se traban y no se encuentra con la mirada de nadie mientras pasa sus dedos por el cabello del mismo color que el mío: marrón dorado, vetado con toques de caramelo y rubio fresa.

—Hubo pastel —dice, con su voz plana—. Después de arte, pero era de chocolate.

Charlotte odia el chocolate. Es algo mínimo, pero mi garganta se hincha, inesperadamente. Las vacaciones y los cumpleaños siempre fueron una gran cosa en nuestra casa, especialmente para Charlotte, la bebé de la familia. Es demasiado joven para estar aprendiendo cómo la vida se reduce a nada a medida que creces.

Mi sobrina se lanza frente a la cámara y la conversación pasa de Charlotte a Kaitlin, de tres años, la nueva bebé de la familia.

—Será mejor que me vaya —suspira Liddie—. Tengo que acostar a Kaitlin.

Sospecho que me hace responsable de la hora y siento una pizca de irritación.

—¿No puede hacerlo Alex?

—Ella solo me quiere a mí —dice Liddie.

—Está malcriada —responde mi madre—. Es por eso que necesitas tener otro hijo.

Es lo incorrecto decirle a Liddie en este momento.

—Vaya, mamá —le dice—. ¿Algún otro sabio consejo?

Observo como Charlotte se hunde más en su silla. ¿Esta llamada de Zoom la ha hecho sentir menos sola o *más* sola? Se supone que regresará a casa a finales de agosto. Me gustaría decirme a mí misma que la vida mejorará para ella ahí, pero mientras escucho la discusión de Liddie y mi madre, y la invitada de honor siendo olvidada por completo, es difícil creer que sea verdad.

Capítulo 7

Hayes ya está despierto y esperando cuando llego al día siguiente. Sus ojos se deslizan sobre mí, deteniéndose infelizmente en mi vestido gris perfectamente inobjetable y mis tacones negros.

—Tendrás que venir conmigo esta mañana —dice, su miseria es obvia.

Dejo el café con un golpe sordo.

—¿En tus *visitas a domicilio*?

Me quedé despierta durante horas anoche, preocupándome por Charlotte. Pasar tiempo con él es lo último que necesito hoy.

Señala el primer nombre en la agenda.

—Esa estrella de ahí significa que necesito un asistente. Jonathan las agendó consecutivamente.

—A menos que quieras que use el amplio conocimiento médico que he obtenido al ver *Grey's Anatomy* —respondo, apoyándome en la encimera—, no estoy segura de cómo te sería útil.

—No hace falta decir que no serás especialmente útil —responde, torciendo la boca—, pero aun así te necesito ahí. Vamos.

Él empieza a salir. Aparentemente, debo seguirlo como un perro, lo cual hago, agarrando mi bolso mientras corro para alcanzarlo.

Me sostiene la puerta de su BMW abierta para mí, un poco de caballerosidad sorprendente para un hombre que ni siquiera se molesta en decirme adiós por la mañana. Se sube al asiento del conductor y me mira.

—Es posible que desees arreglar tu vestido —dice, su tono es medio

gruñido, medio disgusto. Su mirada parpadea hacia mis piernas y aprieta la mandíbula.

—¿De repente estamos en 1800? —le pregunto, girando mientras me abrocho el cinturón de seguridad—. ¿Mi reputación estará arruinada porque viste mis muslos de porcelana?

—Realmente tienes que discutir sobre todo, ¿no? — él pregunta y pisa el acelerador, despegando a una velocidad que generalmente asocio con las montañas rusas y los lanzamientos de transbordadores espaciales.

—Sí —respondo—. Y si chocas a esta velocidad, arruinarás tu bonita cara. Buena suerte sobreviviendo en el mundo real sin tu apariencia.

Se encoge de hombros.

—Aún tendré mucho dinero, lo que es mucho más importante para las mujeres.

Buena actitud, pienso, pero ya no tengo la energía para discutir con él. En vez de eso, miro por la ventana, esperando que la vista mejore mi estado de ánimo. Por lo general lo hace, aunque ha habido momentos en los que he echado de menos cosas de mi hogar, sentirme segura cuando camino por la calle por la noche, o el cambio de estaciones, el sur de California me hace feliz de una manera que Kansas nunca lo hizo. El océano, las montañas, el clima perfecto, incluso aquí en la ciudad hay vivaces palmeras de piña que bordean el bulevar, y cada casa que pasamos está salpicada de color: con buganvillas o la espectacular neblina de jacaranda púrpura. Me siento completa de nuevo mirando todo esto, ¿así que Charlotte no lo haría también? ¿No estaría mucho mejor aquí con las vistas, la playa y el sol interminable de lo que estaría en casa, sujeta a los cuidados casuales de mi madre?

Si no estuviera en su último año de secundaria, lo consideraría seriamente. Todavía no puedo creer que mi madre ni siquiera pudiera mantenerse sobria para el cumpleaños de Charlotte. Sé que la muerte de mi padre la golpeó duro, pero, ¿seguramente se da cuenta de que

es hora de ponerse los pantalones de niña grande por el bien de mi hermana?

—Estás sorprendentemente callada —dice Hayes. Casi me había olvidado de que estaba aquí, lo cual fue agradable mientras duró—. Han pasado al menos diez minutos desde que me regañaste o me diste un consejo no solicitado.

—Pensé que lo preferirías. —No aparto los ojos del paisaje mientras respondo.

—Sí —dice, doblando por una pequeña calle sin salida—. No me estaba *quejando*. Solo estaba curioso.

Nos detenemos en la puerta de una villa de estilo español, de la cual cuelgan pesadas enredaderas de flores púrpura y un enorme naranjo salpicado de frutas en el centro del patio. No estoy segura de cuánto tiempo tendré que vivir aquí antes de dejar de emocionarme por todas las cosas que pueden crecer en un clima cálido.

—Entonces, ¿qué voy a estar haciendo? —pregunto mientras se detiene en el camino de entrada—. Vi a un médico en *ER Emergencias* realizar una traqueotomía usando solo un bolígrafo y un cuchillo de cocina. Siento que podría lograrlo.

—Perfecto. —Apaga el motor—. Las traqueotomías son tuyas. Tu trabajo *aquí*, sin embargo, es quedarte quieta. Donde sea que yo esté, tú estás, incluso si ella te pide que te vayas.

Sale del auto antes de que pueda preguntarle por qué diablos *quiere* ella que me vaya.

Una sirvienta uniformada abre la puerta y nos conduce a través de habitaciones vacías hasta el porche trasero, donde espera una pelirroja en camión, bebiendo ya una copa de vino, aunque aún no son las nueve de la mañana. Ella mira a Hayes como si fuera el dulce más delicioso que haya visto en su vida, y cuando lo envuelve en sus brazos, sospecho que conozco mi papel: bloqueadora de pollas designada.

—Hola, Shannen —dice suavemente, separándose—. Déjame presentarte a Natalia, mi asistente.

Es solo cuando ella se vuelve para fruncirme el ceño que la reconozco. Ella interpreta a la esposa rica de alguien en una telenovela que mi mamá ve, uno de esos personajes que siempre está fingiendo embarazos y comprando a la gente para que salirse con la suya. En la vida real, se ve más lamentable que malvada.

—Pensé que podríamos estar solo nosotros dos —dice, mientras Hayes le aplica crema anestésica en todo el rostro—. Esto es algo privado.

Solo puedo asumir, basándome en lo descarada que está siendo, que él se acostó con ella en algún momento y ella se niega a captar una indirecta.

—Natalia está aquí para ayudarme —responde con firmeza y lanza una rápida e incómoda mirada en mi dirección—. Y ella firmó un acuerdo de confidencialidad.

Él rechaza la copa de vino que ella le ofrece y comienza a llenar jeringas de varios frascos diferentes. No estoy segura de cómo puede distinguirlos todos, pero tiene una confianza tranquilizadora mientras los extrae.

—Comenzaré con el Botox —le dice—, y le daré a tus labios la oportunidad de adormecerse. Frunce el ceño para mí.

Él hace pequeñas marcas con un bolígrafo, entre sus cejas y por encima de ellas, y luego comienza las inyecciones.

No me gustan las agujas. Tengo que reprimir mi deseo de estremecerme, pero ella está tan ocupada coqueteando con Hayes que apenas parece darse cuenta. Unos pequeños puntos de sangre manchan su rostro, pero todavía está coqueteando a Hayes tanto como puede.

Finalmente llega a sus labios. Incluso con la crema anestésica, es

claramente incómodo para ella. Me ocupo con un bloc de notas vacío, incapaz de mirar. Cuando termina, se mira en el espejo.

—¿No puedes hacerlos más grandes? —ella pregunta. Su mirada lo recorre y se posa en su entrepierna—. Más grande es mejor, como dicen.

Él le da una sonrisa tensa mientras comienza a empacar su bolso.

—No en lo que a labios se refiere, te lo aseguro.

—Sube las escaleras conmigo un segundo —dice ella, pasando una mano por su antebrazo. Siento un pico inesperado de irritación. ¿Cuántas veces necesita rechazar los avances de esta mujer por el amor de Dios?

—Lo siento —interrumpo, dirigiéndome a Hayes—, pero ya estás retrasado.

Veo una pizca de alivio en sus ojos y también de cansancio. Se disculpa con Shannen y, con su mano en la parte baja de mi espalda, me guía hasta la puerta.

—Entonces, supongo que ella es... ¿una ex? —pregunto una vez que estamos de vuelta en el auto. Me siento orgullosa de mí misma por llamarla “ex” en lugar de algo un poco más despectivo.

—Nunca me acuesto con pacientes —responde—. Y nunca trato a las personas con las que me he acostado.

Es una postura un poco más basada en principios de lo que hubiera esperado de él.

—Entonces, ¿por qué aceptas a pacientes como ella? —pregunto—. Supongo que ganas lo suficiente sin ellas.

—Que creas que algo es *suficiente* —dice—, explica muchas cosas.

Mis labios se fruncen mientras cruzo los brazos sobre mi pecho.

—También lo es el hecho de que creas que *no* lo es.

Me lanza una mirada con los ojos entrecerrados antes de volver a la calle.

—Mira, tú continúa haciendo tu cosa de actriz en apuros y yo seguiré ganando millones de dólares al año, y si nuestras situaciones se revierten de alguna manera, puedes sentirte libre de juzgarme.

—No soy actriz, en apuros o de ningún otro tipo —respondo—. Pero lamento si sentiste que te estaba juzgando.

No dice nada a eso, y creo que tal vez tenía razón. Lo estaba juzgando. Y aparte del hecho de que bebe más de lo que debería y parece disfrutar del sexo con casi extrañas... no puedo decir que mi crítica parezca especialmente justificada. Yo tampoco estoy prosperando exactamente haciendo las cosas a mi manera.

Las siguientes pacientes que ve están distribuidas de manera inconveniente por toda la ciudad: Holmby Hills, Bel Air, Pacific Palisades y Manhattan Beach. No son exactamente como Shannen, pero comparten con ella una falta total de límites y respeto por sí mismas: maridos gritando a sus esposas como si no estuviéramos ahí, niños revoltosos gritando y lanzando una pelota de fútbol por encima de la cabeza mientras su madre tiene una aguja presionada a escasos centímetros de su ojo, pacientes besándose con sus novios como si ni siquiera estuviéramos ahí.

En nuestra última parada del día, antes de encontrarnos con la paciente... nos encontramos con sus perros. Ellos salen corriendo de la casa justo cuando yo salgo del auto, tan rápidos y mucho más grandes que yo sobre sus patas traseras que me arrojan hacia atrás antes de que tenga tiempo de procesar lo que sucedió, con mi cabeza golpeando la ventana con un sonido audible.

Y con la misma rapidez, Hayes está ahí, protegiéndome con su gran figura como una especie de ángel vengador. Parpadeo hacia él mientras me ayuda a enderezarme. Nunca habíamos estado tan cerca, y me encuentro mirándolo a los ojos, a las pequeñas motas verdes que hay ahí, a su hermosa boca, y al pliegue donde a veces, raramente,

aparece un hoyuelo.

—¿Estás bien? —pregunta, con la mandíbula apretada por la preocupación. Probablemente solo le preocupe que vaya a presentar una queja por lugar de trabajo inseguro, pero, no obstante, preocupación.

Asiento con la cabeza. Probablemente es la adrenalina lo que me hace sentir cálida y un poco mareada.

Se vuelve hacia la paciente. Un músculo de su mejilla se flexiona.

—Genevieve, ¿puedes asegurarte de que no entren en la habitación esta vez? —él pregunta—. Realmente no quiero distraerme cuando te estoy inyectando.

—Oh, lo *intento* —dice—, pero ellos solo quieren estar cerca de su mamá.

Lo que me suena a *no*, y ciertamente lo parece cuando nos lleva a la casa, sin hacer ningún esfuerzo por evitar que los perros la sigan. Hayes permanece cerca de mi lado durante todo el camino, con su mano en mi espalda como si estuviera preparado para entrar en acción una vez más, y su mandíbula apretada tanto que me preocupa que esté a punto de romperse una muela.

Cuando todo está listo, Hayes le levanta la barbilla. Justo cuando presiona la aguja en su pómulo derecho, el más grande de los perros entra corriendo a la habitación hacia ellos dos. Presa del pánico, salto en su camino, solo para encontrarme tirada en el suelo.

—Deberías haber traído a Jonathan —reprende Genevieve, mientras Hayes se inclina para ayudarme a levantarme. Pensé que lo había visto enojado antes, pero eso era una pálida imitación de lo que estoy viendo ahora. Sus ojos son oscuros como la noche y más siniestros.

—No voy a poder hacer esto a menos que cierres la puerta —dice Hayes, su voz es tan cortante que apenas es civilizada.

—Pero no puedo —dice Genevieve—. Estarán tristes si no pueden

verme.

Hayes comienza a empacar sus cosas.

—No voy a hacer pasar a mi asistente por esto —dice—. Y tampoco es seguro para ti.

Hayes coloca una mano en mi espalda mientras nos saca de la casa. No sé si está enojado con ella, conmigo, con los perros... o quizás con los tres, pero cuando sube al asiento del conductor, es obvio que está muy enojado por algo.

—Lo siento —le digo.

—No estoy enojado contigo —dice, rechinando los dientes—. Estoy enojado conmigo mismo. Nunca debí haberte puesto en esa posición, eres la mitad del tamaño de Jonathan.

Me inquietan esos pequeños momentos en los que deja de ser tan horrible como pensé que sería. Me obligo a reír.

—Me asombra que estés preocupado por la incomodidad de cualquier persona que no sea la tuya.

Sus hombros se hunden un poco, y siento que recién le di un golpe bajo. Antes de que pueda disculparme, se encoge de hombros.

—A mí también me sorprende.

Permanecemos en silencio la mayor parte del viaje a casa. Es solo cuando me pongo rígida al ver la publicidad con la cara de Matt sobre nosotros que parece notarme de nuevo.

—¿Estás bien? —pregunta Hayes, mirándome.

—Sí —digo, aunque no estoy segura de que sea cierto. No se trata de que extrañe a Matt, o incluso que lamente que haya terminado. Es solo que verlo me recuerda que confiar en alguien más que en ti mismo es una mala idea, y me encuentro con esta extraña necesidad de confiar en Hayes, de todas las personas.



Cuando finalmente colapso en la cama esa noche, exhausta, sueño con el libro, pero ninguno de mis personajes está ahí. Soy yo, de pie en un salón de baile en el castillo, las paredes están cubiertas con terciopelo color burdeos, los candelabros cuelgan del techo y el banquete colocado sobre la mesa no se parece a nada que haya visto en la vida real.

Un hombre está detrás de mí. Realmente no puedo verlo, pero sé que es alto y peligroso.

—Mira a tu alrededor —dice. Su voz es baja y seductora. Mis pezones se erizan y se me pone la piel de gallina en los brazos al oírlo—. Elige lo que quieras y es tuyo.

Sé exactamente lo que él es y que cualquier cosa que ofrezca tendrá un precio, pero no me alejo como debería. Está indecentemente cerca ahora, las solapas de su chaqueta rozan mi espalda desnuda, y siento su aliento en mi cuello, pero me quedo perfectamente quieta, desafiándolo a que se quede dónde está... o se acerque aún más.

Cuando me despierto, mi camiseta está húmeda, pegada a mi piel. Estoy dolorosamente excitada, de una manera que casi había olvidado que era posible. Y lo odio, porque el hombre del sueño era, obviamente, Hayes.

Me ruedo y entierro la cara en la almohada. Es solo el estúpido incidente en casa de Genevieve que se está abriendo camino en mi cerebro cuando realmente no debería. Sí, fue un poco sexy la forma en que trató de protegerme de los perros. Estar protegida por alguien una cabeza más alto y un pie más ancho que yo tuvo un atractivo primitivo, pero no voy a convertirme en otra mujer patética que fetichiza la experiencia con Hayes Flynn. Al menos, porque sé lo efímero que sería.

Capítulo 8

Entro al fin de semana con el terror arrastrándose por mi estómago. Escribir solía ser lo que más me gustaba en el mundo, y ahora es la pesadilla de mi existencia, lo que dejo de lado por crucigramas y chismes sobre celebridades de las que nunca había oído hablar en *The Daily Mail*. Ahora sé más sobre Hamish y Delia de un programa llamado *Seduction Island* de lo que debería saber cualquier adulto.

Hay dos llamadas de Hayes sobre problemas de programación el sábado por la mañana, pero dado que esperaba algo mucho peor (algo como una casa destruida, construir una nueva, además de necesitar un esmoquin), siento que he salido fácil.

Finalmente, me obligo a sentarme frente a mi computadora portátil. La historia termina cuando las cosas realmente han salido mal: Aisling descubre que el agujero por el que treparon se está reduciendo, pero cuando va al castillo a buscar a Ewan, las puertas están cerradas. Necesitará adquirir algo de magia propia o ambos permanecerán atrapados ahí para siempre.

Debería ser emocionante... pero estoy aburrida. Intenté escribir el capítulo en el que Aisling adquiere magia. Intenté planificar su ataque al castillo. Intenté saltar al epílogo, en el que ella y Ewan se casaron y volvieron a establecerse en casa.

Pero no importa cuántas palabras escupa, no puedo hacer del libro algo que me gustaría leer. Entonces, ¿qué sucederá en septiembre cuando venza el tiempo para el manuscrito? ¿Debo entregar una pila humeante de mierda de perro y esperar a que no se den cuenta, o devuelvo lo que puedo del anticipo y paso el resto de mi vida pagando la estadía de Charlotte en Fairfield? Estas son las preguntas que me mantienen despierta por la noche, que me hacen deslizarme en mis zapatos para correr después del anochecer, sabiendo que

dormir será imposible de otra manera.

Hubo un tiempo en que la inspiración venía después de quedarme dormida, pero este fin de semana mis sueños no traen respuestas. Solo soy yo, de pie en un salón de baile, con un hombre peligroso susurrándome al oído.



Ese sueño sigue en mi cabeza el lunes por la mañana, cuando llego y me encuentro con Hayes representando todo el asunto de Satanás hasta la empuñadura, con una camisa y pantalones negros. La mirada peligrosa le sienta bien, no es una sorpresa. Recorro su pecho con la mirada; su camisa está lo suficientemente ajustada para amoldarse a la parte superior de su cuerpo esculpido, y por un momento me lo imagino de nuevo: con sus manos en mis brazos y su respiración en mi oído. El calor se esparce por mi piel y mis huesos parecen aflojarse antes de detenerme. *¿Qué estoy haciendo?* Bloqueo mentalmente ese trastornado sueño y lo envío a un rincón oscuro de mi cerebro. No volverá a ser visto ni escuchado nunca más, espero.

Sacudiendo mi cabeza, levanto mis ojos de su pecho a su cara. Parece descansado y sin resaca por primera vez. Jonathan me advirtió que se toma los días de cirugía en serio. Supongo que no podía imaginarme a Hayes tomando nada en serio, aparte de sí mismo.

—Alguien llamada Piper envió un mensaje de texto —le digo—. Dijo que quería ver por sí misma 'si es tan grande como todas dicen'.

—Mi polla —dice, como si esto no estuviera claro—. Y lo es.

—Dejaré que le informes tú mismo —le respondo, deslizándole el teléfono.

Él lo ignora, inclinando la cabeza para observarme.

—Si no eres actriz —dice—, ¿por qué estás en Los Ángeles? ¿Eres modelo?

Me río.

—¿Modelo? Mido 1,65. ¿Para quién modelaría?

—¿Ropa de niños? —él sugiere—. ¿O una línea de moda para pigmeos?

Una sonrisa parpadea en mi rostro.

—Si la moda pigmea es realmente importante, presentaré mi renuncia de inmediato.

Se recuesta en su asiento, mirándome.

—Aún no has respondido a mi pregunta.

Y tampoco quiero. Miro su agenda para evitar su mirada. Es demasiado deprimente, la forma en que nada de lo que espero se hace realidad.

—¿Por qué no puedo simplemente querer ser asistente? —pregunto—. ¿O bartender?

—Porque pareces alguien destinada a más —dice en voz baja.

Mi cabeza se levanta bruscamente. Escaneo su rostro en busca de sarcasmo y encuentro algo más en su lugar... interés, o intriga. Si me conociera mejor, imagino que cualquier intriga moriría rápidamente. Porque alguna vez pensé que también estaba destinada a más, gracias a los concursos de escritura y los elogios en la universidad, y el tiempo definitivamente está demostrando lo contrario.

Pego una sonrisa indiferente en mi rostro.

—Salí del útero con ganas de ser bartender. Lo que nos hace muy adecuados, ya que probablemente tú saliste del útero pidiendo un buen whisky.

—Macallan. —Asiente amablemente—. Fue mi primera palabra, de

hecho. Café fue la segunda.

Yo sonrío.

—Tengo algunas conjeturas sobre cuál fue la tercera palabra. Empieza con una P.

Se ríe mientras se levanta de su silla, el sonido es bajo, cálido e inesperado. Me hace sentir que he ganado algo. Ha dado dos pasos hacia la puerta cuando se detiene y se vuelve hacia mí.

—Sea lo que sea que realmente quisieras hacer... eres un poco joven para ya haberlo abandonado, y parece impropio de ti caer sin luchar.

—Me conoces desde hace una semana. ¿Cómo sabrías si lucho por las cosas o no?

—Bueno —dice—, estás peleando conmigo ahora, ¿no es así?

Mientras se aleja, me admito a mí misma que podría tener razón. He tenido las palabras de Matt en mi cabeza durante demasiado tiempo, diciéndome que solo obtuve el trato del libro gracias a él. Diciéndome que nunca voy a terminarlo.

Pero Matt se ha fue desde hace un año. Incluso si todavía está hablando, tal vez sea hora de que deje de escuchar.



Me hundo en la lujosa silla blanca de mi oficina y enciendo la computadora, ignorando, por ahora, la nota Post-It que Hayes me dejó pidiéndome que arregle la bañera de hidromasaje y el espejo del dormitorio. Devuelvo los mensajes del fin de semana y ajusto la agenda, y solo cuando he completado hasta la última tarea arrugo la nariz y me dirijo al piso de arriba para inspeccionar los daños.

Si hay una obstrucción en ese jacuzzi, apuesto a que es algo que

rima con... temen.

Marta aún no ha llegado, por lo que su habitación todavía parece la escena de un crimen. Hay ropa en el suelo, sillas volcadas y un zapato rojo brillante encajado en el centro del enorme espejo. ¿Cómo sucede eso? ¿Fue un striptease enloquecido? ¿Estaban *intentando* romper el espejo? Cualquiera parece una posibilidad con Hayes y sus *amigas*.

Paso a la terraza de la habitación de Hayes, donde encuentro el agua en la bañera de hidromasaje alarmantemente manchada y llena de botellas de champán, una de las cuales parece estar atascada en el filtro. Probablemente podría “arreglar” el problema simplemente metiendo la mano y sacando la botella, pero a la mierda. No hay suficiente cloro en el mundo para que me atreva a sumergir mi mano en tanta bacteria.

Llamo a los técnicos de reparación de ambos y, mientras los espero, mi mente vuelve al libro y a lo que Hayes dijo esta mañana. ¿Qué pasa si le confieso al editor que no puedo terminarlo y que he gastado el anticipo? Incluso con lo que gano en este trabajo, no tendré suficiente para pagarlo en su totalidad. Mis tarjetas de crédito están casi al máximo y Charlotte todavía tiene que pagar tres meses de tratamiento en Fairfield.

Tal vez me he desviado del rumbo y necesito una segunda opinión, pero ¿a quién puedo pedirle consejo? No a mi editor, ya que significaría admitir que el libro está solo a medio terminar. Ni a mis profesores de la Universidad de Nueva York, ni a mis antiguos compañeros de clase; puedo imaginarme todas las risas sobre un *romance de fantasía* mientras ellos manejan una prosa tranquila y brillante sobre lo cotidiano.

Estoy en medio de la compra de comestibles para Hayes, una lista que incluye principalmente alcohol, mezcladores y aderezos, cuando viene a mi mente Sam, mi viejo amigo de la licenciatura que se quedó en Kansas State para obtener su doctorado en inglés. Amaba las novelas de fantasía, pero también era un crítico agudo y brutalmente honesto.

Y brutalmente honesto es lo que necesito en este momento, incluso si eso me mata.

Llego a casa esa noche y marco su número. Sam responde al primer timbre.

—¿Tali? —él pregunta—. ¿De verdad eres tú?

Supongo que su sorpresa tiene sentido. Aparte del correo electrónico ocasional, en su mayoría perdí el contacto cuando nos graduamos. Matt siempre se molestó por nuestra amistad. Cuando salimos de Kansas, pareció mejor dejar que se desvaneciera.

—De verdad soy yo —respondo, tratando de inyectar algo de entusiasmo en mi voz—. ¿Qué tal la escuela? —Debe estar casi terminando, lo que me hace sentir peor. Ya tendría mi título de posgrado si me hubiera quedado.

—Bien. Trabajando en mi tesis. ¿Y tú? Vi... en línea —dice vacilante—. Sobre ti y Matt.

Puaj. Lo único peor que romper con alguien con quien has salido la mayor parte de tu vida es que sus hazañas se transmitan a nivel nacional. Todo el mundo asume que fui yo quien fue abandonada y que estoy sentada en mi miserable apartamento llorando por lo que he perdido. Lo cual no sería del todo falso, supongo, aunque no por las razones que ellos pensarían.

Le doy los detalles más mínimos sobre la ruptura, discutimos su disertación y lo planes de verano y mi visita a casa a fines de agosto.

—¿Cómo va el libro? —pregunta al fin. Es tan fácil hablar con Sam que casi había olvidado la razón por la que llamé.

—Me alegra que lo hayas mencionado —respondo, dejándome caer sobre mi colchón y colocando las almohadas debajo de mi cabeza—. Estoy completamente atascada en el punto medio y esperaba que pudieras echarle un vistazo. Según recuerdo, siempre fuiste un lector voraz de novelas de fantasía.

—Sexy, ¿no? Las mujeres aman a un chico que puede hablar de George RR Martin a detalle. Si supiera cómo jugar a *Dungeons and Dragons*, el paquete estaría completo.

Sam nunca ha entendido su atractivo, no importa cuántas mujeres se abalancen sobre él.

—Detente, parecías encontrar muchas chicas dispuestas a ignorar tu lado nerd.

—Estaba esperando a una chica que no necesitaría ignorarlo —responde.

Matt siempre afirmó que la chica por la que Sam estaba esperando era yo, y la verdad es que, si no hubiera tenido novio, me habría interesado. Es lindo, y probablemente teníamos mucho más en común que yo con Matt.

—Estoy segura de que hay muchas de esas también —respondo. Es solo después de que salieron las palabras que escucho lo potencialmente coquetas que suenan. ¿Estoy coqueteando? Ni siquiera lo sé.

Me dice que le encantará leer lo que tengo y hacemos planes tentativos para encontrarnos cuando esté en casa a finales de agosto.

—¿Oye, Tali? —dice, atrapándome antes de que cuelgue—. Será bueno verte de nuevo, y estoy muy contento de que finalmente hayas dejado a Matt.

La llamada termina y me quedo sentada mirando el teléfono que tengo en la mano. Me he dicho a mí misma que Sam es solo un amigo durante tanto tiempo que es un poco surrealista considerar cualquier otra posibilidad y aunque la idea de volver a tener citas me aterroriza, él sería un poco menos aterrador que cualquier otra persona.

Todavía sostengo el teléfono cuando suena con un mensaje de texto entrante... esta vez de mi jefe. Estoy menos irritada de lo que debería estar porque Hayes ahora está enviando mensajes de texto a la

medianoche.

Hayes: *¿Estás despierta?*

Yo: *Déjame adivinar... mujer inconsciente en tu casa y necesitas que vaya a cavar una tumba poco profunda.*

Hayes: *No, eso es más adecuado como mensaje de texto a las 3 a.m. El mesero aquí es un idiota. ¿Cuál es la bebida más irritante que podemos pedir?*

Yo: *Se llama The Hayes. Al menos eso es lo que me irrita personalmente.*

Hayes: *Siempre tan afilada.*

Yo: *Sí. Como una serpiente y tú eres Satanás, así que es perfecto para ti.*

Hayes: *¿Tu lengua es perfecta para mí? Dime más.*

Por qué Hayes me envía mensajes de texto mientras está en una cita con otra mujer me supera. Lo que es aún más desconcertante es... que me gusta.

Capítulo 9

Se ve peor de lo que nunca lo he visto cuando baja las escaleras. Eso es realmente decir algo, dadas las circunstancias.

Se aprieta las sienes con los dedos.

—Toma tus vitaminas diarias —le digo, empujando las Advil hacia él.

—Me estás juzgando de nuevo.

—Para nada —respondo amablemente, apoyando ambos codos en la encimera para enfrentarlo mientras se desliza en un taburete—. Aunque el mensaje de texto que enviaste en medio de la noche diciendo 'manda a estas chicas Florida' no fue muy claro. ¿Querías que las enviara a Florida o de alguna manera les regalara el *estado* de Florida?

—Lo siento —gime—. Maldito auto corrector. Probablemente se suponía que eran flores, realmente no lo recuerdo.

Tomo un sorbo de mi café, revisando su agenda.

—Entonces, pasé toda mi ducha tratando de descubrir cómo regalarles Florida por nada. —Sonrío y le acerco la agenda.

—Pensaste en mí en la ducha —dice, la boca apenas se contrae—. ¿Eso pasa mucho?

—A veces me pregunto si mi jabón es lo suficientemente fuerte como para matar las bacterias de tu hogar. ¿Es ese el tipo de cosas a las que te refieres?

Hace una mueca, presionando sus dedos en sus sienes.

—Ay, tengo demasiada resaca para tu boca esta mañana.

Apuesto a que no le dice eso a muchas mujeres.

—Actualmente no tienes nada desde el mediodía hasta las dos si necesitas una siesta.

Sus labios se curvan.

—No duermo la siesta.

—Deberías —respondo con un suspiro. Hayes claramente se ha provocado todo esto a sí mismo, pero de todos modos me siento mal por él. La forma en que vive es insostenible para cualquiera en circunstancias normales, incluso sin todas las bebidas alcohólicas y las noches de insomnio.

Levanta la frente con la mano.

—¿Puedes sacar a las chicas de la casa después de que me vaya? —él pregunta.

Chicas. Plural. Cualquier simpatía que pudiera haber sentido se desvanece y mis brazos cruzan mi pecho.

—¿Qué chicas?

—Las de *arriba*. Pensé que lo había dejado claro. Tres de ellas.

¿*Tres* mujeres? Eso es material de pornografía y de *Penthouse*, no de la vida real. Y dudo seriamente que cualquier humano, incluso él, tenga la agilidad para atender a más de dos mujeres simultáneamente.

—¿No puedes conformarte con un trío común y corriente como el resto del mundo?

Su boca se levanta. Tengo un indicio de un hoyuelo.

—¿Estás diciendo que los tríos son normales para ti? Ni siquiera te veo teniendo dúos.

Él prácticamente dio en el clavo, no es que yo nunca se lo admita.

—No me interesaría un trío porque la mayoría de los hombres

apenas son capaces de complacer a una sola mujer sin esforzarse.

Sus ojos brillan.

—Quizás has estado con los hombres equivocados.

—Quizás has estado con mujeres que fingen mucho.

Se ríe, tan seguro de su talento que ni siquiera va a responder.

—No olvides enviarles flores, ¿Okey?

Pongo los ojos en blanco.

—Okey. La nota de hoy va a decir: *Lo siento por correrme demasiado rápido y dejarlas insatisfechas.*

—Pareces muy segura de ti misma para alguien que, de hecho, no está teniendo sexo con nadie —responde—. Y no intentes decirme que estoy equivocado. Estás demasiado alegre y descansada para hacer estar haciendo algo interesante por la noche.

—Quizás soy capaz de disfrutar de mi tiempo libre sin dejar que me destruya al día siguiente.

—Tali —dice, frotándose la frente mientras se pone de pie—, cualquier hombre que se acueste contigo te mantendrá despierta toda la noche, sea lo mejor para él o no. No podría evitarlo. —Sin siquiera mirarme, Hayes toma la agenda y se marcha, sin darse cuenta de lo que su comentario ha hecho en mis entrañas. Porque algo de la forma casi reacia en que lo dijo... hizo que pareciera que podría haber estado hablando de sí mismo.



Esa noche, vuelvo al primer baile al que asisten Aisling y Ewan en Edinad. Es la crème de la crème de la sociedad fae que está presente,

todos ellos encantadores y hermosos, constantemente ebrios y consumidos por el sexo, un poco como mi nuevo jefe, en realidad. No los he desarrollado mucho, aparte de la reina malvada, pero de repente, quiero más. Me imagino a un hombre ahí, como el de mi sueño. *Julian*. Es hermoso y oscuramente intimidante, y cuando se pone detrás de Aisling en el baile, deslizando sus manos sobre sus brazos desnudos, ella no está segura de cómo reaccionar.

—Nombra cualquier cosa y es tuyo —le dice.

Ni siquiera sé a dónde se dirigirá en el libro, pero por primera vez en un año, las palabras salen con facilidad.

Capítulo 10

—Hola, habla Drew Wilson —dice la voz al otro lado de la línea—. Estoy interesada en hacerme unos retoques.

—Eres *la* Drew Wilson. —Esto tiene que ser una broma. Drew Wilson es demasiado famosa para concertar sus propias citas. También es demasiado joven y hermosa para necesitar una mejora cosmética.

Suena divertida.

—¿Siempre eres así de desconfiada?

—Las cantantes de fama mundial no suelen hacer sus propias llamadas.

—Sí, definitivamente no voy a confiar en mi asistente para esto. Probablemente llamaría a *TMZ* antes de llamarte a ti. Quiero decir, esto es confidencial, ¿verdad?

—Por supuesto —le respondo, aunque realmente estoy pensando que lo que necesita es una nueva asistente, no una cirugía plástica.

Ella me dice que su gerente quiere que se haga una operación de nariz y de senos, pero necesita que sea tan secreto que nadie más que ella lo sepa.

—Sobre todo, no quiero que mi novio, bueno, supongo que no puedo llamarlo mi novio, pero digamos que el chico que me gustaría como novio, lo sepa. ¿Pueden ustedes hacer eso?

Mis dientes se hunden en mi labio. Drew Wilson tiene el tipo de rostro que otras mujeres le piden a los cirujanos. ¿Por qué diablos cree que necesita cambiarlo?

—Yo... sí, es posible, pero sabes, vas a tener mucha hinchazón después de una operación de nariz y posiblemente los ojos morados. Tu novio se va a dar cuenta.

—Pero si lo hago mientras él está de gira... —reflexiona.

No estoy segura de cómo piensa que su novio no notará nuevos senos, pero ni siquiera es el punto.

—Mira —respondo—, probablemente me podrían despedir por esto, pero lo voy a decir de todos modos: eres hermosa. No le pasa nada a tu nariz ni a ninguna otra cosa. ¿Segura que quieres hacer esto?

Ella exhala un largo suspiro.

—Ni siquiera lo sé, quizás sea una mala idea. Mi manager me ha estado insistiendo y este chico... ¿has estado con un tipo que es, como, jodidamente perfecto? Se llevan tan bien, y luego él simplemente, ¿no llama durante semanas?

La pregunta suena retórica, como si fuera un hecho, pero Matt es la única persona con la que he salido. No tengo experiencia con la mayoría de los horribles escenarios de novio/compañero de sexo que otras mujeres parecen haber tenido.

—He tenido un novio toda mi vida, así que realmente no lo sabría.

—*Uno* —repite.

—Es impactante, lo sé, pero tú eres impresionante, Drew —digo rotundamente—. No te cambies por nadie más.

—Hablas como una chica que sale con el tipo raro que en realidad es uno de los buenos.

Sí, yo también lo pensé. No tenía ni idea hasta que me mostró exactamente quién era en realidad.



Estoy en la oficina revisando el inventario cuando escucho que se abre la puerta principal. Hayes acaba de llegar a la cocina cuando entro en la habitación, con sorpresa en mi rostro, aunque no hay razón para ello, después de todo, esta es su casa.

—Hey. ¿Necesitas algo?

Sacude la cabeza, e incluso ese pequeño gesto es cansado.

—Voy a probar tu idea de ayer de la siesta.

Yo sonrío. Ha hecho que parezca que la siesta es algo que yo personalmente inventé.

—Parece que la necesitarás —le digo—. Nicole envió un mensaje de texto con un comentario interesante sobre la otra noche y cómo le gustaría repetirla. Su texto comenzaba con 'Es tan grande' y tenía varios signos de exclamación.

Apenas parece registrar el comentario cuando pasa a mi lado, dirigiéndose hacia la sala de estar, pero supongo que ha recibido bastantes mensajes de texto como ese en el pasado. Se quita la camisa y puedo ver bien sus bíceps sorprendentemente definidos mientras arroja la camisa sobre una silla y se acuesta en el sofá más cercano, con su largo cuerpo devorando cada centímetro de espacio mientras

coloca una almohada debajo de su cabeza.

—No veo mujeres más de una vez —dice con los ojos cerrados—. De esa manera nadie sale herido.

Se queda dormido en cuestión de segundos, dudo por un momento, luego cruzo la habitación y lo cubro con una manta. Hay algo dulce e inesperadamente juvenil en su rostro en reposo, y crea este extraño dolor en el centro de mi caja torácica. Él es tan malo como lo había imaginado al principio, y sin embargo... no lo es.

Cualquiera que haya conocido a Matt te diría que es “uno de los buenos”, mientras que dudo que alguien diga eso de Hayes, pero Matt no es lo que parecía, aunque sospecho que, bajo ese hermoso e insensible exterior, Hayes podría ser un poco más.



Durante dos horas, duerme como un muerto.

Cuando llega el momento de levantarlo, lo llamo por su nombre y no mueve un músculo. Tiene el sueño pesado, como mi padre. Mi mano parece la de una niña mientras presiona su ancha espalda, cálida debajo de la camiseta.

—Oye —le digo suavemente—, despierta.

—Media jeringa —murmura, con los ojos aún cerrados. El hombre trabaja tanto que está ahí incluso en sus sueños.

—Hayes —le digo con más firmeza, arrodillándome a su lado y sacudiendo su hombro—, despierta.

Sus ojos se abren, y por un momento se limita a mirar mi rostro, no como si fuera una extraña o su molesta asistente, sino como si fuera alguien a quien conoce de toda la vida, alguien en quien confía

absolutamente. Es... inesperado. Cuando me recupero, la mirada se ha ido, reemplazada por su desconfianza y desdén habituales.

—No podía despertarte —digo enérgicamente, poniéndome de pie—. Te preparé algo de almuerzo.

—¿Almuerzo? —pregunta, colocando su cabeza entre sus manos mientras trata de despertarse.

—Sí, es una forma de sustento que se toma al mediodía, es universal a través de las culturas de todo el mundo.

—Yo no almuerzo —dice.

—Vamos. Te ayudará a pasar el resto del día —le digo, yendo al refrigerador a buscar la ensalada que le hice.

Hayes estira los brazos mientras camina hacia la encimera, revelando brevemente un pedazo de su abdomen duro.

—Suenas como una madre. No la mía, obviamente, pero de las buenas que no delegan toda su maternidad.

—No sabría decirte —respondo, colocando su ensalada en la encimera—. Yo tampoco tengo la mejor mamá.

Ladea la cabeza mientras se sienta.

—Interesante. Te imaginé como una hija única amada, mimada y consentida todos los días.

Me río a carcajadas. Nada más lejos de la verdad.

—Difícilmente. Soy la de en medio de tres chicas.

—¿Tres hijas? —pregunta, pellizcándose el puente de la nariz—. Jesús, eso llevaría a cualquier hombre a una tumba prematura.

Mi corazón se aprieta en un puño. Incluso ahora, incluso después de despertar trescientos días seguidos con el mismo conjunto de hechos, todavía no parece real. A veces sueño que los últimos meses fueron un error y me despierto aturdida de nuevo.

Llevo la tabla de cortar al lavabo, sintiéndome frágil como un vidrio soplado. *No lo pienses. Aquí no.*

—¿Tali? —Hayes dice, con los ojos abiertos ahora y preocupado—. Mierda. Lo siento. Eres tan joven, solo asumí...

Obligo una sonrisa.

—Bueno, tres hijas, muerte prematura... como dijiste. Él murió el verano pasado.

—Jonathan me dijo que habías tenido un año difícil —admite, mirando a otro lado.

Arrugo la frente. Jonathan no es del tipo que va por ahí derramando el drama de otras personas innecesariamente, así que no puedo imaginar qué lo llevó a soltar el mío.

—Bueno, espero que no te haya contado demasiado. Me gustaría mantener la ilusión de que tengo mis cosas juntas un poco más.

—¿Has visto el auto que conduces? —pregunta—. Nunca pensé que tuvieras tus cosas juntas.

Me río. Él es horrible y eso me gusta.

—Si te hace sentir mejor —agrega—, creo que la mitad de la edad adulta se trata de fingir que sabes lo que haces cuando claramente no lo haces.

Mi mirada se posa brevemente en la suya. Hay algo sombrío en sus ojos, algo alarmantemente honesto, y de repente me duele por él. Hayes, en la superficie, parece tener todo lo que quiere. Demasiado de todo lo que quiere. Lo he estado juzgando por la forma en que vive, asumiendo que es un desprecio imprudente por lo que tiene.

Pero tal vez sea solo un intento imprudente de contentarse con eso.

Capítulo 11

Estoy inclinada sobre el lavavajillas cuando Hayes entra a la cocina a la mañana siguiente. Miro hacia arriba a tiempo para ver sus ojos en mi trasero, y hay algo tan sucio y tan profundamente masculino en esa mirada, que siento una punzada de deseo no deseado en respuesta.

Cierro el lavavajillas y me acerco al Vitamix, vertiendo el contenido en un vaso, que coloco delante de él.

Él lo mira.

—Este es el daiquiri con peor aspecto que he visto en mi vida.

—Se llaman batido de verduras. Me sorprende que no hayas oído hablar de él en la facultad de medicina, pero supongo que eso te habría quitado un tiempo valioso para aprender sobre los implantes mamarios.

—En realidad, estaba al tanto de las verduras antes de la escuela de medicina —dice, levantando el vaso y mirándolo con sospecha—. Yo era precoz en ese sentido. Simplemente no sé por qué me las estás dando.

—Porque comes como la mierda, bebes como un pez y casi no recibes la luz del sol. Eres como un vampiro, solo uno que es indiferente acerca de tu supervivencia. —Me giro para enjuagar la licuadora—. Y hablando de malos hábitos, alguien llamada Ángela envió un mensaje de texto y preguntó si todavía irás a cenar.

—¿Ángela? —repite sin comprender. El nombre claramente no suena—. Repasa los mensajes. ¿Hay una foto de ella? Necesito saber en qué me estoy metiendo.

Mis ojos giran tan fuerte que tengo miedo de que se atasquen. Me seco las manos, pero no alcanzo el teléfono.

—¿De verdad quieres que revise tu conversación con Ángela para averiguarlo? Porque me preocupa que haya fotos de pollas.

—Dudo seriamente que Ángela me haya enviado una foto de una polla, pero si lo hizo, puedes cancelar.

Mi boca se contrae.

—Me refiero a *tu* polla, Hayes.

—¿Mía? Tendrías mucha suerte. —Se inclina sobre la encimera y agarra el teléfono por él mismo, gracias a Dios.

—Sabes —le digo, limpiando la encimera mientras pasa los mensajes de texto—, una gran parte por lo que me necesitas podría resolverse si no bebieras hasta emborracharte.

—Por favor, por favor, continúa diciéndome formas de hacer *tu* trabajo más fácil. —Él deja de deslizar el dedo, supongo que ha encontrado su foto, y luego me devuelve el teléfono con un suspiro especialmente cansado—. ¿Nos haces una reservación en Perch a las siete y le avisas por mí?

Agarro el teléfono y finjo escribir.

—*¡La mejor de las mañanas, Ángela!* —digo en voz alta—. *Gran show, te llevaré a una comida gratis antes de nuestro intercambio de fluidos corporales. Normalmente solo invito a las mujeres a tomar una copa y espero a que las drogas hagan lo suyo. ¡Adiós, por ahora!* —Miro hacia arriba para ver si me encuentra tan divertida como yo.

—Honestamente, la resaca es mala, pero tu acento británico es ahora lo más doloroso de mi día.

Luego, a pesar de su resaca, sonrío y se siente como si el sol acabara de salir después de un largo invierno. Me hace mucho más feliz de lo que debería.



Estoy en la cama esa noche, respondiendo una pregunta que Sam hizo sobre el libro y lista para dormir, cuando el nombre de Hayes aparece en mi teléfono. Intento reunir cierta indignación, pero no puedo encontrarla.

Hayes: *¿Cuál fue la expresión que usaste el otro día cuando fingías ser británica, pero sonaba como un deshollinador de Mary Poppins? Se lo estoy contando a las chicas.*

Pongo los ojos en blanco. *Chicas*, plural. Supongo que eso significa que las llevaré a desayunar por la mañana. ¿Y por qué me envía mensajes de texto cuando tiene una compañía que debe ser mucho más entretenida?

Yo: *¿Fue “vete a la mierda y ya duérmete”?*

Hayes: *No. Sigue intentándolo.*

Yo: *¿Fue “esto es un comportamiento inadecuado en el lugar de trabajo”?*

Hayes: *Esa línea debe ser de la interpretación fuera de Broadway de Mary Poppins, definitivamente no de la película. Además, alguien no leyó su contrato de trabajo con atención.*

Yo: *Sí, ese alguien es tu abogado. No hay forma de que ese contrato se sostenga en los tribunales.*

Hayes: *Ah. Siempre es bueno saber que un empleado *ya* está contemplando la posibilidad de una demanda.*

Me río mientras dejo el teléfono. Si los hombres fueran colocados en un continuo desde lo ideal a lo desastroso, Sam caería en un extremo y Hayes precisamente en el otro. Entonces, ¿por qué es Hayes, de los dos, con el que me gustaría volver a enviarme mensajes de texto?



—¿Entonces qué pasó? —le pregunto cuando llega a la cocina a la mañana siguiente, inusualmente malhumorado, incluso para él. El último mensaje de texto que recibí —a la una de la mañana, debo agregar—, decía que las chicas, en plural, eran aburridas y que probablemente podría saltarme las flores—. ¿Qué hicieron mal tus amigas?

—Aprecio tu preocupación por mis necesidades sexuales, pero es innecesaria —gruñe—. La noche terminó bien.

Su estado de ánimo, y el hecho de que ninguna de ellas esté aquí, me lleva a pensar lo contrario.

Y lo más extraño es que parece estar resentido conmigo por eso.

Capítulo 12

El lado positivo de haberle pedido a Sam que leyera mi libro es que sé que me dirá la verdad. El lado negativo es... que sé que me dirá la verdad.

Ya estoy a punto de darme por vencida por completo, y me preocupa que sus críticas sean el golpe de gracia.

—Bueno, creo que he identificado el primer problema —dice por teléfono el sábado por la noche—. Ewan es una especie de idiota.

—¿Un idiota? —repito, un tanto incrédula. Me acostumbré a las duras críticas en la escuela de posgrado, pero quiero pelear a muerte por Ewan porque es solo un chico de granja dulce y bondadoso que ha sido descarriado.

—Sí. Quiero decir, empieza bien —dice Sam y empiezo a caminar—. Él ayuda a Aisling con cosas en la granja y la protege cuando llegan a Edinad por primera vez, pero luego se convierte en un idiota egoísta.

—Bueno, él está influenciado por la opulencia —discuto.

—Lo entiendo —responde Sam—. Pero por la forma en que está escrito, se siente más como si sus verdaderos colores estuvieran saliendo. Además, ese agujero por el que escalan para entrar al reino, ¿por qué está ahí en primer lugar?

—¿Mano de obra pobre? —pregunto.

Él se ríe. Es agradable finalmente obtener una reacción de alguien más allá de un tic en la boca. Hayes parece decidido a no reaccionar en absoluto, la mayor parte del tiempo.

—Es tu libro —dice—. Pero sería un libro más genial si supiéramos por qué está ahí el agujero.

La conversación pasa a otros temas: mi viaje de regreso a Kansas al final del verano y el viaje de Sam por la costa de California en unas pocas semanas. Cuando me pregunta si quiero cenar mientras está en Los Ángeles, acepto. No sé si se trata de una cena entre amigos, o si espera algo más... pero ¿sería tan terrible? Sam es exactamente el chico que debería desear: es lindo y amable, y nunca nos quedaríamos sin intereses comunes.

Sin embargo, me siento extrañamente aliviada cuando el siguiente mensaje de texto que recibo es de Hayes.



Estoy corriendo el domingo por la mañana cuando Jonathan envía un mensaje de texto.

Me envió una foto de él sosteniendo a Gemma, con Jason parado detrás de él, y ambos le sonreían como si ella fuera todo lo que esperaban y más.

Salgo del camino y me meto en la arena, parpadeando para contener las lágrimas. Están tan jodidamente orgullosos mientras la miran. Yo tuve un padre increíble y Gemma tendrá dos.

Marco el nombre de Jonathan en la marcación rápida.

—Ella es tan hermosa —le digo. Mi voz sale ronca.

—Estás llorando por completo, ¿no? —dice Jonathan.

—No. —Me limpio una lágrima de la cara—. Estoy en la playa completamente sin llorar. Ella es hermosa.

—Es increíble, ¿no es así? —me pregunta. El orgullo absoluto en su voz me golpea justo en el pecho y me hace llorar de nuevo.

—Maldita sea, Jonathan —le digo con voz ronca—. Estoy en público,

deja de hacerme llorar.

Él ríe.

—Será mejor que cambie el tema para que puedas controlarte a ti misma. ¿Cómo va el trabajo?

Me seco la cara con el dobladillo de mi camisa como la dama con clase que soy.

—Uf —gimo, caminando hacia la orilla—. Bueno, ayer pareció culparme por el hecho de que no se acostó con sus dos citas la noche anterior, así que fue divertido.

—Tali —dice Jonathan, con la tensa paciencia de un padre que habla con una adolescente alterada—, estoy seguro de que no te culpó.

—No lo viste —respondo, esquivando una pelota de voleibol errante—. Al menos me ahorré la vergüenza de comprarles flores y llevarlas a desayunar después.

—¿Te ha hecho llevarlas a *desayunar*? —me pregunta. No hay forma de perderse el infeliz asombro en su voz—. Eso es... inusual. Por lo general, no tiene invitadas tan a menudo.

Mi lengua pincha mi mejilla mientras proceso mi irritación.

—Espera. ¿*Qué*? ¿Toda esta mierda es en mi beneficio?

Él duda, lo que significa que sí, Hayes está haciendo toda esta mierda intencionalmente y duele. En cierto modo pensé que ya no quería que renunciara.

—A veces Hayes quiere que creas lo peor de él —dice Jonathan—, y no es en absoluto por la razón que crees.

Me siento en la arena, abrazando mis rodillas contra mi pecho. Hay algunos tipos en el agua haciendo surf. Es el tipo de cosas que pensé que haría mucho más viviendo en California, pero claro, tampoco pensé que estaría aquí sola.

—¿Qué quieres decir?

Él suspira.

—¿Recuerdas lo molesto que estaba con Hayes el verano pasado? ¿Qué estábamos molestos porque seguíamos siendo ignorados en la lista de adopción, y él siempre parecía tan indiferente al respecto?

Lo recuerdo, sobre todo porque me sorprendió que Jonathan esperara algo de Hayes en primer lugar. La indiferencia de Hayes con un empleado parecería normal.

—Hayes les dio cien mil dólares, por eso finalmente llegó nuestra adopción. La carta de agradecimiento se envió junto con sus impuestos. Se supone que ni siquiera debo saberlo.

Mi garganta se hincha. Apenas he llorado durante el año pasado, y aquí estoy a punto de llorar por segunda vez en una mañana, y nada menos que por Hayes.

—Eso es... lindo.

—Es más que lindo, todavía estaríamos en la lista si no fuera por él.

Me aclaro la garganta.

—Supongo que le daré un pase por la mayoría de sus mierdas, pero aun así no debería estar enviándome mensajes de texto en medio de la noche.

Jonathan dice en voz baja.

—*Mmmm*, extraño.

—¿Qué es extraño? Aparte del hecho obvio de que un jefe no debería enviar mensajes de texto borrachos a su personal en medio de la noche.

—Lo que es extraño —responde—, es que ni una sola vez me ha enviado a mí mensajes de texto borracho.

Capítulo 13

Durante el año que estuve con Matt después de que se hizo realmente famoso, se suponía que debía desempeñar un papel específico en los eventos: la novia sexy pero dulce. Me informaron sutilmente que cualquier signo de mi cerebro o personalidad se consideraría un desvío para el público en general. Seguí adelante, tratando de ser solidaria. Fue solo después de que nuestra relación terminó que admití cuán profundamente lo había resentido, cuán sexista lo encontré y cuánto me dolió que Matt nunca se opusiera a eso.

Si las hogueras fueran legales en la playa, probablemente ya habría quemado todo el guardarropa de la *novia tonta y sexy* de esos eventos. En vez de eso, lo he dejado todo en el fondo de mi armario, enterrado como un secreto vergonzoso... hasta hoy. No puedo seguir recorriendo los mismos cuatro atuendos cada semana.

Tiro toda la ropa sobre la cama, desesperada por ponerme algo diferente, y elijo un vestido color crema elaborado con una tela elástica que roza mi figura sin aferrarse a ella, insinuando curvas que normalmente mantengo ocultas. Es más sexy de lo que me gustaría, pero los mendigos no pueden elegir.

Me digo a mí misma, mientras espero a que Hayes baje, que no me importa lo que piense, pero la expectativa susurra sobre mi piel cuando lo escucho acercarse, y no me falla. Solo dura un segundo, pero lo veo: la forma en que se detiene momentáneamente en medio de la cocina, y su mirada depredadora antes de parpadear.

Me gusta mucho más de lo que debería.

Toma la pequeña pastilla transparente que he colocado junto a su café y la sostiene a la luz, frunciendo el ceño.

—Te das cuenta de que, si me envenenas con éxito, ya no te pagaré, ¿no?

—Hay cosas en este mundo más satisfactorias que el dinero —respondo—. Es vitamina D.

La mira con sospecha un poco más y luego se la traga.

—¿Qué hiciste este fin de semana?

Le doy la espalda al Vitamix.

—Esto parece una trampa. ¿Se suponía que debería haber hecho algo por ti y lo olvidé?

Su boca se curva. Sus ojos son del color de las hojas de otoño a la luz del sol.

—¿Es tan asombroso cuando hago una pregunta amistosa?

Mi respuesta es quedarme en silencio y seguir mirándolo. Porque sí, sí lo es.

—Y tu renuencia a responder me lleva a creer que fue algo ilegal o controvertido —continúa—. Si trabajas teniendo sexo por webcam, me gustaría que me avisaras de inmediato. —Su tono es demasiado casual para alguien que prácticamente pidió verme desnuda.

—No, no hago *cámara web*. Estaba, eh, trabajando en algo.

Algo que no quiero discutir con *él*. Decir que estás escribiendo un libro es como decir que quieres ser una estrella de rock. Puedes ver claramente el deseo de la otra persona de darte palmaditas en la cabeza y decirte que no renuncies a tu trabajo diario. Enciendo la licuadora, agradecida de que el ruido impida una conversación significativa.

—¿Es *peor* que trabajar de webcam? —pregunta en el momento en que apago la licuadora. Debería haber sabido que no lo dejaría pasar—. No hay nada de qué avergonzarse. Todos terminan siendo atacados con el puño de Pornhub eventualmente.

—¿*Todo el mundo*? Tu historial de citas puede haber sesgado tus ideas sobre el comportamiento sexual normal.

—Ah —dice, recostándose en su asiento—. Dios, es incluso peor, ¿no? ¿Tuviste sexo con un miembro de tu familia?

Me rindo, por fin, porque Hayes claramente no tiene la intención de hacerlo, aunque no estoy segura de cuánto más abajo puede arrastrar esta conversación.

—Es un libro —respondo. Mi cara se siente demasiado caliente—. Estoy escribiendo un libro.

Dejo el batido frente a él, pero apenas se da cuenta. Está demasiado fascinado con mi humillante admisión.

—Si se trata de uno de esos libros revelación sobre un médico devastadoramente guapo, permíteme recordarte el acuerdo de confidencialidad que firmaste. Aunque si él está sacando a la superficie todos tus impulsos sexuales, todavía me gustaría leerlo.

Si fuera alguien más, casi pensaría que estaba coqueteando conmigo. Lucho contra el impulso de animarlo, aunque a mi ego le vendría bien una pequeña caricia.

—Cualquier libro revelación sobre ti se centraría en por qué decidí dejar a los hombres por completo.

—*Mi vida como lesbiana* de Natalia Bell. *Definitivamente* lo leería. —Me muestra su sonrisa más sucia. Es absolutamente patético cómo funciona esa sonrisa en mí, abriéndose camino a través de mi sangre y replicándose en cada célula como un virus. Quiero olvidar cada principio que tengo y empezar a desvestirme cuando me mira de esa manera. Él inclina la cabeza—. Pero no estoy seguro de por qué estás actuando como si escribir un libro fuera un pecado mortal.

Empiezo a meter la fruta en el congelador con una fuerza innecesaria.

—Porque firmé un contrato y gasté el anticipo, y ahora parece que

no puedo terminarlo, y no soy buena en nada más, así que no sé qué haré si no puedo lograrlo.

—Estoy seguro de que eres buena en muchas otras cosas. Considera la webcam, por ejemplo. Serías tu propio jefe, al menos.

Me río entre dientes, agradecida de que no haya hecho la pregunta obvia: *¿cómo pudiste haber sido tan irresponsable?*

—Lo tomaré en cuenta.

Cruzo la cocina hacia la impresora. El *clip clip* de mis tacones es todo profesional, lo que indica el cierre de la conversación.

—Háblame de tu libro —dice, mientras alcanzo su agenda, y mis hombros se hunden. Sí, al final de la mañana sabrá todos los hechos desafortunados sobre mí. ¿Debo seguir adelante y contarle ahora sobre la vez que mojé mis pantalones en el jardín de infantes, o esperaré a que él pregunte?

—No. —Me doy la vuelta, apoyándome en el armario de la impresora, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Porque te reirás y luego me veré obligada a envenenarte. Lo cual estoy más que feliz de hacer, pero como tengo oportunidades y motivos ilimitados, seré la primera persona de la que sospecharán los policías.

Me da su sonrisa más ganadora con los hoyuelos estallando y dientes blancos relucientes.

—Mucha gente me quiere muerto. Serías la tercera o cuarta en cualquier lista de sospechosos, te lo prometo.

Miro mis collares, envolviendo nerviosamente una cadena alrededor de mi dedo índice.

—Es de fantasía —le digo, imaginando las miradas que recibiría revelando esto a mis compañeros en la escuela de posgrado. Toda una habitación llena de bocas crispadas y miradas de reojo—. Esta joven pareja entra en un reino de los fae, y la reina decide que Ewan, el chico, es la respuesta a una profecía y lo atrapa en el castillo, por lo

que la chica, Aisling, tiene que salvarlo.

Todavía no se está riendo. Tal vez se la aguante hasta el final, como un aplauso, pero, ya sabes... para mal.

—¿A través del poder de su sexualidad floreciente?

Me río y un poco de mi tensión se calma.

—No, no es ese tipo de libro. Ella lo salva aprendiendo suficiente magia para enfrentarse a la reina.

—¿Que él se lo recompensa *poniéndola de espalda*?

—De nuevo —digo con una risa exasperada—, no ese tipo de libro. —Miro el reloj, debería haberse ido hace cinco minutos, pero está actuando como si no tuviera nada que hacer.

—Sin ofender, pero eso suena extremadamente aburrido —responde—. Una buena escena de sexo es esencial para cualquier obra de ficción importante.

—Ah, sí. Recuerdo la mamada en *Orgullo y prejuicio*. Escrita con mucha clase.

De repente, algo parece cambiar en él. Su mirada se posa en mi boca durante un largo momento, es tan intensa que mi cuerpo reacciona como si sus manos estuvieran sobre mí: mis pezones se tensan, un escalofrío roza mi piel.

—Mierda, no esperaba escucharte usar esa palabra a las ocho de la mañana —dice. Su voz es ronca. Me pregunto si ese es el tono que usaría en la cama, apoyado sobre mí y eso es todo lo que se necesita para dejarme con las piernas débiles. Para hacerme sentir como si pudiera tenerme de espaldas con una sola palabra. Es algo que nunca sentí ni una vez en todos mis años con Matt, y me aterroriza. Llevo el Vitamix al fregadero, preguntándome qué diablos está pasando aquí.

Me alivia que ya se haya ido cuando termino.



Esa noche, cuando llego a casa, decido escribir sobre Julian. Ya terminé las revisiones que Sam sugirió durante el fin de semana, el cambio de personalidad de Ewan será el resultado de algún tipo de magia oscura, y el agujero estará relacionado con una misteriosa profecía, pero esta es la parte que realmente me emociona.

Quería que Julian fuera totalmente malvado, la encarnación del pecado. Pero, ¿y si tenía más matices que eso? ¿Y si su relación coqueta y levemente beligerante con Aisling lo cambiaba? Quizás incluso atrapa a Aisling y Ewan escapando al final, y en lugar de detenerlos, él mismo la ayuda a atravesar la pared.

Se siente como si estuviera convirtiendo esto en una historia completamente diferente, una en la que Ewan importa menos y Julian importa más. No estoy segura de por qué se siente tan peligroso, pero poco importa.

El cambio me emociona y me hace recordar lo que siempre me ha gustado de escribir en primer lugar... son estos momentos de puro deleite, cuando una historia comienza a encajar de maneras que son mejores y más emocionantes que cualquier cosa que hayas pensado.

Nunca me hubiera imaginado que un personaje como Julian lo haría posible.

Capítulo 14

Con una gorra de béisbol y lentes de sol, Drew Wilson parece la mitad del ser promedio en Los Ángeles: rubia, bronceada y perfecta. Todavía no estoy segura de cómo terminé encontrándome con ella para tomar un café en un lugar soleado en el jardín de Oak Street. Llamó otra vez para concertar una consulta con Hayes y una vez más la convencí de que no lo hiciera, y aquí estamos.

—¿Tú eres Tali? —pregunta, con sus ojos marrones muy abiertos mientras camino hacia la mesa—. Puaj. Eres tan pequeña y linda. Six simplemente te amaría. —Six es su especie de novio guitarrista y, por lo que ella describe, un ser humano horrible.

—Paso —respondo, dejándome caer en la silla roja brillante frente a ella—. Como ya te he dicho varias veces, ese tipo es un idiota.

—Solo espera hasta que escuches lo que hizo —dice, deslizando el menú hacia mí—. Pero ordena primero, el servicio aquí apesta.

Me río mientras miro a mi alrededor, dándome cuenta de que este es un café sorprendentemente lúgubre para alguien tan famosa como Drew.

—¿No eres, como, multimillonaria? —respondo—. Creí que al menos estarías frecuentando lugares donde el servicio es *adecuado*.

Su sonrisa es un poco cansada.

—Me gusta que me traten tan mal como a todos los demás. Al menos sé que están siendo genuinos.

Mi corazón está con ella, porque he tenido una pequeña muestra de cómo debe ser su vida, y lo odié por completo.

Durante mi último año con Matt, me encontré cuestionando los motivos de cada persona que era vagamente agradable conmigo,

preguntándome si era auténtico o porque querían tener acceso a mi recién famoso novio.

—La mejor parte de romper con Matt fue que a nadie le importó quién era yo —lo admito—. Y poder tirar la basura en pijama sin que nadie te tome una foto.

Se quita los lentes de sol y veo un anhelo en sus ojos tan fuerte que es casi palpable.

—Tuviste suerte de poder marcharte —dice—. Hay momentos en los que desearía poder hacerlo.

Porque para alguien tan famoso como Drew, ya no hay casi ningún lugar en el mundo al que pueda caminar o correr. Pasarían décadas para que alguien la dejara desvanecerse.

Llega la mesera. Ella es tan hosca como Drew insinuó que podría ser, y toma mi pedido de café con el entusiasmo de un soldado cansado de la batalla, sin mirarnos a ninguna de las dos.

—Wow, no estabas mintiendo sobre el servicio —le susurro, inclinándome hacia ella mientras la mesera regresa a la cocina—. Está bien, ahora dime lo que dijo tu idiota no novio, así puedo odiarlo más de lo que ya lo hago.

Ella se recuesta en su silla y exhala un suspiro.

—Dijo que yo estaba carnosa. Me agarró de la cadera y dijo: 'te estás poniendo un poco *carnosa*, cariño'.

Gimo y coloco una palma sobre mi cara. No entiendo cómo puede ser tan inteligente como es y no ver a través de este tipo.

—Deberías haberle dado una patada en los huevos.

—Pero él solo estaba siendo honesto —argumenta—. Y es verdad. He engordado, así que siento que no puedo culparlo. Quiero decir, es mejor saber que no saber, ¿verdad?

Arrugo la frente.

—Creo que es mejor estar con alguien que te ame, un poco de peso en tus caderas es irrelevante.

Ella suspira.

—No estoy segura de que exista. *Puaj*. Si seguimos hablando de Six, necesitaré agregar alcohol a este café. Que es una opción a la que estoy totalmente abierta, si es así.

Me río.

—Si mi jefe "*dolor en el trasero*" no estuviera esperando una razón para despedirme, lo haría.

Como si lo hubiera convocado, mi celular vibra con una llamada de Hayes.

—Dios, eres como Voldemort. Digo tu nombre y apareces del éter —le digo, pronunciando una disculpa hacia Drew—. Estoy tomando un café con una amiga. ¿Qué pasa?

—Trabajando duro como siempre, por lo que veo. Es bueno que no tenga que pagarte mucho.

Me río a mi pesar.

—Considéralo como tiempo de compensación por todas las horas que he pasado despierta porque alguien decidió enviarme mensajes de texto en medio de la noche.

—Te encantan mis mensajes de texto en medio de la noche —responde—. Y no es como si tuvieras algo más que hacer.

—Podría *dormir*, Hayes. Envíale un mensaje de texto a la Señorita "*Es tan grande*" si necesitas charlar a las tres de la mañana. Entonces, ¿querías algo? —Su risa es apenas audible, pero la escucho. Me alegro de que mi impaciencia le divierta.

—Me preguntaba si podrías hacerme una ensalada hoy. Tengo una vacante a las dos.

Mis dientes se hunden en mi labio mientras trato de no sonreír. En una vida con muy pocos logros últimamente, esto se siente como una gran victoria para mí, por patético que sea.

—Lo que te oigo decir es que ahora anhelas mis ensaladas.

—Hay cosas que anhelaría de ti mucho antes de la ensalada —responde, y se me pone la piel de gallina en los brazos.

Cuando cuelgo, encuentro a Drew reclinada en su silla con una sonrisa de complicidad.

—Bueno, ¿no son ustedes dos muy amigables? —ella pregunta—. ¿Con qué más lo estás ayudando?

—Cállate, no es así. Simplemente come como una mierda, y quería que comiera algunas verduras.

—Pensé que era un dolor en el trasero —ella desafía.

Me encojo de hombros.

—Claro, pero si muere de escorbuto, no tendré ingresos.

Ella se ríe y luego se inclina hacia adelante, baja las pestañas, sonriendo como una bruja a punto de lanzar un hechizo.

—Eres mucho más interesante de lo que pensaba, Tali. Mucho más. Comenzando con el hecho de que, en algún momento durante las próximas semanas, definitivamente te vas a follar a tu jefe y quiero cada detalle cuando suceda.



Lo que dijo Drew fue ridículo, incluso si Hayes se las ha arreglado para pasar una semana o dos sin un trío (no ha traído a nadie a casa en un tiempo, en realidad) después de lo que pasé con Matt, él es la

última persona a la que elegiría, pero mientras preparo la ensalada de Hayes, sí me da una idea para el libro. ¿Y si hubiera una atracción entre Julian y Aisling? Es la preocupación lo que te mantiene leyendo un libro, el miedo a que las cosas no salgan bien o que la heroína tome la decisión equivocada.

Y Julian sería la *mejor* opción equivocada.

Hayes entra a zancadas en ese mismo momento, desabrochando los primeros botones de su camisa y empujando su cabello hacia atrás de su rostro. Siento un repentino y agudo pinchazo de deseo, mirándolo. Sí, Julian podría ser muy atrayente para Aisling si quisiera.

Empujo la ensalada hacia él.

—Ve a sentarte afuera.

Mira a la terraza como si fuera un paisaje extraño.

—¿Por qué?

—Porque si bien la idea de los vampiros me parece emocionante, tú luchando con una deficiencia de vitamina D, no lo es.

Cruza los brazos sobre el pecho, frunciendo el ceño. Claramente, le di un giro a su plan para evitar la luz del sol para siempre.

—Siéntate conmigo, entonces —dice después de un segundo—. Me aburriré y tú eres un *poco* entretenida.

—Soy *extremadamente* entretenida.

—Podrías serlo, ciertamente —ronronea, con el levantamiento de comisura de la boca más sucio posible. Es como si esa sonrisa suya estuviera directamente ligada a mis terminaciones nerviosas, así de rápido responde mi cuerpo. ¿Y por qué con él? ¿Por qué él, en lugar de Sam u otros cien hombres que potencialmente podrían ser novios decentes?

Agarro dos botellas de agua con gas de la nevera y salimos juntos. Tiene un hermoso patio trasero, con una piscina larga y tranquila y

una gran zona de césped, aunque en realidad prefiero los árboles y enredaderas de Los Ángeles con flores salvajes a sus setos de boj cuidadosamente esculpidos. Él come, y yo apoyo la cabeza contra la silla y giro la cara hacia el sol. El clima, las vistas... difícilmente puedo imaginar un lugar mejor para vivir, pero sospecho que Hayes trabaja demasiado para apreciar nada de esto.

—No estás haciendo el mejor trabajo para entretenerme —dice.

—No te gustará lo que tengo que decir —respondo, girando la cabeza hacia él—. Necesitas programar un tiempo de inactividad para ti. Un fin de semana, o incluso un día.

—Eso no pasará. —Deja el plato sobre la mesa y cruza las manos sobre su estómago extremadamente plano.

—Solo piénsalo, ¿de acuerdo? —declaro—. Hoy irás a algo llamado Baby Shower con Botox, que realmente espero que no implique el uso de Botox en mujeres embarazadas.

—Solo a sus bebés. —Se estira, las costuras de su camisa se tensan en sus anchos hombros mientras coloca las manos detrás de la cabeza.

—De ahí al gimnasio con tu amigo Ben, seguido de unas copas en Lucent. Tu vida está demasiado ocupada.

—Lo pensaré —dice, aunque su tono implica que no lo hará.

—Honestamente, no sé cómo alguna vez tuviste tiempo para ir a Topside —le digo—. O por qué estabas ahí en primer lugar, probablemente nunca hayas usado un pañuelo en tu vida.

Su mirada se encuentra con la mía durante un largo momento antes de que se aleje. Tengo la sensación de que hay algo que no me ha dicho de esa noche. Quiero saber por qué me miró de esa manera y *realmente* quiero saber por qué se fue.

—¿De qué otra manera podría llenar una hora entre el baby shower de Botox y las bebidas con amigos?

—¿Leer? —sugiero—. ¿Autorreflexión silenciosa?

—Estoy empezando a ver por qué sigues soltera.

Aparto la mirada. No sé por qué me molesta su comentario, no es como si estuviera triste por estar soltera. Supongo que es solo que, aunque los errores más grandes fueron de Matt, hay una parte de mí que se pregunta si debería haberme doblado más, o al menos fingir interés en la escena de Hollywood que encontró tan fascinante después de nuestra llegada. Matt ciertamente parecía pensar que sí.

—Dios —dice Hayes. Su rostro ha caído—. Acabas de romper con alguien, ¿no?

—Está bien.

Él gime, inclinándose hacia adelante para girarse hacia mí.

—Lo siento, puedes escupir en mi café mañana si eso te hace sentir mejor.

Yo sonrío.

—Escupo en tu café todos los días, no es tan emocionante como piensas.

Sigue pareciendo preocupado cuando en realidad no debería. Ha pasado casi un año y ya debería haberlo superado.

—¿Esto es reciente? — él me pregunta.

—Realmente no. —Endezco el dobladillo de mi falda, jugando con un hilo suelto—. Estuvimos juntos durante diez años y rompimos el verano pasado cuando murió mi padre.

—¿Diez años? —pregunta incrédulo. Que él encuentre insondables diez años de monogamia no es nada sorprendente—. ¿Cómo es eso posible? Tienes poco más de veinte años. Ni siquiera podrían haber estado en el mismo lugar todo el tiempo.

Me encojo de hombros.

—La misma escuela, la misma universidad, luego se fue a Nueva York por trabajo y yo fui a la escuela de posgrado ahí. —Y luego me suplicó que me fuera de Nueva York con él, y yo también lo hice. Lo puse primero, porque pensé que eso es lo que haces por alguien a quien amas. Es un error que no volveré a cometer—. Matt estaba en locación cuando mi padre murió, y cuando regresé de Kansas, me dijo que me había engañado mientras no estaba. —Mi tono es plano, objetivo. Me niego a dejar que nadie piense que todavía estoy molesta por lo que hizo, especialmente cuando no fue el engaño lo que lo terminó, fue lo que dijo cuando peleamos después. *Solo admite que el maldito libro no va a suceder y encuentra algo más que hacer con tu vida. En primer lugar, nunca hubieras conseguido el trato si no fuera por mí.* Durante años, lo alenté, apoyé sus sueños cuando los míos se estaban haciendo realidad y los suyos no, pero en el momento en que cambió, no pudo hacer lo mismo por mí.

La mandíbula de Hayes se mueve y sus ojos se entrecierran.

—Entonces es un idiota, Tali, y nunca te mereció. —Para alguien con un historial bastante pobre, su enojo es inesperado—. Podría arruinarlo por ti, si quieres. Dame su nombre. Conozco gente.

No estoy del todo segura de que esté bromeando.

—Me sorprende, dada la forma en que vives, que no te pongas de *su* lado —le susurro. Mucha gente me dijo que debería dejar ir lo que Matt hizo, y hay una parte de mí que quiere que Hayes esté entre ellos. Esa parte quiere seguir creyendo que es el imbécil encantador, pero impenitente en el que nunca podría confiar.

Él traga.

—Piensa lo que quieras —dice, mirando hacia otro lado—, pero nunca he engañado a nadie en mi vida. Ni lo haré.

Cada hueso de mi cuerpo quiere discutir... y, sin embargo, lo veo. No importa cuánto me disguste el comportamiento de Hayes, nunca lo he visto romper una promesa.

Pero eso no significa que no lo haría. ¿Cómo puedes saberlo con certeza? ¿Cómo predices cuándo volverá a salir mal? No hubo señales de advertencia con Matt. Las busco en nuestra historia, pero no hubo miradas prolongadas a otras mujeres, ni misteriosos mensajes de texto nocturnos. Ni siquiera bloqueaba su teléfono. Y las palabras que lo terminarían, tampoco hay rastro de ellas. Realmente pensé que él creía en mí hasta que me di cuenta, con unas pocas palabras agudas, que nunca lo había hecho.

Si Matt pudo volverse tan falso, sin una sola señal de advertencia, cualquiera podría hacerlo.



Le hablo a Liddie esa noche por primera vez desde el cumpleaños de Charlotte. Nos hemos enviado mensajes de texto, por supuesto, pero supongo que la he estado evitando de otra manera, todavía molesta porque ella usó lo que debería haber sido una ocasión feliz para comenzar una pelea con mi mamá. Entiendo que ella y Alex no están en condiciones de ayudar con la estadía de Charlotte en Fairfield, pero al menos podría no empeorar las cosas.

—Bueno, no estoy embarazada —anuncia, con voz plana.

—Lo siento —digo, pero no sueno tan arrepentida. Si soy sincera, su obsesión por tener un segundo hijo me parece egoísta, dado todo lo demás que está sucediendo. Es un problema que ella ha creado y, sin embargo, parece pensar que merece la misma atención—. Sucederá cuando esté destinado a suceder —agrego.

—Eso es una mierda —dice—. Eso es lo que alguien dice cuando quiere que te calles.

Precisamente, pienso, aunque tengo la moderación suficiente para no decirlo en voz alta, pero ni siquiera tiene sentido. La primera vez que

quedó embarazada, estaba en el último año de la universidad y estaba devastada. Ha pasado años lamentando el hecho de que no terminó su carrera, y ahora que Kaitlin es lo suficientemente mayor para el preescolar y tiene tiempo de sobra... está suspirando por lo contrario.

—Bueno, dime lo que quieres que diga —le respondo—. Dado que aparentemente hay un guión.

—Bueno —dice ella, con una risa amarga—. Perdón. Probablemente estés ocupada con tu negocio de libros y tu famoso jefe y tu famoso ex, y todo esto debe parecer muy trivial para ti.

Me quedo mirando la bombilla fluorescente que parpadea en el techo, las galletas sin marca que comí para cenar y las cuatro paredes que casi puedo alcanzar mientras permanezco en mi cama.

—Le atinaste totalmente, Liddie —respondo—. Estoy demasiada ocupada con mi glamorosa vida.

Y luego, por primera vez desde que éramos adolescentes, cuelgo el teléfono de golpe.

Capítulo 15

—Voy a tener una pequeña reunión el viernes —anuncia Hayes mientras toma asiento en la encimera el lunes por la mañana—. Necesitaré... cosas.

—¿Podrías ser un poco más específico? —pregunto—. Como nunca he visto tus fiestas, no sé si 'cosas' significan unos seis paquetes de Coors Light o un kilogramo de cocaína.

—¿Podrías *conseguir* un kilogramo de cocaína? —pregunta—. ¿Es eso algo por lo que debería haberte estado molestando todo el tiempo?

—No tengo ni idea, nunca aprendí el sistema métrico.

Pone los ojos en blanco y murmura *malditos yanquis* en voz baja.

—No, no necesito cocaína. Solo un bar y comida. Y música. Y un valet, supongo. Para doscientas personas, quizás.

Yo gimo. ¿Un *valet*? ¿*Doscientas personas*?

—Eso no es una 'pequeña reunión'. Eso es una boda. ¿Finalmente encontraste a alguien digno de ti? Para que quede claro, no estoy segura de que puedas casarte legalmente con tu propio reflejo.

Él se pone de pie.

—Todavía espero que la ley cambie.

Luego se va, habiendo arrojado esta bomba sobre mí, pero se lleva el batido con él. Me doy cuenta de que no puedo estar tan irritada como me gustaría.



Los siguientes días parecen ocurrir a una velocidad vertiginosa. Asigno la mayor parte de la planificación a una empresa de eventos, pero responder preguntas sobre basura trivial todavía consume cada segundo libre: ¿lubina chilena (en peligro de extinción, pero sabrosa) o tilapia? ¿Manteles de color crudo o gris pardo? ¿Cabezales curvos en las sillas o rectos?

Me encuentro enviando mensajes de texto a Hayes a menudo, y aunque me dice que soy una molestia y con frecuencia me amenaza con despedirme por hacer demasiadas preguntas, él es quien cuele los textos irrelevantes. Haciendo preguntas sobre mi libro, queriendo saber más sobre Julian, o sugiriendo varias posiciones sexuales que Aisling podría disfrutar. Respondo con enlaces a sitios web sobre acoso sexual en el lugar de trabajo, pero la verdad es que esos textos son la mejor parte de mi día.

Por la noche, todavía estoy trabajando para agregar a Julian al libro. Creo que casi lo tengo cuando Sam llama con una nueva sugerencia.

—¿Sabes? —dice—. No amo a Naida.

Naida, la ninfa del bosque que le enseña a Aisling a manejar la magia, es vital para la trama. No es como si Aisling pudiera asaltar un castillo lleno de magia oscura sin un arma propia.

—Sería mucho más interesante —dice—, si ella tuviera un motivo maligno o quisiera algo a cambio, algo complicado.

—¿Quieres que haga a la pequeña y dulce Naida, que no quiere nada más que ser dueña de su panadería y ganarse el amor de un ninfo del agua, *malvada*?

—Seguro. Como si tal vez estuviera tratando de liderar un

levantamiento zombi y necesitara que Aisling bajara las barreras del castillo para poder atacar.

Sam siempre quiso agregar zombis a todo. Me había olvidado de eso de él.

Sin embargo, no se equivoca. A mí también me aburren esas escenas con Naida y podría ser divertido si Aisling tuviera que trabajar con alguien *malo* para conseguir lo que quiere.

Pienso en la última sugerencia de Hayes: que Aisling podría acostarse con Julian para obtener información sobre la reina, realmente no parece comprender el concepto de una novela para adultos jóvenes. (“*No estoy sugiriendo que describas una escena gráfica de bondage*” argumentó Hayes. “*Solo, ya sabes, aludir a una*”). Si bien no tengo la intención de que mi heroína adolescente se prostituya para salvar a su novio, puede admitir que puede estar en algo. Trabajar con Julian es como hacer un trato con el diablo. Para conseguir lo que necesita, tendrá que arriesgarlo todo.

Yo: *Tú ganas. Julian va a ayudar a Aisling a irrumpir en el castillo.*

Hayes: *Que ella pagará ACOSTADA SOBRE SU ESPALDA. No discutas, solo hazlo.*

Hayes: *Por cierto, esa sería una buena línea para que Julian la use con Aisling en la cama.*



Llego el viernes por la mañana vestida con pantalones cortos y tenis para correr, lista para las largas horas que se avecinan. Los camiones de trabajo se detienen en la casa justo detrás de mí, y los siguientes veinte minutos son una ráfaga de instrucciones, abrir puertas y

responder preguntas de ubicación. Cuando finalmente vuelvo a entrar, Hayes está sentado en la encimera.

Sus ojos me recorren, de la cabeza a los pies y de regreso a mis piernas. Su lectura lenta me hace temblar, en el buen sentido.

—¿Hemos cambiado el código de vestimenta, entonces? —pregunta, su voz más baja de lo normal.

—No voy a correr por aquí en tacones en todo el día. Tengo mi vestido para esta noche en el auto.

—Estoy seguro de que los trabajadores están disfrutando de este look. —Su boca se aplana—. Apenas tendré que darles propina cuando terminen.

Pongo los ojos en blanco y le deslizo su agenda mientras reviso la mía. Por una vez, creo que soy la más ocupada de los dos.

—Entonces —dice—, ¿supongo que hoy no hay batido?

Miro hacia arriba.

—¿*Quieres* uno? —Me siento como una heroína de Disney que acaba de descubrir que tiene un poder secreto.

Se pasa la mano por el pelo, que es lo que hace Hayes cuando siente la más mínima pizca de vulnerabilidad.

—Solo si tienes tiempo.

No lo tengo, pero es una admisión, aunque no se dé cuenta: le gusta sentirse cuidado. Le gusta que alguien en su vida quiera cosas para él además de lo que él hace por ellos a cambio.

—Por supuesto —le digo, colocando su vitamina D junto a su café con un suplemento adicional—. Pero solo si tomas tus vitaminas como un buen chico, y no estoy tratando de envenenarte, la nueva es zinc. Es bueno para el sistema inmunológico.

Se lo mete en la boca.

—Y la producción de esperma —agrega.



El día pasa en una neblina de decisiones y dilemas y pequeñas disputas entre proveedores. Solo rezo para que no sea un completo desastre. La fiesta más grande que he organizado hasta ahora involucró pizza para veinte, e incluso eso no fue tan bien.

A las siete, me apresuro a uno de los baños del piso de arriba y me retuerzo el cabello antes de meterme en la ducha. El elegante gel de baño en el borde de la bañera huele a Hayes, como una noche de verano en una playa en algún lugar glamoroso. Me quedo de pie por un momento inhalando el aroma antes de darme cuenta de lo extraño que es y continuo, lavándome rápidamente y secándome antes de ponerme el vestido de seda verde que traje.

Mi maquillaje normal es bálsamo labial y rímel, pero esta noche hago el trabajo completo: no estaré a medias en un evento lleno de las mujeres más bellas de la ciudad.

Me deslizo sobre mis talones y esponjo mi cabello antes de bajar las escaleras para encontrar a Hayes vagando sin rumbo, luciendo un poco perdido. Se detiene en su lugar cuando me ve.

—No te reconocí por un momento —dice, aclarándose la garganta—. Hiciste un esfuerzo por primera vez.

No es el elogio más efusivo que he recibido, pero no debería haber esperado recibir elogios en primer lugar.

—Va a ser bastante difícil estar al lado de un montón de actrices y modelos. Pensé que era necesario un poco de maquillaje.

Sus ojos parpadean sobre mi cara.

—Eres más guapa que cualquiera de ellas, incluso sin maquillaje
—dice con brusquedad.

Parpadeo, sorprendida, mi mandíbula está desquiciada. He escuchado a Hayes escupir halagos antes, pero esto es diferente, es casi como si lo dijera por accidente, como si fuera algo que no quería que yo supiera.

—Gracias —le susurro, pero no estoy segura de que lo escuche mientras gira sobre sus talones y se aleja. Lo veo irse y algo comienza a revolotear en mi pecho. Si no lo supiera mejor, pensaría que es esperanza.



La fiesta es tan lujosa y loca como Hayes quería que fuera. Hay un trineo con un bloque de hielo de tequila en forma de rostro de mujer, una fuente de chocolate y una mesa llena de más postres pequeños de los que he visto en un solo lugar. Grandes globos plateados y lanternas chinas se balancean con la brisa, y los meseros pasan bebidas de color verde neón en bandejas, esquivando por poco a los asistentes que bailan al son de la música que retumba desde el sistema de sonido.

Estoy corriendo durante varias horas seguidas, lidiando con invitados desagradables que exigen comida especial y tratando de levantar el trineo de tequila mientras el esposo borracho de alguien está arrebatando una botella de *Patron* del bar para una fiesta privada que quiere celebrar en una cabaña. Solo cuando alguien me pregunta dónde está Hayes me detengo el tiempo suficiente para darme cuenta de que no lo he visto en mucho tiempo.

Busco en el jardín y luego en la casa, y finalmente lo encuentro sentado solo en uno de los balcones del piso de arriba. Es tan silencioso aquí que sería fácil olvidar que hay una fiesta.

Su boca se encorva levemente, en un intento fallido de sonreír.

—Hiciste un buen trabajo —dice—. No. Déjame corregir eso. Hiciste un trabajo asombroso. Por lo tanto, parece que eres buena en algo más que escribir, contrariamente a tus afirmaciones.

Me pregunto, por medio segundo, si hizo toda esta ridícula fiesta simplemente para demostrarme eso antes de que descarte la idea. No es tan desinteresado.

—Si es asombrosa, ¿por qué estás aquí arriba? ¿No deberías elegir a las dieciocho mujeres a las que vas a dejar que se queden esta noche?

Se recuesta en su asiento, con una copa de vino en su pecho.

—Eso sería desconsiderado por mi parte, ya que significaría obligarte a sacar a dieciocho mujeres de mi casa por la mañana.

—La parte irreflexiva sería llevarse a tantas mujeres en primer lugar. De ninguna manera las satisfarías a todas.

Su boca se inclina hacia un lado.

—Eso suena como un desafío.

Me lo imagino intentándolo, lo que me irrita y excita a la vez. Me giro para bajar las escaleras y su mano rodea mi muñeca.

Un punto de contacto tan pequeño y, sin embargo, por un momento, es todo lo que puedo notar.

—Siéntate —dice—. Has hecho suficiente esta noche y tu auto está bloqueado.

Tomo la silla frente a él. Es la primera vez que me siento en toda la noche y gimo de alivio mientras me hundo en los cojines. Él se inclina sobre la mesa y me sirve una copa de *Malbec*. Le doy un sorbo, dejándolo rodar en mi boca. Había olvidado lo placentero que puede ser un buen vino. Una brisa cálida lleva el aroma del jazmín que florece en la noche desde su jardín lateral y respiro profundamente, apoyando la cabeza contra el suave respaldo de la silla. Debe, en

algún nivel, pensar que una fiesta masiva como esta es divertida, incluso si no la está disfrutando esta noche. Para mí, el vino en mi mano y él sentado frente a mí es suficiente.

—Entonces, si estás aquí arriba solo —digo—. Solo puedo asumir que eso significa que estás ocupado teniendo pensamientos oscuros sobre el vacío de tu vida.

—¿Es eso lo que estoy haciendo? —pregunta, haciendo girar el vino en su copa.

—No lo sé —respondo—. ¿Lo haces?

—Quizás. —Me mira con una sonrisa triste—. No hay nada como invitar a todas las personas que conoces para que te des cuenta de que no te agradan mucho.

Me duele por él. Su vida podría ser mucho más plena si lo permitiera.

—Probablemente necesites a algunas personas con las que estés dispuesto a hablar sobrio —le digo en voz baja, acurrucándome en mi silla.

Mira fijamente su copa de vino.

—Por el momento, supongo que son principalmente Ben y tú.

Mi corazón da un solo latido fuerte. Nunca pensé que vería el día en que Hayes admitiría que soy algo más que su asistente menos que estelar.

—Pensé que podría conocer a Ben esta noche, de hecho.

Hayes mira hacia el mar de gente en el patio.

—Está fuera de la ciudad, pero no habría aprobado todo esto. Es casi tan prejuicioso como tú.

Yo sonrío.

—Entonces, es una buena influencia. Me estaba imaginando un clon

de Hayes.

Se inclina hacia atrás en su silla.

—Será un día triste cuando estamos de acuerdo en que *tú* eres una buena influencia. De todos modos, ¿cómo gastaste todo el anticipo? Según tu ropa y tu auto, supongo que no gastas mucho.

Reprimo las ganas de reír. Solo Hayes tomaría mi triste y vergonzosa admisión y me insultaría con ella.

—Mi hermana menor necesitaba tratamiento hospitalario después de la muerte de mi padre, y he estado ayudando a mi madre con dinero. Aparentemente, las finanzas de mis padres estaban en peor forma de lo que nadie sabía, incluso mi mamá.

—Tú cuidas de todos, ¿no? —me pregunta. Sus ojos son suaves como el terciopelo. Cuando me mira así, es difícil respirar. Encuentro que no puedo mantener el contacto visual.

—No del todo bien, al parecer. —Liddie y yo no hemos hablado ni enviado mensajes de texto en una semana, Charlotte todavía parece miserable, y la última vez que llamé a casa mi madre estaba borracha. Se siente como si estuviera fallando, pero nadie puede decirme cómo cambiar las cosas.

El grupo debajo de nosotros se ha acallado hasta convertirse en un leve rugido. Probablemente sea hora de enviar a casa a los proveedores de servicios de catering. Me levanto y me pongo los zapatos de mala gana.

—Yo la pagaré —me dice—. Tu deuda. Yo la pagaré. Si alguna vez lo haces a lo grande, puedes devolverme el dinero. De lo contrario, considéralo un regalo.

Me arden los ojos y de repente me siento frágil e insegura. Debajo de ese hermoso y descuidado exterior de él se encuentra un corazón mucho más grande de lo que cualquiera se da cuenta, y ha pasado mucho tiempo desde que alguien se ofreció a cuidarme, no ha

asumido simplemente que lo resolvería. No estoy segura de por qué me hace tan feliz y triste a la vez que él sea la excepción.

—Gracias. —Sale como un susurro, apenas audible alrededor del nudo en mi garganta. *Dios, ¿de verdad estoy a punto de llorar por esto?*—. No puedo aceptarlo, pero gracias.

Sus fosas nasales se dilatan.

—¿Por qué diablos no? —él exige—. Puedo hacer que todos tus problemas desaparezcan en un abrir y cerrar de ojos, con muy poco esfuerzo. ¿Por qué no me dejas?

¿Por qué no? Ese dinero no es nada para él. Podría recuperarlo en una semana, mientras que a mí me llevaría años, si no fuera por este trabajo.

—Porque —digo, incapaz de mirarlo a los ojos—, todos en tu vida parecen tomar algo de ti, y eso no es lo que hacen los amigos. Supongo que prefiero ser tu amiga.

Se siente demasiado íntimo y serio. Quiero hacer una broma, encontrar una manera de aligerar las cosas, pero veo algo en su rostro que no había estado ahí antes, como si realmente me viera, como si incluso pudiera confiar en mí, y no puedo soportar arruinarlo. Por una vez, guardo todos los chistes incómodos dentro de mí, y luego me alejo, deseando, más que nada, poder quedarme.



Me despierto al medio día. Eran las cuatro de la mañana cuando me fui, y me sentí aliviada al ver que Hayes se había reincorporado a la fiesta, sonriendo con su sonrisa torcida y encantando a todos. Supongo que encontró una modelo joven encantadora y dispuesta y finalmente la llevó arriba con él.

Necesito comenzar con la siguiente sección del libro, pero no sé a dónde debería ir. Julian le ha dicho a Aisling que la ayudará, pero no es el tipo de persona que va a brindar su ayuda de forma gratuita. Él exigirá algo de ella, la pregunta es qué es lo que él querría, además de sexo. Él ya tiene mucho más dinero, poder e influencia que ella.

Salgo a correr, esperando que me llegue la respuesta. Es un hermoso día; el cielo está teñido de rosa dorado, el océano es tan azul contra la arena blanca que parece más una foto que la vida real.

Aumento el paso al pasar por el muelle y todas las mansiones que mataría por tomar prestadas por un día. Mi favorito es la marrón oscuro, con cuatro niveles de terrazas frente al océano. Nunca vi una señal de vida ahí. Me imagino que el propietario es un ejecutivo de Hollywood, que trabaja servilmente hacia metas que al final resultarán vacías, al igual que Hayes. Será un anciano antes de salir para apreciar esta vista que ha tenido todo el tiempo, y cuando suceda, no se sentirá orgulloso de lo que ha logrado. Simplemente se dará cuenta de qué es lo que se perdió con los ojos puestos en el premio equivocado.

Julian es un poco así, pero también hay una humanidad persistente. Tal vez la belleza de él es que es bueno en formas que preferiría que nadie vea, formas que casi no reconocerá ante sí mismo.

Mientras mis pies golpean el pavimento, reflexiono una vez más sobre las tareas que Julian le está encargando a Aisling, y luego pienso en Hayes anoche, diciendo que parece que soy buena en algo más que escribir.

Y corro todo el camino a casa con la respuesta que necesitaba.

Aisling llega al estudio de Julian para descubrir que la flor de los deseos, por la que ella arriesgó su vida para adquirir, es algo que él ya tiene en abundancia. Él le dice que puede quedarse con la que encontró y ella se enfurece.

—¿Por qué me pediste que arriesgara mi vida si ni siquiera la querías? —yo exijo.

—Quizás, cariño, no fue para mí en absoluto —dice—. Crees que necesitas desesperadamente a tu Ewan, pero mira lo que lograste por tu cuenta.

Le envió las nuevas páginas a Sam y él me responde una hora después diciéndome que las ama.

—De hecho, me gusta Julian mucho más de lo que me gusta Ewan —añade.

Que esté de acuerdo me aterroriza.

Capítulo 16

El lunes por la tarde, Hayes me pide que me reúna con él en un bar cerca de su oficina para repasar su agenda.

—¿Un bar, en lugar de tu oficina? —pregunto—. Qué profesional.

—Necesito un trago fuerte para manejar el inevitable fastidio que parece acompañar a cualquier conversación contigo —responde y me sonrío a mí misma. De hecho, puedo ser una molestia en el trasero, es cierto.

Llego al bar poco después de las cinco. El lugar es oscuro y acogedor: paredes están cubiertas con paneles de castaño y los pisos son de madera, sillas de terciopelo color carbón, poca iluminación. Pensaría que sería romántico si fuera a encontrarme con alguien más.

Me mira mientras me acerco, sus ojos me recorren de la cabeza a los pies como si fuera algo para comer.

—Te pedí un gin tonic —dice.

Dejo mi bolso sobre el respaldo de la silla y tomo asiento.

—Estoy conduciendo.

—Pareces estar sentada, de hecho —dice, con sus ojos parpadeando sobre mí una vez más—, y no te pedí cien gin tonics.

—Tal vez tenga una cita esta noche —digo, aunque en verdad, todo lo que tengo programado para toda la noche es un tazón de cereal y una llamada telefónica a mi mamá—. Sé que es impactante, pero tengo una pequeña vida aparte de satisfacer todas tus necesidades.

Su lengua se golpea el labio.

—No diría que satisfaces *todas* mis necesidades —responde, con su

voz baja y sucia, yo me retuerzo en mi asiento—. Y no tienes una cita porque todavía fantaseas con el granjero.

—No fantaseo con nadie —discuto, exprimiendo la rodaja de limón en mi bebida—. Solo estoy lamiendo mis heridas, y por favor no hagas una broma grosera acerca de dejar que alguien más lama mis heridas... Sé que ahí es hacia donde te diriges.

Deja su bebida.

—Como médico, dudo que sugiriera alguna opción, pero es hora de que detengas la autocompasión. Déjame hacerte un perfil de Tinder.

Él toma mi teléfono y yo se lo arrebató.

—Puedo hacer mi propio perfil, muchas gracias. Todo lo que escribirías probablemente haría referencia a la cantidad de agujeros funcionales que tengo.

Sus dientes se hunden en su labio mientras trata de no reír. Yo en cambio, los imagino hundiéndose en mi piel y siento que se me pone la piel de gallina a lo largo de la parte posterior de mis brazos.

—Está bien, déjame ayudarte —dice—. *¿Qué tal 'Pelirroja argumentativa busca...'*

—No soy pelirroja.

Él niega con la cabeza.

—Castaña es demasiado simple y no puedo creer que *ya* estés discutiendo conmigo. Como estaba diciendo, *'pelirroja argumentativa busca un hombre extremadamente guapo para quejarse. Tengo tres agujeros funcionales'*.

Sonrí contra mi voluntad.

—Gracias, eso es perfecto. Definitivamente encontraré al Señor Perfecto con eso.

—Puedo decir que vas a ser aburrida con esto. Bien. —Mira por

encima de un hombro y luego por el otro, inspeccionando la habitación—. Entonces, ¿a quién de aquí encuentras atractivo? Aparte de mí, por supuesto. Obviamente, en un mundo perfecto, sería tu primera opción.

—Obviamente —digo, con mis labios tarareando a lo largo del borde de mi vaso—. Es muy difícil encontrar un hombre que me compre bebidas, me folle y no vuelva a llamar nunca.

Su mirada se agudiza, se vuelve salvaje.

—Dios, qué boquita más sucia tienes —dice. Su voz es pura grava, y siento una fuerte patada de deseo en mi estómago, o tal vez esa patada fue un poco más abajo si voy a ser honesta.

Me imagino escucharlo decir eso mientras me abrazaba, excitado y desesperado, o empujándome de rodillas con sus manos en mi cabello.

Lo cual no es algo que debería imaginarme sobre mi *jefe*.

Mi voz está vergonzosamente sin aliento mientras cambio de tema a la agenda.

—Ya estás reservando para julio —le digo—. Pensé que tal vez querrías un tiempo libre.

Él levanta una ceja.

—¿Con eso de nuevo?

Tomo un sorbo muy largo de mi gin tonic.

—Sí, eso de nuevo. Lo cual me recuerda...

Saco mi computadora portátil de mi bolso y abro el calendario, que luego vuelvo hacia él. El espacio en blanco del viernes es tan deslumbrante como un letrero de neón. Parecía una buena idea en ese momento y parece menos ahora que se lo estoy contando. Mis ideas suelen ser así.

—En cierto modo accediste a tomarte un tiempo libre. —Sueno como una niña que le explica una mentira a un padre que no perdona.

—Dije que lo pensaría, Tali. Eso no significa que esté de *acuerdo*. —Sus ojos son tormentosos—. Deberías haberme preguntado primero.

—Hubieras dicho que no, así que eso no habría sido efectivo. —Sonrío. Él no le devuelve la sonrisa—. Un viernes, Hayes. Solo uno.

Toma un sorbo fuerte de su bebida, burlándose incluso mientras lo hace.

—¿Qué diablos voy a hacer el viernes?

Lo miro sin comprender. Sí, había anticipado una discusión sobre tomarse el día libre, pero no pensé que tendría que explicarle el concepto de tiempo libre. En las cuatro semanas que he trabajado para él, no se ha tomado ni un día libre.

Levanto las manos.

—Hacer lo que la gente hace normalmente cuando tiene un día libre.

Sus labios se aprietan.

—Normalmente se sientan en el Departamento de licencias de tránsito durante horas para que les renueven la licencia o compran comestibles, y te tengo a ti para todo eso.

Toco el interior de mi mejilla con mi lengua, preguntándome si tiene razón. Cuando tengo un día libre... trabajo. Pero si no trabajara, estaría lavando la ropa o haciendo pendientes o trotando mientras pensaba en el trabajo. Tal vez necesitemos atraer a una persona realmente divertida a esta conversación, una que disfrute de su vida.

—Entonces camina, o surfea. Aunque solo puedo imaginarte haciendo esas cosas con un traje.

—Bueno, obviamente —dice—. No soy un salvaje, pero no me interesa el senderismo ni el surf. Estoy interesado en ganar dinero.

Exhalo con cansancio.

—Vives en Los Ángeles, por el amor de Dios. Las cosas que podrías hacer son infinitas. Conduce por la costa, o visita un museo.

Da un parpadeo lento y exagerado, como si lo hubieran despertado de un sueño profundo.

—Lo siento, creo que me quedé dormido ahí. Sobresales en hacer que el tiempo libre suene aburrido.

Tengo que admitir que yo también me aburriría ahí. Repaso recuerdos de momentos en los que todavía era divertido, pero solo me viene a la mente la infancia: las jugar a *las escondidas* o *el fantasma en el cementerio* en una noche de verano, jugando al bádminton con mis hermanas mientras mi padre trabajaba en la parrilla, animándonos. Todos mis recuerdos felices involucran a otras personas, por lo que, quizás, no he tenido muchos buenos recuerdos durante el año pasado.

—Ve a un parque de diversiones —le ofrezco, más por desesperación que por cualquier otra cosa. Lo imagino parado en una larga fila, vestido con un traje, enviándome mensajes de texto para exigirme que le explique qué son los Dippin 'Dots—. Montañas rusas, churros, juegos de arcade. Es difícil encontrar algo más emocionante que eso. —Intento sonar entusiasta, pero creo que estoy fallando.

Da un sorbo a su bebida.

—Me pregunto, cuando te escucho decir estas cosas, cuán limitada debe ser tu experiencia de vida, pero okey, iremos. Tú y yo. Haz los arreglos.

Lo miro consternada. Claro, me encantan los parques de diversiones, pero no tenía la intención de ir con él.

—¿Por qué me llevarías a *mí*? Tienes a la mitad de las mujeres de esta ciudad comiendo de tu mano.

—Porque los parques de diversiones están sucios y no quiero ser atraído para tener sexo en uno. —Levanta su vaso vacío a la mesera—.

¿Cuál es el problema? Pareces el tipo de chica que apreciaría los churros y la parafernalia con el tema de Los Simpson.

—Wow —respondo—. Entonces, me quieres ahí porque soy de mal gusto y no soy lo suficientemente atractiva para follar. Has elaborado un argumento bastante persuasivo.

—¿Estás negando que te gustan los churros? —desafía, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Tendrías que nacer sin alma para que no te gusten los churros —murmuro.

—Entonces está decidido —dice. Está sonriendo como si hubiera ganado algo.



El viernes llego a la casa de Hayes una hora más tarde de lo normal, él ya está levantado y vestido, con pantalones cortos color caqui y una camiseta de algún pub de Londres. Me congeló, completamente impresionada por la vista que tengo ante mí.

No estoy acostumbrada a verlo con ropa normal, y si hubiera pensado que eso lo normalizaría de alguna manera, estaba equivocada. Ahora todo lo que veo son piernas gloriosamente en forma y brazos sorprendentemente musculosos, su camisa se aferra lo suficiente a su pecho y estómago para asegurarme que están tan duros y bien formados como el resto de él.

Yo, por otro lado, no soy mucho para mirar en este momento. Cara lavada, lentes de sol, pantalones cortos y camiseta sin mangas. No hay joyas ni extensiones de pestañas a la vista, tan diferente de las mujeres con las que él sale. Lo más parecido al perfume es el olor de mi protector solar.

Extiendo mis brazos.

—De nada. Hice un esfuerzo adicional para asegurarme de que no fueras *atraído* para tener relaciones sexuales.

—¿Esa es una camiseta del equipo de atletismo de la *escuela*? — pregunta, alarmado.

—¿No es lo suficientemente elegante para usted, *milord*? Mi ropa de parque de diversiones de Gucci está en la tintorería.

Él exhala un suspiro.

—Mi problema no es tu falta de estilo. Mi problema es que parece tener dieciséis años, del tipo de dieciséis que es la definición de cárcel, y la camiseta no ayuda. Me preocupa que me arresten. Esos pantalones cortos apenas te cubren el trasero y ese top no es exactamente holgado.

Miro hacia abajo. Supongo que me estoy cubriendo mucho menos de lo normal.

—Esto es justo con lo que corro.

Sus ojos me recorren.

—Claramente debería pasar más tiempo en Santa Mónica, pero eso no niega el hecho de que tienes el rostro tan fresco como una adolescente y que también te estás visitando como una hoy.

Me encojo de hombros y me dirijo a la puerta.

—Trata de no actuar de forma espeluznante en público.

Él sigue.

—Por lo general, trato de no actuar de forma espeluznante.

—No lo habría adivinado.

Su boca se contrae, y me siento extrañamente... victoriosa espiando esa sonrisa involuntaria suya. De repente me doy cuenta de lo feliz

que estoy de que esté pasando este raro día libre conmigo. Junto con la comprensión más preocupante de que no querría a nadie aquí en mi lugar.

Partimos para Universal: yo, ansiosa como una niña; Hayes, tolerándome como un padre cansado pero divertido. Una vez que nos estacionamos, salto del auto y respiro hondo. El olor a alquitrán caliente y protector solar me recuerda a la infancia, en los días en que nuestro viaje familiar a *Worlds of Fun* era lo más destacado del verano.

—Supongo que no visitan los parques de atracciones en Inglaterra —le digo, tendiendo mi teléfono a un asistente, que escanea nuestros boletos de admisión—. Un día divertido es probablemente un viaje a Bath o un día en el campo jugando con un aro y un bastón.

Él exhala.

—Tengo la sensación de que todo tu conocimiento de mi tierra natal proviene de la lectura de libros sobre huérfanos del siglo XIX.

—Bueno, estamos a punto de probar tu tierra natal en un minuto —le digo, llevándolo a través del parque, mis pasos se aceleran. Es mucho más alto que, incluso cuando casi me pongo a trotar, su paso sigue siendo pausado.

—¡Tada! —grito, con los brazos abiertos mientras caminamos por debajo de la entrada de piedra falsa al mundo de Harry Potter—. Estamos aquí. ¿No te recuerda a tu hogar?

Sus dientes se hunden en su labio mientras disfruta de los paseos y las tiendas.

—Ah, sí, quioscos de cerveza de mantequilla. Había uno en cada esquina mientras crecía.

Pongo los ojos en blanco.

—Okey. No muestres tu gratitud, y aquí estaba yo a punto de convencerte desinteresadamente de que nos compraras una varita y una *snitch* dorada. Lo que también te recordaría tu hogar. Sé que a los

británicos les encantan las varitas y el quidditch.

Algo parecido a la risa burbujea en su garganta. Posiblemente un suspiro de cansancio ahogado. Uno de muchos hoy, estoy segura.

—Es como si hubieras crecido ahí, nos conoces muy bien.

Le hago comprarme una cerveza de mantequilla, la cual es terrible, y voy a la tienda de varitas, aunque tengo el orgullo suficiente para no dejar que me compre una varita cuando me la ofrece.

Con nuestros pases VIP, hay poca espera para los paseos. Supuse que un hombre que no ha hecho cola por nada en años no iba a soportar una espera de noventa minutos por el *Hagrid's Motorbike Adventure*. Pero cuando pasamos por delante de una cola larga y sinuosa de niños llorones y padres cansados, me estremezco.

—¿Te sientes mal por esto? —pregunto, señalando con la cabeza hacia sus caritas tristes.

Su frente se arruga.

—¿Mal por tomar la decisión más sabia de mi vida y evitar la paternidad? No en este momento.

Vemos como un niño con la edad suficiente para entender se enoja con su padre y tira una bandeja de nachos al suelo.

—Estoy segura de que te estás perdiendo algo al no tener hijos —le respondo—, aunque no puedo pensar qué es en este momento.

—¿Eso crees? —pregunta, tragando mientras su mirada parpadea hacia mí y se aleja—. Quieres niños, eso es.

Me meto las manos en los bolsillos.

—Pensé que sí —lo admito. Yo tenía ocho años cuando nació Charlotte, era lo suficientemente mayor como para tratarla como una muñeca viviente durante varios años antes de que ella se opusiera. Tener hijos y ser autora: esos eran mis dos mayores sueños cuando era más joven.

Me mira.

—¿Pero...?

—Pero dudo que vuelva a tener una relación —le digo.

—Tienes veinticinco años y solo has estado soltera un año. ¿Cómo puedes afirmar que nunca conocerás a alguien?

Le frunzo el ceño cuando el torniquete se abre para permitirnos subir.

—Porque conocía a Matt al derecho y al revés, y nunca hubo una señal de que fuera tan... diferente... de quien yo pensaba que era. No puedo imaginarme pasando por eso de nuevo con alguien que no conozco tan bien.

Suspira y se pasa la mano por el pelo.

—Lo entiendo mejor de lo que puedas imaginar, pero no todos los hombres son terribles.

Entro en el carro, sosteniendo la barra de regazo mientras él se desliza a mi lado. Su muslo está pegado al mío y sus hombros ocupan más de lo que le corresponde en el asiento, pero no puedo decir que me importe por completo la forma en que estamos presionados.

—Simplemente no confío en mí misma para distinguir a los buenos de los malos, y dudo que alguna vez lo haga. No lo entenderías, solo quieres a las malas.

No hay tiempo para que responda. La barra se bloquea sobre nuestros regazos y luego la montaña rusa se aleja de la estación, subiendo una colina enorme a un ritmo inestable. El miedo y la anticipación se acumulan en mi estómago y me dejo apoyar un poco contra su costado, encontrando seguridad en su solidez, aunque incluso esos músculos suyos no nos impedirán una muerte segura si esto se descarrila.

—¿Estás *nerviosa*? —pregunta, sonriéndome.

Yo entrecierro los ojos.

—De ninguna manera, solo estoy tratando de averiguar cómo puedo sacrificarte para salvarme a mí misma si esto sale mal.

Llegamos a la colina y caemos en lo que parece ser un ángulo de noventa grados. La barra de regazo es todo lo que me mantiene en este asiento mientras mis intestinos parecen subir a mi garganta y quedarse ahí. Estoy aterrorizada y emocionada y me aferro a la barra mientras intento presionar mi cara contra su hombro, todo mientras damos la vuelta a las esquinas a gran velocidad y volamos por otra colina imposible. Dejo de gritar el tiempo suficiente para escucharlo reír, no la risa seca y sardónica que me da de vez en cuando, generalmente a mis expensas, sino una verdadera carcajada. Me hace sonreír por medio segundo, hasta que empiezo a gritar de nuevo.

Cuando llegamos al final del viaje, llegando a una parada sorprendentemente repentina, me bajo con las piernas débiles.

Solo he estado de pie unos segundos cuando el mundo se vuelve negro.

—Wow. —La sangre sale corriendo de mi cabeza, y encuentro un fuerte brazo envuelto alrededor de mi cintura, tirando de mí con fuerza.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

Mi cabeza cae sobre su pecho mientras pequeños puntos negros llenan mi visión, e incluso mientras lucho por recuperar el equilibrio, noto lo agradable y firme que es, lo bien que huele, a jabón, piel y suavizante de telas, lo reconfortante que se siente su brazo alrededor, como si nada realmente malo pudiera suceder cuando estoy frente a él de esta manera.

—Sólo un mareo —respondo—. Creo que necesito comer.

Lentamente recupero mi visión y me alejo. Él entrecierra los ojos.

—¿Estás segura de que eso es todo? —él exige—. ¿Eso te pasa mucho?

Yo me río.

—¿Estás *preocupado*? —Ni siquiera pareció preocupado cuando una actriz muy famosa nos dijo que le estaba 'brotando sangre' de su incisión.

Obliga a su rostro a adoptar una forma menos preocupada.

—No, nunca. No quiero gastar cuarenta dólares en churros por ti, pero ven conmigo.

Me lleva por la rampa de salida, su mano se mueve desde mi hombro hasta la parte baja de mi espalda, como si de repente estuviera convencido de que soy el tipo de chica propensa a los desmayos.

Pide unos churros y dos limonadas.

—Te equivocaste antes, ¿sabes? —me dice.

—Necesito comer —discuto—. Toda mi ingesta calórica en las últimas veinticuatro horas ha sido un sorbo de cerveza de mantequilla y un paquete de Oreos anoche.

—Eso no —responde—. Lo que dijiste de que solo me interesan las chicas malas.

Lleva los churros a un lugar en la sombra y me obliga a sentarme.

—Bien —corrijo—. No *chicas* malas. Solo temporales.

Arranca un trozo de churro, examinándolo como si fuera una extraña curiosidad: un cerdo alado o un tomate con ojos.

—Ni siquiera tan temporales —dice—. Estuve comprometido una vez, después de todo.

Dejo de masticar, momentáneamente... congelada. No puedo explicar por qué, pero el hecho de que alguna vez estuvo comprometido, que quería pasar una eternidad con otra persona, hace que se me hunda el estómago.

—¿Qué pasó? —pregunto. El churro se ha convertido en una papilla en mi boca.

Él levanta la cabeza. Sus ojos son oscuros, ilegibles.

—Me fui por un mes como parte de mi beca. Mientras no estaba, ella se enamoró de mi papá.

El churro en mi mano cae al suelo mientras lo miro. Me pregunto si he entendido mal de alguna manera porque es difícil para mí imaginar cómo alguien con Hayes podría elegir a otra persona, pero es imposible imaginar que alguien eligió a su padre biológico real.

—¿Tu papá? —pregunto—. Tu *verdadero* papá.

Él asiente, poniendo por fin el churro en su boca.

—Es un productor de películas extremadamente rico, y todavía es relativamente joven, ya que él solo tenía veinte años cuando nació. Era todo lo que ella quería.

No parece molesto por nada de esto. Podría estar discutiendo sus impuestos por toda la emoción en su voz.

—Pero tu *papá* —repito—. ¿Es decir, quién hace eso? ¿Y qué más quería ella?

Se encoge de hombros.

—Ella me acusó, cuando se fue, de no amar a nadie tanto como a mí mismo.

La odio, a esta extraña loca que dejó al hombre a mi lado por su propio padre y fue una idiota al respecto. La odio de una manera que nunca odié a la actriz con la que Matt me engañó, la odio más de lo que nunca odié a Matt. No entiendo cómo él puede aceptarlo todo.

—Eso es algo bastante amargo para decirle a alguien a quien vas a dejar, especialmente en esas circunstancias.

Él traga.

—No estaba equivocada. Había perdido a un paciente y me estaba tambaleando, no estaba seguro de si quería seguir en la medicina, estaba más consumido por mi propia mierda que por la de ella, y todavía estaba terminando mi beca en ese entonces, sin ganar nada, por lo que no es como si hubiera algún otro beneficio para quedarse.

Todavía estoy tan estupefacta que apenas puedo responder. Me pregunto si es por eso que está en esa ridícula casa, si es un intento al estilo del *Gran Gatsby* de demostrarle su valía.

—Parece que realmente los perdonaste —digo, sacudiendo la cabeza—. No veo cómo.

Se limpia las manos con una servilleta. Aparentemente, un bocado de churro fue suficiente.

—Me vi obligado a aprender algunas verdades duras sobre mí, y saqué una hermana pequeña, así que no es del todo malo.

Mi boca se abre y él levanta una mano.

—Antes de sugerir que no descarte toda una empresa en función de una mala experiencia, permíteme recordarte que hiciste lo mismo.

Me quita un poco de azúcar de mi labio superior con el pulgar, pequeñas líneas de risa formándose en las esquinas de sus ojos mientras lo hace. Hay tanto cariño en la mirada que me da, tanta dulzura, que mi corazón se rompe aún más por él. Él tomó ese amargo disparo de despedida suyo y lo convirtió en su lema, abrazó la idea de que él no es amoroso ni cariñoso, cuando nada podría estar más lejos de la verdad.

Si él fuera mío, me habría aferrado con todo lo que tenía.



Cuando nos hemos subido a todas las atracciones y comimos un año de comida chatarra (que, para que conste, Hayes disfrutó por completo incluso si no lo admitiría), nos dirigimos a casa. Después del calor del día y tanto caminar, el asiento del pasajero y el aire acondicionado son todo lo que necesito para dormir. Cuando mis ojos se abren, estamos frente a su casa.

—Ya era hora de que te despertaras —dice—. Los vecinos probablemente están llamando a la policía para informar sobre una adolescente en coma en mi camino de entrada.

Yo bostezo.

—Ya habrían hecho esa llamada hace años si hubieran querido. Entonces, ¿cómo vas a pasar el resto de tu día libre?

—El cielo es el límite —responde. Ambos bajamos del auto, pero estoy extrañamente reacia a irme.

Él también parece reacio. Coloca una mano en el techo del auto, sin prisa por entrar.

—Disfruta de tu noche tranquila, negándote a tener una vida. Pensaré en ti mientras salgo a hacer las cosas que tú no harás.

Mi nariz se arruga.

—Preferiría que no pensaras en mí durante *eso*, si no te importa.

Me da la sonrisa más sucia que se pueda imaginar.

—Un hombre tiene un control limitado sobre a dónde va su mente en varios puntos.

Mi cuerpo se hunde un poco contra el auto mientras suelto un suspiro silencioso. Sé que está bromeando, pero mi estómago se agita de todos modos, como una mariposa bebé que prueba sus alas incipientes. Si pensara que alguna vez él me ha *imaginado* durante el sexo, probablemente tendría un orgasmo justo donde estoy.

Cruzo el camino de entrada hacia mi auto, que parece especialmente

oxidado y listo para el depósito de chatarra esta tarde. Después de un día en el BMW de Hayes, se sentirá como si estuviera conduciendo a casa en un automóvil de *Los Picapiedra*.

—Oye, Tali —dice, mientras alcanzo la puerta—. Gracias, fue el mejor día que he tenido en mucho tiempo. —Está siendo serio por una vez, y puedo decir que es difícil para él.

Otra cría de mariposa alza el vuelo. Sonrío, ahogando el impulso de arruinarlo con una broma, pero no me atrevo a decirle la verdad... también fue el mejor día que he tenido en mucho tiempo.



En casa, incluso antes de quitarme los zapatos, me conecto a Internet para buscar al padre de Hayes y a la esposa.

Su padre es atractivo para un hombre de unos cincuenta años y se parece mucho a su hijo, lo que realmente hace que todo sea más espeluznante.

Ella, su esposa, es de huesos delgados y tremendamente hermosa de esa manera que solo las mujeres extranjeras son: Tan frágil que uno pensaría que un fuerte viento podría derribarla. El tipo de mujer que otras mujeres ni siquiera intentan imitar porque sabes, mirándola, que la imitación es imposible.

Me duele el pecho. No es como si alguna vez pensé que la reemplazaría. Es una mierda darme cuenta de que no podría, incluso si quisiera.

Capítulo 17

Si pensé que obligar a Hayes a tomarse un día libre le enseñaría el valor del ocio, pronto me doy cuenta de que estaba muy equivocada. Cuando le sugiero que considere un fin de semana libre se ríe, y cuando le pregunto sobre despejar otro viernes, solo dice “tal vez”, en un tono que suena mucho a no.

Pero vuelve a casa casi todos los días para almorzar, así que... ¿pasos de bebé?

Un día de oficina, cuando él no puede venir a mí, yo voy a él. De todos modos tengo que ir, ya que acabo de cambiarle el aceite a su auto y tengo que devolverle las llaves. La feminista que hay en mí hace una mueca de dolor cuando aparezco en su oficina, cargando una bolsa de *In-N-Out Burger* como una esposa de los cincuenta que le lleva a su hombre la comida del mediodía, pero... a la mierda. Necesita comer.

La recepcionista me mira como si estuviera arriesgando mi vida y sugiere que lo deje afuera de su puerta y corra. Sé que hace todo lo posible por parecer distante e intimidante... Simplemente no me da cuenta de que la gente realmente creía el acto.

Camino por el pasillo a su oficina y entro después de que llamo a la puerta.

—Te compré una hamburguesa con queso y papas fritas —le digo, entregándole la bolsa—. El resto es mío.

Él cierra un archivo. Claramente lo estoy interrumpiendo, pero no parece molesto. No es que me importara si lo estuviera.

—¿Tratando de arruinar mi vida social engordándome? —pregunta.

—Con una hamburguesa con queso a la semana, me llevará unos

doscientos años, pero tengo fe en nuestra longevidad.

—¿Tienes fe en mi longevidad?

Yo sonrío.

—Puede que tengas razón. —Asiento con la cabeza a la comida—. Quiero decir, mira cómo comes.

Extiendo la mano para quitarle la bolsa, pero él señala la silla a mi lado.

—Quédate —dice—. Tengo unos minutos antes de mi próximo paciente.

—Pensé que odiabas a la gente —respondo, dejándome caer en la silla felizmente y sacando mis papas fritas—. Tu recepcionista quería que dejara las cosas afuera de tu puerta.

Extiende el envoltorio de papel cuidadosamente sobre su escritorio y coloca una servilleta en su regazo, como si fuera una comida adecuada.

—Odio a la gente. Supongo que tus constantes molestias te distinguen de alguna manera.

Me río a mi pesar.

—Tu personal podría aprender algo de mí —respondo, lamiendo descaradamente la grasa de mis dedos. Él me mira, con un destello de interés en sus ojos—. Tal vez debería ofrecer una capacitación en la oficina.

—Tu pequeña boca inteligente es suficiente —dice. Hay un ronroneo en su voz que hace que mi núcleo se apriete como un tambor, algo que parece estar sucediendo cada vez más. Siempre he tenido bastante autocontrol, pero una mirada persistente de él, una nota baja en su voz, y siento que soy otro tipo de chica por completo.

Recuerda por qué es una mala idea, Tali.

Sé que su pasado romántico ciertamente está plagado de ejemplos de mal comportamiento, pero cuando busco en mi cerebro, salgo con las manos vacías. Incluso los pocos informes que he visto sobre él en la prensa han sido una completa estupidez, como el que afirma que la chica que vi salir de su casa hace semanas está “desconsolada” por él, aunque solo la vio una vez, solo porque ella se veía vagamente deprimida caminando hacia el yoga. ¿Quién *no* parece deprimida al empezar a practicar yoga?

—Háblame de estas *supuestas* novias tuyas —exijo. Seguro que habrá muchas idiotas ahí—. Todavía me cuesta verlo. Empieza por el principio.

—¿El principio? —Se limpia la boca—. Esa sería Alice Cook. Teníamos seis, le regalé corazones de caramelo para el Día de San Valentín, y ella me dijo que su mamá no la dejaba comer azúcar y los tiró.

Me río y me duele al mismo tiempo. Es demasiado fácil imaginar una versión diminuta y abatida de Hayes con su tierno corazón roto por primera vez.

Toma un sorbo de agua, se detiene, y hago un gesto con la mano para apurarlo. Hasta ahora, solo ha empeorado mi problema.

—Luego estaba Caroline Cutherall, la hermana mayor de mi compañero, a quien amé ferozmente desde los diez hasta los catorce años —dice—. Ella era una década mayor. Supongo que ahora podría tener una oportunidad. —Se encoge de hombros.

Estoy segura de que la tendría. No sé quién era Hayes a los catorce años, pero no hay forma de que pueda coincidir con el Hayes de dos décadas después.

—Después de eso, estaba Annie, la hija del reverendo. Salimos hasta la mitad de mi primer año en la universidad.

Se mete lo último de su hamburguesa en la boca. Noto que no menciona el *final* con Annie, lo que sin duda significa que tuvo la

culpa. *Lotería.*

—¿Qué pasó con ella?

Se recuesta en su asiento y sostiene mi mirada. Por un momento estoy segura de que no va a responder.

—Llegué a casa de la universidad y descubrí que ella había estado ocupando su tiempo en mi ausencia con un futbolista del club local —dice.

Oh.

—Fue seguida por Ella —concluye—, que ahora es, por supuesto, mi madrastra.

Me da una sonrisa triste y toma otro sorbo de agua, como si todo esto fuera vagamente divertido y un poco aburrido. Para mí, no es ninguno de los dos. Lucho con un nudo repentino en mi garganta. En lugar de un saludable recordatorio de la insensibilidad de Hayes, acabo de verlo morir de miles de pequeños cortes y algunos importantes.

Quiero decirle que se merecía algo mejor, quiero decirle que Ella estaba loca, que todas estaban locas, pero las palabras están alojadas en mi garganta, demasiado serias y posiblemente demasiado revueltas para decirlas en voz alta.

Suena el teléfono, anunciando la llegada de su próximo paciente. Rápidamente recojo nuestra basura, todavía pensando en lo que dijo y deseando poder arreglarlo todo. Él me acompaña a través de la sala de espera hasta el ascensor, de pie junto a mí mientras espero a que llegue. Casi parece como si quisiera que pudiera quedarme, y... no me importaría. Cada vez es más difícil recordar cómo eran mis días antes de que incluyeran las sonrisas satisfechas de Hayes y los comentarios fulminantes sobre mi auto y mis elecciones. Sin la dulzura en sus ojos que me asegura que no quiere decir nada de eso.

Apenas llego al estacionamiento cuando me envía un mensaje de

texto pidiéndome que regrese. Ojalá estuviera molesta. Ojalá no sintiera esta emoción silenciosa ante la perspectiva de volver a verlo, a pesar de que justo me acabo de ir de su lado.

Lo encuentro en una habitación con una paciente y me detengo en el umbral, pero me hace señas para que entre.

—Tali, te presento a Linda. Ella te vio en la sala de espera y me dice que quiere parecerse a ti.

Reduzco la velocidad y mis últimos pasos para alcanzarlos están vacilando.

—Lo quiero todo —dice Linda—. La nariz diminuta y sobre todo los labios. Haz que los míos se parezcan lo más que puedas a los de ella.

¿Esto es normal? ¿Señalar a otro ser humano como si fuera un atuendo en exhibición y pedir ser recreado? Hayes no muestra sorpresa alguna, pero traga mientras su pulgar enguantado presiona el centro de mi labio. Quiero chuparlo más en mi boca, y pellizcarlo con los dientes.

—Tali tiene mucho volumen en sus labios, en el labio superior en particular —dice—. Sería difícil de replicar, pero podría usar micro dosis de relleno para darle la vuelta al borde como lo hace el de ella. —Su dedo índice recorre el contorno de mi labio superior. Tomo diminutas e insuficientes respiraciones por la nariz, mi corazón late más fuerte de lo que debería.

—Sí, intentemos eso —dice Linda—. Has hecho un trabajo increíble con ella.

Su dedo se detiene en el centro de mi boca y nuestras miradas se cruzan. Ser el centro de su atención, de esta manera, es más complicado de lo que jamás imaginé que podría ser. Es la experiencia de estar expuesta, descubierta, pero también vista. Vista de una manera que nadie ha visto antes, como si fuera algo frágil, algo digno de cuidado. No quiero dejar de sentirme así nunca.

Él deja caer su mano como si se hubiera quemado.

—La belleza de Tali es toda suya —dice con brusquedad, alejándose—. Voy a buscar la cámara.

Me quedo mirando su espalda en estado de shock, preguntándome qué diablos acaba de pasar. ¿Fui yo? ¿Fuimos los dos? Mi recuerdo es demasiado surrealista para confiar en él.

—Ojalá mi esposo me mirara de la forma en que te mira a ti —susurra Linda—. Como si pudiera estar completamente contento si nunca tuviera que mirar nada más.

La miro, es encantadora por derecho propio, más que merecedora de un esposo agradecido, y mi corazón da un extraño y duro golpe con sus palabras. Es el dolor de querer que algo sea verdad y saber muy bien que no lo es.

—Solo soy su asistente —respondo—. Me mira así porque si yo no estuviera cerca, él tendría que tomar su propio café y piensa que esperar en Starbucks es intolerable.

—Yo solo vi la forma en que te miró, cariño —dice con una sonrisa de complicidad—. Y créeme, esa mirada no tiene nada que ver con el café.

Capítulo 18

El batido de Hayes ya está esperando cuando se reúne conmigo en la cocina a la mañana siguiente. Es elegante, ceñido y perfecto como siempre, pero su mirada es un poco más penetrante de lo normal. Me pregunto si ayer estuve rara. Por supuesto que estuve rara, y sigo siendo rara. Parece que no puedo deshacerme del deseo de más de su atención, de la sensación de sus manos en mi piel y sus ojos en mi cara de la forma en que estaban en su oficina.

Me lo imagino arrinconándome en la cocina, con su cuerpo duro presionando mi espalda contra el gabinete, invadiendo mi espacio. Su pulgar en mi boca antes de que sus labios busquen los míos, sus manos cayendo hacia abajo para deslizarse sobre mis caderas y levantar mi falda.

El mero pensamiento me hace sentir sin aliento. No puedo imaginar lo que haría la realidad.

—Tengo una fiesta esta noche —dice, rompiendo la fantasía—. Puede que necesite tu ayuda.

Espero que no se dé cuenta de que mi cabeza estaba en otra parte. Cierro los ojos por un momento y calmo mi respiración. *Tranquilízate. Esto es lo que hace: hace que las mujeres se sientan especiales y luego sigue adelante.*

—Hasta donde yo sé, no necesitas ayuda en las fiestas. —Suena más amargo de lo que pretendía.

—Es una cosa de trabajo —dice con una sonrisa simple, guardando las llaves en el bolsillo y tomando su café—. Cada actriz o productora con la que hable terminará decidiendo que quiere un pequeño retoque de algo. Además, claramente eres una buena publicidad. Todos los que te ven asumen que te hice un trabajo y quieren exactamente lo

mismo.

No tengo ningún deseo de estar a su lado mientras coquetea con mujeres hermosas toda la noche. Si tan solo tuviera planes para poder negarme.

—¿Qué debería vestir? —pregunto, mis hombros caen.

Me mira, sus ojos se posan en mi boca, suave como un copo de nieve, antes de que se alejen.

—Todos los ojos estarán puestos en ti —dice—, sin importar lo que uses.

Suena como si se arrepintiera.



Yo elijo un vestido que compré justo después de que Matt obtuviera su primer gran papel: negro y sedoso, con un drapeado en la parte delantera, sin espalda en absoluto.

Matt lo llamó mi vestido *A la mierda la fiesta, nos quedamos en casa*. Me estremezco ante el recuerdo mientras lo deslizo. Me hizo sentir tan deseable en ese entonces, y la cosa es que todavía creo que lo decía en serio. Simplemente no lo decía lo *suficiente*, y ¿cómo se sabe cuando alguien lo hace?

Combino el vestido con sandalias negras de tiras altísimas que solo me llevarán hasta la clavícula de Hayes. Mi cabello está suelto, rizado suavemente sobre mis hombros, junto con los ojos ahumados y un toque de lápiz labial nude para resaltar los labios que él parecía apreciar ayer. Una parte distante de mi cerebro se pregunta por qué estoy haciendo el esfuerzo y evito la respuesta.

El evento se lleva a cabo en Black Swan, un enorme bar nuevo en el

centro de Beverly Hills. Para cuando llego, el lugar está lleno. Dondequiera que mire, veo mujeres hermosas y rostros vagamente familiares. Es el tipo de evento por el que Matt hubiera vendido su alma cuando llegamos a Los Ángeles.

Había olvidado, hasta ahora, cuánto odiaba asistir a estas cosas con él, la forma en que la gente lo trataba como si fuera un sobrehumano y me trataba a mí como la afortunada pero rezagada reemplazable para el viaje.

Y a veces tengo la sensación de que estaba de acuerdo con ellos. Eso es lo que más odiaba.

He pasado tanto tiempo diciéndome a mí misma que Matt y yo éramos perfectamente felices, pero mientras estoy aquí contemplando a la multitud, parece que recuerdo más los malos recuerdos que los buenos.

Le doy mi nombre al portero que está adentro y le envío un mensaje de texto a Hayes para decirle que estoy aquí. Solo momentos después, lo veo moviéndose hacia mí. Lleva una camisa negra, parcialmente desabrochada, y me mira de una manera que disfruto demasiado. Como si fuera la única cosa en todo el bar y en toda la ciudad que él puede ver.

—Jesús —dice, exhalando un suspiro—. La mitad de los hombres de esta sala son viejos, Tali. Y ahora voy a tener que desfibrillarlos a todos.

Me sonrojo, luchando por recordar por qué estoy aquí. Estoy segura de que había algo, pero lo único que quiero es que siga diciendo cosas dulces y mirándome como lo hace.

—Entonces, ¿qué es lo que necesitas que haga esta noche?
—pregunto, mirando a nuestro alrededor.

Me entrega un trago.

—Relajarte, en primer lugar. Es una fiesta, no voy a pedirte que

realices una cirugía a corazón abierto, solo ayúdame con la programación y sálvame si alguien me atrapa.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Cómo sabré si estás atrapado o convenciéndola de algo de lo que definitivamente se arrepentirá?

Su mirada parpadea sobre mi vestido una vez más. Se siente como si fuéramos las únicas personas en la sala.

—Te lo aseguro, ella no se arrepentirá, pero no habrá nada de eso esta noche.

En verdad, parece que no ha habido nada de eso por un tiempo. De vez en cuando recibe mensajes de texto de mujeres que ha visto en el pasado, pero los ignora y no ha habido nuevas citas, ni mujeres desnudas en su cama al día siguiente.

Sin embargo, mientras pienso esto, se vuelve hacia un grupo de mujeres que inmediatamente comienzan a coquetearle, agarrando sus bíceps, sonriendo demasiado. Tal vez finalmente haya aprendido a ser discreto.

Me veo obligada a dar un paso atrás cuando el grupo se acerca a él, y esos recuerdos de ser reemplazable se filtran de nuevo. Levanto el vaso en mi mano y me trago la mitad de un golpe, esperando que calme mis nervios y calle un poco mis pensamientos.

—Eres demasiado bonita para estar aquí sola —dice una voz detrás de mí. Miro por encima del hombro para encontrar a un chico genéricamente atractivo no mucho mayor que yo. Su sonrisa es confiada, luego avergonzada a su vez—. Lo siento, eso fue cursi. Iba a ofrecerte una bebida, pero es barra libre.

—Eso debilitaría un poco el gesto —respondo, tomando otro sorbo de lo que sea que Hayes me haya traído.

Él extiende una mano.

—Soy Chris. —Su apretón de manos es firme, un apretón de manos de un adulto—. Y te me haces tan familiar. ¿En qué te he visto?

Niego con la cabeza.

—No soy actriz.

—¿Es en serio? —dice, acercándose—. Te volviste mucho más atractiva para mí, y ya lo eras bastante.

¿Así es como funciona el coqueteo? Realmente no tengo idea, y ahora siento que soy demasiado mayor para aprender, pero este es el primer chico atractivo y soltero con el que hablo en mucho tiempo. Supongo que al menos debería intentarlo, incluso si es lo último que tengo ganas de hacer.

—¿Entonces eres actor? —pregunto.

Su sonrisa es arrogante.

—¿En serio no sabes quién soy?

Estoy a punto de responder cuando Hayes aparece de repente a mi lado con su mano en mi codo, dándole una cortés, pero cortante excusa a mi nuevo amigo mientras me arrastra.

—Y aquí yo preocupándome porque no la pasaras bien —dice.

Me alivia que me haya rescatado, pero no voy a dejárselo saber.

—Probablemente lo estaría pasando mejor si no me estuvieras alejando del primer hombre con el que hablé en meses.

—Te traje aquí para trabajar —responde. Su voz es cortante, desprovista de su picardía normal—. Es curioso lo rápido que olvidas que te pagan.

Sostengo mi teléfono.

—Y estoy lista para hacerlo. ¿O se suponía que...?

Mis palabras se desvanecen por completo, mis ojos se congelan en el

hombre que pasa rápidamente junto al portero. Mi corazón da un vuelco como un pez fuera del agua, en grave peligro de colapso.

Matt está aquí.

Con una cita a su lado.

Es difícil imaginar un escenario peor que este. Es incluso más rico y exitoso que hace un año, mientras que la mayoría de sus terribles predicciones para mí se han hecho realidad. Estoy sola, no he terminado el libro, he aceptado un trabajo poco convincente en Hollywood para llegar a fin de mes. Si hago las maletas y me mudo a casa, será cuatro por cuatro.

No puedo soportarlo.

El pánico se apodera de mí. Estoy tratando de pensar, pero soy un desastre tembloroso con las manos revoloteando y el pulso débil y asustadizo.

—Mierda.

Hayes levanta una ceja, mirando de mí a Matt.

—¿Qué? —me pregunta—. Oh, Dios. ¿No me digas que tienes un amor profundo e inmortal por Noah Carpenter? Pensé que eras más interesante que eso.

—No —digo, mordiéndome el labio. Él se mueve por la habitación. Todavía no me ha visto, pero en cualquier momento lo hará—. No. ¿Puedo solo... puedes hacer algo por mí? *¿Por favor?*

—Bien, tendré sexo contigo —dice con un largo suspiro—, pero solo una vez, ¿de acuerdo? Y desde atrás, para que no sea incómodo por la mañana.

Absolutamente no lo entiende. Matt me verá en cuestión de segundos, y cuando eso suceda, será el momento más humillante de una vida plagada de momentos humillantes.

—Hayes, esto es importante. —Junto mis manos, suplicando—.

Cuando él llegue, no le digas que trabajo para ti, ¿de acuerdo?

Hayes está actuando como si esta fuera la situación más divertida en la que haya estado, una sonrisa lenta se extiende por su rostro.

—¿Qué hay para mí ahí si lo hago?

—Jesucristo, Hayes —siseo—. Ya tienes toda mi vida. ¿Qué más podrías querer?

Es entonces cuando Matt me ve. Parece afligido, como si hubiera olvidado que yo existía y el recordatorio repentino es un shock. Y luego su rostro estalla en esa sonrisa, la que solía amar, la que me hizo sentir que era la cosa más adorable y especial del mundo entero. Ahora la mitad del planeta lo ama tanto, y finalmente me doy cuenta de que nunca fue realmente mío.

Rodea a un grupo de hombres, abandona a la actriz que trajo sin decir una palabra, y luego está aquí, jalándome contra él.

Me congelo en respuesta. Mis extremidades están rígidas, inmóviles, incapaces de comportarse normalmente. Estos son los únicos brazos que tuve a mi alrededor desde los catorce hasta los veinticuatro años, y estar en ellos de nuevo es surrealista. Solo he besado a otras dos personas y he tenido relaciones sexuales con otra en toda mi vida. Estar aquí es como reunirme con una parte perdida de mí, una que sé que está enferma pero que todavía se *siente* bien.

—Dios, es tan bueno verte, Tali —dice, finalmente alejándose. Sus manos enmarcan mi mandíbula mientras me mira. Es demasiado contacto visual. Es demasiado intenso. Siento gotas de sudor por el centro de mi pecho—. ¿Cómo has estado?

Estoy a punto de balbucear una respuesta, cuando el brazo de Hayes envuelve mi cintura, alejándome de Matt. Sus labios presionan mi cabeza en una muestra de posesión casual, y Matt tiene que mirar hacia arriba para encontrar los ojos de Hayes, un hecho que disfruto mucho más de lo que debería. Matt siempre deseó ser más alto.

—Uh... Matt, este es Hayes Flynn. Hayes, este es Matt. Mejor conocido como Noah, supongo.

La sonrisa de Matt se desvanece cuando su mirada parpadea de nuevo al brazo de Hayes alrededor de mi cintura, pero extiende su mano.

—Encantado de conocerte —dice.

—Un placer —responde Hayes de esa manera que solo un hombre británico puede hacerlo; suena educado y despectivo al mismo tiempo.

—No puedo creer que estés aquí —dice Matt, volviéndose hacia mí, luciendo... asombrado, como si fuera un golpe de suerte increíble. Parece haber olvidado lo feo que terminamos—. Te envié mensajes de texto tantas veces y nunca respondiste.

Ah, sí, todos esos mensajes divagantes, la mitad borrachos. Siempre buscando el perdón. *Nunca te volveré a engañar, lo juro. ¿Podemos simplemente hablar? Sigues siendo mi mejor amiga. Es extraño no hablar contigo en absoluto.*

Realmente no tengo respuesta. No lamento haberlo ignorado. Se merecía algo peor.

—¿Cómo va el libro? —pregunta, como si todo lo que salió mal entre nosotros nunca hubiera sucedido. Como si él no fuera la persona que intentó aplastar todos mis sueños de una sola vez, ni dos semanas después de la muerte de mi padre. No voy a decirle que sigue siendo un desastre. He progresado un poco, gracias a las sugerencias de Sam y la incorporación de Julian, pero todavía necesito escupir unas doscientas páginas en dos meses.

—Es genial —miento—. Me dieron una extensión... por mi papá. —Estoy agradecida de que mi voz no suene tan temblorosa como me siento.

Su sonrisa se apaga.

—Escuché sobre Charlotte —dice. Parece decirlo en serio, pero ¿quién sabe? Después de todo, es actor—. Lo siento.

Sé que debería preguntarle cómo está o mencionar su película, pero una pequeña charla no me interesa. Lo que realmente quiero decirle ahora mismo es *¿cómo pudiste? ¿Cómo nunca lo vi venir? ¿Y cuánto de nuestra relación fue mentira?* Una parte de mí todavía no puede creer que resultó como lo hizo. Este es el chico con el que asistí al baile de graduación, con el que me gradué de la universidad. Todavía recuerdo nuestro primer apartamento, en cómo caminar por IKEA con él se sintió como el comienzo de una gran aventura. Pensé que había tenido tanta suerte, y no tuve suerte en absoluto. Me engañó. Pero incluso mirándolo ahora, no puedo encontrarlo, la señal de que me traicionaría.

El brazo de Hayes se aprieta, acercándose.

—Lo siento, *Max* —dice, sonando cualquier cosa menos apesadumbrado—. Necesito robarla por un momento. Perdónanos.

Me empuja por el pasillo, todavía rodeándome con el brazo. Mi cuerpo se mueve en piloto automático, aliviada de que uno de nosotros sepa qué hacer ahora mismo. No miro a Matt, pero puedo sentir sus ojos en mí mientras nos alejamos.

Cuando finalmente estamos fuera de la vista, aspiro unas cuantas respiraciones desesperadamente necesarias mientras Hayes me apoya contra la pared, con su mano en mi cadera como si no pudiera soportar mi peso. Me concentro en el pecho de Hayes, justo delante de mí, tratando de controlar mi ritmo cardíaco. Cuando eso no funciona, cierro los ojos y apoyo la cabeza contra la pared detrás de mí.

—Nunca te hubiera pedido que vinieras si hubiera sabido que él estaría aquí. —Su voz es suave y de disculpa.

Mis ojos se abren para encontrarlo de pie mucho más cerca de lo que me di cuenta. Respondo a su pecho en lugar de a su cara. Así es más fácil.

—Todavía no lo veo —le susurro—. Pensé que tal vez, en persona, vería todo lo que me perdí antes, cómo pude haber estado tan ciega, pero se ve exactamente igual.

Me empuja contra él, y es tan grande que se siente como si me hubiera medio arrastrado dentro de él cuando sus brazos me rodean.

—Fue un idiota. Cualquiera que los haya conocido a ustedes dos ya lo sabe. Jonathan dijo, y cito: 'Matt es el hijo de puta más estúpido que jamás haya vivido. Nunca lo hará mejor que Tali'.

Parpadeo para contener las lágrimas. No iba a llorar por Matt, pero la lealtad de Jonathan vale más que el oro para mí.

—Jonathan es un buen amigo.

—No tuvo nada que ver con ser un buen amigo. Fue solo sentido común. Yo ni siquiera conocía a *Matt* —dice el nombre con una mueca de desprecio—, y sabía que él no podría hacerlo mejor que tú.

Es dulce, pero sé que solo lo dice para hacerme sentir mejor.

—¿Viste a la chica con la que está? —pregunto—. Yo diría que la mayoría de la gente piensa que es una mejora.

Sus manos acunan mi mandíbula, obligándome a mirarlo a los ojos.

—Tienes el rostro más puro que he visto en mi vida —dice en voz baja—. Una cara que no podría replicar, y si pudiera, ella y todas las demás mujeres aquí me lo pedirían.

Lo miro fijamente. Es tan serio en este momento que casi creo que lo dice en serio.

—Ella se parece a todas las mujeres que llevas a casa —respondo.

—Sí, bueno, uno bebe vino de caja cuando el Chateau Lafitte no está disponible —dice enérgicamente, soltándome—. Como claramente no estás en un estado para quedarnos...

—Estoy bien —lo interrumpo. He sufrido peores pérdidas que Matt.

No voy a dejar que me eche de aquí—. De verdad.

—Eres una mentirosa terrible —dice—. No hay nadie aquí con quien quiera hablar de todos modos.

Envuelve un brazo alrededor de mí, acercándose a su lado mientras comienza a abrirse paso entre la multitud. Me hace sentir pequeña, segura y cuidada, una sensación que me gusta demasiado.

Estamos a medio camino de la puerta cuando se detiene de repente, presionándome a un lado de la barra circular, con sus manos acunando mi rostro una vez más.

—Matt está mirando —dice en voz baja—. Sígueme el juego.

Y luego me besa.

Tiene los labios más cálidos, suaves y perfectos que jamás haya sentido, y besa exactamente de la forma en que imaginé que lo haría... sin prisa, pero como si ya estuviera un paso por delante, planeando sacarme el vestido por la cabeza y tomarme justo donde estoy parada.

Saboreo el whisky en su lengua, mis pulmones están llenos de su olor.

Sus manos sostienen mis caderas con fuerza, y presiona más cerca, hasta que nuestros cuerpos están al ras. Hemos probado con creces cualquier punto que estamos tratando de hacer, y sé que debería detenerlo u objetar, pero no puedo. Hay un impulso salvaje corriendo a través de mí, destruyendo cada neurona, matando cada pensamiento razonable. Mis dedos se deslizan por su hermoso y espeso cabello; su mano se aprieta alrededor de mi cadera... y luego inhala, fuerte y sorprendido, y se retira.

Sus ojos están casi negros bajo la tenue luz del bar, y sus labios hinchados.

—Él está celoso como el infierno en este momento.

Me toma un segundo recordar que Matt estaba aquí.

Presiono la palma de mi mano contra el taburete a mi lado, tratando de sostenerme.

—Ni siquiera lo estás mirando, así que, ¿cómo podrías saberlo?

—Simple —dice, agarrando mi mano. Comienza a luchar contra la multitud de nuevo, empujando hacia la salida—. Porque estaría celoso como el infierno si fuera él.

Cuando finalmente salimos, me quita el boleto de la mano mientras yo tomo una bocanada tras otra del aire caliente, deseando poder pensar con claridad. Porque el beso terminó, pero dentro de mí, todavía está ocurriendo. Se siente como si hubiera dejado algo fuera de una jaula, algo demasiado peligroso para ser liberado. Nos quedamos en silencio, esperando nuestros autos, mi cuerpo está tan tenso que estoy segura de que se rompería como una leña con poco esfuerzo. Es todo lo que puedo hacer para no agarrar su cuello y arrastrar su boca hacia la mía.

Cuando llega mi auto, me mira por un momento más y siento un pulso bajo en mi abdomen. Hay vacilación en esa mirada suya, incertidumbre. Tan inexperta como soy, sospecho que si le pidiera un trago, me diría que sí.

Y si le pidiera que se fuera a casa conmigo, él también me diría que sí.

—Nos vemos el lunes —digo en su lugar.

Es lo más sabio que se puede hacer, pero es una de esas noches en las que parece que la sabiduría está realmente sobrevalorada.

Capítulo 19

Lo que pasa con una relación a largo plazo es que uno se persuade a sí mismo, cuando está en ella, de que es lo suficientemente buena. Todas las pequeñas irritaciones y decepciones se dejan de lado. Nadie es perfecto. ¿Por qué alimentar tus pequeñas miserias como una planta delicada que quieres que florezca?

Excepto que hice a un lado las decepciones de que Matt, esencialmente, no tuviera experiencia con nadie más. Un beso mientras jugaba a girar la botella en octavo grado y una aventura de una noche borracha y descuidada después de Matt son todo lo que tuve para comparar con él... y ninguno de ellos aguantó muy bien.

Creía, por ejemplo, que Matt era un besador extraordinario, pero podría besar a mil hombres, y ninguno de ellos igualaría a Hayes.

Mis dedos trazan mis labios camino a casa, recordando. Intento mirar el beso científicamente: ¿Qué lo hizo mucho mejor? ¿Fue su total confianza o la forma en que aumentó la presión tan repentinamente, como si el agua llegara a su punto de ebullición? ¿Fue solo su sensación y su olor, su urgencia y su tamaño y esa aguda inhalación de deseo y sorpresa que escuché al final del beso?

No sé, pero él no es una opción, así que realmente rezo para que sea lo que sea, lo encuentre de nuevo en otra persona.

Aparece en la encimera el lunes por la mañana, toda belleza esbelta y serena, con ese labio superior engreído suyo firmemente en su lugar arrogante, sonriendo como siempre.

Dejo el batido junto a su café.

—No te asustes —le digo—. Usé más col rizada de lo normal.

—Sabes, uno de estos días podrías sorprenderme y hacer Huevos

Benedict en su lugar.

Muerdo una fresa.

—Huevos Benedict, ¿eh? Nunca te había imaginado desayunando.

—¿Qué te imaginas, Tali? —pregunta, su tono y su sonrisa lasciva son tan ridículamente sucias que me río.

—Que Jonathan vuelve a casa para que no tenga que levantarme más a las seis —respondo, apoyando la cadera contra la encimera—. Eso es lo que me imagino.

—Me extrañarás —argumenta—. Mi madre dice que soy adorable una vez que me conoces. Bueno, podría haber sido la niñera. Alguien lo dijo. ¿Qué hay en el programa de hoy?

Se lo entrego, asombrada por la facilidad con que las cosas han vuelto a la normalidad. Definitivamente no parecían serlo durante todo el fin de semana cuando me dejé caer en la cama, con las sábanas enredadas entre mis piernas, teniendo un sueño tras otro sobre él: Hayes besándome, con mi espalda pegada a la pared, y sus manos deslizándose por la parte externa de mis muslos mientras empujaba mi falda hasta mi cintura.

Tienes el rostro más puro que he visto en mi vida.

—¿A dónde te fuiste, Tali? —me pregunta. Mi cabeza se levanta bruscamente mientras parpadeo el recuerdo—. No estás todavía soñando con el idiota de la película de soldados, ¿verdad?

Pongo los ojos en blanco.

—Para nada. De hecho, puse un perfil en Tinder, te alegrará saberlo.

Un músculo parpadea a lo largo de su sien, y su sonrisa es extrañamente... apagada.

—Muy bien. Vamos a verlo.

Llevo la licuadora al fregadero.

—No te mostraré mi perfil, solo te vas a burlar.

—Probablemente —responde—. Sin duda lo echaste a perder, pero debes reconocer que tengo mucha más experiencia juzgando mujeres que tú. Y si no me lo muestras, simplemente crearé un perfil para mí y lo encontraré.

No tengo ninguna duda de que él también lo hará. Busco mi teléfono y abro la aplicación, pero cuando la toma, no estalla en las carcajadas burlonas que había anticipado.

En cambio, su mandíbula se aprieta.

—'No buscar una relación' es un código para 'principalmente en esto por sexo' —dice—. No vas a encontrar al Señor Correcto de esa manera.

—¿Quién dice que lo estoy buscando? —respondo.

Él pasa una mano por su cabello y lo deja caer hacia adelante desordenadamente.

—¿Alguna vez has tenido una aventura de una noche? —pregunta.

—Esa es una pregunta extremadamente personal —comienzo, pero él simplemente levanta una ceja, como diciendo *¿y tu punto es?*—. Sí —admito con un suspiro—. Matt tenía un coprotagonista, Brad Pérez, que constantemente me coqueteaba. Cuando rompimos, yo... —me apago encogiéndome de hombros. No fue mi mejor momento, pensé que me sentiría victoriosa después. En cambio, me sentí vacía y usada.

—¿Un polvo de venganza? —pregunta con una sonrisa tensa—. No sabía que lo tenías dentro de ti. Literalmente lo tenías dentro de ti. Y luego desapareciste del pobre chico, ¿no es así?

Me escabullí en medio de la noche como un ladrón y luego bloqueé sus llamadas. De nuevo, no fue mi mejor momento.

—Estaba en un mal lugar en ese momento. Ahora estoy bien, solo quiero asegurarme de que nadie se haga una idea equivocada.

Agarra su mochila y su chaqueta y se gira hacia la puerta principal.

—Suenas como yo ahora —dice en voz baja. No parece feliz por eso.



Deslizar el dedo en Tinder es adictivo, como un pequeño juego inofensivo. Lo hago en los semáforos, o cuando estoy con un contratista mientras mira una fuga de plomería en el baño de Hayes. Rechazo a cualquiera cuya primera foto sea sin camisa, o que esté posando en un gimnasio. No estoy buscando al Señor Perfecto, pero me gustaría alguien con una pizca de respeto por sí mismo. También me deshago de todos los hombres que dicen cosas como estar ahí para follar o deben ser copa D o más grandes.

De hecho, resulta que hay una lista muy larga de cosas que no respeto. Al final, a pesar de lo guapos que son, solo digo que sí a unos pocos chicos, y cuando me escriben, en general me repugna.

Hola bebé, dice el primero, lo que me parece degradante.

El segundo me pregunta si prefiero tener las manos hechas de col, o escupir una col entera cada hora, lo que me hace reír pero también es extraño. Apuesto a que tiene un canal de YouTube donde le hace bromas a sus padres, con quienes aún vive. No gracias.

El tercero dice *mierda, eres secsy*. Incluso si su texto no apestará, lo descartaría por su mala ortografía.

El cuarto dice *¿Q harás sta noche?*

Que es cuando me rindo. ¿Quién crío a estos hombres? ¿Qué tan perezoso debes ser para negarse a escribir uno o dos caracteres adicionales?

—¿Has probado Tinder? —le pregunto a Sam más tarde.

—Todos los menores de treinta años han probado Tinder.

—¿Por qué la ortografía es tan terrible? —exijo, metiendo la mano debajo de la cama en busca de mis tenis para correr—. ¿Y por qué tanta gente abrevia palabras? Por ejemplo, ¿realmente te está ahorrando tanto tiempo usar la letra Q mayúscula en lugar de escribir *que*?

—Entonces supongo que estás saliendo de nuevo —dice. Su tono es... cuidadoso. No emocionado, pero tampoco sin entusiasmo.

Yo trago.

—Bueno, no. Estaba sumergiendo mi dedo del pie en el agua y ahora necesito remojar mi dedo del pie en lejía.

—Bueno, sobre ese tema... —comienza, y mi estómago se hunde—. Voy a ir a Los Ángeles en dos semanas. ¿Tu jefe ogro te dará una noche libre?

Aguanto la respiración. Es una encrucijada, o doy un paso al frente y le digo que no estoy lista para tener una cita, o decido dejar que las cosas sucedan.

—Mi amigo John también estará ahí —agrega. No estoy segura de si ese fue siempre el plan o si mi silencio lo asustó.

—Claro —respondo—. Sólo déjame saber cuándo.

Estoy asustada, y también, quizás, un poco emocionada.

Sam es lindo y un excelente orador. Tendríamos mucho que discutir.

Pero no sería casual. De eso estoy segura.

Capítulo 20

Hayes llega a casa para almorzar y yo me siento afuera con él. Ya no tiene que pedirme que lo haga, se asume y está bien. Supongo que me gusta el descanso en mi día.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

Inclino mi cabeza.

—Bien, como siempre. Tienes reservas sólidas durante tres semanas seguidas, aparte del martes dentro de dos semanas. —También dejé un fin de semana abierto en tres semanas, pero todavía no he descubierto cómo convencerlo de que se tome unas vacaciones.

Espero que se opongá, pero ni siquiera parece haber escuchado lo que dije.

—No del trabajo. Tú. Tu búsqueda desesperada de un orgasmo que no sea autoinducido.

Yo fluyo. No lo llamaría una búsqueda desesperada. Es más ambiguo, en este punto.

—Mal. Hay muchos seres humanos repugnantes en Tinder, e incluso más que no parecen tan brillantes.

Él apuñala su ensalada (estoy bastante segura de que está picando entre las verduras) y me mira.

—Dame un ejemplo.

Abro la aplicación y empiezo a desplazarme.

—Toma —le digo, entregándole el teléfono.

Pasa las fotos.

—Este parece en su mayoría inobjetable. Ni una sola foto desnudo.

—No sus fotos. Lo que dice. *Me encanta reír*, dice.

Sus ojos son claros, arrugados en las esquinas con reprimida diversión.

—Es posible que debas encontrar un sitio de citas muy especializado si buscas a alguien que no se ría.

—¡Exactamente! —exclamo, lanzando mis manos—. ¿A quién no le encanta reír? Tienes quinientas palabras para decirme lo especial y diferente que eres, y básicamente me dices que eres un ser humano con necesidades que todos los humanos tienen. ¿Por qué no agregar que necesita oxígeno para respirar y tomar alimentos para sustentarte?

Su boca se contrae.

—Estás siendo muy quisquillosa, y Matt no parecía la herramienta más afilada del cobertizo. No puedes convencerme de que fue su intelecto lo que te excitó.

Arrugo la frente.

—Matt es inteligente —discuto—. Simplemente no...

No tan inteligente como tú, Casi digo. Incluso después de todo este tiempo, el pensamiento se siente desleal, pero no puedo negar que es cierto. No es como si sintiera que faltaba algo cuando estábamos juntos... pero Matt era como una cuchara, capaz, pero sin filo, mientras que Hayes es una hoja afilada a una peligrosa perfección.

—Las cosas que te atraen a los catorce años son diferentes a las cosas que te atraen cuando eres adulto —respondo finalmente.

Las fosas nasales de Hayes se ensanchan con desdén.

—No entiendo cómo alguna vez pensaste que él valía tu tiempo.

—Cuando nos conocimos, yo era una niña y él ya estaba en la

preparatoria. Y él era tan genial, quiero decir, jugaba dos deportes y yo estaba saliendo con un chico de *último año*. —Él sonrío ante mi énfasis—. Me sentí afortunada de que me eligiera.

Y luego, lentamente, dejé de sentirme afortunada. Quizás fue cuando entré en Brown y él me convenció de que no fuera. Estuve de acuerdo al final, pero recuerdo que pensé *yo no le habría pedido lo mismo, no me hubiera puesto a mí misma en primer lugar*. O tal vez fue en Nueva York cuando yo estaba trabajando duro, pero él parecía estar yendo a más discotecas que audicionando.

Sin embargo, todavía me habría casado con él si no se hubiera derrumbado todo, y por primera vez me doy cuenta de lo agradecida que estoy porque haya pasado. Matt y yo podíamos reírnos de las mismas cosas, pero nunca fue él quien me hizo reír. Nunca inspiró ese cosquilleo de alegría en mi caja torácica como lo hace Hayes cuando dice algo ridículo y definitivamente no me besó como lo hizo Hayes, lo que me hace preguntarme qué más me he estado perdiendo.

—Es evidente que nunca volverás a tener una cita —dice, apoyando las manos en el estómago—. ¿Debo detenerme en algún lugar de camino a casa esta tarde y comprarte veinte gatos?

Está disfrutando demasiado de mi soltería. Su sonrisa golpea como un pellizco repetido de un nervio que no puedo alcanzar.

Mi barbilla se levanta y fuerza una sonrisa que no siento.

—Iré a una cita —respondo. Pasé la mañana asegurándome de que la noche con Sam no es una cita, pero la presunción de Hayes debe bajar un poco—. Su nombre es Sam.

—Pensé que Tinder era un páramo lleno de hombres horribles que disfrutaban de la risa.

—Lo conozco de casa —le respondo—. Él es el tipo que me ha estado ayudando con el libro.

La sonrisa de suficiencia de Hayes se desvanece. Veo la curvatura

de sus fosas nasales antes de que una mano recorra su cabello. Algo en mí quiere empujar y pinchar su incomodidad hasta que todo quede al descubierto.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Nada —dice, dejando pesadamente su cuenco en la mesa lateral entre nosotros—. Simplemente parece una mala idea.

Capítulo 21

Más adelante en la semana, la agenda de Hayes se vuelve tan estrecha que no puede llegar a casa para el almuerzo. Tengo mucho que hacer, pero es extrañamente solitario sin esperar su visita. Cuando me pide que me reúna con él para tomar una copa después del trabajo para discutir un proyecto, uno que podríamos discutir fácilmente por mensaje de texto, estoy de acuerdo sin dudarlo. Me niego a admitir que podría extrañarlo un poco.

Estoy llegando a Beverly Hills y acabo de encontrar un lugar para estacionarme cuando la psicóloga de Charlotte llama. Dejo escapar un suspiro rápido y frustrado. No sé por qué me llamaría a mí en lugar de a mi madre, y también... solo quiero ver a Hayes.

—¿Es éste un mal momento? —ella pregunta.

—Estoy a punto de encontrarme con mi jefe —le digo, omitiendo que me reuniré con él en un *bar*—. Pero tengo un minuto.

Salgo y no me molesto en cerrar la puerta. Nadie se robará este auto, incluso los criminales sienten lástima por mí.

—Seré breve —dice mientras comienzo a caminar por la calle—. Tu madre no está bien. Ella estuvo bebiendo durante la última sesión de terapia familiar y no está tratando los problemas de Charlotte con la atención que merecen. Creo que son necesarios algunos cambios.

Dejo escapar un pequeño suspiro, pensando *¿ahora qué?* Al ritmo que vamos, le deberé al Fairfield Center un millón de dólares para cuando esto esté hecho.

—¿Qué tipo de cambios? —pregunto.

—Tu madre debe asistir a AA, y tú o tu hermana deberán asumir la supervisión de Charlotte cuando salga.

Entro en la intersección, ignorando el sonido de una bocina mientras cruzo.

—Pero... ambas vivimos fuera del estado —argumento.

—Charlotte dijo que vendrías a casa cuando ella salga —dice la doctora Shriener.

Me río con tristeza.

—Por una semana.

Camino más rápido, preparándome para lo que se avecina. Estoy bastante segura de que ya lo sé.

—Bueno, a menos que algo cambie, no puedo, conscientemente, dejar a tu hermana al cuidado de tu madre.

Mi lado argumentativo quiere preguntarle qué fundamento legal tiene para mantener a Charlotte en un lugar que me cuesta siete mil dólares al mes, pero no viene al caso. Si mi hermana necesita más de lo que mi madre puede darle, alguien más necesita estar ahí y ya sé quién será. Yo soy la que tiene la flexibilidad de mudarse a casa, no Liddie. Y yo soy la que está soltera y a punto de quedarse sin trabajo. ¿Qué puedo afirmar que me retiene aquí? Tengo a Jonathan, un enamoramiento no correspondido con mi jefe, y poco más.

Respiro hondo, asegurándome silenciosamente de que no llegará a eso. Hablaré con mi madre y la convenceré de que arregle sus cosas.

Porque si no lo hace, significa que me iré de Los Ángeles y del lado de Hayes para siempre. Qué extraño que dejar a Hayes es lo que más me molesta.



Él tiene una bebida esperándome cuando entro. Tomo la mitad en el

segundo en que me siento.

Se recuesta en su asiento.

—Estás bebiendo como yo esta noche —dice—. Y aunque admiro mucho este cambio, supongo que debería preguntar si pasa algo.

Niego con la cabeza. Lo último que quiero discutir es la mierda con la doctora Shriner, y por alguna razón, particularmente no quiero discutirlo con él.

—Solo una llamada desde casa. ¿En qué proyecto quieres que trabaje?

Su mirada se engancha en mí por encima del borde de su copa.

—¿Qué pasa en casa?

—Mi mamá ha estado bebiendo mucho —respondo, agitando una mano en el aire con desdén—, y la psicóloga que trata a mi hermana tiene algunas preocupaciones. Estará bien, en serio. Entonces, ¿qué es este proyecto? Supongo que se trata de mujeres y licor, así que seguiré y escribiré esas dos cosas.

Duda antes de ceder a mis deseos.

—Me gustaría que fueras anfitriona de un almuerzo. Así que sí, tanto las mujeres como las bebidas alcohólicas deberían permanecer en la parte superior de tu lista.

La palabra *anfitriona* me desconcierta por completo.

—Solo una comida ligera y servida en la terraza —agrega—. Instalaré algunos servicios de estética en el interior. Es bueno para los negocios.

Supongo que su “solo una comida ligera y servida” en realidad significa *extravagancia para quinientas mujeres adineradas con grandes expectativas*.

—No estoy preguntando esto porque no quiero hacer tanto trabajo, aunque no quiero hacer tanto trabajo —digo, pasando mi dedo sobre la

sal en el borde de mi vaso—, pero *¿por qué?* Las visitas a domicilio te estresan y no parece que obtengas ninguna satisfacción con ellas. Ya ganas más de lo que podrías gastar, y parece que solo gastas en comida y alcohol, que supongo que podrías pagarlo con el *miserable* salario de un cirujano.

—Quizás —responde—. Pero puede que no pague que te ocupes de todo para que yo pueda disfrutar de mi comida y alcohol sin el tedio de adquirirlo.

Tomo un sorbo de mi bebida y descubro que estoy helada.

—Entonces, consigue una esposa. Ella realizará todas tus tareas domésticas de forma gratuita.

—No sé cuántos matrimonios has visto —dice, pareciendo cansado de repente—, pero créeme, ahí también hay un precio que pagar.

No me sorprende que tenga una actitud amarga hacia el matrimonio, así que no estoy segura de por qué me siento decepcionada. Parece que no puedo dejar de querer que sea alguien que no es.

Juntos, trazamos el mapa del almuerzo y luego caminamos por la calle en la luz que se desvanece, con el cielo rayado en rosas y dorados del atardecer. Está hablando de su isla favorita en Grecia cuando se detiene en seco y señala un maniquí en el escaparate de una tienda, con un vestido beige pálido que le queda como un guante. Las mangas cortas y el largo justo por encima de la rodilla evitan que sea *abiertamente* sexy... pero sigue siendo un vestido muy sexy.

—Te verías increíble en eso —dice.

A simple vista, sé que es algo que nunca podría pagar.

—Podría comprar fideos ramen para un año con lo que cuesta.

—Pruébatelo —me insta, colocando una mano en la parte baja de mi espalda.

—¿Cuál sería el punto? —pregunto—. Tendría que vender mi bazo para comprarlo.

—Nadie quiere tu bazo, así que no aceptes ninguna oferta. Tu hígado, posiblemente, incluso puedo ayudar a quitártelo, solo pruébatelo.

Todavía me estoy quejando de la pérdida de tiempo cuando llego al vestidor.

Él se apoya contra la puerta.

—Asegúrate de dejar que el tío Hayes vea —susurra con una voz intencionalmente espeluznante, que me hace reír y también, extrañamente, me excita. Realmente necesito echar un polvo si encuentro esto emocionante.

Me quito la ropa y me pongo el vestido... que es la perfección. Roza mis curvas, el cuello en V hace que mi escote se vea amplio sin revelarlo todo. Mi cabello parece brillar, mi piel se ve más dorada y mis labios sonrosados. Después de este largo año de cuestionarme a mí misma, de preguntarme si todo lo que alguna vez creí podría haber estado mal, sé esto a ciencia cierta: me veo muy bien con este vestido, como el tipo de mujer que esperarías ver del brazo de Hayes.

Cuando abro la puerta del vestidor, no puedo evitar preguntarme si él también lo pensará.

—¿Te gusta, tío Hayes? —pregunto con voz de bebé, sacando la cadera. Lo dije como una broma, jugando sobre su voz espeluznante, pero parece afectado en respuesta.

—Sí —dice con brusquedad, girando sobre sus talones y mirando su teléfono—. Deberías comprártelo.

Yo resoplo exasperada.

—Me hiciste pasar por todo este esfuerzo por un vestido que no puedo pagar, y ni siquiera miraste.

Él suspira profundamente, todavía de espaldas a mí.

—El vestido y la voz tuvieron una consecuencia inesperada —dice con los dientes apretados—. ¿Podrías por favor volver al jodido vestidor?

Me toma un segundo entender lo que quiere decir con *consecuencia inesperada*. La conmoción se borra rápidamente con el pensamiento alucinante de que lo puse duro. De pie aquí sin maquillaje y descalza. ¿Cómo es eso posible?

—Hablar como una niña te pone mal, ¿eh? —pregunto, apoyándome contra la pared con una sonrisa de suficiencia. Tengo la intención de disfrutar de su incomodidad el mayor tiempo posible—. Eso no me sorprende.

—No parecías una niña pequeña —gruñe—. Ese es el problema, sonabas como una niña muy grande que necesita... Jesucristo. Esperaré afuera.

Él se marcha como una tormenta, y yo miro en la dirección de las puntas de sus alas en retirada con asombro. Realmente desearía que hubiera terminado la oración. ¿Necesito... follar? ¿Un castigo? Mis mejillas se sonrojan al considerar las posibilidades. Gracias a Dios, no se da cuenta de lo dispuesta que estaría con todas o con alguna.

Termino de vestirme y lo encuentro cuando salgo, de pie junto a la caja registradora. Le entrego el vestido a la vendedora y ella comienza a empacarlo en una bolsa de ropa como si supusiera que realmente compraré un vestido de mil doscientos dólares.

—Oh. —Me estremezco. Por eso no me pruebo una mierda que no puedo pagar—. Lo siento, no entiendo.

—Lo acabo de comprar —dice Hayes, con la voz tensa. Todavía no me mira—. Vamos.

Toma la bolsa de ropa y comienza a caminar mientras yo me arrastro detrás de él.

—No —discuto—. No necesito que me compres ropa. No soy pobre.

—Eres bastante pobre —dice y camina tan rápido que tengo que empezar a trotar para seguirle el ritmo—. Y considéralo mi penitencia por cosificarte hace un momento. Me doy cuenta de que te cosifico constantemente, pero me guardo la mayor parte para mí.

Estoy profundamente reacia a aceptar esto, no importa cuánto me guste el vestido o el efecto que parezca tener en él.

—Hayes, esto es muy amable de tu parte, pero ni siquiera quiero un vestido que cueste tanto. Estaré demasiado paranoica para ponérmelo.

—Lo vas a usar para el almuerzo —responde—. Considéralo tu nuevo uniforme. Harás que todas las mujeres quieran mejorar su apariencia, porque ya vendes mi trabajo mejor que cualquier portafolio o folleto.

—Pero... —balbuceo—. Hayes, te dije que no quiero cosas de ti.

—¿Jonathan te da regalos? —él contraataca.

Yo suspiro.

—Sí.

—Entonces yo también puedo —dice. Llegamos a mi auto y sostiene la puerta cuando entro—. No lo uses cuando salgas con *Sam*.



Deseo que hubiera alguien con quien podía compartir el incidente del vestuario y decir: “¿Qué crees que significa?” Ojalá pudiera contarle a alguien sobre la forma en que Hayes me hace reír, y la extraña forma en que a veces me duele más por él de lo que creo que él alguna vez le ha dolido a él mismo.

Podría decirle a Drew, que ha estado enviando mensajes de texto,

pero ella está en España en este momento y es medianoche. Y aparte de ella, he mantenido todos mis altibajos en un círculo cerrado muy pequeño (Liddie, Jonathan, Matt) y ahora, por una razón u otra, ya no están disponibles para mí.

Sin embargo, eso podría ser lo mejor porque ninguno de ellos aprobaría a Hayes.

Capítulo 22

Incluso antes de empezar a trabajar para Hayes, había oído hablar de Ben, el abogado y compañero de entrenamiento de Hayes, la única persona viva además de Jonathan (y ahora yo) que puede comunicarse con Hayes directamente. Siempre he sentido curiosidad por este hombre al que Hayes le permitió la entrada al santuario interior, así que, aunque estoy un poco abrumada al planificar el almuerzo, no me opongo cuando Hayes me pide que cruce la ciudad para recoger el papeleo en la oficina de Ben.

La oficina es grande y moderna, con paredes de cemento gris, pisos oscuros y ni una sola foto en ninguna parte que me dé una pista de quién es Ben. Espero en el vestíbulo, sintiéndome extrañamente nerviosa, como si estuviera conociendo al padre intimidante de un novio por primera vez. Me digo a mí misma que estoy siendo ridícula, pero también... no lo soy. Hayes respeta la opinión de Ben, así que quiero gustarle.

Sin ninguna razón, siempre me he imaginado a Ben como el amable mayordomo mayor de Batman, una especie de abuelo, pero cuando un hombre se me acerca con la mano extendida, me doy cuenta de que no podría haber estado más equivocada. Él tiene la edad de Hayes, o quizás hasta más joven, e irradia la misma confianza abrumadora en sí mismo que mi jefe. Tal vez se unieron simplemente porque siempre fueron las dos personas más atractivas y seguras en cualquier habitación en la que ingresaran.

—Tali, ¿verdad? —me pregunta, estrechándome la mano. Él sonrío mientras está complacido por algo y ladea la cabeza para que lo siga a su oficina—. He oído hablar de ti durante semanas.

Pasamos juntos por el pasillo.

—Conociendo a Hayes, estoy segura de que eso significa que se

estaba quejando de mí.

Él se ríe.

—Algo así, pero es de la misma manera que se queja de mí la mitad del tiempo. No puedo creer que consiguieras que se tomara un día libre, y batidos también. Estoy impresionado.

—Estaba comiendo como un chico de fraternidad con deseos de morir —respondo—. Pensé que haría todo lo posible para prevenir el escorbuto hasta que Jonathan regrese.

Mantiene la puerta de su oficina abierta, observándome mientras paso y tomo asiento a un lado de su escritorio.

—Está empezando a tener sentido ahora —dice, tomando el otro. Levanto una ceja y continúa—. Hayes no sabe esto, pero realicé una verificación de antecedentes sobre ti, antes de que empezaras. Vi todas las fotos tuyas con tu ex, y las mujeres realmente hermosas a menudo no son tan interesantes, pero lo entiendo ahora. Veo por qué le interesas.

Me río.

—¿Oh, gracias? Pero dudo que *él* dijera que le intereso.

Me lanza una sonrisa mientras gira su silla hacia el archivador.

—Por supuesto que no, pero lo conozco lo suficiente como para leer entre líneas y te echará de menos cuando te vayas.

La idea de dejar a Hayes hace que se me hunda el estómago y la posibilidad de que me extrañe lo ancla ahí.

—Dudo que él lo admita tampoco.

Saca un archivo del cajón y se gira.

—Probablemente no, pero sospecho que eres la primera persona que ha intentado cuidarlo en mucho tiempo, si es que alguna vez lo han hecho. Su madre estuvo saliendo con un jugador de cricket en

Australia durante la mitad de su infancia y lo metió en un internado y lo envió a casa de su padre todos los veranos. Me imagino que fue mucho más duro de lo que jamás dejó ver.

Mi corazón se aprieta con fuerza. Pienso en esos raros momentos en los que Hayes realmente me deja ver su rostro, el que descansa entre las sonrisas y las insinuaciones. Cuando es todo ojos tristes y huesos afilados, de repente frágil. Apuesto a que era un rostro que mostraba más de niño, hasta que aprendió a ocultarlo. Ojalá pudiera viajar atrás en el tiempo para arreglar eso para él... y lo deseo con más fuerza y más fervientemente de lo que lo deseo para mi propio beneficio.

—Sin embargo, ha estado en relaciones —aventuro en voz baja.

Me desliza el archivo por el escritorio.

—¿Ella? Bueno, obviamente, ella se concentraba principalmente en sí misma. Así que no creo que eso cuente.

—¿Tú la conoces?

Él frunce el ceño.

—No estoy seguro de que alguien realmente conozca a Ella, pero sí, nos conocemos. Es encantadora, pero dado lo que le hizo a Hayes, es difícil saber si algo es real.

¿Qué sucedió realmente? Quiero preguntarle porque Hayes parece culparse a sí mismo. ¿Él la engañó? ¿La excluyó, se volvió cruel y frío? No estoy segura de por qué importan las respuestas, cuando se trata de un hombre que nunca será mío de ninguna manera.

Tomo la carpeta y me levanto para irme.

—Estoy seguro de que te volveré a ver —dice.

—Jonathan regresará pronto, así que probablemente no. —No estoy segura de por qué es tan difícil de decirlo en voz alta. No es como si alguna vez pensara que iba a ser un elemento permanente de la vida de Hayes.

—¿Oye, Tali? —dice, deteniéndome cuando llego a la puerta—. No te rindas con él, ¿de acuerdo? Te necesita más de lo que jamás admitirá.

Asiento, aunque no entiendo del todo lo que quiere decir. No voy a renunciar a Hayes, pero solo me quedan unas pocas semanas antes de que Jonathan regrese. ¿Qué pasará después de eso? ¿Seguiré siendo parte de su círculo íntimo incluso entonces? ¿Podría ser más?

Realmente me gustaría quedarme el tiempo suficiente para averiguarlo.

Son casi las ocho cuando vuelvo a mi apartamento y llamo a mi madre.

—¿Acabas de llegar a casa del trabajo? —ella pregunta. ¿Cuántas veces he llamado, ignorando el pequeño arrastre en sus palabras? Innumerables, y también quiero ignorarlo esta noche. Ella es la adulta, nunca sentí que fuera mi lugar juzgar o incluso preguntarme cuánto vino bebería por la noche, pero eso tiene que cambiar.

—Ha estado ocupada —respondo distraídamente, quitándome los zapatos. No tengo idea de cómo abordar el tema que necesito... pero sé que no saldrá bien.

Su risa suena un poco burlona.

—Lo más probable es que estés ocupada pasando el rato con los ricos y famosos. He escuchado de Liddie acerca de tu pequeña y glamorosa vida ahí fuera.

Mi mandíbula rechina mientras lleno una taza medidora con agua. Puedo imaginar fácilmente el giro que Liddie le dio a las cosas, y es tan típico de mi madre ponerse de su lado.

—Ya que nos estamos juzgando —respondo, cerrando la puerta del microondas—, la doctora Shriner está preocupada por ti, dijo que parece que estabas borracha cuando te presentaste a la terapia familiar.

—Soy una adulta y no estamos pagando para que la doctora Shriner

me cuide —dice—. Puedo tomar una copa de vino por la noche si quiero.

No *estamos* pagando por la doctora Shriner en absoluto, pienso. *Yo lo hago. Y ni siquiera puedes molestarte en estar sobria para eso.*

—Mamá —digo, respirando lentamente mientras me apoyo en la encimera—, no se ve bien cuando ni siquiera puedes mantenerte sobria para la cita de terapia de tu hija. La doctora no está segura de que Charlotte deba volver a casa contigo dadas las circunstancias. Si tu pudieras...

—Oh, por el amor de Dios —dice, su voz es tan aguda que tengo que quitarme el teléfono de la oreja—. Shriner solo está buscando a alguien a quien culpar por el hecho de que Charlotte no está mejorando.

Si estuviera más tranquila en este momento, más racional, más sobria, podría considerar lo que está diciendo. Ella es la madre, se supone que ella es la que tiene razón sobre las cosas, pero la verdad es que no ha tenido razón en muchas cosas durante el año pasado, y ha estado muy feliz de dejarme resolverlo en su lugar.

—Mamá, solo quiere asegurarse de que Charlotte regrese a casa con alguien que pueda cuidar de ella. —Saco mi cabello de su cola de caballo y paso mis dedos por él, deseando no haber llamado—. Y en este momento, ella dice que esa persona tendremos que ser yo o Liddie, así que realmente necesito que solo... lo arregles, ¿de acuerdo? Espera a tomar tu copa de vino hasta después de la terapia.

—No puede *retener* a Charlotte ahí —argumenta mi madre.

—Jesús, mamá —le grito, pellizcando el puente de mi nariz—, estás perdiendo el punto. Charlotte necesita volver a casa con alguien capaz de mantenerse sobria. ¿Puedes hacerlo o no?

—No respondo ante ella —responde mi madre—, y tampoco respondo ante ti.

Parpadeo en estado de shock cuando escucho el tono de llamada y

me doy cuenta de que me ha colgado. Ella jodidamente me colgó.

Lo que significa que la doctora Shriner probablemente tenía razón. Y a menos que algo cambie rápidamente, es posible que tenga que mudarme a casa.

Capítulo 23

Todos tenemos nuestros talentos y el mío es evitar los pensamientos infelices. Sobre todo, trato de olvidar la miserable conversación con mi madre, y cuando la recuerdo, simplemente me aseguro de que incluso si ella no parecía receptiva, hice mi punto y las cosas cambiarán.

Como sea, no hay mucho tiempo para pensar en ello porque estoy tan ocupada preparando el almuerzo de Hayes que apenas puedo respirar, y mucho menos detenerme. Parece que casi todos los asistentes quieren traer amigos adicionales, y juro por Dios que, si me entero de una mujer más con una “necesidad dietética especial”, voy a perder la cabeza.

Dos días antes del evento, las bolsas de regalo llegan completamente estropeadas, lo que me deja frenéticamente ensamblándolas yo misma en el piso de la sala de Hayes. Estoy a la mitad de contar los bálsamos labiales cuando suena el teléfono de emergencia, y me siento seriamente tentada de dejarlo ir al buzón de voz; no es como si alguna vez hubiera habido una llamada a ese teléfono que en *realidad* fuera una emergencia. Por lo general, son de la variedad *por la que me siento especialmente cansada hoy*.

De mala gana, mi mano se desliza por debajo de una montaña de cinta y celofán hasta el teléfono, tratando de disipar el cansancio de mi voz mientras respondo.

—Necesito a Hayes —grazna la mujer al otro lado de la línea—. Es una emergencia. Mi hijo de diez años... creo que tiene la nariz rota. Hay sangre por todas partes.

—Uhhhh... —Hayes no trata a niños, hasta donde yo sé, y esto suena un poco más urgente de lo que le permite su agenda programada de tres semanas—. Si está sangrando mucho, debe ir a la sala de emergencias.

—No —insiste—. No podemos. Mi hijo es Trace Westbrook. Si vamos a la sala de emergencias, los paparazzi estarán sobre nosotros preguntándonos cómo sucedió.

Sé poco sobre él, aparte del hecho de que tiene un canal de YouTube popular, pero me parece profundamente sospechoso que su madre esté más preocupada por los paparazzi que por la salud de su hijo.

—Hayes comprende la situación y nos ha ayudado muchas veces antes —dice con brusquedad—. Solo llámalo.

Ella cuelga y algo se me pone amargo en mi estómago. Si Hayes ha ayudado *muchas veces*, eso significa que este niño se ha lesionado *muchas veces*. ¿Por qué Hayes haría todo lo posible para ayudar a un padre a evitar a los paparazzi en lugar de enviarlo a la sala de emergencias? ¿Seguramente se da cuenta de lo sospechoso que es todo?

Hayes no ayudaría a una familia a ocultar el abuso. Sé que no lo haría.

Pero también pensaste que Matt nunca te engañaría, dice una voz. Pensaste que él apoyaba tus sueños de la misma manera que tú apoyaste los suyos. Eres una terrible jueza de carácter.

Lo llamo, sintiéndome extrañamente segura de que se va a caer hasta el fondo. Que me va a decepcionar. Aprieto las piernas contra mi pecho.

—Si esta es otra pregunta de la fiesta, estás despedida —responde—. Dile a Jonathan que su adopción está cancelada. Puede tener un gato en lugar de un bebé, es mucho más fácil para todos.

Por favor, no me decepciones, Hayes. Por favor, no demuestres que me equivoqué con otra persona.

—Acabo de recibir una llamada de una mujer que dice que es la madre de Trace Westbrook. —Mi voz es tranquila, vacilante—. Ella dijo que se rompió la nariz... y que no quiere ir al hospital porque le harán

preguntas.

Abrazo mis rodillas con más fuerza, esperando que él aclare esto, que explique por qué está ayudando a estas personas en lugar de dejarlas colgadas.

En cambio, solo escucho una maldición y el chirrido de neumáticos.

—Me estoy dando la vuelta. Están en Laurel Canyon, pero no recuerdo la dirección exacta —dice—. Consíguela, llámame y encuéntrame ahí.

—¿Encontrarte ahí? —No quiero ser parte de esto. Y si conozco a los padres de este niño y es tan malo como parece, Hayes podría terminar lidiando con múltiples narices rotas, incluida la suya.

—Sí —dice—. Necesito la maleta negra en el armario de la ropa blanca de mi baño. Tómala y llega lo más rápido que puedas.

Es tan tranquilo y sereno en circunstancias normales que escucharlo sonar preocupado es profundamente inquietante.

—Dime por qué estás ayudando a estos padres a cubrir una nariz rota —digo con voz dura. Renunciaré en el acto si no me gusta su respuesta.

—Lo haré —dice—, pero primero, necesito esa dirección. Ahora.



Me estaciono en un extenso camino, enmarcado por palmeras cortas y robustas y viejas higueras nudosas. El auto de Hayes ya está ahí, así que agarro la maleta y me dirijo a la puerta. Responde una mujer, con aspecto de muerta.

—Él está arriba —dice, agarrando su bata alrededor de ella. Una pequeña cara pálida me mira por encima del sofá, con los ojos muy

abiertos y tristes, y el cabello enmarañado hasta la cabeza.

Dejo mi ira en espera y corro escaleras arriba, de dos en dos.

El niño en la cama se ve incluso más joven de lo que esperaba, y Hayes lo toma de la mano, hablándole sobre esquiar con fingida calma. Mira por encima del hombro.

—Valium —me dice. Abro la bolsa y empiezo a buscar a tientas en las botellas hasta que lo encuentro—. Tráeme dos y un vaso de agua. —No hay duda de que se trata de una orden. Hay un tono de *no jodas conmigo* en su voz que nunca había escuchado antes.

Corro al baño al lado de la habitación de Trace y lleno un vaso desechable con agua antes de volver corriendo, entregándoselo a Hayes junto con las pastillas.

—Necesito que te las tomes —le dice al niño, que comienza a llorar—. No dolerá, lo juro. No vas a sentir nada.

Hayes le da al chico las pastillas y él se lleva el vaso a los labios, mientras todavía le está hablando de pistas de esquí, su voz es tan tranquila que incluso mi respiración se ralentiza.

Cuando los ojos del niño se bajan y luego se cierran, Hayes mete la mano en su bolso y saca una aguja muy, muy larga. Entre eso y la sangre, siento que apenas puedo mantenerme erguida.

—Necesito que lo sujetes —dice en voz baja—. ¿Puedes hacer eso?

Mi mandíbula se abre para discutir, pero veo que lo dice en serio, y tal vez sea un mal juicio, pero confío en él incondicionalmente.

—¿Cómo?

—Agárralo de los hombros —dice—. Asegúrate de que no se mueva mientras le estoy inyectando lidocaína.

Tragando, hago lo que me dicen, voy al lado opuesto de la cama e inclinándome sobre él. Parece que está inconsciente, pero mis manos rodean sus bíceps tan apretados como puedo de todos modos.

Hayes me mira.

—Te ves un poco pálida —dice—. ¿Estás bien?

—Sí —respondo, con mi voz entrecortada y raída.

Sostiene la mandíbula de Trace con una mano y con la otra presiona la aguja en el puente superior de su nariz, justo al lado de su ojo.

—Oh, Dios —susurro.

—Abrázalo, Tali —gruñe—. Solo mira hacia otro lado. Te necesito. No te desmayes ahora.

Cierro los ojos, tratando de mantener la calma. Nunca me había considerado alguien propensa a actuar como una chica, pero tampoco había visto una aguja tan jodidamente grande apuntando al ojo de alguien.

—¿Cómo se llamaba ese juego en Universal? —pregunta, con la misma voz tranquila que estaba usando con el niño—. El de Harry Potter.

Respiro por la nariz.

—Yo no... no lo recuerdo. Estaba el de Hagrid. Oh, ¿o el hipogrifo? ¿Por qué?

—Puedes mirar ahora —dice. Abro los ojos y su boca se arquea hacia arriba. Me distrajo como a una niña y funcionó.

Empieza a rociar algo por la nariz de Trace, con un tubo.

—Es más lidocaína —explica en voz baja—. Y ahora esperamos a que se active. —Empieza a limpiar la sangre de la cara del chico, tan suavemente como lo haría con la de su propio hijo.

Nunca lo había visto así antes, actuando como si le importara. Actuando como si algo importara. Quiero apartar la mirada y no puedo.

—¿Va a estar bien? —pregunta su madre detrás de nosotros con voz

trémula. Ni siquiera me había dado cuenta de que ella estaba ahí, y es difícil no mirarla y no asumir lo peor. ¿Hayes encubriría el abuso? No puedo imaginar que lo haría, pero hace todo tipo de cosas por dinero que yo no haría. Conduce hasta las casas donde las mujeres le hacen proposiciones y dejan que los perros le suban a la espalda. ¿Realmente sé dónde tocaría fondo? ¿Alguna vez lo sabes, con alguien?

—Es una fractura sencilla —dice Hayes—. Yo mismo las tuve varias veces cuando era niño. Estoy a punto de colocar los huesos en su lugar y estará como nuevo.

Saca una herramienta de su bolso y me mira.

—Probablemente quieras volver a cerrar los ojos —dice.

Lo hago, sintiéndome demasiado confundida para estar enojada. No entiendo cómo puede ser tan amable y comprensivo, pero no intervenir. Estas personas podrían estar diciendo que el niño es simplemente torpe, que se lastima con frecuencia... pero Hayes no sabría si ese fuera el caso. Por eso deben ser obligados a pasar por el hospital, donde se documentará. Donde alguien que conozca los signos de abuso los detecte y Hayes debe darse cuenta de esto también.

Trago saliva. Realmente pensé que era diferente. Pensé que era mejor de lo que parecía. Ahora parece posible que sea peor.

El resto del trabajo se realiza rápidamente. Se le introducen pequeñas compresas en las fosas nasales para sostener los huesos y Hayes entablilla el puente. Silenciosamente le da instrucciones a la madre y luego le da una palmada en el hombro antes de despedirse. Lo sigo con las piernas temblorosas y me apoyo en el cofre de mi auto, mirando cómo Hayes arroja la maleta que traje en su baúl.

—¿Que fue lo que le pasó? Si se lastima mucho... —Me siento nerviosa y fuera de control. Las lágrimas brotan de mis ojos—. No sé por qué estás ayudando a esa familia de esa manera. Todo esto debería estar documentado.

Cierra el maletero y se vuelve hacia mí.

—Tali —dice en voz baja—, él tiene un defecto en la válvula cardíaca que disminuye su flujo sanguíneo al cerebro y se desmaya. ¿De verdad pensaste que ayudaría a alguien a encubrir el abuso infantil?

No sé qué me pasa, pero la presa se rompe. Presiono mi rostro contra mis manos mientras las lágrimas comienzan a caer.

—¿Pueden arreglarlo?

Se acerca y me rodea con un brazo, presionando mi cabeza contra su pecho. Huele a jabón, almidón y hogar.

—Ojalá pudieran, pero no. —Su voz es tan amable que me hace llorar más fuerte—. Creo que estás en estado de shock. Está bien. Sucede.

Niego con la cabeza.

—Lo siento, lamento haber sacado conclusiones precipitadas. Solo pensé...

—¿Qué pensaste?

Lucho por encontrar las palabras adecuadas. Me alegro de que mi cara esté pegada a su camisa para no tener que hacer contacto visual.

—Que probablemente soy una terrible juez de carácter —susurro—. Estuve con Matt durante diez años...

Mi voz se quiebra y dejo de hablar. Es ridículo lo que pensaba. Es ridículo que mi experiencia con un ser humano entre miles me haga desconfiar de todos, incluso de mí misma.

Él me acerca más.

—Lo sé —dice en voz baja. Su corazón late más rápido, justo debajo de mi mejilla—. Sé exactamente cómo te sientes.

Supongo que debe hacerlo. Él entregó su herencia por Ella y ella lo dejó por su padre. Sería suficiente para arruinar tu fe en las personas para siempre, si lo permites.

—¿Será siempre así? —pregunto—. ¿Siempre voy a sentir que no puedo confiar en nadie?

Siento su exhalación lenta y cansada.

—Un chico que no ha estado en una relación durante siete años probablemente no sea la persona a quien debas preguntarle.

Pasé mucho tiempo menospreciándolo por la forma en que vive, pero ¿sus tríos y cuartetos son peores que mi venganza follándome al amigo más cercano de Matt en Los Ángeles? ¿Son diferentes a mis largas carreras nocturnas en el carril de bici? Todo es solo una forma de sacar el vacío.

Él es como yo, solo que con mucho más dinero y un poco menos de autocontrol.

No quiero seguir siendo esta versión de mí misma en siete años, ni tampoco quiero que él sea esta versión.

Capítulo 24

Drew me envía un mensaje de texto el día del almuerzo para ver si quiero que nos veamos. Ella acaba de regresar de España, donde estaba visitando a Six. Sé por sus mensajes esporádicos que él era maravilloso y terrible. Que alternaba entre decirle que podía ver un futuro con ella y luego comentar sobre el tamaño de sus muslos. No sé por qué ella no ve a través de él cuando es tan inteligente en todo lo demás.

Le digo que necesitamos dejarlo para otro momento porque el almuerzo consume cada minuto de mi día. Y hoy, cuando tengo que estar en mi mejor momento, siento que apenas tengo la energía para empujarme a la ducha. He sobrevivido con los niveles de sueño de Hayes durante días y días, sin dejar de hacer mi trabajo mientras preparo el circo que Hayes quiere en su patio trasero: comida preparada, servicios de estética, regalos, barra libre, valet... la lista es interminable. Hay tanto que hacer hoy, y yo solo quiero colapsar en la cama, lo que significa que no hay forma de que esto funcione tan bien como él quisiera.

Llego a su casa con mi vestido beige ridículamente caro, mis artículos de tocador y un par de tacones altísimos en un bolso, los últimos regalos en otro.

Hayes ya está abajo, luciendo tan pulcro, perfecto y alerta que no puedo evitar sentirme resentida por eso.

—Te ves como la muerte —dice.

Dejo que ambas bolsas caigan al suelo. Siento que ni siquiera tengo la energía para responder esta mañana.

—¿Qué? —él pregunta—. Me pregunto cómo puedes verte tan mal cuando sé que pasaste otra noche en casa, viendo películas de Jane

Austen y soñando con el matrimonio.

Me recuesto contra la encimera, me quito el pelo de la cara y me lo recojo en una cola de caballo. Voy a ser un desastre a las once de la mañana cuando lleguen los invitados.

—¿Entonces eso es lo que crees que hago?

Se encoge de hombros.

—Sobre todo, te imagino en casa masturbándote vigorosamente.

Finjo tener arcadas, y hoy no estoy fingiendo del todo. Me pregunto si fue el sushi deli que compré anoche de camino a casa. Sabía que debería haberme quedado con el ramen. Puede que no sea la comida más saludable, pero el ramen preenvasado nunca le causó intoxicación alimentaria a nadie.

Hace frío en la casa, pero yo estoy sudando y el olor del café de Hayes me revuelve el estómago. Salgo a la mañana demasiado brillante para discutir la ubicación de la mesa con la organizadora, y el calor hace que me dé vueltas la cabeza. Tengo que apoyarme contra un pilar para evitar balancearme mientras ella habla.

Paso las próximas dos horas, pero para cuando los manteles están listos y he puesto las tarjetas de lugar, me pregunto cómo sobreviviré hasta el final. Solo los vapores de los platos me hacen tambalear y querer alejarme.

Hayes está ahí, luciendo como un sueño genial con una camisa negra y pantalones de traje mientras juega con la configuración de los servicios estéticos. Quiero apoyar mi cabeza contra su pecho, lo cual sería inapropiado y también destruiría su camisa ya que no puedo dejar de sudar.

—Realmente estás muy callada hoy —dice—. No creo que me hayas regañado ni una sola vez en los últimos quince minutos, lo que sin duda es un récord. ¿Qué hiciste ayer por la noche?

Mis ojos se cierran. Dios, lo que daría por acostarme ahora mismo.

—Me masturbé vigorosamente mientras veía películas de Jane Austen.

—Bien hecho —dice—. Nunca había tenido una erección y me la habían matado en una misma frase.

Obligo a que mis ojos se abran, fuerzo mis hombros hacia atrás. No voy a estar enferma ahora porque no puedo permitirme estar enferma ahora.

—No hice nada anoche. Me quedé despierta hasta la medianoche armando bolsas de regalo y luego me fui a la cama. Estoy un poco cansada.

Está en silencio por una vez. Su boca está apretada, y su mandíbula bloqueada. Conozco cuál es su rostro preocupado, pero también su rostro enojado, y no estoy segura de cuál estoy viendo ahora.

—¿Estás bien? —me pregunta.

El aire acondicionado se sentía tan bien cuando entré, pero ahora ni siquiera eso es suficiente. He estado menos sudorosa al salir de la clase de spinning.

—Estoy bien —respondo, pellizcando el puente de mi nariz—. Prometo que tu pequeño almuerzo será espectacular y tendrás más pacientes nuevas de las que sabrás qué hacer.

—Sé que soy un imbécil exigente —dice—, pero ¿es tan loco imaginar que podría estar preocupado por ti? —Está enojado, pero peor aún... suena herido.

Me arden los ojos y los cierro antes de que pueda ver. Jesús, ¿qué me pasa hoy? Llorar por alguna pequeña indicación del cuidado de Hayes tiene que ser una señal de apocalipsis personal.

—No —digo—. Perdón. Estabas poniendo tu cara de loco. Solo lo asumí.

Me atrae hacia él.

—Si necesitas irte a casa hoy, está bien.

—No lo necesito, pero gracias. Estaré fresca como una margarita cuando empiece lo tuyo. —Una margarita arrancada varias semanas antes y ahora muerta, pero aun así.

Subo a una habitación de invitados para cambiarme. La funda de la almohada en la cama se ve tan suave y fresca que daría casi cualquier cosa por acostarme ahora mismo y dormir hasta que termine. Me tambaleo ante la sola idea de ello.

Bajo justo cuando llegan los primeros invitados, y de ahí en adelante, es un borrón de personas y preguntas y solicitudes y tarjetas de lugares. El almuerzo se sirve en el patio trasero sin problemas, pero estoy casi demasiado fuera de mí para que me importe. Hayes está detrás de una cortina, haciendo relleno gratis, gracias a Dios. Tendría algo que decir si me viera con este aspecto.

Encuentro que la organizadora solicita una opción de postre vegano y sin gluten para un invitado que quiere algo más que fruta. Tengo que apoyarme contra la pared para mantenerme erguida mientras hablamos. *Hermosa pared. Eres mi cosa favorita en el mundo en este momento.*

—¿A quién diablos no le gusta la fruta? —me pregunta la organizadora. Su rostro comienza a volverse borroso—. No tengo idea de lo que podría servirle.

Estoy luchando por poner mis pensamientos en orden.

—¿Agua? —Sugiero débilmente—. Un postre hecho de agua y aire.

Oigo reír a la organizadora mientras una ola de náuseas me invade. Respiro profundamente por la nariz y cierro los ojos.

—Es posible que desees reducir la velocidad con el champán —susurra.

Me tambaleo cinco pies hacia adelante, pero he olvidado hacia dónde caminaba, y de repente estoy increíblemente caliente. Vuelvo a

la pared, agarrándola con fuerza para mantenerme en pie, y segundos después Hayes se cierne sobre mí con su mano en mi frente.

—Estás ardiendo —dice—. Por el amor de Dios, Tali, ¿cuánto tiempo has estado así? —Definitivamente estoy viendo su cara enojada.

—No hasta la fiesta —le susurro—. Estaré bien. Es una intoxicación alimentaria. Solo necesito sentarme un minuto.

—Lo que necesitas es irte a la cama y quedarte ahí durante tres días —sisea.

Y antes de que pueda discutir, estoy en el aire, levantada en sus brazos como una novia que es llevada por el umbral o, según la diferencia en nuestros respectivos tamaños, una niña al que su padre lleva a la cama.

Sé que necesito discutir, pero honestamente, se siente tan bien no ponerme de pie. La camisa de Hayes está fresca debajo de mi mejilla. Cronometro mis respiraciones con los fuertes latidos de su corazón.

—Bájame —le susurro—. Es vergonzoso.

—Sí, lo sé —dice—. Y estás absolutamente bien y solo necesitas sentarte. Me gustaría ponerte sobre mi rodilla ahora mismo.

Siempre te gustaría eso, Trato de decir, pero las palabras se arrastran.

—Estás tan enferma que ni siquiera puedes hablar y todavía estás tratando de superarme —dice con una suave risa.

Ahora tengo demasiado sueño para responder, pero creo que quizás sonrío un poco. Lo respiro. Huele a mar y luz del sol. Supongo que no todos los olores me provocan náuseas. Su olor me hace sentir esperanzada, como si todo fuera a estar bien.



En algún momento, me despierto para descubrirme en una habitación desconocida. Está oscuro, y Hayes está a mi lado, usando pantalones y la camiseta interior.

Mi estómago se revuelve.

—Baño —le suplico, rodando fuera de la cama con piernas inestables. Corro hacia lo que rezo porque sea un baño y no un armario, vagamente dándome cuenta de que solo estoy en sostén y bragas mientras colapso en el piso de baldosas. El contenido de mi estómago sale volando de mi boca, la mitad en el inodoro y la otra mitad fuera, y Hayes me agarra del pelo, pero ya es demasiado tarde. Lo tengo en todas partes y ni siquiera me importa. Caigo en el suelo de baldosas deliciosamente fresca. Creo que me gustaría quedarme aquí.

—Vamos, Tali —dice en voz baja, tratando de levantarme—, vamos a llevarte a la cama.

Niego con la cabeza.

—Vete —le ruego—. No quiero que me veas así.

—¿Preocupada porque te respete menos? —pregunta, pero hay una dulzura en su voz que normalmente no está ahí—. Y ya te he visto así. Has estado enferma repetidamente.

—Necesito una ducha —le susurro—. Por favor.

Hace una pausa.

—Bien —dice con un suspiro—. Esperaré afuera. Por favor, no te quites más ropa hasta que cierre la puerta.

Lo que indica que fui yo quien me quité el vestido antes. *Dios.*

Abro el agua y de alguna manera me las arreglo para quitarme el sujetador y las bragas antes de meterme en la bañera. Sin embargo, incluso esas pequeñas acciones agotan la poca energía que tengo, así que me quedo ahí sentada con las rodillas pegadas al pecho, dejando que el agua me golpee. Tan exhausta como estoy, todavía tengo la

energía para ser humillada por todo esto. *Tuvo que sacarme de la fiesta. Prácticamente me ha visto desnuda, y sólo Dios sabe lo que le dije... además, ahora me ha visto vomitar.*

Gimo contra mis rodillas, deseando poder desaparecer. No estoy segura de cómo lo enfrentaré cuando salga.

Me las arreglo para lavarme el pelo desde una posición sentada y me pongo de pie. Con la toalla envuelta a mi alrededor, abro la puerta, pero tengo que apoyarme contra el marco cuando empiezo a temblar.

—¿Dónde está mi vestido? —le susurro.

Frunce el ceño y luego se quita la camiseta.

—Toma —dice, entregándomela. Incluso en mi estado de aturdimiento y asco, soy capaz de apreciar la obra de arte absoluta de él estando sin camisa. No hay ni una onza de grasa y tiene mucho más músculo de lo que hubiera imaginado.

La camisa me cae hasta la mitad del muslo y está tan suelta alrededor de los brazos que él vería algo de los senos si no estuviera mirando hacia otro lado. Supongo que ha visto a toda la Tali semidesnuda que necesita ver después del día anterior. Me tambaleo hacia el colchón y me desplomo en la cama de lado, luchando con las mantas, pero demasiado débil para ganar la pelea. Me las quita y me las lleva a la barbilla.

—Lo siento —le susurro.

Abro un ojo lo suficiente para ver mi favorita de sus sonrisas. La más dulce, con su hoyuelo intermitente.

—¿Por qué?

—Por arruinar tu fiesta, obligarte a cuidarme, desnudarme frente a ti, vomitar...

—No arruinaste nada, y tal vez no lo sepas, pero en realidad soy

médico. Y un ser humano que se enferma ocasionalmente también —dice, apoyando una mano en mi frente—. Todavía tienes fiebre, pero te castañetean los dientes. Voy a conseguir algunos medicamentos y mantas.

—No te quedes aquí —le digo—. Debes tener pacientes, y ahora estoy bien.

—Sí, lo sé. Justo como estabas bien antes. No tienes que hacer todo sola, lo sabes.

Las palabras dejan un dolor en mi pecho cuando se va. Me acurruco en una bola, apretando más las mantas, y el cuello de su camiseta sube hasta mi nariz. Siento un olor a sándalo, océano, y a Hayes. Mis olores favoritos en todo el mundo. Mientras me adormezco, dejo su camisa ahí para poder seguir respirando.



Cuando me despierto, la habitación está iluminada por el sol y Hayes se inclina sobre mí, tomándome la temperatura. Su cabello está desordenado por el sueño, los ojos un poco entrecerrados. Este debe ser el aspecto que tiene cuando se despierta: suave y delicioso. Me sorprende mirándolo y esa sonrisa característica se dibuja en un lado de su boca.

—Buenos días, solecito. Tu fiebre se ha ido. ¿Cómo te sientes?

—Como si me pusieran en una grúa y me estrellaran repetidamente contra una pared de ladrillos. —Y como alguien que aparentemente se quitó la ropa y vomitó frente a su ardiente jefe. Me estremezco con fuerza al recordarlo—. Lamento todo lo que hice y dije durante las últimas veinticuatro horas.

—Eres muy linda cuando estás enferma —dice, sentándose en el

borde de la cama—. Y tengo fotos tuyas desnuda hasta el sostén y las bragas, así que no es como si no obtuviera nada del trato.

Me río.

—Te las ganaste. Me alegro de no recordar la mayor parte.

Muerde una sonrisa.

—Era tu yo espinosa normal en su mayor parte, aunque en un momento sugeriste que huelo a cielo. Y luego me criticaste por decir *cubo* de basura y dijiste que tenía que 'dejar de hablar como inglés todo el tiempo' porque he estado aquí demasiado tiempo para eso.

Lucho por sentarme. Me tiene envuelta en aproximadamente un centenar de mantas.

—Bueno, es algo ridículo —murmuro—. Llevas aquí casi una década.

Balanceo las piernas al costado de la cama, con cuidado de no mostrar nada en el proceso y me apresuro al baño. Desearía mucho que Hayes no estuviera sentado a diez pies de distancia mientras orino.

—¿Por qué hace tanto frío aquí? —grito desde detrás de la puerta cerrada.

—Porque te quejaste —dice en voz alta—. Y ahora te estás quejando de nuevo, mientras orinas, como la señorita refinada que eres, así que cambiaré la temperatura una vez más. —Cómo se las arregla para hacerme sonreír cuando me siento como una mierda es un misterio y uno en el que no voy a pensar mientras estoy medio desnuda en su baño.

Me lavo las manos y me cepillo los dientes con un cepillo de dientes nuevo que encuentro en el botiquín. Todavía me veo como una basura, pero cuando regreso a la habitación, él no me mira a la cara... está mirando mis senos, bien exhibidos gracias a la camiseta delgada y la temperatura ártica aquí. Sus ojos se apartan rápidamente, pero dos manchas de color permanecen en sus pómulos.

El completamente desvergonzado Hayes Flynn está agitado por mis pezones erectos. Incluso en mi estado de malestar, es sorprendentemente emocionante ver que puedo afectarlo.

Cruzo la habitación hacia mi vestido, que está colgado sobre una silla.

—¿Qué crees que estás haciendo? —él exige.

—Ir a casa. Me gustan mis vecinos, pero no lo suficiente como para caminar alrededor de ellos con nada más que una camiseta.

—Pon tu trasero en la cama —dice, poniendo su Cara Muy, Muy Enojada y poniéndose de pie—. Apenas has comido o bebido algo en más de un día, y hace una hora, dormías tan profundamente que incluso Marta limpiando aquí no te despertó. No irás a ninguna parte.

Me gustaría discutir, pero la verdad es que mis piernas están empezando a temblar, estoy helada, y esa cama parece el capullo de mis sueños. Me hundo en eso.

—Me encanta esta cama —murmuro mientras toma asiento de nuevo—. ¿Permitirías que se casara conmigo? Puedes quitar el costo de mi salario.

Me da una pequeña sonrisa.

—Solo si me dejas ver la luna de miel.

—Esta es la luna de miel, aquí mismo. —Acercó las mantas hasta la barbilla—. Una perfecta, donde duermo y me abraza y no habla.

—Una vez más, confirma que la decisión de tu novio de desviarse no fue completamente injustificada.

Me río. Extrañamente, ni siquiera duele.

—Ve a trabajar. Dormiré unas horas y me pondré en camino.

—Ya cancelé todo —dice.

Apenas puedo conseguir que se tome una hora para almorzar, pero

canceló las citas de un día entero por mí. ¿Por qué? Fácilmente podría haber contratado a alguien, arrastrar a alguna pobre enfermera o residente hasta aquí si estuviera particularmente preocupado. Pero en cambio, él mismo me cuidó.

Su dulzura inesperada ... es placer y dolor a partes iguales para mí. Tal vez sea solo que en momentos como este me doy cuenta de lo sola que he estado, y de lo mucho que quiero sentirme como si a alguien le importara, pero también es que hay todo este lado de él que parece permanecer oculto y desearía que no fuera así.

—¿Por qué decidiste ser médico? —pregunto mientras me giro a mi lado para enfrentarlo completamente, colocando una almohada suave debajo de mi mejilla—. ¿Siempre fue lo que quisiste hacer?

—No salí del útero aspirando a eso, no —dice—. Pasé unos años queriendo jugar en el Manchester United como todos los demás. —Apoya las manos sobre el estómago, con las rodillas separadas y los finos pantalones de dormir tirando de sus muslos. ¿Por qué no me cuentas de lo que estaba usando antes?

—¿Pero por qué? —yo persisto.

Se encoge de hombros.

—Un pájaro chocó contra el costado de nuestra casa un día, lo metí en una caja y decidí cuidarlo. El pájaro murió, pero se me metió en la cabeza que tal vez podría aprender a cuidar a las personas. —Todo en su voz y expresión parece aburrido, como si nada de esto importara. Aprendí con Hayes, que eso suele ser una señal de que *sí* le importa.

—¿Y por qué la cirugía plástica?

—Vi un documental sobre *Operación Sonrisas* —dice. Se inclina hacia adelante y arregla la manta superior, alisándola sobre mí. La presión de su mano, incluso a través de tres mantas, me hace arquearme involuntariamente ante su toque. Debe darse cuenta, porque sus ojos se posan en los míos por un breve segundo. Se aclara la garganta y continúa—. Realizan cirugías de paladar hendido en niños en países

del tercer mundo. Yo era joven e idealista en ese momento, y parecía que podía hacer algo bueno ahí.

Me imagino una versión más joven y menos dañada de Hayes. Una antes de que Ella lo dejara por su padre, antes de que su mundo comenzara a desmoronarse.

—Pero luego decidiste que las actrices ricas también estaban sufriendo.

Su boca se curva.

—Sí, exactamente eso.

Empieza a levantarse y me doy cuenta de que lo he vuelto a hacer. Sentí algo cuando habló sobre *Operación Sonrisas* y tuve que hacer una broma tonta para fingir que no sentía nada.

—Espera —le digo, extendiendo la mano para agarrar su muñeca—. De hecho, quiero saber qué te hizo cambiar de opinión.

Un músculo de su mandíbula parpadea y su mirada cae al suelo. Me quedo con el soplo de aire que pasa, esperando que me lo diga.

—No quería vivir en países del tercer mundo toda mi vida —dice—. Y lo que hago ahora paga mucho mejor que realizar cirugías pediátricas en un hospital. —Sus ojos se posan en mi mano que todavía sostiene su muñeca—. Voy a traerte algo de comida. —Lo dejo ir.

Sé que no me ha dicho la verdad, no toda. Entiendo que hay una gran diferencia en el salario, pero eso no explica por qué se convirtió en alguien a quien le importaba tanto esa diferencia. Tiene una casa lujosa que no usa y buenos autos que no conduce, y gasta poco, pero trabaja como un hombre que apenas se mantiene a flote.

—¿Es como *el Gran Gatsby*? —pregunto mientras llega a la puerta—. ¿Sigues tratando de ganarte el corazón de Daisy?

Veo que algo melancólico pasa por su rostro, pero desaparece tan

rápido como llegó, antes de que haga una mueca.

—Si estás tratando de dar a entender que deseo ganarme el corazón de mi *madrastra*, debes estar más enferma de lo que pensaba.

Desvía un momento de vulnerabilidad con bromas, pienso, mientras mis ojos se cierran. Es tan bueno en mis trucos como yo.



El calor de la cama y mi continuo cansancio debe haberme hecho volver a dormir, porque la próxima vez que abro los ojos, la luz de la habitación ha cambiado y hay una nota en la mesita de noche que dice que está abajo y que lo llame una vez que me levante. Me doy cuenta de que ahora falta mi vestido.

Ignoro su nota y bajo las escaleras, vestida solo con su camiseta de gran tamaño. Mi cuerpo es lento, pero sobre todo he superado las peores cosas.

Está en la sala de estar, con las piernas largas extendidas en el sofá y una revista médica en la mano.

—Vuelve a la cama —dice, levantando la cabeza.

—Estoy bien —respondo, llegando al final de las escaleras—. Necesito estar despierta.

Sus ojos permanecen medio segundo en mis senos.

—Algo acerca de ti definitivamente está despierto. —Cruza la habitación y me empuja a una silla antes de cubrirme con una manta.

—Gracias por hacer todo esto —le digo, acurrucándome en la manta mientras entra a la cocina.

—Es un poco divertido —dice, poniendo pan en la tostadora—. Estoy

reviviendo la experiencia de mi infancia con el pájaro roto.

—Ese pájaro murió.

—Probablemente deberías hablar si me atrapas metiéndote en una caja. —Saca la mantequilla de la nevera y me mira, una mirada rápida y tímida que se aleja casi tan rápido como llegó—. Te hice flan, si quieres, es lo que me hacía mi ama de llaves.

—No puedo creer que supieras cómo hacer flan.

Se encoge de hombros.

—Si me las arreglé para terminar la escuela de medicina, pensé que probablemente podría dominar una receta en línea. —Está actuando de manera tan casual sobre esto, pero no puedo recordar la última vez que alguien *me* cuidó.

Qué cosa tan ridícula para hacerme llorar.

Parpadeo para alejar las lágrimas mientras él me entrega dos rebanadas de pan tostado con mantequilla y deja el flan en la mesa auxiliar a mi lado. De repente me muero de hambre.

—Lamento mucho todo esto —le digo, evitando el contacto visual hasta que estoy segura de que tengo mis emociones bajo control—. Muchas gracias por cuidarme.

—Era lo mínimo que podía hacer. Estoy seguro de que lo pescaste con los Westbrook, por mi culpa.

—No, fue una...

—La intoxicación alimentaria no enferma tanto a nadie durante tanto tiempo —dice—. No fue el sushi. Todos los Westbrook tenían gripe el día que estuvimos ahí. Te enfermaste de lo que tenían.

Mis hombros se hundén. Dios, espero no enfermar a todos sus invitados. No estoy segura de cómo está siendo tan indulgente con todo el asunto.

—Bueno, terminaré mi tostada y te dejaré en paz.

—Solo quédate —dice, volviendo a ocupar su lugar en el sofá—. Ya he cancelado mis planes y todavía estás demasiado débil para cuidarte a ti misma.

Estaría mintiendo si dijera que no quiero aceptar la oferta. Si dijera que no quería quedarme aquí por horas, días, o semanas con él mirándome como lo hace ahora, como si yo fuera alguien por quien se preocupa, y alguien a quien quiere cerca.

—Tenerme aquí probablemente se interponga en tu tiempo sexy —le advierto—. Y ya has pasado algunas noches sin él.

—Aprecio tu inquebrantable consideración de mis necesidades sexuales —dice, con los ojos entrecerrados—, pero de todos modos no he estado haciendo mucho de eso últimamente.

Mmm. Me di cuenta de que no había señales de mujeres aquí. Simplemente asumí que lo estaba haciendo en otro lugar. Supongo que la mayoría de las veces no quería pensar en eso.

—¿Qué pasa con eso?

Se pasa el pulgar por el arco de la ceja.

—Tal vez sea simplemente que iba de la mano con la bebida, por la que he sido molestado por una pequeña y aguda voz.

Sus palabras me impresionan. Corrigió el rumbo cuando lo regañé, aparentemente sin dificultad, aunque mi opinión no debería haber importado, pero mi madre no puede hacer lo mismo, incluso cuando el bienestar de mi hermana depende de ello. Quizás la doctora Shriener tenía razón.

—¿Eso es todo? —pregunto—. ¿Se acabó el reinado de terror del chico malo?

—Yo no iría tan lejos —murmura, mirando a otro lado—. Simplemente no ha recurrido a eso últimamente.

—Conozco a un médico que probablemente pueda darte algunas pastillas para eso —le respondo con una sonrisa, tomando un bocado de mi tostada. Mmm, maravillosa mantequilla.

Se pasa la mano por el pelo y cierra los ojos.

—No tengo *ese* tipo de problema. Solo estoy... pasando por una fase.

Interesante.

—¿Qué tipo de fase?

—No es el tipo de fase que quiero discutir con una chica de veinticinco años que no ha salido en un año, eso es seguro —responde con el ceño fruncido.

Es una conversación extraña e inesperada, pero lo más extraño es que parece que no puede mirarme a los ojos durante nada de eso.

Capítulo 25

Salgo el domingo por la mañana y estoy lo suficientemente recuperada para cenar con Drew esa noche. Ella me cuenta sobre su viaje y decido que no hay forma de salvar a Six, es un ser humano terrible.

Quiero hablarle sobre Hayes, pero descubro que no puedo. Mis pensamientos sobre los últimos días con él son... confusos, no listos para ser dichos en voz alta. Porque una vez, él era simplemente un degenerado encantador del que quería cuidar y ahora es más. Hay una cosa pequeña y cálida que se despliega en mi pecho cuando pienso en él. Me siento como una versión más ligera y soleada de mí misma, una versión esperanzada que casi olvido que existía. Y no estoy segura de si eso me emociona o me aterroriza.

Llego a la casa de Hayes al día siguiente completamente recuperada y extrañamente ansiosa por verlo. Cuando entra a la cocina, su mirada se desliza sobre mí, de arriba a abajo, y es como si yo fuera un poco más completa de lo que era antes de entrar. Como si él, entre todas las personas, fuera mi hogar, mi lugar seguro para vivir en la tierra.

Le entrego su café.

—No escupí en él hoy. Para agradecerte por cuidarme.

Él se ríe.

—Has hecho esa broma tantas veces que me veo obligado a asumir que hay algo de verdad.

Saco su agenda de la impresora. Tuvo que apretar a los pacientes de este fin de semana en todas las horas libres de esta semana.

—No habrá almuerzo en casa hoy —le digo. Hay un lamentable toque de tristeza en mi voz.

Su hoyuelo se hunde, solo por un momento. Se aclara la garganta.

—¿Crees que podrías reunirte conmigo en el centro una vez que termine? —él pide—. ¿Solo para repasar el programa mensual?

No hay ninguna razón real para que nos encontremos. Podríamos discutir todo por teléfono en cinco minutos, además tengo mi no cita con Sam esta noche.

Sin embargo, nunca he aceptado nada con más entusiasmo.



Conduzco hasta el bar, jurándome a mí misma que no beberé nada. Quiero mi ingenio cuando me encuentre con Sam, para empezar. Además, ya sé cómo es con Hayes: pongo una onza de licor en mi sistema y empiezo a mirarlo de manera diferente. Mis ojos se detendrán en las curvas de su rostro, en su boca perfecta, en sus anchos hombros y en la forma en que usa su ropa, como si constantemente se contuviera para no quitársela. Que no es lo que se supone que deben hacer los ojos cuando sales con un amigo o un jefe.

Ya está esperando cuando llego. Su chaqueta está fuera, su camisa ligeramente desabrochada, y encuentro que mis ojos se sumergen en la insinuación de piel debajo de su clavícula. Mis recuerdos de estar enferma son borrosos y parecidos a un sueño, pero recuerdo la forma en que se movía mientras se quitaba la camisa... impulsado por la testosterona y descuidado. Recuerdo su piel suave, sus brazos y esos sorprendentes abdominales.

Tiene una margarita esperándome y decido que se necesita una copa, después de todo... Necesito refrescarme.

—¿Cómo te sentirías si vinieras a San Francisco conmigo en unas pocas semanas? —él pregunta.

Parpadeo. Me toma un momento recordar que tiene una conferencia ahí, pero todavía me pregunto si me está pidiendo que vaya como su asistente o algo más. Probablemente diría que sí de cualquier manera.

—Tendrías tu propia habitación, por supuesto —agrega—, y es solo por una noche. Volar el sábado por la mañana y volver el domingo. Es que... las cosas salen mal. Si los folletos se pierden o hay que hacer algo, sería bueno que estuvieras ahí.

Siento que algo se hunde en mi estómago. Decepción, cuando solo debería haber alivio. ¿Realmente pensé por un momento que me estaba invitando a un viaje? Al parecer, lo hice.

Tomo un largo sorbo de mi bebida, lamiendo la sal de mis labios con deleite. Sus ojos parecen engancharse en mi boca mientras lo hago.

—Me muero por ver San Francisco. Solo llévame ahí y encontraré un parque para dormir.

—Excelente —dice con una sonrisa—. Más dinero para gastar en cocaína y souvenirs.

Dudo de repente. Por mucho que me encantaría ir a San Francisco e ir ahí con él especialmente... ¿y si vuelve a sus viejas costumbres? No estoy segura de poder soportar verlo continuar como un doctor brillante y fogoso mientras yo espero patéticamente cerca, con cuaderno en mano.

—¿No estaré... estorbándote? Me imagino que estas conferencias son como Woodstock para los fanáticos de la medicina.

Él se ríe.

—Claramente nunca has asistido a una conferencia médica.

—No actúes como si nunca lo hubieras hecho —murmuro—. Eres una proposición sexual ambulante.

Su lengua va a su mejilla, divertido.

—¿Estás diciendo, entonces, que mi mera existencia te hace añorar el sexo? —Se inclina hacia adelante, con un tono seductor en su voz. Sonríe en su lugar—. ¿Que camino por una habitación y te hago pensar en todas las picaduras que te gustaría rascarte?

Sí.

—No, aunque de vez en cuando verte me hace preguntarme si las ETS pican, lo cual supongo que es algo similar. —Miro mi reloj—. Y en esa nota, tengo que irme.

Me mira por encima de su bebida.

—¿Hay un maratón de Jane Austen esta noche que desconozco?

—Me reuniré con Sam para cenar —le digo—. El chico de mi ciudad que me ha estado ayudando con el libro. No es una cita. Nos reunimos en Mezcal para una comida rápida y su amigo estará ahí.

Una vena palpita en su sien y su agarre se aprieta en su vaso.

—Cierto. Tu *amigo* Sam te hace sentir cómoda al invitar a su amigo, pero después de unos minutos, su amigo le anunciará que no puede quedarse. —Pone los ojos en blanco, irritado y aburrido al mismo tiempo—. Es el truco más antiguo del libro.

—Tú lo sabes —respondo, levantándome—. Afortunadamente, Sam no se parece en nada a ti.

—¿Es poco atractivo y aburrido? —Hayes pregunta lentamente, reclinándose en su asiento—. Parece que no deberías estar apresurándote entonces.

—Es de confianza —respondo intencionadamente.

—¿Y yo no lo soy? —Está tan presumido y confiado como siempre, sonriendo burlescamente incluso ahora, pero siento una pequeña cosa herida debajo.

—Veinticuatro horas de celibato no te hacen candidato a la santidad —respondo. Él no discute, y me voy sintiendo como si le hubiera

hecho un golpe bajo. Supongo que esperaba que me dijera que estaba equivocada.



El restaurante que Sam eligió es espacioso y luminoso, al aire libre, con pisos de tablones anchos pulidos y un techo con vigas a la vista. Parece una elección cara para un chico que vive de una beca escolar.

Lo encuentro sentado en el patio y lo miro dos veces. *Santa mierda.* Sam se ha puesto muy sexy desde la última vez que lo vi. Su cabello le llega hasta los hombros ahora, y ha perdido ese residuo de suavidad infantil de su rostro, revelando una mandíbula digna de un superhéroe. Eso, más los pequeños lentes nerd (que lo hicieron por mí incluso antes de que *adquiriera* esa línea de la mandíbula), lo hacen absolutamente apetecible. Las mujeres detrás de él tampoco han dejado de notar su aspecto. Las trabajadoras de la construcción se lo comen con los ojos con más sutileza.

—Hola, extraño —le digo mientras llego a la mesa.

—¡Tali! —Se pone de pie y me da un abrazo de oso. Ha agregado una buena cantidad de músculo a su cuerpo que antes era robusto. No puedo ni imaginarme el desmayo que se producirá una vez que sea profesor.

Cuando me aparto, me echa un vistazo.

—Me gusta la apariencia de secretaria traviesa.

Le doy un puñetazo en el brazo.

—Ésta es mi ropa de trabajo, idiota.

Él sonrío.

—Apuesto a que el idiota de tu jefe la disfruta, es todo lo que digo.

Una mano es empujada hacia mí.

—Soy John —dice su amigo—. No me quedaré mucho tiempo. Solo quería conocer a la infame autora, Natalia Bell, de quien Sam nunca para de hablar.

Sam me da una sonrisa avergonzada mientras nos sentamos. Quizás hablé demasiado pronto de que Hayes era un poco peor que la mayoría de los hombres.

—Leí las páginas nuevas —dice Sam, sirviéndome una margarita de la jarra sobre la mesa—. Odio a Ewan un poco menos, ahora que no tiene culpa por convertirse en un idiota.

Doy un suspiro de alivio.

—Gracias a Dios. Mi pobre agente me envía correos electrónicos todos los días para conseguir la primera mitad final, y todavía tengo la mayor parte de la segunda mitad para escribir.

Se encoge de hombros.

—Tienes mucho tiempo, ¿y tu trabajo no está casi terminado? Tu amigo debería volver en cualquier momento, ¿verdad?

Mi estómago da un vuelco. En dos meses, Hayes se ha convertido en una parte tan importante de mi vida que los días futuros sin él giran como un agujero negro. ¿Seremos amigos cuando esto termine? Incluso si logro quedarme en la soleada California, en este futuro imaginado sin él, se siente como una bofetada en la cara, como el cielo azul claro durante el funeral de mi padre, con un grupo de adolescentes con rap a todo volumen mientras pasaban.

—Sí —digo en voz baja—. Ya atravesaron la mayoría del proceso. —Jonathan tardará unas semanas en acostumbrarse a la crianza después de que regrese el martes, y luego todo habrá terminado. No tendré excusa para quedarme atrás, para evitar que Hayes trabaje hasta los huesos o muera de escorbuto.

De repente, las mujeres de la mesa contigua a la nuestra nos

vuelven a mirar. No, no a nosotros, detrás de nosotros, a alguien que camina por el restaurante. Una sombra se cierne sobre nuestra mesa y miro hacia arriba para encontrar a Hayes de pie ahí. Lo vi hace unos minutos, pero mis ojos lo devoran de todos modos, como si me hubiera olvidado de exactamente lo guapo que es en ese breve período de tiempo.

Me enderezo, tirando de mi teléfono hacia adelante para ver si me perdí un mensaje de texto.

—Oye —le digo, mirando de él a mi teléfono—. ¿Necesitas algo?

—Para nada —dice con una sonrisa que es una insinuación demasiado engreída—. Estaba caminando por la calle y de repente tenía ganas de tacos.

Mentira. Hayes nunca ha deseado nada más que whisky, café y orgasmos, hasta donde yo sé. No entiendo cómo puedo estar feliz de verlo y profundamente molesta, todo a la vez, pero lo estoy.

—Sam, John... este es mi jefe, Hayes Flynn.

—Jefe *y* compañero del parque de diversiones —corrige Hayes, extendiendo una mano hacia Sam—. No te dejes engañar por su actual falta de calidez. Ella me adora. Espero que no te importe si me uno, estoy famélico.

Antes de que podamos objetar, él está tomando el asiento vacío entre Sam y yo. Mi mandíbula se abre, pero Sam es un buen chico, demasiado educado para mandar a Hayes a la mierda, aunque puedo decir que le gustaría.

—Tali me dice que estarás conduciendo por la costa —dice Hayes.

Sam se obliga a sonreír y, mirándome desconcertado, comienza a describir sus planes: Big Sur y Monterey, luego San Francisco durante unos días antes de ir a la región vinícola y más al norte.

Hayes, como el imbécil encantador que es, comienza a ofrecer sugerencias para todas las paradas en el camino, y supongo que

debería estar agradecida: John ya no se va, aparentemente, y Hayes ha logrado mantenernos a Sam y a mí en aguas neutrales. Pero estoy molesta de todos modos. ¿Le gustaría que apareciera mientras él está con *Angela* o *Savannah* o *Nicole* y me hiciera cargo?

—Ten cuidado al acampar en Yosemite —dice Hayes—. Necesitas poner una bolsa del oso², algo que descubrimos demasiado tarde.

—¿Tú has acampado? —le pregunto con incredulidad. No puedo imaginarlo, a menos que el campamento involucre sábanas de seiscientos hilos y servicio de habitaciones las 24 horas.

—Fue hace bastante tiempo —dice en voz baja—. Casi una década ahora, supongo.

Fue con Ella.

Hayes, alguna vez, fue alguien que se tomó vacaciones. Que estuvo dispuesto a hacer viajes por carretera y colgar bolsas de oso y dormir en el suelo. Era alguien dispuesto a confiar en otro ser humano y comprometerse con ella.

Lo miro, viendo en su rostro lo que probablemente ve en el mío cuando hablo de Matt: esta vergüenza de bajo nivel de que fue engañado, que estaba tan equivocado, que fue destruido por alguien que no lo merecía y se engañó a sí mismo haciéndose creer en ella.

Tan molesta como estoy por la forma en que Hayes se ha insertado en mi velada, un dolor se apodera de mi pecho. Descubrir que estuve equivocada con Matt fue difícil, pero no tan difícil como tenerlo comenzando una familia con mi papá. Cómo Hayes logró perdonar a cualquiera de ellos está más allá de mi comprensión.

Nuestras miradas se encuentran, y por un largo momento se siente como si solo fuéramos nosotros dos en esta mesa y en este restaurante. Miramos hacia otro lado al mismo tiempo.

—Háblame de la adolescente Tali —dice Hayes, jovial una vez más—. Tengo entendido que tenía un poco de obsesión por Thomas Hardy.

Mi mandíbula se abre.

—Jonathan tiene una gran boca de mierda, aparentemente.

Sam me mira.

—¿Cómo no supe esto?

—Sí —dice Hayes, con los ojos brillando ante mi incomodidad—, así es como ella y Jonathan se unieron cuando eran adolescentes, en algún campamento de escritura. —Se gira hacia mí—. Parecía que eras bastante atractiva en ese entonces, escribiendo tu *fan fiction* de Thomas Hardy. No estoy seguro de cómo mantuviste alejados a los chicos.

Mataré a Jonathan en serio. Será triste para su hija, lo sé. Le encontraré un mejor padre, uno que puede guardar secretos.

—No era un *fan fiction* —me quejo—. Fue solo un final alternativo para *Judas el Oscuro*. Hardy mató a todos los niños al final. Fue brutal.

Sam se inclina hacia adelante. Los novelistas de la era victoriana son su especialidad.

—Los libros de Thomas Hardy nunca son felices. ¿*Tess de los D'Urberville*? ¿*El regreso del nativo*?

—*Lejos del mundanal ruido* es feliz —discuto.

—Tienes una extraña noción de felicidad. Bathsheba se adaptó. —Patea mi pie debajo de la mesa, sonriendo—. A pesar de haber pasado tantos años adaptándote, puede que no te hayas dado cuenta de eso.

Me río.

—Me encanta que hayas logrado insultarme mientras hablas del trabajo de un autor que ha estado muerto durante siglos.

Se siente como si ambos fuéramos niños otra vez, molestándonos el uno al otro mientras nos sentamos afuera entre clases. Sin embargo, siempre nos hemos llevado bien. Si lo hubiera conocido antes de

hacerme novia de Matt, habría pensado que éramos almas gemelas. ¿Y quién puede decir que no lo habríamos sido? ¿Quién puede decir que todavía no lo somos? Es la trama de cualquier otro romance de segunda oportunidad: el chico y la chica no se juntan en la adolescencia, solo para ver de adultos lo que estuvo ahí todo el tiempo.

La única persona que no se divierte con la conversación es Hayes, cuyo rostro de repente tiene todos los ángulos: pómulos afilados, mandíbula dura, mientras sus ojos parpadean de mí a Sam y viceversa. Quizás esté viendo lo que yo ahora: que no hay ninguna razón por la que Sam y yo no deberíamos estar juntos. Somos del mismo lugar, nos llevamos bien y podríamos hablar de libros durante horas. Si tan solo estuviera lista para eso, que no lo estoy. Sam es perfecto para mí, pero una vez que avancemos, no habrá forma de retroceder. Me pongo un poco sombría al pensarlo.

Hayes insiste en pagar la cena cuando llega la factura, como debería, ya que la arruinó. John se disculpa cortésmente por la velada, pero Hayes es casi desafiante en su búsqueda por quedarse.

—¿A dónde vamos ahora? —pregunta, firmando la cuenta con una floritura.

Estoy dividida entre la irritación y el alivio. Hayes no tiene derecho a interferir de la manera en que lo está haciendo, pero también está claro que Sam quiere más y la perspectiva me aterroriza.

—Ya son las diez —digo—. Y mi jefe es un idiota, así que necesito irme a la cama.

—¿Dónde estás estacionada? —pregunta Hayes—. Te acompañaré.

La mandíbula de Sam se mueve. Está frustrado pero es demasiado agradable —a diferencia de Hayes—, para discutir. Me disculpo mientras lo abrazo y me despido.

—Está bien —dice en mi oído—. Te veré el próximo mes. *Sin él.*

La noche es de un hermoso negro violeta, el cielo está salpicado de estrellas y estoy demasiado molesta para apreciarlo por completo. Hayes me empareja paso a paso, y solo al final de la cuadra me doy cuenta de que está frunciendo el ceño.

—Pareces terriblemente insatisfecho —murmuro—. ¿Arruinar mi noche con un viejo amigo no fue suficiente para ti?

—Créeme —se burla—, si hubiera sabido que pasarían toda la cena discutiendo sobre Thomas Hardy como los dos niños más nerd de la escuela, no me habría molestado.

Me detengo, rodeándolo.

—¿Irrumpiste en mi salida nocturna con un viejo amigo y ahora te estás burlando de él y de mí por tener un interés común? Sé que la mayoría de las veces pasas tiempo con personas que no leen, pero no hay nada de malo en el hecho de que sí.

La gente que pasa junto a nosotros nos mira fijamente, y ni siquiera me importa. Apenas parece notarlos mientras pasa una mano por su cabello, luciendo tan frustrado como yo me siento.

—Mira, yo estaba... no esperaba que él fuera... —Él deja escapar un suspiro—. Me gusta que tengas un conocimiento enciclopédico de Thomas Hardy. Me gusta que estés bien leída, mucho mejor leído que yo, pero tú y yo nos llevamos bien como con nadie más, y supongo que me molestó ver que te llevas igual de bien con él.

Bajo el resplandor de la farola, veo una pizca de vulnerabilidad en sus ojos. Es conocido por tener relaciones superficiales, pero la nuestra... no lo es, y su honestidad ahora mismo lo deja claro. Siento que me ablanda hacia él en contra de mi voluntad.

—¿Estás celoso de mi amistad con Sam?

Él pone los ojos en blanco.

—No estoy *celoso*. Y si crees que quiere ser tu amigo, estás delirando. Se te habría propuesto al final de la noche si yo no hubiera

intervenido.

—¿Por qué importaría si lo hiciera, Hayes? —pregunto. No sé de dónde viene la pregunta, pero hay una parte de mí que quiere provocarlo. Quiero empujarlo hacia algo, algo que sería terrible para los dos.

Tira de su cuello.

—Porque dijiste que no estabas lista para eso. Y él no es... lo suficientemente bueno.

—¿No es lo *suficientemente bueno*? —exijo—. Un tipo realmente agradable que está a punto de ser profesor universitario y nunca ha engañado a una mujer en su vida. ¿Cómo es posible que no sea lo suficientemente bueno?

—Entonces te gusta. —Su boca está presionada en una línea plana.

—¿Cómo lo puedo saber si estuviste rondando toda la noche como un tercero en nuestra cena? —Mis ojos se entrecierran—. Y por favor, no hagas una broma sobre tríos.

Su mirada sostiene la mía.

—Si fuera una opción —dice, repentinamente feroz—, nunca estaría dispuesto a compartirte.

Mi corazón tartamudea y luego se acelera.

Si fuera una opción. Hay una parte de mí, la parte estúpida que claramente no ha aprendido la lección, que quiere preguntar por qué no.

No aparto la mirada, y él tampoco. Nos quedamos en silencio, con las palabras que acaba de decir espesando el aire entre nosotros. Podrían haber significado cientos de cosas diferentes, y elijo no permitirme considerar ninguna de ellas.

—Buenas noches, Hayes —le susurro, y luego, sin mirar atrás, camino el resto del camino hasta mi auto. No intenta detenerme.

Si fuera una opción, nunca estaría dispuesto a compartírte.

Parece que no puedo superar esa frase mientras conduzco a casa. Permitirme esperar que pueda significar algo es ridículo y sin sentido, pero cuanto más pienso en irme de California, más siento que estoy renunciando a algo que importa y que importa mucho.

Cuando empiezo a subir las escaleras hacia mi apartamento, recito un mantra con cada paso:

Quiero quedarme.

Quiero quedarme.

Quiero quedarme.

Me quito los zapatos cuando entro y le envío un mensaje de texto a mi madre. No hemos estado en contacto desde esa enojada llamada telefónica antes del almuerzo, y solo necesito saber que hizo mella.

Hola, mamá. Hace tiempo que no hablamos y necesito reservar mi vuelo a casa.

Lo que significa: *Necesito saber si reservo un boleto de ida y vuelta. Necesito oírte decir que lo has arreglado.*

Y veo que ella lo leyó, pero no dice una maldita palabra en respuesta.

Capítulo 26

—Tengo un favor que pedirte —él me anuncia a la mañana siguiente.

Y aquí estaba yo esperando que pudiera estar un poco arrepentido después de anoche. Qué completamente irreal de mi parte.

—¿Y es algo tan grande que ni siquiera me lo puedes exigir, como lo harías normalmente? —pregunto—. No puedo darte mi hígado, sabes. Sólo tengo uno.

Pasa una mano por su cabello y cae hacia adelante. Me pregunto si sabe que mi corazón se aprieta un poco ante ese pequeño signo de incertidumbre. Ya la respuesta es sí. *Bien, Hayes, toma mi hígado. Todo lo que necesitas es tuyo.*

—Es el cumpleaños de mi hermana este fin de semana —dice—. Quiero que vengas conmigo.

Menos invasivo que perder un órgano, pero casi tan doloroso.

—¿Necesitas una asistente para la fiesta de cumpleaños de una niña?

—No —dice, suspirando—. Necesito que actúes como si fueras mi novia. Yo lo hice por ti con tu ex, y ahora necesito lo mismo.

Mis ojos se agrandan. Tan anchos que probablemente parezca un personaje de cómic, pero parece que no puedo detenerme.

—¿Qué?

—Deberíamos hacerte una prueba de audición en algún momento. Necesito. Que. Tú...

Agito una mano desdeñosa.

—Sí, escuché esa parte. No puedo ni imaginarme por qué me necesitas cuando tienes a la mitad de las mujeres de Los Ángeles

pidiendo tu atención.

—No puedo pedirle a cualquiera que se haga pasar por mi novia. —Juega con la tapa de su taza de café—. Necesito a alguien de quien realmente lo crean, alguien... impresionante.

Esto me resulta aún más difícil de comprender.

—Soy una escritora fallida que abandonó la escuela de posgrado, no puedo pagar un anticipo y ahora trabajo para ti, lo cual es, sin ofender, como tocar fondo. ¿Qué tan impresionante soy?

—Eres atractiva e inteligente, que es una combinación más rara de lo que piensas. Aunque ayudaría si no describieras nada que me involucre como 'tocar fondo' cuando conozcas a mi familia.

Me toco un hombro, insegura. No es que no lo haría. Es simplemente que no estoy segura de que haya pensado en esto. Debería llevar a una celebridad o una cirujana, no a mí.

—¿Qué se supone que debo decirles que hago para ganarme la vida? No se impresionarán demasiado cuando se enteren de que me paso las mañanas deshaciéndome de las mujeres que traes a casa.

Él entrecierra los ojos.

—Eso no ha sucedido ni una vez en casi dos meses, pero aún lo estás sacando a relucir. Solo diles la verdad, tendrás un libro para este otoño.

—Oh, Dios mío —gimo—. Te lo dije en confianza. Espero que no se lo estés repitiendo a nadie.

Él niega con la cabeza.

—En serio, Tali, ¿qué demonios? ¿Cuántas personas escriben lo suficientemente bien como para obtener un anticipo importante basado en cincuenta páginas de un libro a los veintitrés años? ¿Crees que es tan vergonzoso? Pregúntales a todas las mujeres de esta ciudad que se acostaron con un viejo director para obtener un papel. Estoy

seguro de que con mucho gusto intercambiarían fuentes de vergüenza contigo.

En su mayoría obtuve el adelanto porque estaba saliendo con Matt, pero supongo que tiene razón.

—Bien —le digo—. ¿Que me pongo?

Su lengua se desliza sobre su labio inferior. Me está mirando, pero su mente está muy lejos al mismo tiempo.

—El vestido beige —dice, dilatando un poco las fosas nasales—. Ella jodidamente odiará eso.

—¿Qué pasa con el vestido beige?

Se mete las manos en los bolsillos.

—Nada. Por eso lo odiará. Cuando estás en el vestido beige, no hay nada de malo en todo el mundo.



Pongo mucho más esfuerzo en mi apariencia el sábado de lo necesario, interrumpiendo mi visita con Jonathan y Gemma, adorablemente gordita y mucho más activa de lo que pensé que sería, para ver a una peluquera de las estrellas amiga de Ava.

Salgo con unos reflejos asombrosos color caramelo sutil y dorado como el que una vez recibí del sol cuando era niña, mi cabello cae sobre mis hombros en ondas perfectas.

Estoy tratando de estar a la altura de esta idea que Hayes parece tener de que de alguna manera soy capaz de impresionar a Ella y a su padre, pero quizás también espero impresionar a Hayes.

Cuando estás en el vestido beige, no hay nada de malo en todo el mundo.

Nadie me había dicho algo así antes. ¿Matt me dijo que era hermosa? Seguro. Pero con Hayes, no fueron simplemente las palabras. Fue la forma en que las dijo, mordidas como si fueran una maldición por la que pagaría más tarde.

—Mírate —dice Drew en una video llamada mientras me preparo—, poniéndote maquillaje para tu cita con tu jefe.

Me aplico corrector debajo de los ojos.

—No es una cita.

—No, es solo tu jefe quien dijo que eras la mujer más impresionante y sexy que jamás haya conocido, y te pidió que fingieras que eres su novia y que conocieras a toda su familia. —Que no es lo que dijo Hayes, pero ya he corregido a Drew en esto dos veces y parece decidida a creer su propia versión de la historia—. Mataría por que Six dijera eso. Solo desearía que me diera alguna señal de lo que está pensando, ¿sabes?

Me parece que Six le ha dado muchas señales de lo que está pensando y ella no quiere verlas. ¿Fui diferente con Matt? Me mostró de mil maneras que no era el tipo adecuado. Me convenció de que no fuera a la escuela de mis sueños, me convenció de que abandonara el programa de maestría. A veces, la única señal que necesitas es que un chico se preocupa más por sí mismo que por ti.

—Creo que deberías encontrar al chico más sexy y tener cuatro meses increíbles con él —le digo—. Solo sé tu mejor yo, y Six estará comiendo de tu mano cuando llegue a casa. ¿Delineador de labios o sin delineador de labios?

Se recuesta en su silla, tamborileando sus dedos sobre su pecho como un villano de vodevil.

—Oh, Tali, estás muy involucrada si finalmente vas a llamar la atención sobre esos deliciosos labios tuyos.

Yo gimo.

—No lo estoy. Odio a esta mujer, y ella lo jodió un poco, ¿sabes? Quiero hacer todo lo posible para hurgar en la herida.

—Ponte el delineador de labios, entonces —dice—. Te apuesto cien dólares a que terminará en su polla al final de la fiesta.



Él entra en el camino circular frente a mi edificio y se baja del auto, con los ojos parpadeando sobre mí una y otra vez. Traga.

—El vómito salió del vestido —dice en voz baja—. Eso es bueno.

—Qué halagador.

Viene a mi lado y sostiene la puerta.

—Te ves increíble —dice, su voz baja y grave—. Yo... no importa.

La puerta se cierra y decido dejarlo ir. Toda esta situación es lo suficientemente incómoda sin que nos abramos el uno al otro.

—Probablemente deberíamos aclarar nuestra historia —le digo cuando se sube, torciendo mis manos en mi regazo. Qué fortuna que Jonathan me convenció de hacerme la manicura.

—Estás demasiado preocupada por esto —dice—. Es el cumpleaños de una niña. Nadie te conectará a un polígrafo.

Me giro hacia él. Hoy se ha saltado la chaqueta y lleva una camisa azul oscuro, el cuello desabrochado y pantalones caqui. Su cabello está un poco jodido, como si se hubiera pasado las manos por él con demasiada frecuencia. Nunca había visto a nadie tan guapo en toda mi vida. Mi mirada se desplaza hacia su cuello y me imagino acariciando su piel ahí, como un cerdo tras las trufas.

—No soy buena mintiendo —le digo—. De lo contrario, te mentiría

todo el tiempo. Solo necesito lo básico.

—Bien —dice, saliendo a la calle—. Mi polla es enorme y no puedes tener suficiente.

—Sí, eso suena exactamente como el tipo de cosa elegante que diría tu impresionante novia. —Pongo los ojos en blanco—. ¿Cuánto tiempo llevamos juntos? ¿Dónde nos conocimos? ¿Dónde fue nuestra primera cita?

Un músculo parpadea en su mejilla.

—Simplemente mantente fiel a la verdad tanto como sea posible. Nos conocimos hace seis meses cuando estabas atendiendo el bar.

Me mira y me preocupa que me esté sonrojando. A veces pienso en cómo habría sido si él no hubiera salido corriendo, pero ahora estamos más cerca de una relación de lo que lo hubiéramos estado si él hubiera intentado algo en aquel entonces. Y si fuera una relación, ciertamente parecería buena. Como si realmente hubiéramos empezado a preocuparnos el uno por el otro.

—¿Dónde fue nuestra primera cita? —pregunto.

—No te van a entrevistar para Cosmo. Nadie te va a preguntar eso.

No sé cómo está tan relajado con esto. Él es el que se verá como un idiota si lo arruinamos.

—Podrían, o podrían preguntarte por qué me invitaste a salir.

Él pone los ojos en blanco.

—Cualquiera que te vea con ese vestido sabrá por qué te invité a salir, aunque si eres tan habladora como de costumbre, es posible que se pregunten por qué *sigo* saliendo contigo.



El padre de Hayes y su, mmm, *madrastra* viven en una magnífica finca en Newport, rodeada de campos y árboles, completamente privada. La casa en sí parece un castillo inglés, enorme y con fachada de piedra. Incluso tiene hiedra creciendo a los lados.

—Oooh —digo encantada, sonriendo ampliamente—. Ya veo por qué ella lo eligió a él, ahora.

Él me mira fijamente.

—Sin embargo, me llamas a *mí* Satanás.

Entramos, y una sirvienta con uniforme completo toma el regalo que ha traído Hayes, comprado y envuelto por mí, por supuesto, y nos ofrece champán antes de llevarnos a un patio trasero bañado por el sol de la tarde, donde hay un elefante junto al trampolín inflable de la piscina.

Me da una media sonrisa rápida. Es tan guapo y confiado como siempre, pero veo algo incierto y joven en sus ojos que me rompe el corazón. Voy a ser la mejor novia falsa del mundo hoy, solo por él. Mi mano se desliza en la suya, de suave a áspera, de pequeña a grande, él la aprieta suavemente mientras su pulgar roza el mío, y mi cuerpo responde a su toque como si estuviera hambriento de atención. Quiero memorizar cada callo. La presión de su mano. Claro, estoy haciendo esto por él... pero creo que lo voy a disfrutar más de lo que debería.

Una niña rubia y de piernas largas como Ella, se abalanza sobre él y le rodea la cintura con los brazos.

—¿Qué me trajiste? —ella exige.

—Hice una donación en tu nombre a la NRA³ —responde, balanceándola en el aire—. Feliz cumpleaños.

La niña sonríe.

—¡Mentiroso! ¡No lo hiciste!

—Hudson —dice una voz de reproche—, es suficiente.

Miro hacia arriba para ver a Ella y al padre de Hayes acercándose. Su padre es casi idéntico a quien será Hayes dentro de veinte años, y la belleza de Ella es tan et rea y delicada como parecía en sus fotos, aunque hay algo un poco helado en sus ojos azules. Tal vez sea simplemente que s  qu en es ella en realidad.

—Tali, este es mi padre, Michael, y mi madrastra, Ella. —Disfruto viendo a Ella hacer una mueca de dolor ante la palabra *madrastra*.

—Tali, es un placer conocerte —dice Michael, estrech ndome la mano—. Estaba empezando a pensar que Hayes nunca traería a una mujer.

Mis ojos se abren. No estoy segura de si está haciendo una broma terrible sobre la última vez que le presentaron a una de las novias de Hayes o si se lo quit  tanto de la cabeza, que se olvid  de lo que hizo.

Ella dice bellamente.

—Qué linda sorpresa. Hayes nunca te ha mencionado.

El  cido comienza a *gotear, gotear y gotear* en mi pecho. Después de todo lo que hizo,   realmente está tratando de sabotear la primera relación en la que lo vio? Querido *Dios*, me encantaría poner a esta mujer en su lugar.

— Cu ndo la habría mencionado? —Hayes pregunta con calma—. No te he visto desde las vacaciones.

Su sonrisa se desvanece y mi mano aprieta la suya. *Bien hecho*.

— Ha pasado tanto tiempo? —pregunta Michael—. *Qué locura*. Realmente necesitamos verte más. Vamos a buscar algo de comida. —Se vuelve hacia el buffet, caminando a nuestro lado.

»Supongo que eres actriz —él continúa diciéndome—. Hayes podría haber mencionado que estoy haciendo una nueva versión de *Roman Holiday*.

Hayes nunca te menciona, nunca.

—Oh, no lo sabía, pero no soy actriz. Sin embargo, haz que Hayes te cuente sobre mi increíble acento británico.

Hayes me sonrío.

—Suenas como una pirata, y todo su conocimiento de Inglaterra parece provenir de *Mary Poppins* y *Harry Potter*.

—Cito bastante a *My Fair Lady* también —estoy de acuerdo.

—Me preguntaba de dónde lo sacaste. *La mejor de las mañanas* —agrega, con un fuerte acento marcado que me hace reír de una manera muy poco elegante.

—¿Qué haces, Tali, si no eres actriz? —Ella interrumpe con más fuerza. Su tono tiene un toque de burla, como si ya supiera que mi respuesta será *estrella porno* o “*estoy entre trabajos*”.

—Ah. —Realmente odio discutirlo, pero por el amor de Hayes, lo haré. Por su bien, diría que soy una astrofísica o una líder mundial si pudiera salirme con la mía—. De hecho, estoy trabajando en mi primera novela.

—Qué lindo —dice Ella—. Una aspirante a artista entre nosotros. —Lo dice como si fuera una niña, agitando un dibujo de figura de palo en el aire, y esta vez, es la mano de Hayes apretando la mía.

—De hecho, Tali recibió un gran adelanto por este libro cuando todavía estaba en la escuela de posgrado —dice, con una advertencia en su tono—. No hay nada de aspirante en eso. Si nos disculpan, le presentaré a la abuela.

Su brazo se envuelve alrededor de mi cintura, alejándome de ellos. Mi mano va a la parte baja de su espalda, y es completamente para el

beneficio de Ella que luego la dejo deslizarse tan bajo como razonablemente puede ir.

—Lo siento —dice en voz baja—. Sé que no querías hablar sobre el adelanto. Simplemente no podía soportar la forma en que ella estaba tratando de menospreciarte.

—Puedes decirles lo que quieras, verdadero o falso, si eso pone a esa perra en su lugar —respondo, con mi voz mezclada con veneno—. ¿Pero honestamente? Ella es una idiota total. No estoy segura de por qué te preocupas por ponerla celosa.

—No se trata de ponerla celosa —dice, abrazándome con más fuerza mientras comenzamos a bajar la colina. Estos zapatos no fueron hechos para caminar sobre la hierba (o caminar, punto) y él parece darse cuenta de ello—. ¿Tienes idea de lo miserable que es asistir a estas cosas por mi cuenta? Con cada invitado viéndome parado solo y pensando, 'Oh, pobre chico. ¿Él nunca la superó realmente? Ahora todos están pensando: 'Bien hecho, amigo. La superaste a lo grande, ¿no?'

Siento que me sonrojo, vergonzosamente complacida, mientras él tira de mí hacia una mujer mayor, inclinándose para besarla en la mejilla.

—Abuela —dice—, déjame presentarte a mi amiga Tali.

Ella me mira.

—Vaya, vaya, vaya —dice—. Esta es mucho más bonita que Ella, ¿no es así?

Hayes se ríe en voz baja, me sostiene una silla y se sienta al otro lado.

—Sí —susurra—, pero se supone que no debes decir eso en voz alta.

—Estoy vieja, puedo decir lo que quiera —responde—. ¿Y cómo te las arreglaste para encontrar esta hermosa ejemplar joven?

Le sonrío. *Esta no es una entrevista de Cosmo*, mi trasero. Dejaré que él resuelva esto por su cuenta.

—Se sentó en mi puerta y se negó a irse —dice—. Al final pensé que también podría dejarla entrar.

Ella golpea su brazo.

—No eres tan divertido como crees. La verdad ahora, por favor.

Los ojos de Hayes parpadean sobre mi rostro.

—Vi su foto en el escritorio de Jonathan y comencé a buscarla todo el tiempo, porque trabajaba en este bar por el que pasaba de camino a casa —dice. Extrañamente... no suena a mentira—. La vi leer mientras entraba, a pesar de que estaba lloviendo y pensé que era la cosa más hermosa que había visto en mi vida, así que la seguí.

Se detiene y mi corazón late con fuerza en el silencio resultante. Todo este tiempo, pensé que había terminado en Topside por accidente, pero tal vez no fue un accidente en absoluto. Porque estaba lloviendo la noche que nos conocimos y todavía puedo recordar el libro que estaba leyendo cuando entré. Tal vez él esté adornando esto por el bien de nuestra relación falsa... excepto que no se *siente* adornado.

Su abuela junta sus manos.

—¡Y han estado juntos desde entonces!

Su mirada se encuentra con la mía.

—No exactamente. Mi asistente se enteró y me suplicó que la dejara en paz porque había tenido un año difícil y yo no sería bueno para ella. —Hay una pequeña nota de amargura y arrepentimiento en su voz—. Pero finalmente funcionó.

Yo trago. Si todo esto es cierto, entonces Hayes, con su reputación de ser descuidado y egoísta, abandonó... por mí. ¿Es por eso que se sintió tan sorprendido cuando me presenté como reemplazo de

Jonathan?

—Me alegro —dice su abuela—. Te mereces una buena chica, cariño. Siempre pensé que podrías hacerlo mejor que Ella.

Por supuesto, nunca hubiera funcionado. Lo más probable es que me hubiera coqueteado y yo lo hubiera derribado de la manera más grosera posible. O se habría dado cuenta de que, en general, no soy del tipo de chica de una sola noche, pero el *y si* todavía está sonando en mi cerebro.

Hudson corre hacia la mesa y le agarra la mano.

—¡Hayes! —ella llora—. ¡Ven a montar en el elefante conmigo!

Él le sonrío.

—No estoy seguro de que pueda soportar ambos pesos. Te has vuelto bastante grande. —Hudson se ríe y él se deja llevar a la línea. Yo observo como este hermoso hombre se aleja sosteniendo la mano de su hermana, todavía completamente aturdida por su admisión.

—Él está de vuelta —dice su abuela, apartando mi atención de Hayes—. Me preocupaba que Ella hubiera arruinado su fe en las mujeres para siempre, pero él claramente te adora. Es un gran alivio.

Me retuerzo de incomodidad, incluso si lo estamos logrando mejor de lo que jamás soñé, todo es mentira. Y aunque no me importa mentirle a Ella y a su papá, no quiero mentirle a esta simpática anciana.

—Debes ignorar a Ella, lo que sea que ella diga. La mujer es un parásito —continúa su abuela—, del tipo que muta para atacar mejor a su anfitrión. Conoció a Michael y de repente se convirtió en la esposa de un productor. Cuando lo deje por otra persona, se convertirá en una ecuestre o una bailarina go-go o lo que sea que requiera su próxima víctima.

No debería estar fisgoneando, pero parece que no puedo evitarlo.

—¿Quién era ella con Hayes?

—Un poco como tú, con los pies en la tierra, abierta, pero no lo logró tan bien.

No estoy segura de si me está apaciguando. Solo sé que quiero que sea verdad, y sé que quiero evitar a Ella toda la tarde, si es posible, pero cuando ayudo a la abuela de Hayes a subir la colina y me detengo en el bar en mi camino de regreso, de repente aparece a mi lado. Dudo que sea por accidente.

—Todavía bebe esto, ¿verdad? —Ella pregunta, levantando el whisky que le pedí a Hayes y oliéndolo—. Deberías haberlo visto en Cambridge, ahogándose, tratando de impresionarme.

—Eso fue hace tanto tiempo —respondo, preparándome para marcharme—. Estoy bastante segura de que ahora no lo bebe para impresionar a nadie.

Su cabeza se inclina hacia un lado mientras me estudia.

—No está hecho para el compromiso, ya sabes.

Me pongo rígida. Una parte de mí asumió que ella debía arrepentirse de su decisión. ¿Cómo es posible que no te arrepientas de haber dejado a Hayes? Pero pensé que al menos sería sutil al respecto. En cambio, está tratando abiertamente de destruir lo que él ha encontrado a su paso.

—Es encantador, y obviamente está enamorado de ti. —Ella agita una mano como si todo esto no tuviera sentido—. No empieces a creer que va a durar. Una cosa sale mal en su vida y te verás excluida por completo.

No tengo idea de qué fue lo que salió mal, pero tampoco importa. Esta perra nunca fue la persona adecuada para él. Nunca.

—Tal vez simplemente no eras alguien a quien sentía que podía recurrir.

Sus ojos se entrecierran.

—Te estás engañando si crees que él te va a elegir.

Me río. Está celosa y es tan dolorosamente *obvia* al respecto.

—¿Qué es peor, Ella? ¿Saber que tomaste una mala decisión o saber que todas las personas aquí piensan que Hayes esquivó una bala cuando lo abandonaste?

Agarro el whisky de su mano y la dejo ahí de pie, con la cara enrojecida y los labios apretados, y regreso a la mesa, donde ahora espera Hayes.

Él se levanta, y como sé que Ella todavía está mirando, levanto la mano y hago un gesto de pasar mis dedos por su cabello. Sus ojos se vuelven encapuchados y salvajes mientras me observa, tragando mientras su mirada aterriza en mis labios.

—Estás extremadamente comprometida con este papel —dice con voz ronca, mientras sus manos, ya en mis caderas, se aprietan.

—Ella está mirando —le digo.

Se lleva la palma de mi mano a la boca y le da un suave beso antes de llevarme a la silla junto a la suya.

—Te dije que no estaba tratando de ponerla celosa.

—Sí, lo sé —digo—, pero yo sí porque ella apesta. No puedo imaginar por qué le propusiste matrimonio.

Se toca la mejilla con la lengua.

—En realidad, nunca le propuse matrimonio —admite a regañadientes—. Ella me llevó a una joyería un día y me dijo que era hora. Después de estar juntos tanto tiempo, parecía lo correcto. En retrospectiva, creo que esperaba que comprometernos me cambiara de una manera que no lo hizo: todo el asunto de hacer que la ame tanto como a mí mismo.

Su voz es plana y objetiva, como si hubiera aceptado su desagradable y amarga versión de lo que salió mal.

—Hayes, sueñas como si le creyeras, y no deberías.

Se encoge de hombros.

—Una parte de mí se sintió aliviada cuando se fue, lo que parece respaldar su punto.

Antes de que pueda discutir, aparece Hudson, rogándole que se suba al trampolín con ella. Su sonrisa hace que me duela el corazón. Su propio hijo con Ella podría haber tenido el mismo aspecto. Él también debe, ocasionalmente, pensar en ello.

Él se levanta.

—Vamos —dice, tendiéndome una mano.

—¿En serio no esperas que salte con este vestido?

Hay una sonrisa sucia en su rostro.

—Te estoy *ordenando* que saltes con ese vestido.

Debería ignorarlo, pero los sigo hasta el trampolín. Tengo que engancharme el vestido casi hasta la entrepierna para poder subir la escalera tras ellos.

—Mi plan está funcionando a las mil maravillas hasta ahora —dice, con su voz baja y sucia.

—Disfruta de la vista mientras puedas, muchacho. —Con una sonrisa, extiende su mano para ayudarme a mantener el equilibrio mientras subo.

Mi pie se hunde en el piso del trampolín y caigo hacia adelante, en su pecho.

Él me atrapa fácilmente. Me permito inhalar rápidamente: huele a jabón y aire limpio y a él, y quiero resoplarlo como si fuera pegamento. Me obligo a alejarme y comenzamos a saltar en círculo,

más y más alto.

En otra vida, él habría sido un buen padre y los niños le darían algo de ese significado que parece carecer. Tal vez se hubiera metido en un trabajo diferente, o al menos no hubiera permitido que el que tiene se hiciera cargo de su vida. Me pregunto si todavía es posible para él, de alguna manera.

Hudson se cae y yo tropiezo sin gracia en un esfuerzo por evitar aterrizar sobre ella. Todos terminamos de espaldas riendo y él la balancea en el aire por encima de nuestra cabeza. No creo haberlo visto nunca tan tranquilo como lo está ahora: sonriendo ampliamente, con su cuerpo suelto y relajado.

Cuando salimos del trampolín, él me levanta para que no tenga que bajar la escalera, con sus manos grandes que abarcan mi cintura mientras me baja ligeramente frente a él, deslizándose por su cuerpo mientras lo hace. El contacto no es obvio para los espectadores, pero nos hace respirar a los dos. Mis pies están en el suelo, pero sus manos se demoran, su mirada vaga sobre mi cara. Ya no se siente como si estuviera desempeñando un papel, y sé que yo no lo hago. Nada se siente más natural que mi mano en la suya, mi cabeza presionando su hombro y me pregunto si los dos nos estamos perdiendo un poco al interpretar este papel.

Entro a un baño que es más grande que mi apartamento, preguntándome cómo aguantaré para regresar a un mundo donde su mano no está en la parte baja de mi espalda o su brazo no está alrededor de mi cintura. Ojalá pudiera acumular todos estos momentos y saborearlos de alguna manera durante todo el año.

Al salir, me encuentro cara a cara con su padre. No creo que me estuviera esperando, pero su sincronización aquí es extraña y hay algo ansioso en sus ojos.

—Entonces, tú y mi hijo —dice, su voz un poco demasiado jovial.

Sonrío rígidamente, sin saber a dónde se dirige esto. Hayes parece haber perdonado a su padre, pero yo no. Porque ¿quién hace eso? Es

un hombre guapo y con mucho dinero. Fácilmente podría haber encontrado a una mujer que no fuera la prometida de su hijo.

—Sí —respondo.

—Me alegro de que finalmente haya encontrado a alguien —dice, y luego suspira—. Él y Ella... supongo que te lo dijo.

—Lo hizo —digo, con voz plana. Si busca una palmada en el hombro, espero que no contenga la respiración.

—Sabes, nunca habrían funcionado —dice—. Él necesita más que ella.

Mi cabeza se mueve bruscamente hacia arriba. *Qué mierda decir eso sobre tu propia esposa, incluso si es verdad.*

—No estoy diciendo que a Ella le falte algo —continúa—. Ella es perfecta para mí, pero Hayes... necesita un cohete, alguien tan fuerte como él, tan inteligente como él, un igual. Y lo admitiera o no, ella nunca lo fue.

Levanto la barbilla.

—Qué cosa tan *inusual* para decir sobre tu propia esposa.

Pasa una mano por su cabello. Es mucho más lindo cuando Hayes lo hace.

—Lo sé. Y posiblemente seas la única mujer en esta fiesta con las pelotas para decírmelo, así que ustedes podrían funcionar.

Si algo de esto fuera real, sospecho que... podría tener razón. Incluso en base a nuestra interacción limitada, sé que alguien como Ella nunca podría ser suficiente para Hayes, nunca podría desafiarlo y mantenerlo alerta de la forma en que yo lo haría. ¿Pero yo? Podría hacerlo feliz y me ocuparía de él. Por un breve momento, me asombra mi deseo de hacer exactamente eso.

Hayes entra por las puertas de cristal y se pone rígido al vernos, sus ojos se oscurecen.

—Solo le estaba diciendo a Tali que hacen una linda pareja —dice su padre, agitando el hielo en su vaso vacío—. Es perfecta para ti.

El brazo de Hayes envuelve mi cintura, apretándome contra su cuerpo.

—Me alegro de que lo apruebes, papá. —Su voz es seca como el Sahara y mira a su padre hacia abajo, como si este momento fuera algo más. Solo cuando su padre se aleja, me gira hacia él. Su mano se desliza hasta mi cadera, aunque somos los únicos aquí—. ¿Qué fue eso?

—Me pidió que tomara una copa con él más tarde esta noche, una vez que todos se hayan ido. —Espero lo suficiente para que su mandíbula caiga antes de reír—. Es una broma, me dijo que fue lo mejor que tú y Ella nunca funcionarían porque ella no es tu igual.

—Me estás cagando.

Niego con la cabeza. En retrospectiva, todo es bastante espantoso.

—No te sorprenderá saber que dejé en claro mi desaprobación.

Se ríe, luciendo más joven y libre de lo que ha parecido ni una sola vez, durante todo el tiempo que lo conozco.

—Por supuesto que sí. ¿Estás lista para irnos?

Asiento con la cabeza, aunque no estoy realmente preparada para que todo esto termine. Él toma mi mano y caminamos hacia afuera para despedirnos de todos. Ella nos abraza a los dos, apenas tocándome mientras se demora con Hayes, presionada contra él. Todo el mundo lo ve pasar, y estoy furiosa de nuevo con su padre. Qué situación tan horrible para poner a su hijo por el resto de su vida. No me importa si le hizo un favor a Hayes, es una basura de ser humano y tiene la esposa que se merece.



Me hundo en el asiento de cuero calentado por el sol de su BMW con un suspiro de alivio, dándome cuenta solo ahora de cuánto me duelen los pies.

—Si pasamos alguna hoguera en el camino de regreso a mi apartamento, detente para que pueda arrojar estos zapatos.

Me mira mientras esperamos a que se abran las puertas.

—Que te las arreglaras para usarlos todo el día fue más allá del llamado del deber.

—De verdad —estoy de acuerdo—. Y ahora que te he hecho un favor, necesito que hagas algo por mí.

Él sonrío.

—No estás en una posición de negociación ahora que terminó la tarde, pero continúa.

Me muerdo el labio.

—Tómame el próximo fin de semana libre. Nunca lo llené.

Hablamos de la idea hace semanas. Es *posible* que simplemente lo ignorara cuando dijo que no estaba interesado.

Sus fosas nasales se dilatan.

—Dime que estás bromeando.

—Vamos —lo engatuso—. ¿Qué son dos días?

Suspira profundamente.

—¿De verdad tengo que decirte cuánto dinero puedo ganar?

Lanzo mis manos.

—¡Piensa en cuánto tienes, Hayes! Por el amor de Dios, ¿por qué estás trabajando tan duro si ni siquiera puedes disfrutarlo?

Sube la música como si la conversación hubiera terminado.

—Completa los días.

—Estás asustado —le digo, bajando la música de nuevo—. Tienes miedo de lo que sucede cuando no hay nada que hacer. Llenas de trabajo cada momento libre. Esa no es forma de vivir.

—Me parece que estoy llenando un número cada vez mayor de momentos con estridentes regaños de mi asistente —responde—. No tengo miedo del tiempo libre, simplemente no lo necesito.

—Entonces Pruébalo —insisto—. Tómame dos días libres y demuéstreme que no tienes miedo. Encontré una casita que puedes alquilar, justo en la playa. Nada, toma una siesta y lee. ¿Que podría ser mejor?

—Sería mejor ganar diez mil dólares en un día —responde—. Lo que sucedería si no fueras tan reacia a hacer tu trabajo.

Esa es la última palabra que intercambiamos sobre el asunto hasta que se detiene frente a mi apartamento.

—Te acompañaré —dice.

Niego con la cabeza. Preferiría que no viera cómo vivo y lo lejos que están nuestros mundos.

—No, no lo hagas. Te remolcarán.

Nuestras miradas se encuentran y las mariposas vuelan en mi estómago. No he estado en esta situación a menudo en mi vida, pero sé lo que es: es cuando te das cuenta de que alguien te gusta, y es posible que a él también le gustes. Es el momento en que nos besaríamos, si las cosas fueran diferentes.

—Gracias por hacer esto —dice—. No creo que una sola persona pensara que era falso.

Es una apertura. *Tampoco me pareció falso*, se lo podía decir. Excepto que la sola idea de esa conversación convierte a esas mariposas en una bandada de pájaros, que se dispersan con el sonido de un disparo, con aleteo de alas y plumas sueltas.

—Seguramente se darán cuenta de que vas a ser un George Clooney y no te calmarás hasta los cincuenta. Soy demasiado mayor para ti.

—Cierto, la hija de Jonathan probablemente encaja mejor en cuanto a la edad —él responde.

Me río y luego se desvanece. En realidad, no lo veo siendo un George Clooney. Lo veo crecer un poco más solo cada año, y me queda tan poco tiempo para arreglarlo.

—¿Qué tengo que hacer para que te tomes el próximo fin de semana? —pregunto—. Trabajaré una semana gratis. Di tu precio.

Me mira y traga.

—Okey —dice—. Ven conmigo.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿Qué?

—No temas, no te voy a proponer matrimonio. —Se recuesta en su asiento—. Pero sería divertido tenerte ahí, y quiero que alguien se encargue del trabajo duro.

—¿Qué trabajo duro? —pregunto—. Son unas *vacaciones*.

—Necesito que alguien haga todas las cosas que no quiero hacer. Como ir a Starbucks por la mañana y hacer la compra.

Arrugo la frente. No es que me importe ir; vendería mi hígado por hacerlo, por imprudente que sea, y el libro está atascado de nuevo, así que me vendría bien un descanso, pero no es lo que tenía en mente

para él.

—Hayes, creo que tal vez... tal vez lo que te estás perdiendo en la vida son las cosas malas. Tal vez lo que necesitas es que yo no lo amortigüe todo para ti.

—Esto suena como una excusa elaborada para hacer que me cuide a mí mismo, algo que no me interesa en lo más mínimo.

Mi sonrisa es débil. Supongo que le estoy pidiendo que se cuide a sí mismo y es algo en lo que tengo que pensar un momento antes de poder explicárselo.

—No lo es —digo finalmente—. Pero aquí está el asunto: a mí tampoco me gusta ir a Starbucks, pero cuando salgo y el sol calienta mi piel y tomo ese primer sorbo de mi café con leche, justo antes de escupir en el tuyo, de repente siento como si el mundo fuera un lugar decente. No lo entiendes. O cualquiera de los otros momentos como ese, entonces buscas tu felicidad en cosas que hacen más daño que bien.

Sus ojos se oscurecen.

—Tanto juicio en un paquete tan pequeño.

—No te estoy juzgando. ¿Cómo podría? Estoy endeudada hasta los ojos, estoy a punto de quedarme desempleada, y mi ex ahora está salpicado por todo Internet con una chica que es mucho más guapa que yo. Si viera una solución fácil para algo de eso, la tomaría, y si tu vida te hiciera feliz, estaría totalmente de acuerdo. Simplemente no lo parece.

—Ella *no* es más guapa que tú.

Me río. No puedo creer que de todo lo que dije, *esa* es la parte que escuchó.

—Aun así quiero que vengas —dice—. Iré a Starbucks contigo. Muéstrame cómo sería esta vida normal y feliz si tuvieras un fin de semana libre y no trabajaras para mí.

Una vida normal y feliz con él si no fuera mi jefe. Es el tipo de cosas que ni siquiera me permito imaginar, y ahora quiere que lo represente con él.

Él levanta una ceja.

—Oh, mira lo reacia que estás ahora que tienes que ir. Ya no es tan divertido, ¿verdad?

Pero lo entendió todo mal.

No me preocupa mostrarle cómo sería nuestra vida juntos... me preocupa mostrármelo a mí misma.

Capítulo 27

Salimos el viernes hacia Laguna Beach, aproximadamente una hora al sur de Los Ángeles. Por mucho que me gustaría contemplar la vista, con la ciudad dando paso al océano, la arena y los acantilados distantes, me giro hacia él, con las rodillas presionadas contra la consola.

Apenas hemos salido de la ciudad y ya puedo ver cómo parte de esa tensión del trabajo se está disipando. Sus hombros están relajados, su boca es suave.

Tiene el perfil más glorioso, una nariz que de alguna manera es infinitamente masculina y elegante al mismo tiempo. Qué lástima que no tenga planes de transmitir esos genes a otra generación. Él me mira y me pregunto si mi mirada lo pone nervioso, pero no me importa lo suficiente como para dejar de hacerlo.

—No has mencionado a tu hermana en un tiempo —dice—. ¿Está mejor?

Mi estómago se aprieta. En este momento, quiero imaginar cómo serían sus hijos y fingir que nunca tendré que dejarlo. No quiero pensar en mi familia.

—Sí. Sale en agosto.

—¿Y tu madre? ¿No va a ser un problema? —pregunta.

Mi madre no ha respondido al mensaje de texto que le envié hace una semana, ni a los más exigentes que le he enviado desde entonces. Sé lo que significa y sé que debería decirle la verdad, pero mi amistad con Hayes es como una flor que acaba de comenzar a florecer y la verdad será un duro congelamiento, lo que lo impulsará a cortar por lo sano y retroceder. Y no estoy lista para que él retroceda todavía.

—Se arreglará solo —respondo.

Miro por la ventana al sol brillando en el interminable azul del Pacífico. Sí, se solucionará solo, pero solo con mi ayuda. Solo con mi salario pagando la hipoteca y yo ahí para cuidar de Charlotte y alguna concesión hecha por Liddie debido a mi insistencia, Liddie quien ya no me habla de intentos de embarazo ni de nada más. Y valdría la pena si solo las cuatro saliéramos bien de esto. Me siento cada vez más segura de que no lo haremos. Yo, en particular.

—¿Has estado en Laguna Beach antes? —pregunto. Es necesario un cambio de tema. De lo contrario, Hayes me sacará toda la espantosa verdad.

Él niega con la cabeza.

—No. ¿Tú?

—Matt y yo teníamos el objetivo de visitar todas las playas de California algún día. Pasamos, pero no recuerdo si nos detuvimos.

Sus labios se curvan ante la mención de mi ex.

—Entonces me estás diciendo que tuviste sexo en la mayoría de las playas de California.

Una risa de sorpresa burbujea desde mi garganta.

—Dios, no.

—¿Por qué no? Yo lo habría intentado si fuera él.

Por supuesto que lo harías. Aprieto mis muslos y trato de no imaginarme el sexo en la playa con Hayes. Sexo en todas las playas del estado con Hayes.

—Él nunca hubiera... olvídalo.

—Oh, no—dice—. No puedes comenzar una oración así y no terminarla. ¿Nunca hubiera qué?

—Nunca hubiéramos hecho del sexo el centro de un viaje. Estaría de

mal humor durante los días siguientes si lo hiciéramos. —Un rubor trepa por mi cuello—. Él siempre... terminaba rápido y eso hacía que las cosas, mmm, fueran decepcionantes.

Miro por la ventana de nuevo, esperando que hayamos terminado con este tema. Sí, el sexo con Matt era decepcionante más a menudo de lo que no lo era, pero eso no importaba tanto. Teníamos otras cosas: amistad e historia, un lenguaje común. Si sospechaba que estaba renunciando a algunas cosas, no me molestaron en ese momento.

—No entiendo por qué te quedaste con él —dice, repentinamente irritado—. ¿Es realmente tan atractivo?

—Era más que su apariencia. Es un tipo realmente bueno la mayor parte del tiempo y es amable con todos, sin importar dónde se encuentren en la escala social. Hizo algo malo, pero nadie es perfecto.

Los labios de Hayes se aprietan.

—Suenas como si lo hubieras perdonado.

—Estoy llegando a eso, o al menos lo estoy intentando. Guardar rencor requiere demasiada energía.

Es una respuesta muy madura. No estoy segura de por qué Hayes parece tan descontento con eso.



Son poco más de las seis, el cielo pinta una sinfonía de rosa y oro apagados y azul oscuro, cuando llegamos al bungalow en Laguna.

Estoy tan enamorada desde el momento en que entramos que quiero girar en mi lugar, como si fuera una princesa de Disney extasiada cantando con criaturas del bosque.

El techo es de madera de nogal cruzado con vigas a la vista. La

pared trasera es de vidrio, con nada más que agua hasta donde alcanza la vista. Tiene una encantadora cocina blanca y una terraza gloriosa con bañera de hidromasaje. Ni siquiera podría haber soñado algo tan perfecto.

Su sonrisa es suave.

—Nunca te había visto tan asombrada de un lugar.

—¿Te imaginas vivir así? ¿Despertarte aquí todos los malditos días? —Paso una mano amorosamente sobre la encimera de mármol—. Olvídate de tu colchón. En vez de eso, me caso con esta casa.

Hay dos dormitorios principales casi idénticos con ventanas de pared a techo y madera blanqueada. Tomo el de la izquierda y miro la enorme cama, cubierta con un edredón y almohadas acolchadas. Es difícil no imaginarse un viaje romántico aquí con una cama como esa. Pero no con Matt, ni siquiera con Sam. No con alguien suave y seguro, sino con alguien cuyas fosas nasales se ensanchan cuando estoy debajo de él, como un animal a punto de devorar una presa. Alguien que me inmovilizaría durante horas, días, semanas...

—Estás mirando esa cama como si te hubiera hecho algo —dice Hayes, detrás de mí.

Lo miro hacia atrás. Está apoyado contra el marco de la puerta con los brazos cruzados, es todo belleza de mandíbulas cuadradas y bíceps abultados, irradiando dominio.

Sus fosas nasales se ensanchaban. Apuesto a que usaría sus dientes.

Mis rodillas se tambalean por lo mucho que me gustaría ver eso por mí misma, tengo que sacarlo de esta habitación antes de hacer algo loco.

—Tenemos que ir a la tienda. —Mi voz es entrecortada e insegura.

—Eso no suena relajante en absoluto. Eres terrible en esto.

—Vamos —le digo, agarrando mi bolso y pasando a su lado hacia la

puerta—. Será divertido.

Digo esto, sabiendo que no hay nada divertido en ir al supermercado. Y Hayes está enfadado la mayor parte del camino, conduciendo mientras yo navego, pero cuando entramos, golpeados por una ráfaga de aire frío y el olor a productos horneados, su rostro se ilumina como el de un niño y se dirige directamente a la exhibición de tartas en el frente.

—Creo que necesitamos algunas, ¿no? —me pregunta.

—¿Tartas?

Ya tiene dos en la mano.

—Es una combinación de fruta y corteza. Muy rico.

Lucho por no sonreír. He visto el entusiasmo de Hayes por el whisky de triple maduración. No puedo creer que esté tan emocionado con los postres de mierda comprados en la tienda.

—Sé lo que es la tarta, pero no estoy segura de por qué vas a comprar dos. Ni siquiera estaremos aquí cuarenta y ocho horas.

Levanta un hombro.

—Puedo comer mucho pastel en cuarenta y ocho horas.

En diez minutos, nuestro carrito también contiene refrescos con sabor a canela, Oreos con sabor a plátano y papas fritas con trufa. Se siente como si fuéramos una pareja real, aunque bien encaminados hacia la resistencia a la insulina. Quiero apoyarme en la experiencia tanto como quiero alejarme de ella.

—No tenía ni idea de que existieran —dice, arrojando Pop-Tarts de miel en el carrito—. ¿Tú sí?

—Han pasado varios años desde que examiné cuidadosamente la sección de *Pop-Tarts* de una tienda.

—Y mira estos —dice, sosteniendo algo que dice ser un desayuno

saludable que se parece mucho a una barra de Snickers—. Quizás la vida normal no sea tan mala.

—La gente normal probablemente no sale de una tienda con diecisiete cajas de Pop-Tarts —respondo, empujando nuestro carrito hacia la caja registradora.

La chica de la caja mira a Hayes, luego me da una mirada que dice *no dejes ir a este, amiga*. Me llena de un orgullo inmerecido y tengo que controlarme.

Recordar que no es real es vital.



Hacemos la cena juntos cuando volvemos. Nunca lo había imaginado como el papá que trabaja en la parrilla y ayuda con los platos. Era más seguro verlo como el tipo de persona que no ofrece el tipo de vida que quiero, y no lo hace, pero cada vez es más difícil de recordar. La felicidad doméstica es algo natural para él... y parece hacerlo feliz.

Comemos en la terraza en un diván doble, con nuestros platos descansando en nuestro regazo. A mi derecha, una botella de vino se encuentra en una pequeña mesa redonda con dos copas. Una ligera brisa sopla mientras las olas golpean la costa y el cielo cambia de violeta brumoso a azul tinta. Mucho después de que termina la cena, los dos permanecemos donde estamos. *Esto* es lo que él debería hacer todas las noches. ¿Cómo habría sido su vida si Ella no se hubiera ido? ¿Estaría metiendo a un niño en la cama ahora mismo? ¿Habría salido todo mal de todos modos, o realmente solo dependía de ese único evento, el que lo hizo cuestionar su carrera y alejarse de ella?

Me muerdo el labio.

—¿Puedo preguntarte algo? —Espero su cabeceo cauteloso antes de continuar—. Ella dijo algo el otro día... sobre cómo una cosa saldría mal y tú me dejarías fuera. ¿Qué sucedió? ¿Entre ustedes dos, quiero decir?

Mira fijamente al océano, luciendo tan cansado y triste que desearía no haber preguntado.

—Tuve un paciente. Dylan. Tenía trece años. Tenía una anomalía congénita que hizo que su mandíbula inferior estuviera muy asimétrica —comienza.

Toma el vino y vuelve a llenar mi copa y luego la suya.

—Había pasado toda su vida siendo acosado y ridiculizado, y este cirujano oral y yo pensamos que íbamos a llegar y arreglar todo. —Me muestra su sonrisa característica, solo que esta vez, solo veo dolor en ella y odio a sí mismo.

—Supongo... ¿qué no funcionó? —Tomo mi copa y tomo un sorbo, simplemente para darle espacio para responder. Mi corazón está en mi garganta mientras espero. Él traga.

—No —dice—. Él murió. No en la cirugía, sino más tarde esa noche después de que me fui. Su vía respiratoria colapsó.

Mi pecho se aprieta cuando un nudo comienza a formarse en mi garganta. Miro hacia otro lado por un momento, parpadeando para contener las lágrimas.

—¿Las vías respiratorias fueron incluso parte de la cirugía? —pregunto, con voz apagada, un poco ronca.

—No importa. Era mi paciente y le dije que estaría bien. Estaba tan jodidamente seguro de mí mismo. —Se estremece, como si acabara de suceder, la mano más cercana a mí se encrespa en un puño.

Incluso si nunca lo hubiera pedido, necesita algo ahora mismo. Necesita que le recuerden que no está solo, que no todo el mundo lo odia como él parece odiarse a sí mismo. Me acerco más, hasta que mi

brazo presiona el suyo, y apoyo mi cabeza en su hombro. Su puño cerrado se relaja.

—¿Y te fuiste?

—Aguanté unos meses más, completé un entrenamiento en la Clínica Cleveland como estaba planeado. Luego Ella se fue y yo solo... me fui, fue lo mejor. Gano diez veces más de lo que ganaría en pediatría.

Odio a Ella más que nunca ahora. ¿Cómo pudo ella haberle hecho eso? ¿Realmente no entendía lo culpable que él debió haberse sentido? Todo lo que tenía que hacer era ser paciente, y ni siquiera podía darle eso.

Para mí tiene sentido que él eligiera un camino menos doloroso, lo que no entiendo es por qué fue tan lejos en la otra dirección.

—Si no quieres que Ella regrese, ¿realmente importa tanto el dinero?
—pregunto suavemente.

Me mira y se aleja.

—Supongo que no, pero tenía un futuro por delante, y de repente se fue... necesitaba un nuevo objetivo.

Excepto que eligió un objetivo que nunca lo hará feliz. Me pregunto si se da cuenta. Me pregunto si alguna vez se le ocurrió que podría tener una vida como esta con alguien: con olas rompiendo en la oscuridad a unos metros de distancia, una mujer con la que compartir cosas, una que quiera darle todo.

Nuestras pantorrillas desnudas se rozan entre sí, de suave a menos suave. Me imagino deslizando mis piernas sobre las suyas, mirándolo para medir su reacción. ¿Su mano aterrizaría en mi cadera para llevarme a su regazo? ¿Me haría rodar debajo de él, con su peso presionándome con fuerza contra el asiento?

¿Arruinaríamos todo?

Dejo mi vino en la mesa y me pongo de pie.

—Debería irme a la cama. Es un gran día mañana.

Sus ojos viajan sobre mí durante un largo momento, subiendo desde las caderas hasta los senos y posándose, finalmente, en mi boca.

—Ah, sí, la fila en Starbucks. Puedo ver cómo querrías descansar para eso.

Me apresuro a regresar a mi habitación, segura de que he evitado por poco cometer el peor error de mi vida, pero luego me quedo despierta, retorciéndome en las sábanas, deseando que, solo una vez, pueda dejar de ser tan jodidamente responsable.

Capítulo 28

La luz se filtra por las ventanas cuando me despierto. Me aparto el pelo de la cara y ruedo para mirar el reloj de la mesita de noche.

8:32.

Es un puñetazo en el estómago, recordar. Hace un año, casi a esta hora, mi padre estaba en el auto con Charlotte de camino a comprar donas. Fue idea de él, por supuesto, usaría cualquier excusa para tener en sus manos comida chatarra, pero dijo que era para que Charlotte practicara más al volante.

Me imagino su ataque al corazón desde el punto de vista de ella una y otra vez: presa del pánico y sin experiencia, sin idea de cómo ayudarlo e incapaz de encontrar un lugar para detenerse. Ella no ha estado detrás del volante desde entonces.

Supongo que llegará un momento en que podré pensar en mi padre sin imaginar sus últimos momentos. Cuando pueda recordarlo y sentirme feliz en lugar de perdida, pero probablemente esté muy lejos.

Dejo escapar una sola respiración lenta, esperando que el dolor disminuya y luego me quito las sábanas y me obligo a seguir adelante con mi día. Me baño rápidamente antes de ponerme una camiseta y pantalones cortos y lavarme los dientes. Mi cabello sigue rebelde y me niego a hacer nada al respecto... después de todo, estoy de vacaciones. Además, sospecho en secreto que Hayes es del tipo al que le gustan las cosas un poco indomables.

—¡Levántate y brilla, calabaza! —grito mientras me aventuro en la sala de estar—. ¡Es hora de Starbucks!

Él se pasea en pantalones cortos y una camiseta, con el pelo revuelto y profundamente necesitado de un afeitado, con los ojos dulcemente adormilados. Bosteza, estira los brazos por encima de la cabeza y me

imagino despertarme con él tal como se ve ahora, aunque en mi imaginación tanto los pantalones cortos como la camiseta están completamente ausentes.

Excelente. Ni siquiera son las nueve de la mañana y ya necesito otra ducha, lo más fría posible, esta vez.

—Esperaba que me sorprendieras yendo por el café antes de que despertara—dice, tomando asiento en la encimera—. Realmente espero que Starbucks no sea todo en nuestros planes de hoy.

Pongo los ojos en blanco.

—Sabes que se supone que este es mi fin de semana libre. Tal vez pensé que te divertirías.

—Hice eso anoche en la ducha, ahora quiero que me entretengas.

Me río de mala gana, pero no antes de imaginarlo con todos sus detalles duros, húmedos y jabonosos.

¡Wow! Tranquilo, cerebro.

Hayes masturbándose en la ducha no es donde necesito enfocar mis pensamientos hoy.

—Okey. Vamos a surfear. Sé que dirás que no estás interesado, pero Matt y yo lo hicimos varias veces y creo que te gustará.

—Supongo que Matt era extremadamente bueno surfeando —dice, curvándose los labios.

—Era bueno en todo —respondo mientras me dirijo a la puerta. Excepto que ya no se siente cierto. Lo digo sobre todo para molestar a Hayes... y lo hace.

—Puedo pensar en una o dos cosas en las que no era tan bueno —murmura Hayes detrás de mí.

En Starbucks, la fila tarda más de lo debido, gracias a que una mujer se tomó noventa minutos para elegir un pastel.

Tomamos nuestras bebidas y él mezcla su propio azúcar como un niño grande.

—Entonces —dice, mirando hacia la puerta—, estamos a punto de experimentar la magia de caminar afuera. ¿Se sentirá como una paz interior absoluta o más como un orgasmo que dura y dura?

Mis hombros se hundien. Tenía la esperanza de hacer ver a Hayes el valor del tiempo libre, pero ¿cómo puedo hacerlo cuando él está empeñado en demostrar que estoy equivocada?

—Sabía que serías un idiota al respecto.

Salgo sin él y vuelvo la cara hacia el sol. El aire huele a matorrales de roble y prímula, el clima es perfecto y tengo un día de playa por delante. Tendrá que ser suficiente, tanto si Hayes se queja todo el tiempo como si no.

Se acerca a mí y su brazo roza el mío.

—Me estoy divirtiendo, Tali —dice en voz baja—. Por alguna razón, quejarme contigo sobre cosas que en realidad no me molestan es lo que más me gusta hacer.

No es una disculpa, pero está lo suficientemente cerca y algo dentro de mí se calienta un poco.

—¿Mejor que follar con tres chicas a la vez? —Le doy un codazo con el hombro.

Mira a su alrededor.

—¿Es esa una opción en este momento? ¿Eso es lo que quisiste decir cuando dijiste que iríamos a surfear? Porque si es así, yo voy cien por ciento.

—Lamentablemente, no —respondo.

—¡Lástima! —dice—. Pero sí, esto también será divertido.



Arreglé para que el instructor de surf se reúna con nosotros frente a la propiedad a las diez. Me pongo el bikini, agarro protector solar y camino hacia la terraza donde Hayes ya está esperando.

Sus ojos vagan sobre mí, de cara a pecho a piernas, de vuelta al pecho donde permanecen. Mi cuerpo reacciona a su obvia aprobación: hay un hormigueo en la piel, y endurecimiento de los pezones debajo de la parte superior de mi bikini. Intento no retorcerme y dejarle ver cómo me afecta su atención. Él se da la vuelta y lo veo ajustarse los pantalones cortos. Me gusta que le afecte también.

—Me imaginé que eras el tipo de chica deportiva con shorts de baño y camiseta sin mangas —dice.

—El instructor de surf nos traerá trajes de neopreno. Salvo por eso, estarías en lo correcto.

Se vuelve y sus ojos se fijan en mí de nuevo, y se demoran.

—Probablemente sea lo mejor. Esa parte superior parece que una ligera brisa podría hacerla volar.

Bajamos un tramo de escaleras hasta la playa, donde espera Gus, nuestro joven instructor de pelo desgreñado. Luchamos por ponernos los trajes de neopreno y luego nos hace practicar en la tabla hasta que nos considere listos para remar.

Él asiente con la cabeza hacia las olas y lidera el camino, pero Hayes vacila, mirándome en el agua.

—¿Estás segura de que estarás bien? Esas no parecen olas del tamaño de un pigmeo.

Lucho contra una sonrisa afectuosa mientras asiento. En todas las

relaciones importantes que he tenido, con Matt y con mi familia, he sido la roca, la que se preocupa. Es un papel que creo que Hayes se negaría a dejarme interpretar, y hay una parte de mí que está tan, tan cansada de interpretarlo, que deseo mucho poder apoyarme en alguien como mi familia se apoya en mí.

Tomo algunas olas mientras Gus ayuda a Hayes. Después de varias salidas en falso, Hayes logra mantenerse erguido durante diez segundos sólidos. En una hora, él lo hace mejor que yo.

Estamos sentados a horcajadas sobre nuestras tablas y mirando al horizonte, esperando el próximo set, cuando Gus apunta delante de nosotros.

—Ballenas —dice, y emergen a menos de diez metros de donde nos sentamos. De la nada, el dolor llega. Fue un sueño de mi padre, hacer un tour de avistamiento de ballenas y por un momento me permito pensar en él aquí conmigo con el sol sobre sus hombros, el agua lamiendo sus piernas y una gran sonrisa en su rostro mientras disfruta de la maravilla de todo. Aprieto mis labios y trago saliva mientras un dolor agudo atraviesa mi corazón.

Hayes no dice nada, pero extiende la mano y tira de mi tabla de surf para que estemos uno al lado del otro, con las rodillas chocando mientras pasan.

—¿Estás feliz? —pregunto en voz baja.

Su mano descansa sobre mi rodilla, haciendo pequeños círculos con su pulgar.

—Mucho —dice—. Deberíamos hacer esto de nuevo.

Lo miro y su boca se levanta con un hoyuelo parpadeando a la vida. Es un momento perfecto al final de un año muy imperfecto. No estoy segura de que mi padre aprobaría a Hayes, pero si está mirando, probablemente esté sonriendo a pesar de sí mismo.



—Vas a arruinar tu apetito —dice Hayes con un suspiro, mirando la gran rebanada de tarta de manzana que me he cortado. Está estirado en la tumbona, con un bronceado infame mientras yo me apliqué SPF 50 cada hora esta tarde para evitar quemarme, y soy juzgada terriblemente por un tipo que compró su peso en productos horneados anoche.

—¿Arruinar mi apetito para *qué*? —yo respondo—. Supongo que vamos a cenar Pop-Tarts. Al menos esto tiene frutas.

Me arrebató el tenedor de la mano y se metió el contenido en la boca.

—Iremos a cenar en una hora calle abajo, y el lugar es agradable —sus ojos recorren mi estómago desnudo, deteniéndose en el lazo lateral de la parte inferior de mi bikini por un momento—, así que quizás quieras estar un poco menos desnuda de lo que estás.

Nos hizo una reservación. Pongo la tarta en su regazo y me pongo de pie de un salto. No tengo idea de por qué, mientras me apresuro a entrar para ducharme, sonrío tanto como lo hago.

Me tomo mi tiempo para prepararme antes de ponerme un vestido blanco sin tirantes. Me froto los labios con un bálsamo teñido de rosa y me miro bien en el espejo. La chica que me devuelve la sonrisa, la que tiene los ojos brillantes y las mejillas calentadas por el sol, parece estar en la cúspide de algo grande y emocionante. Trato de recordarle que no lo está, pero es difícil no sentir que esta es una cita cuando salgo y encuentro a Hayes esperando en la sala de estar, con sus ojos consumiéndome mientras me acerco.

Sus dientes se hunden en su labio y siento una punzada de deseo tan aguda que casi me tropiezo.

No es una cita, pero si lo fuera, me acercaría y le susurraría al oído, sugiriendo que cancelemos la cena por completo. Luego presionaría mis labios contra su mandíbula solo para sentir esa sombra de barba suya contra mi piel. Terminaría de desabrochar la camisa que lleva puesta, recorriendo mis manos por su pecho, dejando que mis dedos trazaran todas las duras colinas y valles de su estómago antes de que cayeran más abajo... hasta su cinturón, que soltaría tan rápido que mi velocidad nos sorprendería a los dos.

Pero, por supuesto, esta no es una cita en absoluto.

—Vamos —le digo—. Ya que alguien se comió toda la tarta.

Su boca se desliza en una sonrisa.

—Creo que ese alguien eres tú.

—Solo estoy señalando que la tarta ya no es una opción —digo, con los labios crispados—. Lamento que sientas la necesidad de culparme.

Caminamos dos cuadras hasta el restaurante, que está frente al mar y es increíblemente caro. Él pide una botella de vino que vale más que mi auto, aunque no es que eso diga mucho, y sabe a felicidad en forma líquida.

La cena se sirve mientras vemos el sol oscurecerse y luego se pone en una explosión de rojos y naranjas ardientes. Él come de mi plato y yo como del suyo. *No es una cita, me recuerdo. Definitivamente no es una cita.*

—Qué día tan maravilloso —digo, haciendo girar la pasta alrededor de mi tenedor—. No puedo recordar la última vez que me sentí tan relajada.

Ojalá nos quedáramos más tiempo. O nunca planear irnos en absoluto.

Él se reclina en su asiento, sosteniendo su copa de vino contra su pecho.

—¿Fue mejor un día conmigo que un día con Matt?

Es tan extraño lo competitivo que es con alguien con quien no está compitiendo.

—Cualquier cosa contigo es mejor que con Matt. —Mi respuesta es instantánea, cuando me estiro sobre la mesa para tomar otro bocado de su risotto—. No te sientas demasiado halagado. Finalmente me di cuenta de que no era tan bueno.

—Yo podría habértelo dicho a los treinta segundos de conocerlo. Los hombres como él quieren ser el centro del universo de alguien y mirar hacia otro lado en el momento en que no lo son.

Me inclino hacia él.

—Sales con todas estas chicas que actúan como si fueras un superhéroe. ¿Es eso tan diferente?

—Salgo con mujeres que no esperan nada, y lo demás... viene con el territorio. En realidad, no crees que eso es lo que quiero.

No es una pregunta, sino una declaración. Y tiene razón. No creo que le guste la forma en que las mujeres lo tratan. Simplemente elige mujeres que entienden lo que está dispuesto a ofrecerles y que, sospecho, tampoco harán que él quiera más.

Eso nunca lo hará feliz.

Pero yo podría, susurra una voz.

Qué pensamiento tan ridículo y peligroso para contemplar.

Un mesero recoge nuestros platos, pero tomamos lo último del vino, ninguno de los dos tiene prisa por irnos. Se siente como si fuera mío: el placer de sus palabras y su sonrisa y su mirada. Intento ignorar la parte de mí que, cada vez más, quiere más. Quiere sentir la presión áspera de su piel, su peso sobre mí y escuchar los sonidos que hace cuando pierde el control.

A la adorable pareja de ancianos de la mesa de enfrente le sirven

una botella grande de champán con hielo y luego se levantan y la llevan a nuestra mesa.

—Estamos celebrando nuestro aniversario, pero no podemos beber esto solos —dice el hombre—. ¿Les importa si nos unimos a ustedes? Mi esposa sigue hablando de lo mucho que le recuerdan a nosotros cuando éramos más jóvenes.

Hayes y yo compartimos una mirada; parece tan reacio como yo a renunciar a un minuto de nuestro tiempo a solas, pero sería casi descortés no estar de acuerdo.

—Por supuesto —responde Hayes, con una sonrisa forzada.

Ellos se presentan, y luego Jacob, el esposo, llama a la mesera para que le lleve unas copas mientras Hayes le pregunta a Barb, la esposa, cuánto tiempo han estado casados.

—Cincuenta años —responde Jacob por ella. Mira nuestras manos—. ¿Qué hay de ustedes dos? No veo ningún anillo.

—Oh —digo, sorprendida—. Nosotros no...

—Tali es mi asistente —dice Hayes con suavidad. ¿Por qué suena como si estuviéramos mintiendo? Probablemente porque no tienes una cena romántica frente al mar un sábado por la noche con tu asistente.

—Sé lo que parece, pero ninguno de los dos estamos casados ni nada —agrego apresuradamente—. Pensé que él necesitaba un descanso del trabajo, así que arreglé esto y él no sabe cómo conseguir sus propios alimentos o café, así que me hizo venir con él. —Mis palabras salen apresuradas y nerviosas.

Todavía suena como si estuviéramos mintiendo.

—¿Prefieres tragarte diez arañas grandes o dormir en una cama de ratas? —Jacob pregunta de repente, llenando nuestras copas.

Nos miramos el uno al otro.

—Arañas —respondemos ambos simultáneamente.

—Está bien, solo puedes llevar a una persona contigo a una isla deshabitada y no tienes forma de irte. ¿A quién llevas? —pregunta.

Mis ojos parpadean hacia Hayes, que ya me está mirando.

—Tendría que llevar a Tali, obviamente —dice—. No puedo preparar mi batido matutino yo solo.

Me río. Solo en la isla deshabitada de Hayes habría electricidad y un Vitamix.

—¿Tali? —pregunta Barb.

Le sonrío a mi jefe.

—Esa es una pregunta muy difícil. Tendría que pensarlo un poco.

—Sabes que me elegirías —argumenta Hayes—. ¿Quién podría ser más divertido?

Me encojo de hombros.

—Mi sobrina es muy divertida.

—¿Elegirías a sabiendas hacer sufrir a una niña pequeña en una isla deshabitada únicamente para tu diversión? —él me regaña—. ¿Sin acceso a la atención médica? ¿Un suministro de alimentos incierto? Y me llamas narcisista. —Sus ojos brillan divertidos.

—Solo a tus espaldas. Y tenía la impresión de que esta isla de alguna manera tendría una gran cantidad de verduras orgánicas y Vitamix, pero tienes razón, estoy más dispuesta a hacerte sufrir.

Ambos nos reímos, y solo entonces veo a Barb y Jacob mirándonos de nuevo, preguntándose cuál es nuestro trato.

—Bueno, si ambos están solteros, ¿por qué diablos no están juntos? —pregunta Barb—. Serían una pareja muy linda.

Me siento tan incómoda como una niña de doce años sentada junto

al niño que le gusta. No podría mirar a Hayes ahora mismo si mi vida dependiera de ello.

—Tali no confía en los hombres —dice Hayes—. Y yo soy totalmente indigno de confianza. Eso prácticamente lo resume todo.

Hay algo en su voz que atrae mi mirada hacia él, y por un solo momento veo hambre en su rostro, cruda y desesperada. Como si solo la presencia de otros le impidiera subirme la falda y tomarme aquí mismo en esta mesa.

Yo lo dejaría.

Jacob comienza a hablar de lo pobres que eran cuando se casaron: de todo el atún enlatado y las papas que comieron, la puerta del auto atada con una cuerda. Apenas escucho, en vez de eso observo a Hayes. Si fuera mío, no recordaría nada de atún, papas o cómo cerramos la puerta de un auto. Solo recordaría haberlo querido cada vez más cerca, hasta que no pudiera decir dónde comenzaba él y yo terminaba. Me moriría de asfixia tratando de obtener más y más de su piel gloriosamente suave.

Todavía estoy fantaseando cuando Barb tose cortésmente y le dice a su esposo que es hora de que se vayan. Me pregunto qué tan obvios fueron mis pensamientos.

Nos ponemos de pie y Barb me abraza.

—Incluso si no confías en los hombres —me susurra—, a este hay que conservarlo.

Obviamente, no sabe mucho sobre el enfoque descuidado de Hayes hacia las mujeres. Pero, de nuevo, mientras está ahí mirándome con esa mirada en sus ojos, tampoco me parece tan descuidado.



Volvemos a nuestra casa rentada y nos sentamos en el diván doble, donde hay silencio excepto por las olas rompiendo y el incesante grito de los grillos. Nuestra noche aquí está terminando y nos vamos por la mañana. Quiero clavar mis talones y negarme a marcharme.

—En un mundo perfecto, me quedaría en esta casa y nunca me iría —le digo.

Veo un destello de su hoyuelo.

—¿Estaría yo aquí contigo? Antes de responder, permíteme recordarte que soy bueno comprando tartas.

—Mmmm, es cierto —estoy de acuerdo—. Y Pop-Tarts. Supongo que tendrías que quedarte.

Hay silencio. Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. Por mucho que me guste esta casa, es Hayes quien me ha hecho feliz aquí. Si tuviera que crear un perfil de Tinder ahora, lo buscaría... a él. Con ojos traviosos, la voluntad de decir siempre lo más grosero posible, una boca que se contrae cuando intenta no sonreír. Alguien que sostiene mi puerta sin pensar, pero que está feliz de darme un portazo en la cara si eso me hace reír.

Solo nos quedan dos semanas antes de que Jonathan regrese a tiempo completo. Me pregunto si le molesta en absoluto. Me pregunto si pensar en eso hace que su corazón se apriete como lo hace el mío, si a veces le duele respirar cuando lo considera. Dudoso, cuando ni siquiera sabe que me voy para siempre. Nunca me preguntó a dónde iré cuando Jonathan regrese, y nunca lo dije voluntariamente. Supongo que había una pequeña parte de mí que solo quería ver cómo se desarrollaban todas las posibilidades. Quería ver cómo serían las cosas con nosotros si pudiera quedarme.

—Y en tu mundo ideal —dice—, ¿Matt estaría aquí también?

Me estiro y ruedo sobre mi costado para enfrentarlo.

—Te juro que hablas más de mi ex que yo. ¿Quieres que les arregle

una cita a los dos? ¿De eso se trata esto?

—Me pregunto hasta qué punto lo has superado —dice. Su voz es más tranquila de lo que era, menos segura—. Y no me digas por reflejo que lo hiciste. Vi la forma en que lo miraste esa noche, Tali.

¿Ha estado pensando, todo este tiempo, que todavía quiero a Matt de vuelta?

—Estaba impactada, era la primera vez que lo veía o hablaba con él desde la ruptura y, por el contrario, me sentí como un fracaso. No se trataba de extrañarlo.

—Debes extrañarlo un poco —argumenta—. Es básicamente la única persona con la que has estado.

Pienso en esto.

—Las cosas que extraño son bastante estúpidas. Extraño tener a alguien con quien comer, o alguien con quien hablar mientras me lavo los dientes por la noche. Extraño tener a alguien que escuche las estupideces que suceden todos los días, las historias que realmente no tienen sentido.

—Siento que mucho de lo que dices es inútil, ¿eso ayuda? —pregunta, y lo pateo—. Al menos estabas tan profundamente insatisfecha en la cama que no tienes que extrañar eso.

—Nunca dije que estuviera profundamente insatisfecha —argumento—. Pero supongo que es bueno no tener presión. —Esto llama su atención, gira la cabeza para mirarme y su cuerpo lo sigue, ajustando su posición para que esté de lado.

—¿Qué presión? —pregunta.

Me doy la vuelta sobre mi espalda.

—Necesitaría mucho más alcohol para hablar de eso cómodamente.

Él agarra la botella de vino y vuelve a llenar mi copa.

Tomo un sorbo fuerte, deseando haber bebido más antes de que comenzara esta discusión, o que no hubiera dicho nada que me llevara a eso en primer lugar.

—Le molestaba —comienzo con vacilación—. Le molestaba si yo no... terminaba... lo que a menudo no hacía por la razón que mencioné antes. Él se lo tomó como algo personal, así que siempre estaba un poco preocupada.

—Muchas mujeres no llegan a través del coito. ¿Por qué simplemente no te lo comía?

La facilidad con la que lo sugiere, como si fuera lo más obvio del mundo, me clava una cuerda en el corazón. Me lo imagino, me imagino a Hayes así... lo abierto y desvergonzado que sería.

Dios.

—¿Qué? —él pregunta—¿No puedes correrte de esa manera?

—No tengo ni idea —gimo, mientras me cubro la cara con la mano, humillada—. Y no puedo creer que estemos discutiendo esto. Solo me he acostado con dos personas y ninguna lo intentó. No importa. Probablemente no funcionaría de todos modos.

—Funcionaría —dice. Su voz es baja y ronca. Me estremezco al oírlo—. Yo podría hacer que te corrieras en dos minutos.

Mi estómago se aprieta. Lo imagino deslizándose entre mis piernas, separando mis muslos. El roce de su piel contra mi piel, ese primer movimiento de su lengua... *Deja de pensar de esta manera. Habrá otros hombres en el futuro. Simplemente no puede ser él. Arruinará todo.*

Hayes está perfectamente quieto a mi lado, en silencio. Estoy a punto de ser valiente al mirarlo, pero tengo miedo de lo que pueda ver.

Y luego su mano rodea mi muñeca.

—Tali —dice en voz baja, alejando mi mano de mi cara—. Déjame.

—La expresión de su rostro es casi suplicante, pero también hay deseo.

Su olor está en todas partes: océano, jabón y aire fresco, lo que hace imposible pensar.

Lo miro fijamente, y mi lengua se lanza para tocar mi labio mientras dudo. Sé lo que está preguntando y sé que es una idea terrible.

—No quiero estropear...

—No lo hará —dice—. No lo hará, lo juro. No tienes que tocarme. Déjame hacer esto. Déjame ser el primero.

Nunca lo había escuchado así antes. Nunca lo he visto actuar como si realmente quisiera algo y lo deseara desesperadamente. Me sorprende lo convincente que es.

No creo que sea capaz de rechazarlo cuando pregunta así.

—Solo esto —susurro—. Nada más. Y todo vuelve a la normalidad por la mañana. Somos amigos de nuevo. Sin rarezas. ¿Lo prometes?

Sus dedos empujan mi cabello y vuelve mi cara hacia la suya.

—Lo prometo. —Agarra la copa de vino de mi mano, la deja sobre la mesita a su derecha y luego vuelve hacia mí. Su mano descansa en mi cintura, su cara está a centímetros de la mía y respiro por su cercanía. Él mira mi boca y por un segundo interminable, creo que me besará. Traga y luego sus labios se mueven hacia abajo, a la línea de mi mandíbula y luego a mi cuello. Se quedan ahí y él respira hondo, como si fuera vino que acaba de disfrutar. Ya me arqueo hacia él, como una flor hacia el sol.

Siento el aleteo de su pulso debajo de mi palma, más rápido de lo normal. Su mano sube por mi cuerpo, rozando mi seno. Pasa sus dedos por la parte superior de mi vestido de verano, sumergiéndose por un momento en la hendidura entre mis senos.

—Esto —dice en voz baja, sin dejar de mirarme, como si fuera una comida que ha esperado toda su vida—. Esto me volvió loco toda la

noche.

Agarrando la tela, lentamente baja mi vestido hasta mi cintura, liberando mis senos para él por completo. Su silencioso gemido toca mi piel, rozando mis pezones, y traza uno con el dedo índice antes de que su boca baje para agraciarse con un suave beso.

Me arqueo hacia arriba cuando algo se abre dentro de mí. Mi sangre corre a través de mi cuerpo tenso e imprudente.

—Oh —jadeo—. Eso...

Realmente no puedo formar el resto de la oración, y no lo necesito. Él sabe. Sabe que necesito más, que de repente necesito *todo*. Lo vuelve a hacer, esta vez con los dientes. Un pulso late en mi corazón, insistente y exigente. Mi rodilla se dobla mientras mi pie se desliza por la parte posterior de su pierna, en una súplica silenciosa de acción.

Quiero decirle que se olvide de sus planes. Quiero alcanzar su cinturón y tirar de él dentro de mí, pero ya ha notado la forma en que mi falda me ha caído hasta la cintura, exponiéndome. Sus manos se arrastran por la parte interna de mis muslos y luego separa mis piernas, sus ojos siguen su progreso como si el Santo Grial estuviera al final de su camino.

Y luego sus dedos presionan contra mis bragas.

Oh. Incluso ese pequeño roce de sus dedos está despertando algo en mí, algo que casi había olvidado que existía. Mis párpados se cierran, pero no antes de verlo observando mi reacción, ávido y satisfecho.

Su dedo índice se engancha debajo del elástico y lo arrastra a lo largo de mi núcleo. Mi cabeza cae hacia atrás, arqueando mi cuello.

—Oh, Dios —susurro. *Pero, ¿y si no funciona?* la voz en mi cabeza hace eco. No quiero que me mire como Matt solía hacerlo después, silenciosamente resentido.

—Deja de pensar, Tali —susurra, presionando sus labios contra la suave piel de la parte interna de mi muslo—. Somos solo tú y yo, nadie

más. —Me acaricia de nuevo—. ¿Sientes mis dedos contra ti?

Trago mientras vuelve a enfocar mi atención. La yema callosa de su dedo índice roza mi clítoris antes de que se deslice más abajo. Ese pequeño toque me enciende en llamas. No estoy segura de que sea posible preocuparse cuando está haciendo lo que está ahora.

—Sí. —La palabra es jadeante, desesperada.

Su boca sube por mi muslo, su hombro obliga a que mis piernas se separen más, lo que le permite más acceso. Él presiona sus labios contra mi clítoris, encima de mis bragas, antes de empujar las bragas hacia un lado por completo y deslizar su lengua sobre mí, de arriba a abajo.

—Jesús, estás tan mojada en este momento. —Desliza sus dedos hacia arriba y hacia abajo, y luego empuja uno dentro de mí, para enfatizar su punto. Dejo que mis rodillas se abran aún más, animándolo. Sus dedos rodean mi abertura y gimo en voz alta antes de que deslice dos dedos dentro de mí, mientras su lengua continúa parpadeando sobre mi clítoris de la manera más tortuosa.

No se parece a nada más. Muevo mis caderas contra sus dedos mientras comienza a moverlos dentro y fuera de mí. No voy a durar ni un minuto y quiero que dure. Quiero que siga haciendo exactamente esto hasta que tengamos que irnos por la mañana. Preferiblemente, hasta que tenga que mudarme a casa.

Su pulgar reemplaza su boca en mi clítoris mientras aplica más presión y mi cabeza comienza a dar vueltas. Mi respiración sale en pequeños jadeos al ritmo del empuje de mis caderas. Lo escucho gemir y el sonido metálico de su cinturón cuando se abre, seguido de su cremallera, y luego... el sonido de su mano libre, moviéndose sobre su propia longitud.

Mis ojos se abren para mirarlo. Su boca está entreabierta, su mirada oscura y drogada, su agarre en su polla es tan fuerte que parece doloroso.

Eso es todo lo que se necesita.

Cada músculo de mi abdomen se contrae.

—Oh, Dios —susurro—. Voy a correrme.

Entierra la cara entre mis piernas y lame con fuerza mientras me arqueo contra él con las manos en su cabello. Los fuegos artificiales explotan detrás de mis ojos cuando finalmente me suelto, gritando mientras el mundo entero se desvanece. No se detiene por un momento hasta que me agacho para envolver mi mano alrededor de la que está agarrando su polla.

—Ven aquí —jadeo, y él sabe exactamente a qué me refiero, levantándose rápidamente, trepando sobre mí para presionar su polla contra mis labios como si fuera a morir si no lo logra lo suficientemente pronto.

—Estoy cerca —sisea, mientras mi lengua se desliza sobre él—. Oh, mierda, estoy tan cerca.

Lo llevo tan lejos como puedo, mi puño se desliza sobre su base, y cuando tiro con fuerza con la boca, inhala bruscamente.

—Ya viene. *Dios*.

Comienza a retirarse pero explota antes de que pueda, y envuelvo mis manos alrededor de sus caderas, sosteniéndolo donde está, tomando todo lo que me da.

Termina con un gemido de alivio bajo y delicioso, el sonido más hermoso que jamás le he oído hacer.

Respira con dificultad mientras se derrumba, con su cabeza en mi pecho.

—Mierda —jadea—. Creo que entiendo por qué tu ex se corría tan rápido.

Antes de que pueda reírme, acerca mi boca a la suya y me besa con fuerza, con urgencia, de la misma manera que lo hizo entre mis

piernas. No es lo que acordamos, y simplemente no me importa.

Una vez. Podría significar una única vez o podría significar una *noche*. Realmente no podemos empeorar las cosas, y... quiero más. Su boca baja, tirando de un pezón y el otro. Ya está duro. Puedo sentirlo ahí, hinchado contra la parte interna de mi muslo.

—Condón —jadeo. Él extiende la mano hacia sus pantalones cortos, todavía colgando de sus muslos y agarra su billetera. Rasga el paquete con los dientes y se eleva por encima de mí para enrollarlo sobre su, predeciblemente enorme, longitud.

—¿Estás segura? —pregunta, colocándose entre mis piernas. La forma en que me mira en este momento, como si esto fuera todo lo que quiere en el mundo, me golpea profundamente. Me siento vacía sin él y mis caderas se arquean, presionándolo contra mí antes de que haya respondido.

»Jesús, Tali —susurra—. He querido esto durante tanto tiempo.

Empuja dentro de mí, y de repente estoy llena, tan increíblemente llena. Mi jadeo es pequeño, casi inaudible, pero él lo escucha.

—¿Estás bien? —pregunta. Su voz es tensa. No se mueve, tratando de dejar que me adapte a su tamaño.

—Sí. —Estoy sin aliento como un velocista—. Dios, sí. Los, mmm, los rumores eran ciertos.

Da una risa tranquila y dolorida, y luego comienza a moverse. *Se empuja hacia adentro, y luego se arrastra lentamente hacia afuera, y repite.* Quiero hacer esto por el resto de mi vida. Esto y nada más.

—Es tan jodidamente bueno contigo —sisea, moviéndose más rápido, su férreo control comienza a fallar. Me encanta verlo así. Me encanta ser capaz de producir en él esa falta de moderación. Sus dedos se mueven hacia mi clítoris, ligeros pero rápidos. Cambia el ángulo de sus caderas y empuja con fuerza, golpeando profundo y justo en el lugar correcto.

—Aahh.

Algo se abre dentro de mí, y tan pronto como él ha comenzado, el calor se apodera de mi cuerpo, mis músculos se ponen rígidos, todo está tan apretado que siento que podría partirme por la mitad.

—Voy a... —Jadeo, y luego me aprieto alrededor de él y mi cabeza se hunde hacia atrás. Mi espalda se arquea, empujando mis pechos contra su pecho, intensificando mi orgasmo mientras sufro un espasmo alrededor de él, mi núcleo lo aprieta con fuerza.

—Mierda —sisea, sus embestidas son espasmódicas, duras, desiguales y perfectas—. *Mierda, mierda, mierda.*

Finalmente, todavía está por encima de mí, respirando con dificultad. Cuando abre los ojos, se ve tan aturdido como yo, no estoy segura de por qué. Seguramente esto no fue tan radicalmente diferente para él como lo fue para mí.

Dios mío. Pensar que casi paso por la vida sin esto. Sin siquiera saber que podría ser así.

Sus labios encuentran los míos una vez más antes de caer a mi lado y acercar mi cabeza a su pecho.

—Me mostraré la salida sola —murmuro contra su camisa.

Su pecho se eleva con una risa tranquila. Su brazo se aprieta.

—Sabía que ibas a decir eso.

Y luego está el silencio.

Todavía quiero más, pero se corrió dos veces seguidas y se quedó callado... sin duda porque asume que ahora estoy planeando nuestra boda en primavera y eligiendo los nombres de nuestros hijos. En cualquier momento, dirá algo para poner distancia entre nosotros, para recordarme qué era esto.

El mero pensamiento de eso hace que se me caiga el estómago. Necesito liberarme antes de que suceda. No quiero que esto sea

incómodo para ninguno de los dos.

Me incorporo y me arreglo el vestido.

—Diría 'hagamos esto de nuevo en algún momento', pero sé que ese no es tu *modus operandi*...

—¿Tienes prisa? —pregunta—. ¿Soy el nuevo Brad Pérez? —Está diciéndolo como una broma, pero tiene algo de mordisco. Como si le molestara, cuando ambos sabemos que simplemente le estoy ahorrando el problema.

—¿Quién me echará por la mañana si no estoy disponible para hacerlo? —pregunto, poniéndome de pie. Hay una cosa desesperada dentro de mí que quiere que él diga *esto es diferente, no te echaría, quiero que te quedes*.

—Supongo que me lo merecía —responde. Me hace sentir culpable, como si yo lo hubiera golpeado demasiado bajo, pero no es como si él me detuviera, como si pudiera argumentar que estoy equivocada.

Mi pisada es pesada cuando entro a la casa, como si luchara para abrirme paso a través del barro, ojalá no hubiera salido corriendo. Todo lo que quiero en el mundo en este momento es estar acurrucada contra él, y simplemente me alejé de mi única oportunidad de hacerlo.

Como dijo Matt al final, tal vez no sea tan inteligente como creo.



Abro mis ojos, y el cielo se ilumina con los colores del amanecer. Las suaves sábanas de la cama se envuelven alrededor de mis piernas debido a una noche de sueño inquieto. Todavía puedo recordar la sensación de él sobre mí y dentro de mí, y el sonido que hizo cuando se corrió. La forma en que se veía: con la boca abierta, los ojos apretados con fuerza, y la cabeza echada hacia atrás. Un día, el

recuerdo de él así se embotará, y probablemente sea lo mejor porque en este momento, es casi demasiado agudo para soportarlo.

Mi piel huele a él. Mis labios y otras áreas están doloridas por él. Lo siento en todas partes, y la única forma de recuperarme de esto es lavarlo todo y comenzar de nuevo.

Me ducho, enjabonándome la piel sensible con jabón para disimular su olor. Una vez que estoy seca, me pongo pantalones cortos y una camiseta, arrojo toda mi mierda en la maleta. Por mucho que amo esta casa, solo quiero irme ahora. Necesito seguir adelante lo antes posible y no creo que pueda hacerlo aquí.

Él ya está en la sala de estar, ya se ha duchado. No creo que se haya despertado antes que yo en su vida, lo que significa que probablemente esté tan desesperado como yo por superar la incomodidad de nuestro viaje a casa.

—¿Madrugaste? —pregunto. Mi buen ánimo suena tan forzado como se siente—. El sexo conmigo te transformó en un hombre nuevo. Supuse que lo haría.

Su mandíbula se aprieta.

—No te imaginé del tipo que fuera... sin complicaciones a la mañana siguiente.

Voy a la cocina y empiezo a descargar el lavavajillas, haciendo ruido con los cubiertos y las sartenes como si no me importara.

—Lo mejor es ponerlo ahí. De lo contrario, se convierte en La Cosa Que No Debe Ser Nombrada.

Viene al otro lado de la encimera.

—Me imaginé que eras del tipo que usa una referencia de Harry Potter en cualquier conversación, así que eso se alinea.

Puedo decir que me está mirando, pero sigo concentrándome en los platos, como si la tarea requiriera toda mi atención. Si nuestros ojos se

encuentran, verá cada cosa que siento. Verá que soy la chica estúpida que quiere más cuando debería saberlo mejor.

—Ahora solo tengo que decidir qué debo decir en las flores que me enviaré.

—Y tú también querrás desayunar, me imagino. ¿Será suficiente Starbucks? —pregunta, atando la bolsa de basura—. Probablemente no. Te daré una tarjeta de regalo. ¿De Applebees? Parece un lugar que disfrutaría una persona de Kansas.

Yo empecé con esto, pero me duele un poco que esté respondiendo de la misma manera. La adolescente tonta dentro de mí quería que él tomara mi rostro con amor y explicara cuánto significaba todo para él. Y tal vez, si dejara de ser tan despreocupada al respecto, él lo haría. Pero me siento demasiado cruda para eso. Simplemente no puedo, necesito proteger mi corazón.

—Estoy profundamente impresionada por tu consideración —respondo—. La enmarcaré como un recordatorio permanente. Aunque dar positivo en sífilis en unas pocas semanas probablemente será lo suficientemente permanente.

Deja la basura junto a la puerta principal y regresa.

—Hasta dónde puedo recordar, fuimos cuidadosos, y estoy limpio.

—Que hayas hecho referencia a un encuentro sexual con '*hasta dónde puedo recordar*' —respondo con aspereza—, indica que mi preocupación es válida.

La cocina esta impecable. Me veo obligada a encontrarme con su mirada por fin. Sus ojos son oscuros y su rostro está demacrado. Me pregunto si en algún momento durmió.

—Lo recuerdo, Tali —dice, con voz más tranquila y seria de lo normal.

Yo trago.

—Sí, yo también —susurro, alcanzando mi bolso.

Esto es precisamente lo que *no* quería: la incomodidad de *quieres cosas de mí que no puedo darte*. No es así como imaginé el final de nuestro viaje.



El camino a casa está bien. No parecen importarle mis comentarios sobre cada automóvil, edificio y vista que pasamos, lo cual considero absolutamente necesario. Si estoy en silencio, empiezo a mirar su perfil y recuerdo el roce de esa mandíbula contra mis muslos, y la forma en que empujaba con fuerza y se arrastraba lentamente con los ojos cerrados como si yo fuera un whisky caro destinado a ser saboreado. Los sonidos que hizo mientras se acercaba al final. Oh, Dios, espero recordar siempre los sonidos que hizo.

Finalmente llegamos a mi edificio. A pesar de lo incómoda que ha sido la mañana, no quiero dejar su auto. Me sentiría incómoda por estar separada de él, sin duda.

Me obligo a abrir la puerta y él también sale. El aire ya no huele a él. Santa Mónica de repente parece que no es más que pavimento y superficies reflectantes, y no estoy segura de haberme sentido más sola.

—Gracias por traerme —digo, balanceando mi bolso sobre mi hombro—. Fue divertido.

—Me alegro de que hayas venido —responde. Nuestros ojos se encuentran—. Eso no tenía la intención de ser un doble sentido.

Me río. Se me adelantó al chiste.

Para cuando llego a las escaleras, se ha marchado, probablemente está ansioso por dejar esto atrás. Llego a mi apartamento, me

desplomo boca abajo en la cama y lloro como una niña.

¿Cómo es posible que superé diez años con Matt más fácilmente que diez minutos con Hayes?

Capítulo 29

¿Latte? *Listo.*

¿Batido? *Listo.*

¿Estómago hecho nudos? *Listo, también.*

Él parece una basura cuando baja las escaleras, ya sea cansado o con resaca, aunque es una basura que yo comería con una cuchara y la mería bien después.

Sus ojos parpadean hacia mí y descansan ahí por medio latido antes de forzar una sonrisa. Sé que es forzada porque su boca se curva hacia arriba en ambos lados, como lo haría una persona normal, pero sus labios están apretados. Sin hoyuelos. Sin dientes.

—¿Advil? —pregunto.

Hace un pequeño movimiento negando con la cabeza.

—No bebo antes de los días de la cirugía. Tú lo sabes. —Hay un filo en su tono que me desconcierta. Él también lo escucha—. Perdón, no pude dormir anoche.

Le deslizo su agenda justo cuando toma sus vitaminas y nuestras manos se rozan y quito la mía como si me hubieran quemado.

Él suspira y pasa una mano por su cabello antes de agarrar el batido.

—Beberé esto en el camino —dice.

Bien hecho, Tali, pienso. Has echado al hombre de su propia casa. Como si necesitara más pruebas de que nunca debería haber sucedido. La gente solo se recupera de lo que Hayes y yo hicimos en las películas. De lo contrario, son exactamente como somos ahora... alejándose

lentamente el uno del otro hasta que se haya establecido una distancia segura, hasta que estén lo suficientemente separados como para fingir que nunca pasó.

Nuestro viaje a San Francisco el próximo fin de semana promete ser los dos días más incómodos de mi vida.



Él no me envía mensajes de texto en todo el día y yo tampoco. Lo noto, por supuesto, como una adolescente enamorada deseando incluso el más mínimo indicio de que no lo hemos arruinado todo. Cuando finalmente llama esa tarde, justo cuando he terminado con sus pendientes y estoy casi de regreso en su casa, quiero llorar de alivio mientras respondo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta.

—Ocupada cumpliendo todos tus caprichos como siempre —respondo. Un silencio incómodo cae en el espacio donde él normalmente gruñiría *no los estás cumpliendo todos o si ya los hiciste todos, tengo una nueva lista*.

Y mi corazón tartamudea en su ausencia.

—Es por eso que no deberíamos haber dormido juntos —le digo mientras llego a su calle—. Estás guardando todos tus chistes sucios. Probablemente ni siquiera sepas qué decir en su lugar.

—Perdón. Ahora es difícil volver al acoso sexual leve. En este punto, necesitaría ir directamente al acoso mayor y digno de una demanda. —Entro en el camino de entrada de Hayes y reduzco la velocidad cuando veo un Ferrari amarillo brillante parado ahí.

Me detengo por completo cuando Matt sale.

—¿Qué demonios? —yo jadeo.

—¿Qué? —me pregunta—. ¿Qué ocurre?

—Matt está en tu camino de entrada —gruño.

—¿Tu ex? —él exige—. Quédate en el auto, Tali. No tiene derecho a presentarse en tu lugar de trabajo. Voy a llamar a la policía.

—No hagas eso —le respondo, soltando el freno y acercándome a la parte delantera de la casa—. No es que sea peligroso, déjame deshacerme de él.

Termino la llamada y salgo, más irritada que nerviosa. Fue extraño e inesperado encontrarse con Matt en esa fiesta, pero que esté aquí a propósito es... un poco espeluznante.

Su boca se desliza hacia esa sonrisa torcida que solía amar. No le devuelvo la sonrisa. La parte de mí que alguna vez esperó que al menos se disculpara se ha ido. Ahora solo quiero deshacerme de él.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Se reclina contra el Ferrari, tranquilo por la falta de bienvenida.

—¿De qué otra manera se suponía que podía llegar a ti? Has estado bloqueando mis llamadas. Estaba preocupado.

—¿Preocupado? —repito, cerrando la puerta de golpe detrás de mí—. Tu preocupación llega con un año de retraso, pero nunca he estado mejor, así que supongo que puedes seguir tu camino.

Se mete las manos en los bolsillos con el ceño fruncido. Es casi cómico lo infantil que parece ahora, en contraste con Hayes.

—Mira, pensé que solo estabas trabajando para este tipo, pero mierda... ¿te fuiste con él el fin de semana? ¿Qué diablos estás pensando?

Me congelo. No le conté a nadie sobre este fin de semana. Ni a mi familia, ni siquiera a Jonathan.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he estado siguiendo —dice sin rastro de culpa—. No confiaba en sus intenciones.

Libero el aire que estaba reteniendo en una sola risa estupefacta.

—Mierda, Matt. ¿Estás hablando en serio? Me engañaste mientras enterraba a mi padre.

—Te engañé una vez, Tali, porque bebí demasiado. Dejé que la fama se me subiera a la cabeza, puedo admitir eso, pero este tipo... es por lo que es conocido. Y tal vez no lo encontré en nada, pero ¿has visto a cuántas casas de mujeres ingresa en el transcurso de un día? ¿De verdad crees que no se está tirando a alguna de ellas?

Probablemente hubiera dicho lo mismo el invierno pasado. Ahora lo conozco.

—Nunca lo he visto ser otra cosa que incansablemente honesto y nivelado con cada persona que se encuentra, incluida yo misma —respondo y mis brazos cruzan mi pecho—. Y lo que parece que no entiendes es que no terminé las cosas contigo porque me engañaste, las terminé porque nunca creíste en mí. Me dijiste que no habría conseguido el contrato del libro sin ti, ¿recuerdas? Y en el momento en que comencé a luchar, me dijiste que me rindiera. Yo nunca te hubiera hecho eso.

Agacha la cabeza, avergonzado de sí mismo. O tal vez simplemente fingiendo estarlo. Después de todo, es actor; imagino que ahora es relativamente bueno fingiendo emociones.

—Tienes razón, ¿de acuerdo? No debería haberlo dicho. ¿Pero sabes qué? Si alguna vez me hubieras dicho que me rindiera, no te habría dejado por eso, yo habría discutido. El verdadero problema es que no crees en ti misma y tenías miedo de que yo tuviera razón.

Mi estómago se hunde cuando sus palabras llegan, pasé un año completo pensando que necesitaba demostrarle que estaba

equivocado acerca de mí sin preguntarme por qué me importaba lo que él pensara en primer lugar. Tal vez nunca fue su mente lo que estaba tratando de cambiar.

—No vine aquí para pelear —dice en voz baja—. Te extraño.

—Yo no te extraño —le respondo. Ni siquiera lo digo para lastimarlo. Es simplemente la verdad. Extrañaba la idea de Matt y la seguridad de tener a alguien, pero no estoy segura de haberlo extrañado alguna vez, y ciertamente no lo extraño ahora. Esta conversación me da vergüenza, me quedé con él tanto tiempo como lo hice.

Se ríe, incrédulo. La arrogancia que parecía imponerse en Nueva York claramente ha florecido aquí.

—No te creo. ¿Qué podría tener este tipo que yo no tenga? —él exige.

—Cerebro —respondo—. Y moral. —Altura y una gran polla también, pero eso me lo quedo para mí.

Su respuesta es interrumpida por el hombre mismo, que vuela hacia el camino de entrada y se detiene a nuestro lado con un chirrido de frenos y una neblina de polvo.

Salta de su auto y se mueve hacia Matt a un ritmo que asustaría a casi cualquiera.

—Esto no te concierne, idiota —dice Matt.

Escucho más que un poco de falsa bravuconería ahí. En la pantalla, Matt se ve cada centímetro como el superhéroe. En la vida real mide un metro setenta y ocho, y pesa sesenta y cinco kilos, y parece que Hayes podría partirlo por la mitad con una sola mano.

—¿Vienes a mi propiedad para emboscarla y quieres decirme que no me concierne? —pregunta Hayes—. Piensa otra vez.

La boca de Matt se tuerce.

—Oh, ¿entonces tú eres el gran héroe ahora? Sé exactamente lo que eres, y en tu mejor día, todavía no eres lo suficientemente bueno para

ella.

—Soy consciente de que no soy lo suficientemente bueno para ella —gruñe Hayes, empujando a Matt contra el Ferrari—, pero esto se acaba ahora. Si alguna vez escucho que te acercas a ella así, en público o en privado, arruinaré tu vida y no pienses ni por un minuto que no puedo.

Matt finge aburrimiento, a pesar de que claramente está superado en tamaño.

—Tali, llama a tu perro guardián.

Alguien me dijo alguna vez que el odio no es lo opuesto al amor... la apatía lo es. Lo entiendo ahora, porque no quiero venganza ni nada más. Solo quiero que se vaya.

—Por favor, vete —le respondo—. No me interesa nada de lo que tengas que decir.

—¿Hablas en serio? —pregunta Matt—. ¿Crees que este tipo es una mejor opción? Te habrá dejado en una semana.

Antes de que pueda responder, el puño de Hayes vuela hacia la cara de Matt.

Estoy tan aturdida por eso como Matt claramente, con sus ojos muy abiertos y la sangre brotando de su nariz. Habría pensado que Hayes es más del tipo que se hiere con unas pocas palabras cortantes o una demanda en el momento oportuno.

Matt se levanta la camiseta, tratando de detener el flujo de sangre.

—Si me rompes la nariz, el estudio te demandará por todo lo que vales.

Hayes lo suelta de un empujón.

—Estás en mi propiedad, idiota. Buena suerte explicando cómo eres la víctima.

—Tali... —dice Matt, todavía seguro de que intervendré en su nombre como si todo mi amor por él aún descansara dentro de mí, y ahora saldría ardiendo en su defensa.

Niego con la cabeza.

—Será mejor que te vayas antes de que él te vuelva a golpear o lo haré yo.

—Estás cometiendo un error —dice, subiendo a su auto.

Es un alivio darme cuenta mientras se aleja de que simplemente no me importa.

Hayes se gira y da un paso hacia mí antes de detenerse incómodamente.

—¿Cómo es posible que llegaras aquí tan rápido? —pregunto.

—Violé algunas leyes de tránsito —dice—. Pero estaba preocupado por lo que él haría. Además, me colgaste, lo cual fue, por cierto, una ofensa que es causal de despido, pero lo dejaré pasar por esta vez.

Yo sonrío.

—¿Solo esta vez?

—Sí, parece que hacemos muchas cosas solo una vez, así que ¿por qué no agregar esto a la lista? —Coloca una mano en la parte baja de mi espalda—. Vamos, tomemos una copa en la terraza. Una personita chillona que conozco ha estado insistiendo en que necesito más luz solar.

Me acompaña a través de la casa y afuera, donde me sirve una copa de tinto, mirándome con atención, todavía preocupado. Porque me pone a mí en primer lugar, incluso cuando finge que no lo hace.

Matt atraviesa la vida con su dulce sonrisa, y la gente lo toma al pie de la letra, sin importar lo mezquino y egoísta que sea. Hayes va por la vida con esta máscara de indiferencia, de certeza engreída y altivez, y la gente también lo toma al pie de la letra, sin darse cuenta de la

forma en que es amable. Sin darse cuenta, también de que es el mismo hombre que presiona por una adopción para un asistente, que salta en un trampolín con su media hermana y sale corriendo de su oficina para defender a una empleada.

—Matt ha hecho que te sigan —le digo—. Lo siento. No tenía ni idea.

—¿A mí? —Se congela, la botella de vino se mantiene en el aire—. ¿Por qué?

—Creo que estaba buscando evidencia de que me estabas 'engañando'. Supongo que tenemos suerte de que no haya atrapado a la *Señorita Es Tan Grande* aquí.

—Todavía llamándola así, ¿verdad? —pregunta, hundiéndose en el asiento junto al mío—. Prefiero pensar que te detendrás, habiendo dicho algo similar.

Lanzo una risa temblorosa.

—Sonaba mejor cuando yo lo dije.

Nuestros ojos se encuentran y el aire entre nosotros parece calentarse. Se siente como si hubiéramos regresado ahí, con el peso de su cuerpo presionándome contra el sillón, con él dentro de mí, luchando por no correrse. Aparto la mirada mientras trato de quitarme la imagen de la cabeza. Se siente como si no pudiera respirar por completo.

—Acerca de este próximo fin de semana —dice. Su voz es grave, menos segura de lo normal—. Si te sientes incómoda...

—No lo estoy —respondo demasiado rápido—. Quiero venir. Ir, quiero decir, quiero ir.

Incómodo.

Nuestras miradas se encuentran de nuevo y me pregunto si alguna vez volveremos a la normalidad.

Y me pregunto si quiero que lo hagamos.

Capítulo 30

Cinco días después, vuelo en clase ejecutiva por primera vez en mi vida. Cualquier incomodidad entre nosotros se supera brevemente por el puro placer de esto.

—Es una *cama*, Hayes —le susurro. Ha estado trabajando de manera constante desde que subimos a bordo, mientras que yo no hice nada más que alterar el asiento, jugar con todos los botones para ver qué hace cada uno y desenvolver todos los obsequios de cortesía que nos dieron, una vez más haciéndolo evidente por qué uno de nosotros es rico y uno de nosotros es... yo—. Dios mío. ¿Por qué no tengo esto en casa?

Él levanta una ceja.

—¿No tienes una *cama*?

—Por supuesto que sí, pero no tengo un asiento que se *transforme* en una. —Aprieto el botón hasta que puedo tumbarme—. No es de extrañar que tanta gente intente unirse al club de las alturas. Estos asientos están hechos para eso.

Sus ojos parpadean sobre mí. Espero a que haga una oferta lasciva y, en vez de eso, regresa a su computadora portátil. Odio que no haya una sonrisa maliciosa, ni insinuaciones. Todas las señales indican que lo sacó de su sistema el fin de semana pasado, mientras que para mí es como un virus que se replica en todas las células.

Desearía no haberme escapado el fin de semana pasado, desearía haberlo mantenido despierto toda la noche.

Desearía ser lo suficientemente valiente para decirle que quiero más.



El planificador de la conferencia nos ha colocado en una suite de dos dormitorios. Es una habitación romántica, con un balcón compartido con vistas a la bahía de Alcatraz. Hayes parece tan sorprendido como yo por la disposición, así que supongo que eso significa que él no lo sugirió.

Mi teléfono parpadea con un recordatorio del correo de voz que dejó mi madre mientras estábamos en el aire, que estoy ignorando hasta que Hayes se vaya. Confirmando que todos los folletos llegaron de manera segura, me cambio de ropa y luego los dos volvemos al ascensor: él, impecable y perfecto con un traje de diseñador; yo, en pantalones cortos y una sudadera universitaria de gran tamaño, pareciendo la hija de alguien.

—¿Estás seguro de que no necesitas que haga nada hoy? —pregunto.

Él niega con la cabeza.

—Mientras los folletos estén aquí, estoy bien. ¿Qué tienes planeado? —Me habla como un extraño educado, uno que no está realmente interesado en la pregunta que me hace. Capto sus ojos parpadeando hacia mis tenis y de vuelta a la puerta de espejo.

Le entrego mi mapa, resaltado de antemano con todo lo que quiero ver.

—Volveré a tiempo para la cena —le digo, y luego me maldigo en silencio. Quizás no quiera cenar conmigo, tal vez cene con sus colegas y ahora se sienta obligado a llevar a su asistente patética y mal vestida—. Quiero decir, a menos que tengas otros planes.

Su lengua se lanza para tocar su labio.

—No tengo planes, pero no te apresures a volver por mí.

Estamos siendo demasiado indecisos el uno con el otro ahora, y extraño al viejo Hayes, el que exigía pretensiosamente mi tiempo libre como si fuera lo que le correspondía. Nunca deberíamos habernos acostado juntos, y pensarías que con tantas veces que he tenido este pensamiento durante la semana pasada, no me permitiría fantasear con él en todo momento.

Salimos del ascensor y lo detiene alguien que conoce justo cuando mi madre vuelve a llamar.

Me aparto de Hayes y me dirijo a las altas palmeras que dividen el vestíbulo del bar de la planta baja. Cuando un padre llama dos veces seguidas, probablemente deberías responder... incluso si se trata de mi madre.

—Ya era hora —dice a modo de saludo—. Me reuní con la doctora Shriener esta mañana y nos dijo que te mudarás a casa para siempre. No puedo creer que estés de acuerdo con esta tontería. Shriener no tiene derecho a mantener a Charlotte ahí. Ninguno en absoluto, ella está fanfarroneando.

Cierro los ojos, tratando de controlar todas las otras palabras que quiero decir: *papá nunca habría abandonado su deber de la forma en que tú lo has hecho. Nunca me hubiera puesto en esta posición.*

—Mamá, no se trata de si puede o no. Se trata del hecho de que ella cree que no estás a la altura del trabajo.

—¡Porque no iré a AA! —ella grita—. ¡No lo necesito!

Ya no sé qué creer. Es difícil para mí imaginarme de verdad que mi madre es alcohólica, como se ve en las películas y los programas policiales, pero cada vez es más fácil creer que ella no es la mejor persona para cuidar a una chica frágil.

Suena una campana que indica el inicio de la conferencia principal y, de repente, una manada de personas se mueve detrás de mí hacia las puertas del salón. Necesito terminar esta llamada.

—Mira, no me importa si lo necesitas o no —espeto—. Pero el hecho de que no escuches a Shriner en absoluto significa que definitivamente tiene razón en una cosa: tengo que mudarme a casa porque no estás dispuesta a hacer lo mejor para Charlotte.

Cuelgo y me giro para buscar a Hayes... solo para encontrarlo parado justo detrás de mí luciendo aturdido. Y *herido*.

—¿Qué diablos está pasando? —él pregunta.

Esta no es la forma en que quiero decírselo. Y no ahora, cuando está a punto de ir a una conferencia durante un día entero y no podemos hablar realmente.

—Yo... yo, eh, me iré a casa el mes que viene. A Kansas. La doctora de mi hermana lo requiere.

Él se pone rígido.

—¿Por cuánto tiempo?

Aparto la mirada.

—No lo sé, supongo que hasta que se gradúe. No veo a mi mamá dando un paso al frente y no hay otra opción. —Mis dientes rechinan mientras lo digo, haciendo que las palabras suenen más desafiantes que forzadas.

Se pasa una mano por el pelo y aprieta la mandíbula con fuerza.

—¿Y nunca pudiste decirme esto? —pregunta, con voz ronca—. ¿Te veo todos los días y nunca pudiste decirme que te *mudarás*?

Quiero afirmar que nunca surgió la oportunidad, pero lo hizo. Lo ha mencionado repetidamente, y pensé que podría simplemente ignorar el problema hasta que se resolviera solo.

—No es como si fuéramos a estar juntos en un mes de todos modos. —Sueno como una niña, tratando de defender lo indefendible.

Sus fosas nasales se ensanchan y sus ojos están más oscuros que

nunca, todo pupila. Nunca lo había visto tan enojado antes.

—Eso —dice, volviéndose para alejarse—, es una absoluta mierda.



Mientras camino por las calles de San Francisco, una sensación de malestar se instala en mi estómago.

¿Fisherman's Wharf⁴, ruidoso, abarrotado y un poco más pegajoso de lo que esperaba, me emocionaría si la conversación con Hayes no se hubiera producido por casualidad? Quizás no, pero no se sentiría así, como si no pudiera ver nada con claridad, como si mi estómago se doblara sobre sí mismo y no pudiera respirar por completo. Debería habérselo dicho, él sabe casi todo lo demás sobre mí, y le oculté esto intencionalmente, por razones que ni siquiera yo puedo reconocer por completo.

Lo que más me molesta de todo esto es simplemente que él lo sabe. Porque eso significa que no puedo seguir fingiendo ante él o conmigo misma, que puedo quedarme.

Me duelen los pies y me duelen las espinillas una vez que llego al hotel. Me ducho y me dejo caer en la suave silla del balcón en bata para esperar a Hayes. Hay una parte ingenua de mí que espera que él simplemente termine todo el asunto para que no tengamos que discutirlo.

Cuando lo escucho entrar a la sala de estar, lo llamo. Se acerca a la puerta corrediza, sus ojos parpadean sobre mi bata y mi cabello mojado.

No sé dónde estamos. Mis labios se abren, a punto de ofrecer una disculpa reacia, cuando él habla en su lugar.

—¿Como estuvo? —me pregunta.

El alivio me invade, quizás podamos seguir fingiendo. Tal vez podamos ir a cenar y las cosas volverán a sentirse normales.

—Bien, pero todavía tengo mucho más por ver. Espero que no estuvieras planeando hacerme trabajar mañana por la mañana.

—Por lo general, trato de asumir que no harás ningún trabajo en absoluto —responde con frialdad—. De esa manera, se cumplen mis expectativas.

Se quita la chaqueta y se deja caer en la silla junto a la mía. Le sirvo una copa de vino, que acepta, pero no bebe. En cambio, mira el agua con expresión pensativa. Quizás no somos tan buenos como pensaba.

—¿Cómo estuvo tu conferencia? —pregunto—. ¿Estás listo para tu gran charla?

Se frota las sienes.

—Solo desearía que se acabara.

Hayes es demasiado confiado en sí mismo la mayor parte del tiempo. Nunca se me ocurrió que no fuera tan indiferente con esta conferencia como todo lo demás.

—¿Estás nervioso?

—Estoy tenso. Está bien.

—¿Qué ayuda? —pregunto.

Sus ojos parpadean sobre mi rostro, permanecen medio segundo más en mis labios. Mis pezones se tensan bajo su lectura.

—Agotarme a mí mismo.

Puedo pensar en tantas formas en que podríamos lograrlo, pero nunca ha habido una distancia mayor entre nosotros que en este momento.

Me pongo de pie y me paro detrás de él. De vuelta en Nueva York, solía darle a Matt un masaje antes de las audiciones, incluso tomé una

clase de masajes para él, lo cual parecía cariñoso en ese momento y ahora parece un poco patético.

—Aquí —le digo, poniendo mis manos sobre sus hombros, que son... tan jodidamente bonitos. Músculo ancho y redondeado, perfecto para dibujos de anatomía y portadas de *Men's Health*. Empiezo a frotar.

—Tali —dice, con una advertencia en su voz. Y luego gime—. Dios mío. ¿Cómo eres tan buena en esto? Te habría hecho hacer esto todos los días si lo hubiera sabido.

—No es algo estándar que ofrezca a los jefes, por extraño que parezca, pero supongo que ese argumento ya no se aplica, dado que normalmente tampoco suelo hacerle mamadas a mis jefes.

Se tambalea hacia adelante fuera de mi alcance, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos.

—Jesucristo —dice—. A veces necesitas una campana de advertencia en la boca.

Me quedo congelada, con mis manos colgando en el aire.

Se pasa la palma de la mano por la cara y se pone de pie.

—Voy a llamar a recepción para pedir de cenar. ¿Qué te gustaría?

Concéntrate, Tali. Sé normal. Salva esto.

—Yo... —Mi mente está absolutamente en blanco—. Eh, uh, escuché que hay buen restaurante italiano en North Beach.

Él entrecierra los ojos.

—¿Quién te dijo eso? ¿Sam?

Parpadeo. Sí, por supuesto que fue Sam.

Me mira a la cara y deja su bebida sobre la mesa con tanta fuerza que el vidrio se astilla.

—Mierda —sisea. Empuja ambas manos por su cabello y luego me

mira—. ¿Sabes lo que me gustaría saber? —pregunta—. Cuánto tiempo te has estado guardando todo esto para ti. ¿Cuánto tiempo has sabido que te ibas y no lo mencionaste? ¿Lo sabías cuando Sam estuvo aquí? ¿Ha sido ese el plan desde el principio: mudarte a casa y establecerte con tu viejo y aburrido compañero?

Quiero enojarme con él, pero siento una inexplicable necesidad de llorar. Trago saliva. No tiene derecho a hacerme sentir mal por nada.

—¿Cómo podría importar?

—No me vengas con esa mierda —dice. Da un gran paso hacia mí y yo doy un paso hacia la pared y él cierra la distancia—. Sabes que importa.

Mi corazón late tan fuerte que es audible, haciendo eco en mis oídos.

—Yo...

Su boca aterriza en la mía, áspera y desenfrenada, como si lo hubiera empujado un poco demasiado lejos. Y toda la tensión que he tenido durante la semana pasada, una tensión que ni siquiera sabía que estaba ahí, se suelta y se despliega como una vela en una tormenta. He soñado con esos minutos en la terraza, me he despertado cada día febril y desesperada por más, y me he pasado una semana odiándome por mi forma de correr, como una cobarde.

Me inclino hacia él, cediendo a toda su frustración y mi desesperación. Mis dedos agarran su cabello acercándolo, profundizando el beso aún más. Su mandíbula raspa mi piel y sus labios se mueven sobre mi cuello. Desliza una mano dentro de mi bata, el calor de su palma se desliza a lo largo de mi torso, hasta la parte inferior de mi pecho. Mis pezones se aprietan con tanta fuerza que me duelen.

Él comenzó esto, pero yo me hago cargo tirando de él a través de la puerta del balcón, mis ojos nunca abandonan su rostro. Parece tan hambriento y desesperado por esto como yo me siento, y no me

detengo hasta que lo tengo en mi habitación, donde empujo la maleta de la cama con fuerza. Casi espero que se ría de mi prisa, pero en cambio, me acuesta en el edredón y me mira como un festín que está a punto de devorar.

Se desabotona la camisa y se suelta el cinturón. No hay vacilación ni incertidumbre. Sus pantalones caen, y luego él está parado frente a mí en nada más que bóxers, con la gruesa hinchazón de su polla sobresaliendo contra ellos.

Me sentiría un poco intimidada ahora si no supiera lo perfectamente que encajará.

Trepa por encima de mí y traza un camino a través de mi clavícula y el esternón, hasta la banda, que abre con un solo dedo.

Y luego sus labios encuentran los míos. Envuelvo una pierna alrededor de su cintura, empujando mis manos en su cabello. Cuando comienza a deslizarse más abajo, lo detengo.

—No —le susurro—. Te quiero a ti dentro de mí.

Él hace una mueca.

—No voy a durar. Déjame...

—Haz que dure la segunda vez. —Mi voz es ronca, confiada por puro deseo.

Me arqueo hacia arriba de nuevo y él inhala bruscamente.

—Mierda —gime, cerrando los ojos con fuerza—. Espera. —Suena como si estuviera hablando para sí mismo, no para mí. Se baja de la cama y regresa segundos después, tirando su equipo de viaje sobre la mesita de noche, poniéndose un condón.

Se alinea con mi entrada y desliza la punta sobre mí una vez antes de que sus caderas empujen hacia adelante. Se asienta dentro de mí, hasta el fondo, grueso, duro y perfecto. Sus ojos están febriles, a media asta.

—Voy a necesitar más que una segunda vez —advierte.

Bien.

Lentamente se retira, arrastrando las terminaciones nerviosas que nunca han sido tan sensibles como lo son en este momento. Estoy apretada como un puño cerrado a su alrededor.

Está esa parte permanente de mí que quiere saber qué significa todo esto o cómo terminará, pero luego sus caderas se adelantan y jadeo como si me hubieran empalado. Es demasiado bueno para que me preocupe, es demasiado bueno para que piense.

Agacha la cabeza, tira de mi pezón hacia su boca con la lengua, lo atrapa con los dientes, y lo saca una y otra vez, retrocediendo con fuerza. Ya puedo sentir la explosión que se avecina. Una pequeña estrella centelleante en la base de mi estómago, girando y desplegándose.

—Más rápido —susurro, y con un gemido él obedece, moviéndose sin piedad hacia adentro y hacia afuera.

Me corro tan fuerte que el mundo se vuelve silencioso y oscuro, que me toma un segundo incluso darme cuenta de que está encima de mí, con sus embestidas son bruscas y violentas.

—Mierda —sisea—. Mierda, es tan bueno contigo. No puedo... —jadea, y luego se corre adentro de mí.

Se cae al colchón y me tira contra él.

—*Maldita sea*, Tali.

Su pecho sube y baja, respirando con dificultad mientras ambos nos tomamos un momento para recuperarnos.

—¿Debería bromear sobre pedir mis propias flores, o ya lo esperas?

Su boca acaricia mi cuello, mordiendo la piel.

—Después del fin de semana pasado, la incomodidad de tu parte

después del coito es un hecho.

—¿De mi *parte*? —Me levanto con el codo en la cama para mirarlo—. Tú has sido el que se ha metido un palo en el culo toda la semana. Hoy especialmente.

—Porque estaba *tratando* jodidamente de comportarme —gruñe—. Y luego me llevaste al límite, hablando de mamadas mientras me frotabas los hombros. —Él aparta las sábanas de mi cuerpo, me hace rodar de espaldas y comienza a deslizarse hacia abajo. Sus labios presionan mi hueso de la cadera—. Nunca imaginé que terminaríamos en la cama gracias a una pelea por Sam.

—¿No? —pregunto—. ¿Qué te imaginaste?

—Tienes tres agujeros. Las variantes son infinitas.

Me río.

—En realidad no, a menos que te estés imaginando a *Angela* y *Savannah* con nosotros también.

Se cierne sobre mí, inmovilizándome contra el colchón mientras su boca se mueve hacia mi cuello.

—Como te dije antes, nunca estaría dispuesto a compartirte. —No aparta la mirada mientras lo dice, la sinceridad está escrita en todo su rostro y algunas de las barreras que he construido alrededor de mi corazón se derrumban, aunque desearía que no lo hubieran hecho.



Es media noche y estoy absolutamente exhausta pero demasiado emocionada para dormir. Él ha estado en silencio lo suficiente como para sospechar que se ha quedado dormido cuando habla, de repente.

—¿Cuándo tendrías que irte? —pregunta—. Para ir por tu hermana.

Me alegro de que la habitación esté completamente a oscuras. Se siente más seguro, de alguna manera, discutir esto en la oscuridad. Sospecho que todavía está enojado por la forma en que manejé las cosas... o no logré manejarlas. Yo también estaría enojada.

Ruedo hacia él y apoyo la cabeza en su pecho.

—Se supone que debe volver a casa la tercera semana de agosto, justo antes de que empiecen las clases.

—Seguramente hay alguna otra forma de manejarlo —dice—. A menos que *quieras* ir. ¿Ella no puede simplemente venir a Los Ángeles?

Debajo de mi cabeza, los latidos de su corazón son fuertes y constantes. Es una roca, y deseo con todas mis fuerzas poder seguir apoyándome en él como estoy ahora.

—Es su último año de secundaria, no puedo arrancarla de ahí, y ella necesita a alguien que realmente se preocupe por ella y la escuche. Si no puedo confiar en que mi madre lo hará, definitivamente no confiaré en un extraño.

Está callado y me preparo, preguntándome si me dirá que esto no puede ir a ninguna parte y esperando al mismo tiempo que me diga que si puede.

—Me sentí sorprendido hoy —dice en cambio, su voz baja y reacia—. Fue como si Ella volviera a esperar en el apartamento cuando llegué a casa desde Ohio, diciéndome que no quería decírmelo por teléfono.

Escucho el dolor ahí y la herida que reabrí con mi estupidez.

—Lo siento, eso no es lo que pretendía. Lo seguí posponiendo, supongo. Pensé que si lo sabías, podría cambiar las cosas.

Me tira debajo de él y su boca roza mi cuello.

—Parece haber cambiado las cosas —dice con una risa tranquila.

Sí, creo, pero *¿por cuánto tiempo?*



Cuando me despierto es de día y él me está sacudiendo el hombro.

—Tali —dice—, nuestro vuelo sale en poco más de una hora y nuestro auto estará aquí en quince minutos. ¿Puedes estar lista?

Estoy tan cansada que se siente como si nadara en el agua mientras trato de formar palabras. Fue después del amanecer cuando finalmente nos quedamos dormidos, y no tiene sentido.

—Nuestro vuelo no es hasta las dos —balbuceo.

—Son las doce cuarenta y cinco.

—Ay, Dios mío. ¡Tu discurso! —Me enderezo. Los cirujanos vinieron de todo el país para escuchar su charla, y si se quedaba dormido...

—Cosa del pasado. —De repente me doy cuenta de que lleva traje y parece muy relajado—. Pero me quedé atrapado ahí después, y ahora estamos retrasados. ¿Puedes estar lista o debo cambiar el vuelo?

Me arrojé fuera de la cama, lo suficientemente asustada como para no preocuparme de estar corriendo por la habitación desnuda.

—¿Cómo te fue? —grito mientras entro a la ducha, estremeciéndome con el chorro de agua fría—. ¿Estabas nervioso?

—Estaba demasiado agotado para estar nervioso —responde, acercándose a la puerta del baño—. Felicitaciones por finalmente hacerme sentir mi edad.

—Te quedas despierto toda la noche con frecuencia —respondo, enjabonándome frenéticamente. El agua aún no está tibia—. No me culpes por eso.

Se ríe en voz baja.

—Tuvimos sexo *dieciséis veces*, Tali, y como te encanta señalar, soy anciano. Probablemente no podré volver a tener relaciones sexuales hasta dentro de un mes.

Sus palabras se hunden en mi estómago con un audible *plop*. Una parte de mí esperó toda la noche anterior por algo que indicara que esto no era algo único. La mayoría de las veces estaba demasiado ocupada disfrutándolo como para pensarlo, pero ahora que lo hago, ahora que busco todas las palabras que dijo, no encuentro nada. *Mojada, apretada, caliente y duro* son geniales en el momento, pero en realidad no son parte de los votos matrimoniales.

Estaba estresado por su conferencia y quería agotarse. Misión cumplida para uno de nosotros, pero había cosas que yo también quería, cosas que fui estúpida por haber esperado siquiera. Y tendré que dejarlo ir.

Estoy lista para irme rápido. Hayes toma nuestras dos maletas mientras bajamos a la caja.

—Esperamos que vuelva a unirse a nosotros —dice la recepcionista.

—Volveré en octubre, en realidad —responde Hayes. No dice que volveremos. *Él* estará de vuelta. Me duele el pecho.

—Voy a buscar el auto —le digo en voz baja. Tomo mi maleta.

—Yo puedo llevar eso —dice.

—Lo tengo —respondo.

Pasé anoche esperando un final feliz, y ahora es el momento de pagar el precio por eso. Aunque quiero más, tengo que ser realista con mis expectativas. No soy una princesa mimada que se acuesta en una cama lujosa pidiendo servicio a la habitación y siendo complacida. Soy una mujer desesperadamente pobre de veinticinco años con un libro que no puedo terminar, una familia que no puedo arreglar y un jefe con fobia al compromiso del que podría estar enamorada. Y es mejor si dejo que la realidad se inmiscuya ahora mismo, porque

siempre se inmiscuye eventualmente. Es posible que Hayes no sea capaz de darme más. Y quizás, por el momento, yo tampoco soy capaz de hacerlo.

Capítulo 31

El lunes por la mañana estoy llena de adrenalina y pavor.

El viaje de ayer a Los Ángeles fue silencioso y espantoso. Me preguntó si quería ir a su casa cuando llegáramos, la pregunta era tan forzada que fue doloroso escucharla. Le dije que tenía que lavar la ropa y no hemos hablado desde entonces.

Cuando llego a la casa de Hayes, ya lo encuentro abajo, luciendo menos arreglado de lo normal. Lleva bata médica en lugar de traje, y parece que su cabello se ha pasado las manos por él con demasiada frecuencia. Quiero preguntarle qué está pensando, pero no soy lo suficientemente valiente y, de todos modos, tiene prisa.

Agarra su café mientras se levanta.

—¿Cómo pasaste la noche? —pregunta abruptamente.

Yo trago.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien. —Su boca se cierra, luego se abre y luego se vuelve a cerrar—. ¿Podemos hablar después?

Mi corazón comienza a martillar en mi pecho. *Podemos hablar* nunca es bueno. Es como “sin ofender, pero...” o “con el debido respeto...” una advertencia que no te gustará lo que escucharás a continuación. Le doy el menor asentimiento imaginable en respuesta, mi estómago se hace un nudo, pero me recompongo rápidamente. Sabía que esta podría ser la reacción de Hayes a nuestra situación y por el bien de ambos, tengo que aceptar su elección.

No soy la misma chica que quedó devastada cuando Matt me fue infiel, ni soy la que se escapó de la casa de Brad Pérez y lo evitó durante un mes completo después. Puedo sobrevivir a lo que sea que

tenga que decir Hayes... pero me alegro de tener el resto del día para mentalizarme, porque en este momento, el espectro me está enfermando un poco.

Dejo mi café y sigo con mi día. Llevo dos horas en el trabajo cuando suena el timbre y encuentro a Jonathan parado ahí con Gemma en una cadera. A pesar de mi mal humor, sonrío al verlos juntos.

—Pareces un viejo profesional.

—*Viejo* es la palabra clave, porque me siento extremadamente viejo —dice, bajando a Gemma. Ella corre rápidamente en un estilo de niño tambaleante hacia las escaleras, y él se lanza para alcanzarla—. Estoy envejeciendo alrededor de una década por semana. Mantenerla con vida es un trabajo de tiempo completo.

—Eh. ¿No es regar una vez por la mañana y podar semanalmente como pensabas?

—Ja, ja —dice sin humor—. Ella tiene un deseo de morir. No puede pasar dos segundos sin tirar una silla encima de ella o intentar escalar una estantería.

La levanto y la hago rebotar en mi cadera mientras Jonathan se hunde en el sofá.

—No sabes lo bueno que es simplemente estar sentado —suspira. Cierra los ojos—. La amo a muerte, pero es agotador preocuparse por alguien todo el tiempo.

¿Qué tan agotador es? Me pregunto. ¿Es tan agotador que quiere regresar antes a su trabajo? Esta fue siempre su vida, no la mía, y tuve suerte de que me dejara ser parte de ella, pero realmente necesito tiempo para arreglar las cosas con Hayes.

—Si quieres volver antes —le digo en voz baja, incapaz de mirarlo a los ojos—, lo entiendo.

Él se inclina hacia adelante, presionando los codos sobre las rodillas.

—Es todo lo contrario. Ahora que estoy en casa con ella, ya no puedo imaginarme trabajando esas horas. En un mundo ideal, volvería a tiempo parcial. Sé que te irás a casa, pero me preguntaba si querías quedarte a tiempo parcial hasta que te vayas.

¿Cambiaría algo entre Hayes y yo si me quedara? Probablemente no. Todavía me iré a finales de agosto y no es tiempo suficiente para construir algo duradero, pero ya me siento cada vez más débil, anhelando una oportunidad de algo que quiero, sin importar cuán improbable sea. Mi aliento se libera en un suspiro largo y resignado mientras lo contemplo.

—¿Qué está pasando, Tali? —él pide.

Me encuentro con los ojos de Jonathan. Me conoce casi tanto tiempo como Matt, y probablemente me conoce mucho mejor. Terminaré diciéndole la verdad eventualmente, si no la adivina directamente.

—Me gusta. Me gusta de la misma forma en que me advertiste que no lo hiciera.

La sonrisa de Jonathan es suave.

—Nunca te advertí que no te gustara. Te advertí que no lo follaras y te escaparas como lo hiciste con Brad Pérez.

—¿Por qué te importaría? —pregunto—. No podrías haberte preocupado porque *yo* pudiera lastimar a *Hayes*.

Él duda.

—Porque vi el potencial en ambos para más, y nada podría arruinarlo más rápido que otra de tus espeluznantes aventuras de una noche, o las tuyas. Quería que se conocieran primero antes de que uno de ustedes pudiera presionar el botón de autodestrucción.

—Casi haces que parezca que lo hiciste intencionalmente —le digo—. Como si por eso me contrataras.

Y en respuesta, guarda silencio.

Mi mirada se aparta de Gemma, que camina frente a mí a lo largo de la mesa de café de cristal, hacia su padre.

—Oh, Dios mío —le susurro, mirándolo. No podía entender por qué Jonathan había sido tan perverso al contratarme, y ahora, por fin, lo hago—. ¿Me contrataste por la remota *posibilidad* de que nos enamoráramos? ¿Adoptaste a Gemma o es solo un bebé de utilería que estás pidiendo prestada para esto?

Él se ríe.

—No salí del país durante dos meses únicamente para emparejarte con mi jefe, no soy tan romántico, pero, sí, pensé que había una posibilidad.

Aprieto el puente de mi nariz.

—¿Por qué? Yo era una bartender con un empleo marginal y una mala actitud hacia los hombres, y Hayes es... bueno, es *Hayes*. Los dos juntos no tenemos sentido.

Se encoge de hombros.

—Estaba tan enamorado de ti esa noche en el bar, y cuando le dije que se retirara porque habías tenido un año difícil, lo *hizo*. Él realmente se preocupaba por ti, incluso entonces, más de lo que se preocupaba por sí mismo.

—Así que eso realmente sucedió —susurro las palabras con incredulidad. Claro, escuché a Hayes decir lo mismo en la fiesta... supongo que no quería permitirme creer que era verdad—. Pero él no quiere una relación.

—Por lo que parece, Hayes ya está en una relación. —La boca de Jonathan se convierte en una sonrisa—. ¿*Laguna Beach*, Tali? Y antes de que digas que solo lo estabas ayudando durante las vacaciones, déjame decirte cuántas *vacaciones* me he tomado con Hayes en los dos años que he trabajado para él.

Tengo tantas ganas de creerle, pero solo me hará sentir más

aplastada cuando descubra que estaba equivocada. Necesito protegerme. He recorrido un largo camino desde que Matt me rompió el corazón, pero con Hayes sería mucho peor.

—Eso no significa que quiera una relación. Eso no significa que no se asustaría si pensara que esto es una, y no puedo simplemente esperar a que él esté listo, porque es posible que eso nunca suceda.

Él asiente.

—Entonces, ¿debería considerar contratar a otra persona?

Yo tampoco puedo soportar eso. No puedo soportar imaginarme a una mujer fatal que se parezca a Ella aquí en mi lugar todos los días. Entierro mi cara en mis manos.

—Puedo quedarme a tiempo parcial hasta mediados de agosto —digo—. Y después de eso, ¿solo puedes entrevistar a hombres?

—Oh, Tali —canturrea, como si yo fuera una niña que le hubiera fracturado la rodilla—. Quizás para entonces todo habrá funcionado por sí solo, y ni siquiera importará a quién contrate.

Permito que la parte más pequeña de mí tenga la esperanza de que él tenga razón, que confíe en algún punto futuro, dentro de semanas y semanas, donde Hayes arregla todo mágicamente o yo encuentro la manera de arreglarlo yo misma.

Y luego esa esperanza muere cuando una de las enfermeras de la oficina de Hayes me envía un mensaje de texto, diciendo que está suturando ahora mismo y que quiere que lo vea en una hora. *Es mejor no poner fin a las cosas en la casa, en caso de que se nieguen a irse*, dijo una vez.

Al parecer, es mi turno. La única sorpresa es que no lo vi venir antes.



Él mira hacia arriba cuando entro a su oficina una hora más tarde. Veo fatiga y desgana en el gesto, lo que me enoja. Hice todo bien, nunca le pedí nada y, sin embargo, aquí estoy, siendo tratada como una chica desesperada enamorada.

—Hey —dice—. ¿Puedes cerrar la puerta?

Mi mandíbula rechina, pero hago lo que me pide. Viene a mi lado del escritorio y toma uno de los dos asientos ahí, girándolo hacia el mío.

Su lengua se lanza para tocar su labio, en busca de palabras. Estoy medio inclinada a decirle que no se moleste.

—Estaba realizando la que posiblemente sea la cirugía más compleja que hago —comienza vacilante, mirándose las manos—, y pasé todo el tiempo pensando en esto, en lo que pasa con nosotros. Me está estresando.

Mis ojos se cierran.

—Nunca esperé nada de ti —le digo entre dientes. Mi garganta se hincha y trago saliva. Me niego a llorar frente a él, porque en realidad, es mi culpa. Me dolía mucho la forma en que trataba a las mujeres, la forma en que podían esperar cosas de él, pero todas estaban bien. Soy la única idiota al que ha tenido que dar este discurso—. Pensé que lo dejé bastante claro ayer cuando volví a mi casa.

—¡Exactamente! —dice, metiéndose las manos en el pelo—. Estás actuando como si fuera un idiota del que no puedes escapar lo suficientemente rápido.

Parpadeo. Esperaba quejas sobre la forma en que llevo mi corazón en la manga y lo incómodo que es para él... pero no esto.

—No dijiste una palabra de regreso del aeropuerto —continúa—. Ni siquiera me dejaste llevar tu maleta. Te pido que vuelvas a mi casa y me dices que tienes que lavar la ropa, no tengo idea de lo que realmente quieres. Según la forma en que estás actuando, supongo que no quieres nada en absoluto.

—¿Importa lo que quiero? —susurro—. Tú no quieres nada.

—¿Qué he dicho para llevarte a esa conclusión? —él pregunta—. He pasado todos los momentos libres que he tenido contigo durante meses, Tali. Me he esforzado por encontrar excusas para pasar tiempo contigo en cualquier oportunidad que tengo. Me tomé cuatro días libres este año calendario y los pasé todos contigo.

Pongo mis manos frente a mi cara.

—Soy la persona que contrataste para deshacerte de chicas como yo —susurro—. Solo estaba tratando de asegurarme de que no tuvieras que pedirme que me fuera. Sabía lo que esto implicaba. No quería tener expectativas poco realistas contigo.

Me sube a su regazo y yo voy de buen grado, a horcajadas sobre él, encontrando su boca, y no sé cómo puedo extrañar algo que apenas he tenido hasta hace dos días, pero lo sé en el fondo de mi instinto: he extrañado esto. Lo he echado de menos, como si él fuera un órgano crítico y yo estuviera fallando por su ausencia.

—No puedo creer que todavía te mintieras a ti misma después de este fin de semana —dice, inclinándose hacia atrás para tomar mi rostro entre sus manos. No respondo, simplemente acerco su boca a la mía. Sus labios se deslizan luego de mi boca a mi cuello, con besos suaves y adoradores que me envuelven de formas que ni siquiera puede imaginar. Apenas hemos comenzado y ya estoy deseando más: el roce de su mandíbula sin afeitar contra mis muslos y él dentro de mí.

Lo quiero tan apretado contra mí que no pueda existir un susurro de espacio entre nosotros, y él está palpitando bajo su ropa interior, lo que sugiere que no soy la única. Lo tomo de la cintura.

—Estabas estresado por tu conferencia, no tenía ni idea de si tenía algo que ver conmigo.

—No me pongo nervioso antes de los discursos —dice, deslizando mi falda por mis muslos hasta mi cintura, sus dedos se deslizan dentro de mis bragas—. Lo dijiste, y dejé que lo pensaras cuando en realidad, había estado hecho nudos debido a ti todo el día. —Su pulgar se mueve en círculos sobre exactamente el lugar correcto—. Mierda. No tengo condón.

—Yo sí —digo en un jadeo, alcanzando mi bolso sin dejar su regazo. Él levanta una ceja, preguntándose por qué la chica que no duerme con nadie tiene condón—. No me juzgues. Me gusta estar preparada.

Rasga el envoltorio con los dientes y lo enrolla.

—Por ahora, estaré agradecido.

Tirando de mi ropa interior a un lado, me levanta lo suficiente como para poder liberarse de la ropa interior y sus bóxers. Me acerco entre nosotros y lo agarro. Pesa en mi mano, duro como un clavo. Mi pulgar roza esa vena que late a lo largo de su longitud, y sus ojos se cierran con fuerza.

—No voy a durar —dice—. De nuevo.

No estoy del todo recuperada del fin de semana. El ajuste es tan apretado que duele cuando me deslizo por él, pero es el mejor tipo de dolor posible, el tipo que te hace empujar las caderas hacia adelante por más.

Sus párpados se bajan como si estuvieran drogados, pero debajo de ellos, sus ojos brillan con calor. Su boca se abre.

—No he pensado en nada más que en esto durante veinticuatro horas —dice entre dientes.

Una obsesión como esta es algo fugaz, pero no me voy a preocupar por cuánto tiempo durará su interés. Voy a disfrutar cada minuto mientras lo hace.

Capítulo 32

Las ratas mueren después de nueve días sin dormir. Incluso teniendo en cuenta la vida útil más larga de los humanos, imagino que Hayes y yo tenemos solo unos pocos días más antes de que cambiemos o perezamos. Al menos moriré feliz.

Desde hace cinco días, hemos estado así. Apenas comiendo, definitivamente sin dormir, abandonando el trabajo al primer minuto posible. Realmente no discutimos el hecho de que me iré. Un día me pregunta *si quiero ir*, como si lo que quiero fuera incluso relevante. Cuando tu familia te necesita, das un paso al frente. Él lo deja pasar después de eso. Nunca menciona lo que pasará con nosotros después de que me vaya, pero ¿por qué lo haría? Un tipo que no ha sido monógamo en una década no lo intentará repentinamente a *larga distancia*. Lo cual está bien, me recuerdo. Nos estamos divirtiendo, viviendo el momento. Simplemente lo disfruto mientras dure.

No estoy en nada más que una camiseta, preparándole un batido, cuando baja las escaleras. Sus ojos me recorren de la cabeza a los pies, ya no son sutiles como solían ser. En circunstancias normales, deambular por su cocina a medio vestir me lleva al sexo en la encimera o el sofá o incluso dentro de la despensa, durante una ronda especialmente interesante. Excepto que hoy ya está retrasado.

—Estás tratando de torturarme —gime.

Me río.

—¿Está funcionando? —Enciendo su elegante cafetera (la ventaja de follarme al jefe es que no quiere que me levante temprano para ir por su Starbucks) con un poco de inclinación excesiva para que mi trasero esté a la vista.

Sus ojos se oscurecen.

—Mierda —gime—. Me quedaré sin trabajo si esto sigue así.

—Deberías estar sin trabajo. —Revuelvo el azúcar en su café con leche (extrañamente, ahora me gusta hacer esto por él) y cruzo la cocina con él—. El tuyo te hace miserable.

—A pesar de lo que puedas pensar —dice—, no soy rico de manera independiente. Necesito trabajar.

—Pero odias las visitas a domicilio, y parece que temes la mitad de las cirugías que haces —discuto—. Si la pediatría es lo que te inspiró en primer lugar, tal vez ahí es donde debes estar.

Su mandíbula se mueve.

—No lo creo.

Toma un sorbo de su café y yo espero. Con Hayes descubrí que a veces el silencio, en lugar de fastidiar, es la mejor manera de obtener información de él.

—Todo lo que recuerdo de ese período cuando Dylan murió y Ella se fue, aparte de la culpa, es sentirme aterrorizado por volver a pasar por eso —dice finalmente—. No necesito ese tipo de presión.

Me inclino hacia adelante, atraída por la posibilidad de llegar finalmente al meollo de esto.

—¿Presión?

—La presión de preocuparse tanto.

No estoy segura de si está hablando de la presión de preocuparse por sus pacientes o del riesgo de amar a otra persona. Sospecho que son ambos.

—Hayes —digo, mi voz suplicando en voz baja—, no estoy segura de que no sentir nada en absoluto sea una mejor opción.

Quiero que esté de acuerdo conmigo, y que me diga que lo que tenemos es diferente. Una chica más inteligente probablemente

tomaría nota del hecho de que él no lo hace.



En mi último día de tiempo completo Jonathan viene a buscar los teléfonos. Durante las próximas semanas, él se encargará de las llamadas y la agenda desde su casa mientras yo me ocupo de todo lo demás.

Si fuera por Hayes, no trabajaría en absoluto, y él lo ha dicho, pero que un hombre me pague por deambular desnuda por su casa se siente como un giro en la dirección equivocada, y todavía tengo suficiente tiempo libre después de hacer sus pendientes para escribir algo. Ya no tengo que dedicar más tiempo a mirar fijamente a mi computadora portátil; las palabras vuelan ahora, porque finalmente me di cuenta de que este libro no es la historia de amor de Aisling y Ewan. El suyo era el amor de niños, no de adultos. Son Julian y Aisling quienes atraviesan la página, cuyos choques se manifiestan con un destello de color y un estallido de sonido. Es su historia ahora, aunque no lo fuera cuando comenzó el libro.

Acabo de terminar de escribir la escena de sexo, es lo suficientemente suave para una novela para adultos jóvenes, pero todavía me ha excitado, cuando Hayes envía un mensaje de texto desde su auto, diciendo que terminó temprano:

Muéstrame a qué voy a volver a casa.

Me quito los zapatos y me voy a su habitación, me desnudo y me meto en la cama. Ha pasado mucho tiempo desde que intenté tomar una foto desnuda. Había olvidado lo difícil que es conseguir un ángulo sin papada o pechos cayendo de forma extraña, aunque estoy

extrañamente segura de que estaría feliz con cualquier cosa mientras yo estuviera desnuda.

Le envió la única foto decente que pude tomar, y me envía un mensaje de texto de inmediato, diciéndome que me quede donde estoy.

En cuestión de minutos, lo escucho entrar por la puerta, subir las escaleras de dos en dos, y luego está parado en el umbral.

—Quítate esa sábana —gruñe, mirándome de una manera que me da el mejor tipo de escalofríos.

Cumplo, y su mirada me devora mientras se mueve hacia los pies de la cama. Se quita la camisa, con todos los músculos tensos y la urgencia. Los pantalones siguen, mis piernas se abren mientras él trepa sobre mí, apoyándose en sus antebrazos, con su boca presionada contra la mía.

Nunca me cansaré de esto, Pienso, mientras lo miro. Hayes, abierto para mí, con los párpados pesados mientras empuja dentro de mí.

No tendrás la oportunidad de cansarte de esto, una voz cínica en mi cabeza contraataca, y la mando lejos. Nuestro tiempo es fugaz y me niego a dejar que la verdad lo arruine todo.

Una hora después, me he corrido más veces de las que puedo contar y estoy acurrucada contra él. Estos momentos son mis favoritos: el olor de su piel contra mi nariz, su mano acariciando mi espalda desnuda, la forma en que parece tan completamente satisfecho. Estoy casi adormecida por el cansancio y el subir y bajar de su pecho cuando habla.

—¿Cuándo podré leer tu libro? —me pregunta.

La pregunta me despierta. Ni siquiera había considerado la posibilidad, ni quiero hacerlo. Leer una historia que sea paralela a nuestro tiempo juntos le diría mucho más sobre cómo me siento de lo que estoy lista para que él sepa.

—Nunca —respondo.

—¿Por qué? —pregunta con una pizca de sonrisa—. ¿Porque soy Julian y Matt es Ewan? Y si Ewan es en realidad *Sam*, me sentiré realmente *molesto*.

Su arrogancia, tan exasperante en otro tiempo, ahora me hace reír. Además... tiene razón.

—¿Qué te hace pensar que Julian eres *tú*?

—Alto, apuesto, irresistible. Obviamente, soy yo. Aunque no puedo creer que me hayas llamado *Julian*. ¿No podría haber sido algo más varonil, Steve, quizás, o Chuck?

—Sí, tanto Steve como Chuck suenan totalmente como nombres populares para la realeza de los fae en el siglo XIX. —Mi mano se desliza sobre su pecho. Apuesto a que puede ir una ronda más antes de la cena.

—Al menos dime cómo termina, como mínimo.

Mi palma se queda plana y quieta.

—No sé cómo va a terminar todavía —respondo, más tranquila ahora.

Aisling no termina con Ewan, pero todavía no veo cómo puede terminar con Julian tampoco. Y el mero hecho de que estoy luchando por encontrar un final feliz creíble, cuando tengo magia de faes infinita a mi disposición, me recuerda que un final feliz en la vida real, con Hayes, es incluso menos probable.

Capítulo 33

Lo sé, de verdad lo hago.

Sé que no puedo preguntarle a un tipo que no está seguro acerca del compromiso en dónde estamos cuando me mude, y no tendría las agallas para hacerlo de todos modos, pero eso no me impide esperar que lo mencione.

Menciono Kansas de vez en cuando, como si el recordatorio que lo dejo lo empujara a la acción. Y nunca lo hace, ni una sola vez. Sin embargo, sigo intentándolo.

—La comida tailandesa en casa no sabe a esto —le digo una noche mientras compartimos pollo al curry rojo y fideos borrachos en su terraza trasera—. Es más parecido al paprika espolvoreado sobre un pastel de pollo.

Esto no es del todo cierto. Lo digo principalmente para mencionar mi hogar, el lugar al que volveré muy, muy pronto. Como si fuera a decir *hablando de casa, hablemos de cómo podemos continuar con esto cuando estemos muy separados*.

—Me sorprende que incluso tengan comida tailandesa en Kansas —dice en su lugar.

—Actúas como si yo viviera en Siberia. Estoy a diez minutos de una ciudad universitaria. —Y un pequeño aeropuerto—. Por supuesto que tenemos.

—Vas ahí mucho, entonces —dice. Hay algo duro y seguro en su voz que lo hace sentir como si estuviera diciendo algo completamente diferente, pero no tengo ni idea de qué es. Empuja su plato a un lado, apenas tocó la comida, y se sirve una copa de vino.

—¿Hay algún problema? —pregunto.

Sus ojos se han vuelto casi negros en la penumbra.

—Todavía no me queda claro por qué todo esto está cayendo sobre ti. Has pagado por todo. ¿Por qué tu hermana no puede dar un paso al frente?

—Liddie tiene una hija y un marido en otro estado. Soy la única de nosotros que no tiene trabas.

Se pone rígido, pero no discute. Solo hemos estado juntos unas pocas semanas, sin decir una palabra sobre el compromiso, por lo que ciertamente no me *estorba*.

—Parecen muy felices de dejar que cada gramo del peso caiga sobre tus hombros, Tali —dice en voz baja—. Supongo que lo que me pregunto es por qué nunca te opones.

Siento una pizca de frustración. Es como si me estuviera culpando por ser madura sobre una situación que realmente no puedo controlar en primer lugar.

—¿De qué serviría objetar? —discuto—. Charlotte y mi mamá están bastante jodidas por la muerte de mi papá y necesitan ayuda. Fin de la historia.

—¿Y tú no lo estás? —pregunta—. Veo la forma en que tu cara se cae cada vez que menciono a tu padre.

—Ojalá no estuvieras arruinando nuestra linda noche al mencionarlo ahora. ¿Por qué siento que quieres pelear?

Su mandíbula se tensa.

—No lo hago. Parece como si tú estuvieras evadiendo algo.

No lo entiende porque en realidad no tiene familia. Ninguno de sus padres le ha mostrado mucho en cuanto a lealtad u obligación, y cuando me vaya de aquí, volverá a estar solo. Eso, de todo esto, es lo más difícil para mí. Probablemente llenará mi asiento con mil *Angelas*, *Savannahs* y *Nicoles*, pero sé que no se preocuparán por él como yo. Sé

que no lo llenarán como yo, pero no estoy segura de que él realmente vea la diferencia.

Nos quedamos en silencio por un minuto, él bebiendo su vino, y yo empujando mi comida mientras me preocupaba por él.

—Vámonos este fin de semana —dice de repente—. Yo haré la planificación.

Mi boca se abre. No puedo pensar en nada que me gustaría más. Y luego sonrío como una loca de amor.

—¿Qué vamos a hacer?

—Es una sorpresa —dice. Y por primera vez desde que comenzó esta conversación, la luz vuelve a sus ojos.



—¿A dónde crees que irán? —Drew me pregunta sin aliento durante el desayuno en su cabaña en el Chateau Marmont, que es mucho más tradicional de la década de los 50's que el lujo de las celebridades, pero al menos la comida es buena.

—No tengo idea —suspiro, escarbando en mi tortilla. Rogué, engatusé, intenté hacer trueques. Entré en susurros telefónicos con Jonathan y Ben, vi papeles enviados a la casa. Es un lado completamente nuevo de él, un lado juguetón y cariñoso, y lo adoro, incluso si el misterio me está volviendo loca.

—Sin embargo, es dulce —dice Drew—. Que quiera sorprenderte, yo solo quiero que Six me invite a alguna parte. Ni siquiera tiene que sorprenderme.

—Pensé que estábamos de acuerdo en que ibas a salir y conocer a alguien más y pasar un tiempo increíble.

—¡No puedo! —ella llora—. ¿Quién va a salir conmigo con este aspecto? —Está convencida de que ha ganado peso, razón por la cual nos escondemos en su cabaña; de lo contrario, aparecerán las fotos inevitables, acompañadas de una historia que insinúe que tiene el corazón roto. Peor esta vez, dice ella, porque es verdad.

—Cualquiera en el mundo saldría contigo —respondo—. Eres hermosa.

Ella agarra un croissant y arranca un trozo.

—No según mi manager. Quería que perdiera cinco libras antes de mi gira, y ahora he ganado cinco.

Dejo mi tenedor. Drew parece rodearse de personas que son horribles, que le dicen las peores cosas con absoluta impunidad, cosas que ni siquiera son ciertas, y ella las cree todas.

—No es necesario bajar de peso, pero si es necesario despedir a ese manager.

Ella se encoge de hombros.

—Él no lo diría si no fuera cierto. Está bien. Seguiré una dieta de cocaína durante la próxima semana y bajaré de peso. —Sus ojos se iluminan, de repente—. ¡Quizás te diga que te *ama* este fin de semana!

—No creo que necesite un abogado para eso. —Todavía no tengo idea de por qué Ben está involucrado.

Sus ojos se agrandan.

—Quizá te proponga *matrimonio*. ¡Es un acuerdo prenupcial!

Obligo una sonrisa.

—Hace solo unas semanas estábamos en el 'oh bien, te sacaste el vómito del vestido'. Dudo seriamente que sea algo como lo que estás pensando.

Y tendría que ser así, ¿no es así, para que todo salga bien?

Capítulo 34

La mañana de nuestro viaje, mi teléfono suena temprano. Demasiado temprano.

Apenas hay luz y Hayes a mi lado ni siquiera se mueve al oír el sonido. Agarro su camiseta del suelo y me dirijo hacia las escaleras.

—¿Tali? —pregunta mi madre con voz temblorosa y tensa, como si estuviera llorando.

—¿Qué pasó? —Apenas puedo pronunciar las palabras—. ¿Es Charlotte?

—Soy yo. Anoche tuve un accidente automovilístico y me rompí la pierna. Dicen que no podré conducir durante meses. Sé que no vendrías a casa hasta dentro de algunas semanas, pero ni siquiera puedo ir a la tienda.

Dejo escapar un suspiro. Si fuera una mejor hija, saldría corriendo, pero seguramente, ¿puede esperar hasta que termine el fin de semana, al menos?

—Está bien —le digo—. Iré, pero después del fin de semana, yo voy a...

—Te necesito aquí hoy —dice—. La situación es... complicada.

—¿Complicada *cómo*?

—Bebí un poco —dice—. Entonces, obtuve un arresto por conducir ebria y el oficial dice que lo golpeé y... bueno, el resultado es que ahora estoy bajo custodia policial y en el momento en que me den de alta del hospital me llevarán a la cárcel. Necesito que estés ahí para pagar la fianza.

—Dios, mamá —le susurro. Hay tanto que decir que ni siquiera sé

por dónde empezar. Ella es la madre, no es mi trabajo regañarla, pero, ¿cómo pudo haber sido tan irresponsable? Tomo respiraciones pequeñas y superficiales. La culpo a ella y me culpo a mí misma. En secreto, esperaba que se recuperara antes de que Charlotte regresara. Fue increíblemente estúpido de mi parte, y egoísta. Quería mucho ese tiempo extra con Hayes.

—Volveré a casa. Lo arreglaré —le digo, pero algo se endurece dentro de mí. Siempre sentí que mi lealtad hacia mi familia era infinita. Por primera vez, veo un punto final. Haré lo que sea necesario por Charlotte, pero no estoy segura de que alguna vez perdonaré a mi madre por hacerme renunciar a lo que estoy a punto de hacer.

Cuelgo y tomo una respiración larga y temblorosa.

—¿Qué pasó? —pregunta Hayes.

Miro su rostro y quiero llorar. Estas semanas han sido increíbles, pero no se han hecho promesas. De todos modos, ya no tenía ninguna razón para estar en Los Ángeles y no podía pedirle que me esperara.

—Tengo que irme a casa —le susurro—. Mi mamá se rompió la pierna.

Se arrodilla a mi lado, todavía con nada más que bóxers.

—¿Por cuánto tiempo? — él pregunta.

Probablemente esté haciendo las mismas matemáticas que yo: preguntándose cuánto tiempo habría durado esto de todos modos, preguntándose si vale la pena sugerir que continuemos.

Yo trago.

—Mucho tiempo —respondo—. Al menos hasta que Charlotte esté en la universidad el próximo año.

Entierro mi cara entre mis manos y él me empuja contra su pecho. Mis lágrimas no son realmente por mi mamá o mi hermana, porque

nada ha cambiado. Estoy llorando porque este es el final de lo que tuve aquí con Hayes, y se siente tan jodidamente injusto.

Finalmente, me ayuda a levantarme del piso y me reserva un vuelo a casa al mediodía.

—¿Necesitas ir a tu apartamento y empacar? Te llevaré ahí.

Niego con la cabeza.

—Tienes pacientes. Vas a llegar tarde.

—No tengo, de hecho —dice—. Íbamos a partir esta mañana para nuestro viaje.

Mi corazón duele. Él ha cambiado mucho en los últimos meses. Está feliz, y se está tomando un tiempo libre, e hizo esto por mí y ahora... ¿qué pasará?

—¿Cuál era la sorpresa?

Él traga.

—Te lo diré en otro momento. —Yo simplemente asiento con la cabeza, demasiado triste para siquiera presionarlo.

Dejo que me lleve a mi apartamento. Subimos las escaleras sin decir nada. Y con cada paso, me doy cuenta de todas las experiencias con él que nunca volveré a tener.

Nunca esperará en la encimera por otro batido, con su mirada en mi trasero todo el tiempo. Nunca verá su rostro iluminarse cuando entro a su oficina, ni captaré esa sonrisa de alivio cuando me ve esperándolo al final del día. Nunca más me desnudará, gruñendo alguna queja sobre cómo estoy usando demasiada ropa mientras me mueve hacia la cama.

Ya está todo en el pasado, cuando parece que apenas ha comenzado.

Cuando llegamos a mi apartamento, entro, pero él permanece en el

umbral, rígido. Que no encajamos nunca ha sido más claro que ahora. Estoy acostumbrada a la forma en que vivo, pero para él, debe parecer que estoy prácticamente sin hogar, en cuclillas en un lugar que es aproximadamente del tamaño de su armario. En su casa, nunca sentí que mi deuda me hiciera menos persona, pero ahora lo veo a través de sus ojos, ¿y cómo no?

—Ahora ves por qué nunca quise que vinieras aquí.

—¿Por qué vivías así? —pregunta—. Has estado ganando mucho dinero.

—Estaba ahorrando para devolver el anticipo en caso de que fuera necesario y pagar el resto de la estadía de Charlotte. No estaba bromeando sobre todos los fideos ramen.

Él se sienta en la cama, con los hombros encorvados y la mandíbula ceñuda.

—¿Por qué diablos no me lo dijiste? Te habría ayudado.

—Porque no quiero ayuda —respondo. Quería que se sintiera como si fuéramos iguales, lo que parece ridículo ahora que él está aquí. Nunca fuimos iguales.

Saco mis maletas del armario y empiezo a hacer las maletas. Él abre un cajón y luego se detiene.

—¿Qué te llevarás?

—Todo. —No sé por qué es tan difícil decirlo en voz alta—. Mi contrato de arrendamiento vence pronto de todos modos. Tomaré lo que pueda y veré si Jonathan puede deshacerse de la cama.

Quiero, con todo mi corazón, que sugiera una alternativa, pero el parpadeo de un músculo en su mejilla es su única respuesta. ¿Y qué podría haber dicho? Para cuando me libere de mi familia, no habrá nada aquí a lo que volver. Sin un trabajo y sin un apartamento. Hayes habrá seguido adelante y yo estaré tan endeudada que ni siquiera podré permitirme un basurero como este.

Ya casi terminamos cuando llego al vestido beige. Ni siquiera tendré un lugar para ponérmelo de nuevo. Tal vez en la graduación de Charlotte de la escuela secundaria o el bautismo del próximo hijo de Liddie. Los únicos grandes eventos que veo por delante ahora pertenecen a mis hermanas, no a mí. Me quedaré en Kansas, viviendo con mi madre y la gente hará referencia al contrato de un libro que obtuve como si fuera mi único logro. Y todo eso palidece al lado del hecho de que Hayes no estará a mi lado en nada de eso.

Me encuentro empujada contra su pecho, ni siquiera me di cuenta de que estaba llorando, y eso solo me hace llorar más fuerte, porque ¿cuántos minutos más de esto tendré en mi vida? ¿Cuántas veces más me apoyaré en él y lo inhalaré, y cómo diablos voy a sobrevivir sin eso?

Su boca encuentra la mía, y aunque estoy avergonzada por mis lágrimas, a él no parece importarle. Hay desesperación en nuestro beso, pero sus manos son suaves mientras me quita la camiseta y los pantalones cortos, revelándome como si fuera algo para ser atesorado. Él está encima de mí, dentro de mí, cuando de repente se detiene y aparta el pelo de mi cara, mirándome como si fuera la única cosa en el mundo que le importa.

Y me doy cuenta de algo: nunca me sentí así con Matt. Nunca me sentí contenta, y con el corazón roto y completa con él. Nunca me sentí *vista*. Nunca estuvo tan profundo en mi sangre como para sentir su tristeza y su alegría como si fuera la mía, como si importara más que la mía.

No hubo una señal de Matt porque, en primer lugar, nunca fue adecuado para mí.

Y Hayes lo es, pero lo descubrí demasiado tarde.



Vamos en silencio de camino al aeropuerto, con su mano apretada alrededor de la mía. Se detiene junto a la acera y hace señas a un portero para que me ayude con mis maletas.

Es hora de decir adiós y no estoy preparada para ello.

Mi boca se abre, pero Hayes me atrae hacia él, con sus manos enmarcando mi rostro. Me besa con fuerza, como si pudiera exprimir los besos de toda una vida en un solo momento.

—Dime lo que quieres —dice.

Mi garganta se hincha. Lo quiero a él. Quiero una vida con él aquí, pero incluso si él acepta ahora, en el transcurso del próximo año terminaría rompiéndome el corazón.

—Nada. No tiene sentido. No va a suceder.

Se pone rígido y el color parece desvanecerse de su piel. Una parte de mí quiere retractarse, pero es mejor que seamos honestos al respecto. No puedo pedirle que me espere un año. No sería justo, y eventualmente se sentiría como un fracaso más para él, una forma más en la que se convence a sí mismo de que Ella tenía razón cuando nunca fue razonable en primer lugar.

Me pongo de puntillas y beso su mejilla por última vez, memorizando el delicado roce de su mandíbula sin afeitarse, el olor de su jabón, y la sensación de su piel.

—Adiós. Y gracias, me encantó cada minuto de esto.

Y luego me doy la vuelta y dejo California, y lo que más amaba aquí, atrás.

Capítulo 35

Cuando Matt y yo vivíamos en Nueva York, solía soñar con mi hogar, despierta y dormida. Soñé con relámpagos de calor en las noches de verano y la forma en que el cielo se volvería quieto y amarillo antes de que llegaran los tornados. Soñé con enormes nevadas en invierno, con aire templado entrando por mis ventanas a fines de la primavera, incluso con esos malditos escarabajos que entraban por todas las grietas de la casa en el verano... también los extrañaba.

Ahora estoy de regreso y este ya no es mi hogar. Todo ha permanecido igual: las mismas alfombras gastadas por el tiempo y la mesa de roble rayada, el mismo sofá golpeado en la sala de estar, pero nada de eso tiene ningún significado.

No hay mucho que hacer, aparte de llevar a mi madre a ver a un abogado y preparar la casa para el regreso de Charlotte, pero me siento abrumada. Entonces, ignoro los textos de Jonathan y Drew. Evito las llamadas: de viejos amigos que han oído que estoy en casa, de Fairfield, que dicen que hay un problema de facturación, de mi agente, que quiere esos últimos capítulos de un libro que parece que no puedo terminar. Sobre todo, no leo los blogs de chismes. Ni uno solo de ellos.

Hayes ha enviado mensajes de texto varias veces, preguntando cómo voy. Nada personal. Nada que indique que somos otra cosa que amigos lejanos. Por lo que parece, su vida ha continuado como antes. Supongo que es lo mejor, incluso si no puedo hacer lo mismo.

Todos, desde los vecinos hasta los cajeros y la bibliotecaria, me preguntan si es bueno estar de regreso. Tengo que mentir, porque no puedo decirle a nadie que el hogar, para mí, ya no es lugar. Lo es el sonido de la risa de Hayes, y la vista de él quitándose el pelo de los

ojos, o bebiendo a regañadientes un batido que odia únicamente porque lo hice para él, la forma en que lucha por no sonreír cuando imito su acento, o su singular disposición a decir siempre lo peor posible.

Mi hogar es Hayes, y lo voy a extrañar cada minuto del día durante mucho, mucho tiempo.



Estoy en la cama la mañana de la primera reunión de AA de mi madre —a sugerencia de su abogado, aunque parece que soy yo con quien ella parece resentida— deseando poder quedarme aquí. Al final, me obligo a levantarme, a ducharme, sacar la basura, recoger el periódico y darle de comer al gato. Incluso le preparo un batido a mi madre, como lo hice con Hayes.

—¿Qué es esto? —pregunta, apartándolo incluso antes de que yo responda.

—Es bueno para ti —le respondo—. Seis tipos de verduras. Ayudará a que tu pierna sane.

Sus ojos se entrecierran.

—No seas condescendiente conmigo.

Pongo los ojos en blanco y me alejo. Solo cuando me pierdo de vista siento que se me salen las lágrimas. Hayes tenía todas las razones para rechazar los batidos, las vitaminas y las vacaciones. En cambio, tomó todo lo que yo estaba dispuesta a darle. ¿Quién se asegurará de que esté bien si yo no estoy ahí? ¿Quién lo va a obligar a tomarse un día libre? ¿Quién lo amará con todo su corazón, de la forma en que merece ser amado?

Agarro mi teléfono. Sería inútil y vergonzoso hacerle estas

preguntas. Mostrarle todas mis patéticas cartas cuando nada puede salir de eso.

Entonces, le pregunto a la manera Tali: sarcásticamente y con poca emoción:

Las aceitunas en tu martini no cuentan como verduras. Solo quería mencionarlo antes de que vuelvas a tus viejas costumbres.

Espero sin aliento su respuesta, viendo esos tres puntos girar mientras escribe.

Y luego viene. Una sola línea que me llena y me destruye a la vez.

Te extraño.

Las lágrimas caen por mi rostro mientras miro esas palabras. Y continúan cayendo mientras me siento, indefensa, con ganas de decir mil cosas en respuesta. Quiero decirle que lo amo, que desearía no haberme ido nunca y que daría cualquier cosa por estar ahí.

Quiero preguntarle si hay alguna posibilidad de que esté dispuesto a esperarme, pero no soy lo suficientemente valiente. En cambio, solo escribo:

Yo también te extraño.

Veo los tres puntos de nuevo. Desaparecen y vuelven a aparecer, luego desaparecen por completo, y me siento con la cabeza apoyada en las rodillas en el suelo del dormitorio y lloro como una niña.

Tenía muchas ganas de que dijera algo más, cualquier cosa, pero él no puede estar aquí, y yo no puedo estar ahí, entonces, ¿qué más había que decir?

Al menos sé cómo termina la historia.

Capítulo 36

No me sorprende cuando mi agente llama para expresar su disgusto con el libro. Si bien fue ciertamente realista que Aisling dejara a Julian atrás en el muro, con todo lo que sentían tácitamente el uno por el otro, la gente no paga mucho dinero por el realismo. El realismo y los finales tristes son algo que la mayoría de nosotros obtenemos gratis.

—No va a volar, Tali —dice—. No digo que sea malo, pero les vendiste un romance, y una historia que no tiene un final feliz no es un romance.

—*Los Juegos del Hambre* y *Divergente* no tienen un final especialmente feliz y parecían estar bien.

—*Tenían* romance, pero no eran únicamente de romance. A menos que quieras que Aisling derroque el reino, para que funcione.

Realmente no sé qué hacer sin reescribir todo. Aisling y Julian no pueden terminar juntos: necesita estar en casa con su hermano —ese era el objetivo del libro—, y sería poco realista que Julian atravesara el muro hacia ella. Es la realeza de los fae. ¿Qué haría él entre los humanos? ¿cultivar?

Le digo que lo pensaré un poco más.

Pero las únicas conclusiones en las que puedo pensar en este momento en particular son agridulces en el mejor de los casos.



Sam regresa de su viaje a California y viene a verme la noche antes

de que salga Charlotte. Nos sentamos juntos en el porche delantero, hablando sobre su viaje y los posibles finales del libro que mi agente no odiará.

—Quizás pueda haber alguien en casa para Aisling —dice Sam—. Alguien menos llamativo que Ewan o Julian, y le tomó la aventura en Edinad para verlo. —Su mano cubre la mía, sin dejar ninguna duda de lo que realmente está hablando. Es dulce, y si tuviera que seguir adelante con alguien, sería él, pero todavía no estoy lista para que haya un *nosotros*.

—Empecé a salir con Hayes —le digo—. Hace unas pocas semanas. Solo quiero ser honesta contigo. No va a funcionar con él, pero yo... no estoy en un buen lugar en este momento, ha hecho que volver a casa sea mucho más difícil de lo que esperaba. —Sé que llegará el día en que nos sentaremos en este porche y sentiré algo más que tristeza, porque los humanos están hechos para recuperarse. Si puedo recuperarme de la muerte de mi padre, también puedo recuperarme de Hayes, pero va a pasar un tiempo.

Sam suelta una risa corta e infeliz.

—No puedo decir que esté sorprendido. Estuvo celoso cada vez que mirabas a alguien que no era él, pero debes darte cuenta de que ese tipo no te está esperando ahí fuera. No es del tipo.

Froto mi pecho, ante el dolor que crean sus palabras. No estoy segura de por qué me golpearon tan fuerte, dado que también me he estado diciendo eso a mí misma todo el tiempo, pero incluso después de que Sam se va, parece que no puedo sacarlo de mi cabeza. *Debes darte cuenta de que ese tipo no te está esperando*. Es la razón por la que no he estado devolviendo las llamadas de Jonathan, por qué me he cerrado de tantas maneras: porque tenía miedo de que la verdad me rompiera, pero temer la verdad es casi igual de doloroso.

—Me has estado evitando —dice Jonathan cuando responde.

—Solo sabía lo ocupado que debías estar. —Jugueteo con el dobladillo de mi camiseta—. Y me sentí mal al irme como lo hice,

cuando no tenías a nadie que me reemplazara.

—Contraté a alguien el día que te fuiste —dice suavemente—. Las cosas están bien. Delia, tu reemplazo, es increíble.

Se me cae el estómago.

—¿Delia? —pregunto débilmente. No estoy preparada para escuchar que Hayes está saliendo si ni siquiera puedo soportar la idea de una *asistente*.

—Súper competente. Tiene maestría en Administración.

—Puedo imaginarlo —murmuro.

Me hundo al suelo mientras me la imagino, rubia y hermosa como Ella, buena en todo. A ella se le ocurre una forma innovadora de organizar su agenda, tiene mejor lencería que yo. Su título es, sin duda, de Harvard.

—¿Ni siquiera vas a preguntar cómo está él? —pregunta Jonathan. Hay un tono en su voz con el que nunca lo he escuchado dirigirse a mí.

—¿Estás *enojado*? —pregunto—. Lamento haberme ido como lo hice, pero sabes que no tuve otra opción.

—Sí, estoy enojado, y no tiene nada que ver con el maldito trabajo —dice—. ¿Cómo pudiste dejarlo así? ¿Sin decirle nunca cómo te sientes?

Mi garganta parece hincharse y es difícil tragar alrededor del bulto ahí.

—Porque no tenía sentido. Apenas salimos. No hubiera sido razonable pedirle que esperara, y escucharlo decir eso me rompería el corazón.

Jonathan resopla.

—Tienes esto configurado en tu cabeza como si fueras Caperucita

Roja y él fuera el Lobo Feroz. ¿Alguna vez se te ha ocurrido que podría estar aún más aterrorizado de confiar en alguien que tú? Sé que lo que Matt te hizo apesta, pero ¿puedes ver lo diferente que es que tu prometida te deje por tu padre?

—No sabía que era una competencia.

—Estás perdiendo el punto intencionalmente, que es que estás actuando como si fueras la única persona aquí que está rota o vulnerable, y no lo eres.

El deseo de discutir con él surge, por reflejo, pero mi estómago está tocando fondo al mismo tiempo porque sé que tiene razón. No sufrí que me quitaran la alfombra debajo de mí como lo hizo Hayes. Fui ingenua con Matt, pero incluso si nunca lo admití en ese momento, sabía que estábamos teniendo problemas.

—Dices todo esto como si Hayes me suplicara que me casara con él y yo dijera que no —le susurro—. Él no dijo nada.

—Eso no es lo que me dijo —responde Jonathan—. Dice que te preguntó a quemarropa qué querías, y tú dijiste que no querías nada en absoluto. Como si te alejaras de un amigo con el que saliste.

Mis ojos se cierran. Suena mal cuando lo pone así. Mucho peor de lo que sonaba en mi cabeza en ese momento.

—Solo lo estaba dejando fuera del apuro —discuto—. No iba a pedirle a un chico con el que apenas había empezado a acostarme que me esperara un año.

—Tomaste la decisión de sus manos —responde Jonathan en voz baja—, y tal vez deberías considerar cuánto debe haber dolido porque no importa lo mal que te sientas ahora, no eres tú quien acaba de ser abandonada.

Pienso en ese momento en el aeropuerto, y de repente me doy cuenta de lo equivocada que estaba, de lo enfermizamente equivocada, porque veo el rostro de Hayes claramente por primera

vez... y sé que estaba destrozado.

Hayes, que no confía en nadie, confió en mí. Se abrió conmigo y tomó el primer riesgo que había corrido en mucho tiempo, y lo que escuchó en respuesta fue que no me importaba lo suficiente, y que no confiaba lo suficiente en él.

Siento como si me hubieran dado un puñetazo en el pulmón.

—Pregúntame cuál era la sorpresa, Tali —dice Jonathan en voz baja.

Mis ojos se cierran.

—¿Cuál era?

—Compró la casa en la que se quedaron en Laguna —dice—. La compró para ustedes dos. Es su forma un tanto inepta de decirte lo que significabas para él y lo que esperaba.

Lloro durante mucho tiempo después de que terminamos la llamada, dándome cuenta de lo mal que lo arruiné.

En cada paso del camino con él, he querido evitar el dolor. Yo fui quien saltó y corrió para hacer la broma en el momento oportuno antes de que cualquier intercambio se sintiera íntimo, pero lo lastimé en el proceso de protegerme y eso es mucho peor.

La cuestión nunca fue si yo podía volver a confiar o no, porque el amor no es un intercambio. No es algo que se entregue solo si se puede devolver en la misma medida. El amor es entregar tu frágil corazón a otra persona porque quieres que lo tenga, sin importar lo que haga en respuesta. Lo haces porque lo amas más de lo que te amas a ti mismo.

Ni siquiera me atreví a dejar que Aisling, que es *ficticia*, corriera ese riesgo. Tal vez sea hora de que ella y yo nos volvamos un poco más valientes de lo que hemos sido.

Tomo mi teléfono. No importa lo que sienta Hayes por mí, lo que importa es que él sepa, que si fuera posible, lo habría elegido.

Hola, Empiezo a escribir, pero el tono es demasiado desenfadado, demasiado conversacional.

Estaba hablando con Jonathan... Eso tampoco funciona. No puedo meterme con zapatos suaves en esto. Necesito dejarlo todo sobre la mesa.

Te dije que no quería nada.

Realmente, era que no podía soportar escucharte decirme que no quieres las cosas que yo quiero. No espero que me esperes, así que no estoy escribiendo esto ahora pidiéndote nada. Solo quiero que sepas que te amo más de lo que he amado a nadie.

Y luego, antes de que pueda cambiar de opinión, presiono *enviar*.

El mensaje se entrega. No tiene que responder, pero si quiere lo que yo quiero, simplemente tiene que decir, intentémoslo. Veo los tres puntos, está escribiendo.

Escribe más que una simple respuesta, lo cual no es necesariamente malo, pero no es necesariamente bueno.

Desaparecen de nuevo, vuelve de nuevo, y luego desaparecen por completo. No responder... sigue siendo una respuesta. Y duele. Mi estómago está en caída libre. Me duele el pecho, exactamente como sabía que lo haría. Es demasiado tarde.

Pero todavía me alegro de que él lo sepa.

Capítulo 37

A la mañana siguiente, me siento junto a mi madre en el sofá para una reunión en línea con la doctora Shriner para hablar sobre la transición de Charlotte a casa.

Sé que necesito concentrarme por el bien de mi hermana, pero es difícil escuchar algo cuando mi cabeza y mi corazón duelen así. Cuando cada pocos segundos me encuentro pensando que no puedo creer que él no me respondió. Incluso si fuera simplemente para rechazarme cortésmente, para decirme que no veía que funcionara... realmente pensé que me dejaría con algo.

La doctora está revisando formas de ayudar a Charlotte cuando tiene dificultades. Me siento abrumada al escucharlo, sobre todo porque sospecho que todo depende de mí. Liddie asiente con la cabeza desde Minnesota, y mi madre parece centrada principalmente en lanzar objeciones como si la doctora nos estuviera pidiendo demasiado cuando nada importa excepto lo que la doctora pide.

—Se supone que debe solicitar ingreso a la universidad —dice ahora mi mamá—. No tendrá mucho tiempo para terapia durante los próximos meses.

La doctora Shriner, que ha permanecido casi completamente inexpresiva durante el tiempo que la conozco, se detiene justo antes de poner los ojos en blanco.

—La terapia debe ser una prioridad en este momento —le dice a mi mamá.

—Pero la universidad... —comienza mi madre.

—Ni siquiera estoy segura de que Charlotte esté lista para irse a la universidad en un año —dice la doctora.

Mi madre se sienta recta ante esto, lista para la batalla.

—Definitivamente iré a la universidad. —Me encanta cómo cree que puede llevar a cabo la rutina de la *madre preocupada* a estas alturas—. No es como si ella tuviera que estar sola en un dormitorio. Tali podría conseguir un apartamento y vivir con ella ahí fuera del campus.

Mi cabeza se mueve bruscamente hacia ella y, por un momento me pregunto si escuché bien. Yo pagué por el tiempo de Charlotte en Fairfield, estoy pagando la hipoteca de mi madre, entregué mi vida en Los Ángeles para cuidar de ella y de Charlotte este año y ahora... ¿ella quiere más?

Ni siquiera me preguntó. Ella simplemente asumió que sucedería, como si yo fuera una pieza de ajedrez para moverla alrededor de su tablero, protegiéndola o atacando cuando fuera necesario.

Espero a que alguien, Liddie o la doctora Shriner, se oponga. Decir basta es suficiente, pero Shriner simplemente me mira con ese rostro plácido suyo y Liddie asiente, mirándome en la pantalla de la computadora, como si mi acuerdo fuera un hecho.

Me río y el sonido es claramente desquiciado.

—¿Estás bromeando? —exijo.

—¿Qué? —pregunta mi mamá, volviéndose hacia mí—. Estarás bien. Puedes trabajar en cualquier lugar. —Su tono es tan despectivo, como si yo estuviera lloriqueando innecesariamente.

—Deja que Tali se encargue de ello, deja que Tali pague —contesto, con mis manos presionando fuertemente mi cuero cabelludo. Hayes tenía razón. He estado cargando todo el peso... y oficialmente he terminado. Perdí a Hayes y no voy a renunciar a nada más—. Tu único plan para esta familia en el futuro parece que soy yo. ¿Alguna vez se te ha ocurrido que tal vez merezco una vida propia? ¿Que he estado viviendo en una habitación de ocho por ocho y comiendo ramen durante un año para pagar todo lo que necesitan? ¿A qué han renunciado ustedes?

Mi madre y mi hermana están boquiabiertas, sin duda preparando sus argumentos. Y ya sé cuáles serán: *es más fácil para ti, no tienes un hijo, puedes trabajar en cualquier lugar, lo resolverás*. Y todo eso puede ser cierto, pero no significa que sea fácil. No significa que deba hacer todo.

—¿Les has expresado estos sentimientos a todas antes? —pregunta la doctora Shriner.

—¡No pensé que tuviera que hacerlo! —grito—. Pensé que tal vez ya sabían que soy un ser humano con mis propios deseos y necesidades, pero aparentemente eso hay que señalarlo, y también pensé que las cosas eventualmente se arreglarían solas, pero no parece que sea así.

Hay un silencio absoluto. Incluso la doctora Shriner parece un poco sorprendida por mi arrebató, y hay una parte de mí que siente que debería dar marcha atrás y disculparme, pero... no. Diablos, no. Estoy aquí y he perdido a Hayes, y estoy tan mal por eso que ya no me importa agregar mi dolor al de ellas. Simplemente no me importa.

—Familias —comienza la doctora Shriner.

—Sin embargo, las cosas siempre te salen bien —argumenta Liddie—. Obtienes becas, sales y te deshaces de las celebridades, te mueves de costa a costa y obtienes ofertas de libros. Simplemente... siempre aterrizas de pie.

—¿Cómo es que aterrizo de pie? —pregunto—. Estoy sola y viviendo en la casa de mi infancia cuidando de nuestra madre, una mujer que no quiere trabajar y no quiere dejar de beber y está perfectamente dispuesta a tirarme debajo del autobús. Te comportas como si todo fuera tan fácil para mí cuando el mayor problema que tienes es que no estás quedando embarazada lo suficientemente rápido.

La mandíbula de Liddie cae. Probablemente fui demasiado lejos con el comentario sobre el embarazo, pero en este momento estoy demasiado irritada para que me importe. Ella no puede nombrar selectivamente los puntos altos de mi vida mientras ignora los bajos.

—Las familias tienden a asignar un papel a cada hijo... —comienza la doctora Shriner, pero mi madre la corta.

—¿Es así realmente como ves esto? —pregunta, con voz tensa. Ella está mirando fijamente su regazo, con las manos entrelazadas con fuerza.

—¿Cómo podría no hacerlo, mamá? —pregunto—. Tú tomas y tomas más de mí, pero parece que no tienes ningún plan para ti. No dejarás de beber incluso cuando sabes que eso significa que tengo que mudarme aquí. ¿Cómo podría verse de otra manera?

Se cubre la cara con las manos y siento una pequeña pizca de culpa. Una voz dice *perdió a su esposo, Tali, dale un respiro*. Pero ¿qué pasa con todo lo que *yo* he perdido?

—Siempre pareces tan fuerte —dice en voz baja—. Y yo no lo soy. Nunca he tenido un trabajo en mi vida. ¿Quién me va a contratar siquiera? Y con la bebida... no estaba tratando de obligarte a volver, pero pensé que la doctora Shriner estaba equivocada y sentí que te estabas poniendo de su lado. ¿Por qué no dijiste nada?

Intento encontrar una respuesta, pero mi mente está en blanco.

—No tengo ni idea —respondo—. Me pareció mejor guardármelo para mí.

Este es el punto en el que normalmente me disculpo, le diría a Liddie que mi comentario fue insensible, le aseguraría a mi madre que está bien que yo esté aquí, que estoy feliz de ayudar mientras ella me necesite. Sin embargo, por una vez en mi vida, me quedo en silencio.

—Tali, parece que tu papel en la familia es 'la competente' —dice Shriner, finalmente capaz de pronunciar una palabra—. La pregunta es si quieres seguir jugando ese papel.

Pienso en Hayes de nuevo en el aeropuerto y esa mirada perdida y abatida en su rostro que me negué a reconocer. Durante todo el año pasado he echado abajo todo lo que sentía, como si fuera un soldado

en las trincheras tratando de sobrevivir. Y me llevé a Hayes conmigo.

—No —respondo, levantándome, con voz ronca—. No quiero.

Salgo de la casa y camino por la calle, tratando de no llorar mientras me imagino la cara de Hayes en el aeropuerto, o la forma en que me miró la última vez que estuvimos juntos. Mi odio por Ella podría alimentar la red eléctrica del estado, pero al final yo no era mejor para él. Voy de un lado a otro de la calle hasta que la señora Deal, que vive al lado, me llama desde su jardín para preguntarme si es bueno estar en casa.

Me detengo preparándome para fingir una sonrisa y darle la respuesta que quiere, pero la reprimo.

—Por el momento —respondo—, no especialmente.

Regreso a la casa, esperando completamente la recriminación de mi madre, ahora que la doctora Shriner ya no está en línea para presenciarlo, pero sus hombros se desploman cuando me ve.

—Lo siento —dice ella—. No tenía idea de que quisieras quedarte tanto en Los Ángeles. Y lo intenté... intenté conseguir un trabajo. Envié currículums, pero cuando estudié marketing, no había Twitter ni Facebook ni Google. Mi título es inútil y no estoy segura de que pueda hacer nada al respecto, pero intentaré recomponerme. Lo prometo.

Asiento, pero mis ojos se llenan de lágrimas. Ya no importa. Sin Hayes a quien regresar, Los Ángeles es solo una ciudad con mejor clima y tiendas, bien podría quedarme aquí.



Por la tarde, salgo hacia Topeka para recoger a Charlotte, tratando de poner mi cabeza en un lugar mejor. Por su bien, necesito encontrar

una manera de fingir buen ánimo.

Hay papeleo que llenar cuando llegue y me dicen, como los buitres que son, que tendré que hablar con finanzas sobre el tema de la facturación. No estoy de humor, ojalá no hubiera estado evitando sus llamadas.

Me acompañan a un escritorio donde una persona llamada Lisa mira el gráfico.

—Te hemos llamado algunas veces. Hay un crédito en la cuenta —dice.

—¿Un crédito? —repito. Debe ser un error. Hay una parte desesperada de mí que ya está considerando dejar que lo crean: mi familia necesita el dinero más que ellos.

—Así es. Nos preguntábamos si querías que se aplicara al resto de la estadía de tu hermana, pero supongo que si se va, te daremos un cheque.

Yo suspiro. A pesar de lo desesperada que estoy, que me dieran dinero sería ir demasiado lejos.

—Yo... creo que debe haber un error. Ni siquiera he pagado el último mes de Charlotte aquí todavía.

Toca algo en su teclado y mira el monitor por un momento.

—No, toda su estadía se pagó en su totalidad hace dos semanas. Nos dijeron que le devolviéramos el crédito de lo que ya había pagado.

Parpadeo hacia ella. Me toma más tiempo del que debería darme cuenta de quién lo pagó. Incluso después de que dejé a Hayes en el aeropuerto, diciendo que no quería tener nada que ver con él, todavía gastó casi cincuenta de los grandes para ayudarme a salir de deudas.

Trago saliva mientras ella envía una solicitud para el cheque de reembolso. En un mundo ideal, este no sería el final de nuestra historia, pero al menos sé que le importé.

Tendrá que ser suficiente.



Charlotte emerge desde el área de hospitalización con una amplia sonrisa, bonita como siempre. Parece más como antes, en lugar de la chica pálida y destruida que llegó aquí. Un chico está al otro lado de la puerta, mirándola con ojos enamorados.

—¿Quién es ese? —pregunto, señalando con la cabeza hacia él.

Ella le dice adiós.

—Solo un chico que estuvo aquí —me dice. Sospecho que no tiene idea del efecto que tiene. De las tres hermanas Bell, definitivamente ella es la guapa.

Paramos en Slurpees de camino a casa. Es lo que solía hacer mi padre con nosotros el primer y el último día de clases.

—¿Crees que lo hizo porque quería celebrar? —pregunto—. ¿O que era una excusa para comer comida chatarra sin que mamá le gritara?

Charlotte se ríe.

—Se trataba totalmente de la comida chatarra, mamá dijo que encontraron como quince bolsas de Skittles en su escritorio en el trabajo. Él ya estaba *muerto*, pero ella todavía seguía tan enojada.

Comenzamos a intercambiar historias, recordando el momento en que no pudo entenderle a Uber y terminó caminando quince kilómetros porque no quiso admitirlo. La forma en que arrasaba con media cubeta de helado y luego afirmaba que apenas había comido en todo el día. El momento en que no pudo abrir el capó de su automóvil y lo cortó, destruyéndolo de una manera que ni siquiera el taller pudo arreglar después.

Es bueno poder hablar de él así. No en tono susurrado y triste, y no como si fuera infalible. Sino como el hombre divertido, amoroso e imperfecto que nos crio. Se siente un poco como recuperarlo, de una manera extraña.

Demasiado pronto, llegamos a casa... para encontrar un pequeño Ford *naranja* en el camino de entrada.

—¿Quién es? —pregunta Charlotte.

Por un solo momento desgarrador, me pregunto si es Hayes. Si voló aquí como el héroe de alguna película de Nicholas Sparks para declararme su amor. Y luego me río de mí misma. No hay forma de que Hayes alquile un automóvil estadounidense y ciertamente no uno *naranja*.

Se abre la puerta y mi sobrina Kaitlin sale corriendo hacia nosotros, abrazándonos a Charlotte y luego a mí.

—¡Estaremos aquí toda una semana, tía Tali! —grita, apretando mis piernas mientras me inclino para levantarla. Me río. Todavía me duele el pecho, pero es difícil estar completamente triste cuando tienes a una niña de tres años envolviéndote como si fueras su osito de peluche favorito.

Liddie, que siguió a Kaitlin, abraza a Charlotte y luego me da una sonrisa vacilante.

—Fue en el último minuto. ¿Espero que esté bien?

Me estremezco. Llevé las cosas demasiado lejos esta mañana si Liddie siente que tiene que pedir permiso para estar en su propia casa.

—Lamento lo que dije, sé que lo del embarazo te importa.

Ella mete las manos en los bolsillos traseros.

—La doctora Shriner me preguntó al respecto después de que te fuiste, dice que a veces las personas crean un problema o se lanzan a un proyecto para evitar su propio dolor. Es posible que eso sea lo que

he estado haciendo.

—Pero se te permite crear proyectos o problemas —le digo—. Especialmente si es lo que necesitas para seguir adelante.

Ella se encoge de hombros y me rodea con un brazo.

—Sin embargo, probablemente pueda hacerlo sin actuar como si fuera la única que sufre. Haré lo que pueda para estar aquí. Vamos a resolver esto, pero todas nosotras, no solo tú, ¿de acuerdo?

Estoy demasiado ahogada para hacer algo más que asentir.

No es una solución perfecta, pero es... una mejor y, a veces, mejor es todo lo que puede esperar.

Mi madre empieza a hacer galletas con Kaitlin y yo pido pizza para cenar. Hay ruido y luz en la casa por primera vez en mucho tiempo, y se siente como si todas hubiéramos dejado eso atrás, incluso mi mamá.

—¿Debo abrir una botella de vino? —ella pregunta.

Liddie y yo nos volteamos hacia ella, con las mandíbulas abiertas.

—Oh, ánimo, chicas —dice con un gesto de la mano—. Era una broma.

Estoy agarrando dinero para la pizza cuando escucho el *ping* de mi teléfono, y aunque sé que probablemente no sea Hayes, la esperanza es una cosita desafiante, ella continúa con sus asuntos, sin importar cuán vigorosamente insistas en que no debería hacerlo.

Veo el nombre de Sam y mi estómago se encoge un poco. Unos momentos más como este y la esperanza comenzará a desvanecerse y también lo hará el dolor. Con el tiempo, podré sonreír ante los recuerdos de Hayes como lo hicimos Charlotte y yo hoy con mi padre. Tal vez incluso se sienta como si fuera lo mejor.

¿Cómo está Charlotte? Sam escribe. ¿Salió bien el viaje?

Realmente es un guardián. Considerado en la forma en que Matt no lo era, y con intereses mucho más comunes.

Salió bien, le digo. Y Liddie estará aquí toda la semana, lo que debería ser divertido.

Tal vez puedan prescindir de ti por una noche, responde. Salgamos a cenar. Sé que no estás lista para más, pero sigo siendo tu amigo y odio lo triste que te veías anoche.

Miro el teléfono. No estoy lista para más. Por el momento, parece que nunca lo estaré, pero es uno de esos momentos en los que ves cómo resultará tu historia. Como Aisling, he aprendido sobre el amor, qué es y qué no es, y llevaré esa lección al próximo capítulo de mi vida. Alguien como Sam probablemente sea la elección correcta para mí. Tal vez llegue el día en que pueda mirar atrás hasta este momento y ver que fue lo mejor, cómo las cosas se derrumbaron con Hayes. Ahora mismo, sin embargo, me dan ganas de llorar de nuevo.

Suena el timbre, agarro el dinero en efectivo y corro hacia la puerta principal, donde Charlotte y Liddie ya están paradas.

—Guau. —Liddie tiene las manos en las caderas—. No sé nada de esto.

—Eso es fascinante —llega la respuesta arrastrada—. Pero en realidad es su opinión la que importa. —La voz es profunda, arrogante. *Británico.*

Hayes.

Empujo a mis hermanas a un lado y verlo —más delgado y cansado que nunca antes— me parto de par en par. Ha sufrido tanto como yo, y todo fue obra mía.

Rompo a llorar y me arrojo contra su pecho. Sus brazos me rodean y

me levanta.

—Esperaba que estuvieras un poco más feliz de verme —dice con una pequeña risa, enterrando su cabeza en mi cabello.

Me aferro a él como si me estuviera ahogando.

—¿Por qué no respondiste? —pregunto—. Te digo que te amo y luego no hubo *nada*. Pensé... pensé...

Él toma mi mandíbula entre sus palmas y me besa. Me besa como si estuviera hambriento de mí, y eso tiene sentido. Yo también estoy hambrienta de él. Se siente como si nunca me llenara.

Sin embargo, detrás de nosotros, mi familia ofrece un flujo constante de comentarios.

—Tal vez no deberíamos estar viendo esto —dice Charlotte, todavía parada ahí en la puerta.

—Sabía que ella se estaba acostando con él —dice Liddie—. Pequeña mentirosa.

—¿No es ese su *jefe*? —pregunta mi madre—. ¿Y por qué lleva traje?

Hayes les muestra su sonrisa más encantadora.

—Espero poder explicar todo. Pero ¿un poco de privacidad, por ahora? —Él arquea una ceja y Charlotte finalmente cierra la puerta.

Me atrae hacia él.

—Lamento no haber respondido de inmediato. Tenía que pensar.

—Qué... ¿romántico?

Él se ríe.

—No era una cuestión de lo que yo *quería*, solo tenía que averiguar qué se podía hacer, y cómo funcionará, porque no esperaré un año para que regreses a Los Ángeles.

Me tiembla la boca.

—Las cosas están mejorando, pero realmente tengo que quedarme aquí. Incluso si mi madre va a AA y puede mantener su licencia, todavía no puedo dejar a Charlotte con ella sola.

—Lo sé —dice. Limpia una lágrima de mi cara con su pulgar y su boca se curva en una suave sonrisa—. Hablé con los otros médicos de mi consultorio esta mañana. Necesitaré estar en Los Ángeles la mitad del mes, pero el resto del tiempo estaré aquí contigo.

Me quedo sin palabras, medio esperando un remate o una enmienda que no parece venir.

—Pero tu trabajo lo es todo para ti —digo finalmente.

—Tali, estoy tan enamorado de ti que me aterroriza —dice—. Y eres lo único que importa desde hace bastante tiempo. ¿De verdad crees que faltaría al trabajo para ir a un *parque de diversiones* de otra manera?

No, supongo que no. Vi que estaba cambiando, pero solo ahora me doy cuenta de que estaba cambiando por mí. Me pongo de puntillas para besarlo.

—Hayes Flynn viviendo en Lowden, Kansas, población de trescientos —digo, con una sonrisa—. Suena como la premisa de una mala comedia. Una en la que constantemente expresas consternación por la calidad del sushi y usas trajes de Tom Ford en Chili's.

Sus manos palmean mi trasero, tirando de mí contra él.

—No voy a comer en Chili's. Es posible que uno de nosotros necesite aprender a cocinar, probablemente tú, pero eso puede esperar. En este momento, me gustaría muchísimo ir a algún lugar sin que tu familia me escuche. —Señala con la cabeza la puerta detrás de nosotros, donde mis hermanas tienen sus rostros pegados al cristal—. Va a ser ruidoso esta noche, te lo aseguro.

Mi cuerpo se tensa ante la idea de pasar una noche entera teniendo a Hayes para mí, pero un Prius con el logo de una pizza se detiene frente a la casa, y supongo que si realmente haremos esto, será mejor

que comencemos ahora.

— Sí —le digo—. Pero primero, probablemente deberías conocer a todas y acostumbrarte a nuestra versión de buena cena.

—Hola, Tali —dice el chico que sube los escalones del porche—. Escuché que habías vuelto. ¿Es bueno estar en casa?

Miro a Hayes, parpadeando para contener las lágrimas.

—Sí —le digo—. Realmente lo es.

Epílogo

Cuatro meses después

Estrellas eléctricas cuelgan en cada farola, enmarcadas por el cielo de terciopelo negro.

La nieve comienza a caer a medida que subimos los escalones de la iglesia, hay una luminaria en cada uno de ellos para iluminar nuestro camino. Es perfecto. Casi perfecto.

Dios, desearía que Hayes estuviera aquí para verlo.

La iglesia es cálida y ya está abarrotada, la entrada llena de niños que dan empujones vestidos como pastores y ángeles, ansiosos por su actuación, ansiosos por mañana. Es una noche en la que todos están felices, y yo también debería estarlo, dado lo bien que estamos ahora. Charlotte tiene días malos, pero le va mejor, Liddie está embarazada de nuevo y mi madre está tomando clases de marketing y está pensando en sus próximos pasos. Están casi listas para ser dejadas a su suerte, y justo a tiempo: mi primera novela sale el próximo verano y el editor quiere una secuela. Al final, Aisling tuvo el mismo final de cuento de hadas que yo, Julian encontró la manera de atravesar el muro hacia ella. En el libro dos, volverán juntos al otro lado.

Sería perfecto, si Hayes no estuviera atrapado en el aeropuerto, esperando a que pase una tormenta sobre las Montañas Rocosas que no muestra signos de ceder. Me mata que después de pasar tantas vacaciones solo, él también va a tener que pasar estas solo.

No soy la única que está decepcionada. Aunque tomó algún tiempo acostumbrarse a tener un hombre en la casa de nuevo, especialmente uno cuya mandíbula se abre por la consternación cuando se les sirven los alimentos básicos de la cocina de mi madre (incluidos, entre otros,

Hamburger Helper⁵ y pastel de hamburguesa con queso) todos han aprendido a amarlo. Incluso Sam, que viene cada vez que Hayes está aquí para ver fútbol con él y comer comida casera... mientras ignora las miradas anhelantes de mi hermana menor enamorada, que muy bien podría terminar como una de sus alumnas el próximo año.

Hayes también ha venido a disfrutar de Kansas: de las mañanas tranquilas con café y el periódico, caminatas al atardecer o unas horas dedicadas a leer en el porche. Algo gracioso sucedió cuando realmente comenzó a disfrutar de su vida: finalmente se dio cuenta de que enormes sumas de dinero no lo estaban haciendo más feliz. Se está enfocando más en cirugías reconstructivas ahora, y solo hace visitas a domicilio una vez a la semana, lo que dejará por completo cuando me mude a Los Ángeles esta primavera. Todavía no lo he convencido de que vuelva a la pediatría, pero tenemos muchos años por delante.

Drew me asegura que va a proponerme matrimonio en cualquier momento, pero también está convencida de que Six todavía se va a asentar con ella, así que me atrevería a decir que la clarividencia no es lo suyo.

Mi madre nos lleva a un banco.

—Es una pena que Hayes no pudo asistir —suspira—. Tenía muchas ganas de ver qué te regaló para Navidad.

—Ya tengo mi regalo. —Aceptó tomarse dos semanas libres para unirse a Operación Sonrisas el próximo verano, que es todo lo que pedí. Pequeños pasos.

Ella pone los ojos en blanco.

—Habría pedido joyas si fuera tú. —Pero hay un atisbo de sonrisa en su rostro y me empuja con el codo antes de volverse para abrazar a mi sobrina.

Comienza el servicio. Todos los pastorcitos y los ángeles se acercan y Kaitlin trepa de mi regazo al de su madre, en un momento se pone de pie y grita:

—¡No puedo ver! —justo cuando se acercan los reyes magos.

Hayes se reiría si estuviera aquí, y luego me recordaría que no tendremos hijos a menos que pueda prometer que se portarán mejor que Kaitlin. Dado que ahora está acostada en el pasillo y cantando “aburrido, aburrido, aburrido” a todo pulmón, se siente como una demanda razonable.

Comienza la comunión y mi madre se inclina y me pide que vaya a buscar el auto.

—Ha estado nevando todo el tiempo —dice ella—. Estoy preocupada por mi pierna en el camino de regreso

No estoy segura de por qué no puede pedirle a Alex que haga esto, pero con un suspiro, agarro mi abrigo y mi bolso y salgo.

Me detengo en el escalón superior y lo asimilo todo: las luces de los árboles, el manto de nieve fresca y el cielo aterciopelado, deseando que Hayes pueda verlo. Realmente es hermoso. *Habrá otros años*, me digo.

—¿Estás segura de que podrás renunciar a todo esto? —pregunta una voz desde la oscuridad.

Es Hayes. De pie a unos pocos metros a mi izquierda.

Me lanzo hacia él, y mi garganta se hincha con la necesidad de llorar, abrazarlo, besarlo, inhalarlo de la manera que él espera.

—¿Estás aquí?!

Sus brazos se aprietan alrededor de mí. Solo ha pasado una semana desde la última vez que lo vi, pero es mucho tiempo para nosotros. Y sabe exactamente lo insoportable que ha sido porque se lo he dicho todas las noches.

—Por supuesto —dice, enterrando su rostro en mi cabello—. No estaba dispuesto a perderme nuestra primera Navidad juntos.

—Pero, ¿cómo? Todavía me estabas enviando mensajes de texto

desde el aeropuerto hace dos horas.

—Sí. Simplemente no mencioné que el aeropuerto era el de Dallas —dice—, aunque estaba seguro de que tu madre no podría mantenerlo en secreto.

—Te extrañé —le digo, apoyando mi cabeza contra su pecho. Lo aprieto más fuerte, inhalando el olor de su jabón y su piel. Lo quiero en casa y desvestido. Me pregunto cuánto tiempo tenemos antes de que vuelva mi familia.

—Esto es bastante espectacular —dice, señalando con la cabeza la calle que se extiende ante nosotros—. Es un lugar bastante agradable para proponer matrimonio, incluso.

Me congelo y me aparto lo suficiente para ver si está bromeando. Sus ojos son serios, y un poco preocupados. Y luego mete la mano en el bolsillo de su abrigo y saca una caja de terciopelo negro. Él traga.

—Nunca había hecho esta parte antes. Estoy... sorprendentemente ansioso.

Su cabello ha caído sobre su frente. Yo levanto la mano y lo cepillo hacia un lado.

—Creo que no tienes nada de qué preocuparte.

Toma mi mano.

—He estado enamorado de ti, creo, que desde el día en que te vi leyendo bajo la lluvia mientras entrabas al trabajo —dice. Presiona la caja contra mi palma y la cubre con la suya. Sus ojos sostienen los míos, y hay urgencia ahí, como si nada en el mundo importara más que mi respuesta. Vuelve a tragar—. Cásate conmigo. *Por favor* cástate conmigo.

Quiero burlarme de él por el hecho de que finalmente dijo por favor, pero no puedo. Que él quiera algo tanto, y que ese algo sea yo, es nada menos que un milagro.

—Sí —finalmente susurro. Su rostro estalla en una amplia sonrisa de alivio, y me jala contra él.

—¿Estás segura? —me pregunta—. Ni siquiera has visto el anillo todavía.

—No importa cómo se vea el anillo —respondo.

—Jonathan dijo que el diamante era demasiado grande —dice—. Le insinué que te gustan las cosas grandes.

Me río temblorosamente.

—¿Realmente acabas de aludir a tu polla en una propuesta de matrimonio?

—Ya dijiste que sí —dice con una sonrisa rápida, mientras acerca mi boca a la suya—. No puedes retractarte.

No planeo hacerlo.

El fin

Capítulos Extras

La luna de miel

Capítulo 1

Hayes

Rwanda, 26 de julio

Sueño con Tali parada en mi cocina, ella acaba de empezar a trabajar para mí, y ya medio temo, medio anhelo verla ahí detrás de mi encimera, deslizándose mi agenda con ese pequeño puchero prejuicioso en su puta boca perfecta.

Su boca. Exuberante, plena e inesperada, como una flor exótica en un jardín inglés. Jesús, parece que no puedo dejar de pensar en eso.

Ella está luminosa esta mañana. Está luminosa todas las mañanas, supongo, y luego me sonrío. Cuando la mayoría de las mujeres me sonrían, se siente como si quisieran algo, cuando Tali sonrío, es como si hubiera lanzado un desafío.

Dice algo con su terrible acento británico. Quiero reír, pero también quiero correr, me inquieta la sensación que tengo después de estos breves intercambios matutinos con ella, como escuchar una canción de la adolescencia y darme cuenta de que alguna vez sentiste cosas que ya no haces, cosas que olvidaste que existen. *No puedes tenerla*, pienso, mientras me doy la vuelta para alejarme.

Y luego me despierto. A la luz del amanecer, me toma un segundo darme cuenta de que estaba soñando. Todavía siento la desesperación de saber que ella nunca podrá ser mía, pero su perfecta y pequeña forma está pegada a mi pecho... recordándose que lo es.

El alivio es asombroso.

Ella es mía, me digo. *Eso está todo en el pasado.*

Suena mi alarma. La silencio y la acerco más, sintiendo placer y

pavor a partes iguales.

Placer: porque Tali está desnuda, con su suave piel oliendo a miel y naranjas, y ya presionando su pequeño trasero apretado contra mi polla rígida.

Miedo: porque en unos minutos no solo la dejaré, sino que la dejaré para hacer algo que no tengo ganas de hacer.

Sí, hay una semana en las Maldivas después de esta, pero me gustaría estar ahí ahora. Quiero ver a mi hermosa esposa nadando hacia mí, semidesnuda o caminando por nuestro bungalow sobre el agua *completamente* desnuda.

Esencialmente, casi cualquier escenario en el que mi esposa esté desnuda serviría. Y en cambio, pasaré los días en un edificio de bloques de cemento en medio de la puta Rwanda.

Solo un sádico elegiría detenerse aquí para una luna de miel. Bueno, un sádico... o mi esposa.

—¿Estás bien? —pregunta, estirándose antes de acurrucarse más cerca.

—Deberíamos irnos —le susurro. Paso una mano por su seno, saboreando la forma en que su pezón se aprieta contra mi palma—. Hay otros médicos aquí y podríamos estar en las Maldivas para la cena.

Su risa es ronca de deseo. Ella se inclina hacia atrás para agarrar mi polla y el placer es tan grande e intenso, que aspiro aire entre mis dientes.

—Ni siquiera has comenzado y ya estás retrocediendo.

Empujo en su palma.

—No voy a dar marcha atrás. Simplemente te ofrezco una alternativa más agradable. —Deslizo un dedo y luego otro dentro de ella. Jesús, está goteando. Es uno de esos momentos en los que no

puedo creer del todo que ahora sea mi esposa y que yo, de todas las personas, haya terminado con ella.

Esposa. ¿Llegará alguna vez el momento en que escuche esa palabra y no sienta la misma emoción de posesión? ¿La escucharé alguna vez y no me maravillaré del asombroso golpe de suerte que me llevó hasta ella?

—Imagínalo: los dos en una playa privada. Estás desnuda, tendida ante mí en la arena, con mi lengua aquí... —Dejo que mi dedo se deslice desde su abertura hasta su clítoris, ahora hinchado como una zarzamora—. Tali, podría pasar horas probándote ahí, haciendo que te corras, negándome a parar.

Ella gime en su almohada, porque nuestro hotel tiene paredes delgadas como el papel. Otro aspecto desafortunado de nuestra luna de miel.

—Hayes, fóllame —ruega—. Por favor.

Dejo que la cabeza de mi polla se deslice sobre sus pliegues, presionando ligeramente hacia su entrada y lejos.

—¿Estás de acuerdo, entonces?

—No —responde ella—. Ahora fóllame.

Dios, mi esposa y su boquita inmunda.

Empujo dentro de ella con fuerza, saboreando la sensación apretada de su coño, y su inhalación. Está hinchada todavía de anoche, apretándome con tanta fuerza que apenas puedo soportarlo.

—Mierda, Tali —gruño—. Estás tan apretada esta mañana. ¿Estás bien?

Me estremezco cuando pregunto. Detenerme en este punto será una hazaña de heroísmo que difícilmente puedo imaginar.

—Dios, sí —gime, alcanzando detrás de ella para envolver una mano alrededor de mi cuello, usándola como palanca para recibir mis

embestidas, para intensificarlas.

Siento mi polla hincharse, y mis bolas apuradas por correrse, no voy a lograrlo. Deslizo mi dedo hacia su pequeño clítoris hinchado, resbaladizo ahora húmedo, y ella comienza a suplicarme con palabras pequeñas y sin aliento hasta que finalmente grita. Me dejo ir con un grito ahogado, llenándola.

—Podríamos estar en las Maldivas en cuestión de horas —susurro. Todavía le quedan por hacer las revisiones de su segundo libro. Eso le daría una semana más para hacerlas y, lo que es más importante, yo no tendría que soportar una semana trabajando gratis, lejos de mi esposa. Entonces rueda hacia mí, colocando su mano en mi cara.

—Esto podría ser mágico. Por favor, inténtalo.

—La magia existe en los libros, Tali —respondo—. No existe en la vida real.

—Creo que sí —dice, sonriendo como si supiera algo que yo no—. Y tengo suficiente fe por los dos.

Capítulo 2

Tali

Tomamos un taxi desde el hotel y caminamos juntos por el campamento quirúrgico, tomados de la mano. Aunque Operación Sonrisas no acepta voluntarios civiles, ya que pagamos nuestro propio viaje y yo hablo francés, dijeron que podrían usarme. Hayes, sin embargo, es la estrella de este espectáculo. No solo porque realizará un número récord de cirugías faciales, sino que, como cirujano famoso, también llamará la atención sobre una muy buena causa.

Él sabe estas cosas, sabe cuánto cuentan con él. Todavía me sorprende que sugiera, esta mañana, que lo ignoremos. Y eso me dice todo lo que necesito saber sobre su estado mental actual, estas serán sus primeras cirugías pediátricas en siete años y está entrando en pánico. *Odio eso.*

Nos despedimos en la entrada trasera del edificio. Está más cerca de mí de lo que es apropiado y no me importa en absoluto. No lo volveré a ver hasta el final del día, y ahora mismo se siente muy lejano. Cuando me besa, me aprieta las caderas, como si yo fuera lo único que evita que caiga y muera.

—Puedes hacer esto —le digo, forzando un poco de confianza en mi voz.

Pero lo veo alejarse como una madre nerviosa que deja a su hijo en la escuela por primera vez. Si me equivoco, si es demasiado estresante para él, si las cosas van mal, habré hecho de esta la luna de miel más deprimente de todos los tiempos.

¿Es así realmente como quieren comenzar su vida juntos? preguntó mi madre. *Si sale mal, empañará todo su matrimonio.*

Siempre la voz del optimismo, madre mía.

La ignoré, por supuesto, pero mientras busco el mostrador de facturación, me pregunto si podría haber tenido razón.

Doblo una esquina... y la fila de gente me hace sentir que voy a romper a llorar. Había visto fotos de labio leporino y paladar hendido antes, por supuesto, pero ver a tantas personas a la vez (adultos que han vivido con él toda su vida, niños que probablemente son intimidados y rechazados por ello a diario) es otra cosa enteramente.

Hay *muchos* de ellos, y me casé con un hombre que puede cambiar sus vidas.

Mis motivos para arrastrarlo aquí fueron puramente egoístas, simplemente quería que Hayes se reconectara con la parte de sí mismo que había dejado atrás, pero esto es mucho más grande que cualquiera de nosotros. Es mucho más grande que mis preocupaciones sobre cómo se verá afectado nuestro matrimonio. Es incluso más grande que la falta de confianza de Hayes en sí mismo.

Pero realmente espero que esté de acuerdo conmigo cuando todo esté dicho y hecho.

Me armo de valor y me acerco al escritorio para presentarme.

—Te he visto en *DeuxMoi*⁶—dice la enfermera a cargo—. Siento que estoy conociendo a una celebridad.

Esa parte de estar con Hayes sigue siendo extraña. No ha hecho nada sobre lo que valga la pena chismorrear en más de un año, pero no puedo entrar a Whole Foods sin que alguien me reconozca como su novia.

Corrección: *Esposa*. Tampoco estoy segura de que alguna vez me acostumbre a eso.

La enfermera me coloca al final de la mesa y empiezo a hablar con el primer chico de la fila. Tiene dieciocho años y dice que quiere una familia, pero no se le considera un marido adecuado en su aldea. Sus padres están muertos y no tiene a nadie.

Agacha la cabeza.

—Ha sido muy solitario.

Y me encuentro parpadeando para contener las lágrimas. De nuevo.

Le ayudo a completar el papeleo y paso a los siguientes pacientes. Dos infantes, seguidos de una niña que va acompañada de su hermano mayor. Me dicen que su madre los envió río abajo en balsa y caminaron durante un día completo para llegar aquí.

—¿En balsa? —repito, parpadeando rápidamente.

El hermano mayor asiente y envuelve un brazo protector alrededor de su hermana pequeña.

—¿La ayudarás?

Algo en la desesperación en su rostro, en la mirada de fe en ella, me tiene luchando por no sollozar. *Mira lo amada que eres, pienso. Tanto que tu madre estuvo dispuesta a subirte a una balsa para conseguir ayuda. Tan amada que tu hermano arriesgó su vida para traerte aquí, por esto.*

—Sí—, respondo—. Ellos pueden ayudarla. —Mi voz es ronca.

Todo el día, la línea sigue creciendo. Hayes no es el único médico aquí, pero hay más trabajo del que podría realizar toda una legión de cirujanos.

Hablo con las personas en la fila y les doy actualizaciones a los miembros de la familia. Las madres rompen a llorar cuando ven a sus hijos en el postoperatorio por primera vez, y necesito todo lo que esté en mi poder para no romper a llorar con ellas.

¿Cómo es posible que Hayes no crea que la magia es real? La está creando él mismo.

Busco señales de él todo el día pero no las hay. Está en algún lugar profundo de las habitaciones de cemento sin aire acondicionado, y debe estar exhausto. *Yo estoy exhausta y casi he estado sentada todo el día. Mi mayor responsabilidad ha sido llevar hielo a los pacientes*

postoperatorios.

Por fin, cuando el sol se pone bajo en el cielo, él emerge. Está empapado en sudor... y sonriendo. Sonriendo tan ampliamente que me pongo a llorar tan fuerte como lo hicieron las madres al principio del día.

—Gracias por hacerme hacer esto —dice—. Es como si finalmente recordara por qué quería ser médico.

—Deberíamos volver todos los años —respondo sin pensar. Y luego empiezo a llorar de nuevo.

—Pareces inusualmente emocional —me dice.

—Es solo la boda y todos los viajes —le respondo.

Tenía que decirlo, pero todavía odio que tengamos casados ni una semana y ya le esté mintiendo.

Capítulo 3

Hayes

Como cirujano, trabajas durante minutos y, a veces, horas con visión de túnel. Cortas, tiras y coses, trabajando en incrementos.

Pero hay un momento en el que finalmente has terminado, cuando te detienes para medir el resultado final.

Había olvidado, hasta hoy, lo que es dar un paso atrás y mirar lo que he hecho y sentirme *bien* al respecto. Pensar '*He hecho algo que importa*', es el sentimiento que me llevó a la medicina en primer lugar, y mi esposa me lo devolvió.

Salgo del edificio con el único deseo de ver la cara de Tali. Verla y tirar de ella en mis brazos y agradecerle por traernos aquí, por insistir en este viaje, nadie más que mi amigo Ben pensó que era una buena idea.

Ella está afuera del edificio, hablando con los demás, la brisa polvorienta sopla un mechón de su cabello suelto. Cuando se vuelve hacia mí, buscando algo en mi rostro y sonriendo radiantemente cuando lo encuentra, me siento completo. Como si de alguna manera me hubiera hecho completar el círculo, y hubiera aterrizado en donde siempre estuve destinado.

La acerco a mí y estalla en lágrimas, que no era exactamente la reacción que había anticipado. Dice que es solo la boda y todo el viaje, y cuando se duerme contra mi hombro en el taxi hasta el hotel, quiero creerle. Excepto que Tali es inagotable, normalmente. Mido su temperatura con mi mano y apenas reprimo el deseo de alcanzar el estetoscopio en mi bolso. *Ella está bien*, me aseguro. Pero mi corazón late de todos modos, con un miedo que estoy descubriendo que es solo parte de amar tanto a alguien. Porque ¿y si no lo está? ¿Cómo sobreviviría perdiéndola?

La despierto cuando llegamos al hotel y parece estar bien otra vez.

—Puedes darte la primera ducha —me dice dentro de la habitación. Sin embargo, ya se está desabotonando la camisa y la vista de Tali en sostén es suficiente para vaciar mi cabeza. Ella me sorprende mirándola y sonrío—. O podríamos *compartirla*.

Ah. ¿Ha habido alguna vez una mujer más perfecta que mi esposa? Yo creo que no.

Quince minutos después, mi cabeza está enterrada contra su cuello mientras espero que mi respiración se vuelva más lenta.

—Ni siquiera llegamos a lavarte —dice riendo—. Termina mientras yo ordeno la cena.

—No he terminado contigo todavía —respondo.

Ella sonrío por encima del hombro mientras sale de la ducha.

—Sé que no lo hiciste. Por suerte para los dos, el servicio de habitaciones es lento.

Ningún hombre ha completado una ducha más rápidamente. Apenas me seco, envuelvo una toalla alrededor de mi cintura y salgo del baño para encontrar a mi dulce y joven esposa desnuda en la cama, profundamente dormida.

E incluso si tiene jet lag, incluso si la boda fue agotadora, dos siestas en un día parece... excesivo.



El día siguiente es una repetición del primero: las cirugías son algunas de las más gratificantes que he realizado, pero a pesar de lo conmovedor que es todo y de lo exhausto que estoy al final de un largo día, es mi esposa la que no puede mantenerse despierta de

camino a casa. Es mi esposa la que llora esa noche durante la cena, contándome sobre las personas que conoció.

—Estoy preocupado por ti —le digo en la oscuridad esa noche, pasando mis dedos por su sedoso cabello—. ¿Estás segura de que todo está bien?

Ella me asegura que está bien. Dice cosas sobre el calor, los días largos, el desfase horario, pero han comenzado a sonar como excusas, y tengo la sensación de que ella también lo sabe.

La convengo de que se quede en el hotel y descanse al día siguiente. Cuando regreso esa noche, la encuentro en su computadora portátil, secándose las lágrimas, y cuando me dice que está bien, *de nuevo*, se me cae el estómago.

Ella se duerme y yo me quedo despierto, recordando una conversación que tuve con Ben después de pasar el fin de semana cuidando de ella el verano pasado.

—Entonces, dime de nuevo por qué cancelaste nuestros entrenamientos para cuidar a una empleada enferma —dijo—. Y ya la conocí, así que por favor no intentes interpretar esto como un acto de caridad de tu parte.

No me había dado cuenta de que la había conocido hasta entonces, innecesariamente, debo agregar, ya que ella debió haber dejado ese archivo por el que la envié en la recepción, y Dios mío, los celos golpearon con fuerza.

—Déjame dejar algo perfectamente claro —gruñí en respuesta—. Ella está absolutamente fuera de los límites. Es una buena chica, algo que ninguno de los dos buscamos en el mercado.

Él se encogió de hombros.

—Nunca dije que no estaba en el mercado. Dije que estaba esperando a la que me haría querer renunciar a la vida de soltero, y por lo que yo sé, tú ya la has abandonado, el problema es que no crees que la mereces.

Él tenía razón en ese entonces, y la triste verdad es que *todavía* tiene razón. Yo no la merezco. Sentí un gran alivio cuando el sacerdote nos declaró marido y mujer, como si nada pudiera arrebatármela.

Pero ahora, mientras está acostada a mi lado, posiblemente enferma y *definitivamente* escondiendo algo, me pregunto si eso es realmente cierto.



Después del último día de cirugías, hay una fiesta en el bar del hotel para celebrar el fin de la misión. Tali usa un vestido blanco que muestra el pequeño bronceado que ha adquirido aquí. Sus ojos brillan, su piel parece iluminada desde dentro. Resplandece de buena salud, pero también durmió diez horas seguidas anoche y necesitó una siesta hoy.

Damos vueltas mientras presento a Tali a los médicos con los que he estado escondido toda la semana. Ella es encantadora sin esfuerzo, pero encuentro, esta noche, que quiero que su encanto se centre en mí, y solo en mí. No puedo esperar a que termine esta maldita cosa.

—Nunca vimos realmente la ciudad —sugiero mientras pasamos de un grupo al siguiente—. Podríamos tomar un taxi y hacer un recorrido rápido. El memorial del genocidio todavía está abierto.

Ella levanta una ceja.

—¿Estás sugiriendo dejar una fiesta para ir a un memorial del genocidio? Vaya, el matrimonio realmente te *ha* transformado.

No, pienso, ella me ha transformado. Porque prefiero estar en el peor lugar con ella solos que en el mejor con cualquier otra persona.

Nos ataca un grupo de tres médicos: un hombre mayor de apellido Forman, y dos residentes a los que supervisaba esta semana. Les

presento a Tali.

—No tenía idea de que la encantadora chica que ayudaba al frente era tu esposa —dice Forman, volviéndose hacia ella—. Me alegra que hayas podido encontrar una manera de llenar el tiempo.

Hay algo tan jodidamente condescendiente que me rechinan los dientes.

—Tali en realidad está terminando su segunda novela —respondo con frialdad—. Tiene muchas formas de ocupar el tiempo.

Forman no parece darse cuenta de mi irritación.

—Avísame si vienes el año que viene —le dice a Tali—. Tal vez convenza a mi esposa de que me acompañe.

Ella le sonrío, pero hay algo de tensión.

—No estoy segura de que volvamos, pero definitivamente te lo haremos saber.

Pensé que habíamos acordado hacer esto todos los años. Fue idea *suya*.

La miro y ella aparta la mirada, como si no pudiera mirarme a los ojos, o no pudiera comprometerse a estar conmigo dentro de un año.

Deslizo mi mano en la de ella.

—¿Podemos irnos? —pregunto con fuerza.

—¿Irnos? —ella pregunta—. Pero la fiesta acaba de empezar.

—Estás cansada y tenemos un vuelo temprano.

Puedo decir que quiere discutir, pero algo en mi rostro la silencia. Nos despedimos y nos dirigimos hacia el ascensor.

—¿Estás bien? —pregunta, mientras las puertas se cierran detrás de nosotros.

—Podemos discutirlo en la habitación —respondo.

¿Ella está enferma? ¿O simplemente se dio cuenta después de casarse conmigo que no estaba lista para establecerse? Cualquiera de las dos posibilidades me da pánico. Desde la primera vez que la vi alejarse de mí en el aeropuerto de Los Ángeles no he sentido nada parecido.

Utilizo la tarjeta de acceso para abrir la puerta. Una vez que está dentro, dejo que se cierre detrás de mí.

—Quiero saber qué está pasando —le digo, hundiendo mis manos en mi cabello—. Y no me digas que estás cansada.

—Puede esperar.

—No *puede* esperar. —Me siento en el borde de la cama y me inclino, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas. No sé qué haré si ella quiere irse o, *Dios no lo quiera*, está enferma. Me siento como si me lanzaran a un abismo, contemplando cualquiera de las posibilidades—. Ni siquiera pudiste mirarme a los ojos cuando me preguntaron si volveríamos. Tali, me está matando.

Cruza la habitación y saca su computadora portátil de la caja fuerte, que luego abre y me entrega.

—Reescribí la última página de mi libro. Léelo.

Arrugo la frente. Ya leí todo el segundo libro, así que sé cómo termina: Aisling y Julian lograron derrocar a la reina y se quedaron en Edinad para ayudar con la transición. Personalmente, pensé que deberían largarse de ahí con su parte justa de la riqueza del reino y lavarse las manos de la situación. También sugerí que una escena de sexo gráfica redondearía todo muy bien, pero ella no escuchó, por supuesto.

—Tali, no quiero leer ficción sobre un reino mágico en este momento, incluso si tú lo escribiste. Quiero hablar sobre nuestra vida real.

—A veces son iguales —dice con una sonrisa—. Léelo.

Con un gemido, me concentro en el documento de Word que abrió.

Le entrego la caja a Julian.

—Esto es en lo que he estado trabajando —le digo, mirándolo a la cara mientras saca dos pares de botitas para bebé, unas azules y otras rosas.

Me mira con incertidumbre en sus hermosos rasgos. Él levanta una ceja.

—Has hecho un buen trabajo, pero no estoy seguro de que me queden bien.

Yo me río.

—No se supone que no te queden bien a ti. Son para nuestro hijo. —Presiono su mano contra mi estómago para que pueda sentirlo por sí mismo. Es solo la curva más simple, pero pronto habrá una mucho más grande.

Dejo la computadora portátil en el soporte a mi lado y miro a mi esposa. No tengo idea de lo que se supone que debo haber extraído de este párrafo.

—¿Has estado molesta y cansada toda la semana porque tus personajes de ficción van a tener un hijo?

Ella se ríe.

—No, Hayes. Y no estoy molesta, estoy emocionada, hay una diferencia.

Se acuesta en la cama y me tira a su lado.

—Reescribí el final de la historia porque sus vidas siempre han sido paralelas a las nuestras. Solo parecía lo correcto.

La miro, congelado. Por un momento, me pregunto si esta es

simplemente su forma de decirme que *quiere* tener hijos. Excepto que... ahí está el llanto, la fatiga y el hecho de que han pasado semanas desde que la vi tomar un trago. Dios mío. Incluso en la boda, tenía esa copa de champán, pero ¿siquiera bebió un sorbo?

—¿Estas embarazada? —pregunto con voz ronca.

Ella asiente, y una lenta sonrisa se desliza por su rostro.

—¿Con un bebé? —Es quizás la aclaración más estúpida que he buscado. Simplemente... no puedo creerlo. Me he imaginado a mí mismo como padre de vez en cuando desde que Tali y yo nos juntamos, pero me imaginé a una niña de la edad de su sobrina, no una... cosa diminuta y frágil que casi podría caber en mi mano.

—Con suerte, uno humano —dice con una sonrisa—. Aunque es la mitad tuyo, entonces, ¿quién sabe? Tenía miedo de que te asustaras y cancelaras el viaje a Rwanda si lo sabías.

Quisiera. Es aterrador. Y maravilloso.

—Vamos a ser una familia —susurro.

Ella coloca sus manos en mis mejillas.

—Ya somos una familia. Ya somos una buena familia. Simplemente se está haciendo un poco más grande.

La acerco a mi pecho mientras parpadeo para contener las lágrimas. No tenía idea, hasta este momento exacto, cuánto quería esto. Y siento que esa última pizca de inseguridad desaparece por fin.

Le dije que no había magia en el mundo, pero aquí, con Tali en mis brazos, y nuestro hijo creciendo dentro de ella... finalmente puedo admitirlo:

Me equivoqué.

El fin, otra vez...



Notas

[←1]

Ex-productor de cine y depredador sexual convicto.

[←2]

Es un sistema improvisado de cordón, sacos o bolsas y, a veces, mosquetones y poleas que se utilizan para suspender la comida en un árbol, principalmente para protegerlo de los osos negros, así como de los roedores, especialmente en los campamentos de uso intensivo.

[←3]

Asociación Nacional del Rifle (NRA por sus siglas en inglés) es una organización estadounidense para defender el derecho a poseer armas tanto para la defensa personal como para actividades recreativas.

[←4]

es un barrio y una popular atracción turística de San Francisco, California. Cuenta con varios museos, centros comerciales y restaurantes con especialidad en mariscos.

[←5]

es un producto alimenticio envasado que Consiste en pasta seca en caja, con condimentos en polvo contenidos en un paquete que se combina con carne molida dorada, agua y, con algunas variedades, leche para crear una comida completa de un solo plato.

[←6]

Cuenta privada de Instagram, que publica chismes de los famosos.